El Sitio de Puebla
150 aniversario



Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

Secretaría de Educación Pública

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

El Sitio de Puebla
150 aniversario


SEP
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS


INEHRM


BUAP


"ALFONSO VÉLEZ PLIEGO"

El Sitio de Puebla
150 aniversario

Arturo Aguilar Ochoa
Coordinador











Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
"Alfonso Vélez Pliego"

México, 2015

F1233
S57
2015 *El sitio de Puebla : 150 aniversario.* — México : Benemérita Universidad Autónoma de Puebla : Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2015.
248 páginas : fotografías (blanco y negro).
"Centenario 1917-2017, Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos"

ISBN INEHRM: 978-607-9419-18-9
ISBN BUAP: 978-607-487-875-2

1. México – Historia – Intervención Francesa, 1861-1867. I. ser.

Agradecemos al doctor Arturo Aguilar Ochoa del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélez Pliego" el trabajo de selección y recopilación de las imágenes que aparecen en esta obra.

Primera edición, 2015.

ISBN INEHRM: 978-607-9419-18-9
ISBN BUAP: 978-607-487-875-2

Impreso y hecho en México

Contenido

Presentación 11
Patricia Galeana
Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

Prólogo 21
José Alfonso Esparza Ortiz
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Capítulo 1
El gran Sitio de 1863.
La verdadera Batalla de Puebla 25
Juan Macías Guzmán

Introducción 25
Preliminares del Sitio 29
Desarrollo del Sitio 36
Finalización del Sitio 39
Conclusión 41

Capítulo 2
La heroica defensa de Puebla de 1863 General Jesús González Ortega, salvaguarda del honor de las armas mexicanas 47
Abraham Sánchez Vázquez

Actores y escenarios. Jesús González Ortega y Puebla fortificada 48
Entre el fuego enemigo y el fuego aliado. Ganando un lugar en la historia 56

Capítulo 3
¡En salvaguarda de Puebla! El general Felipe Berriozábal y su participación en el sitio de 1863 71
Emmanuel Rodríguez Baca

Introducción 71
Antecedentes 73
En campaña con el Ejército de Oriente 74
La defensa de la plaza de "Zaragoza". Su oposición al sitio de Puebla 75
Conclusiones 88

Capítulo 4
El general Miguel Negrete y el Sitio de Puebla de 1863 93
Humberto Morales Moreno

"¡Soldado, valiente soldado mexicano, bendito seas!" 93
Primero Patria que Partido 99
Fin del Sitio. Gobernador y comandante militar de Puebla y Tlaxcala 107

Capítulo 5
Prisionero de guerra del imperio francés
Diario del teniente coronel Cosme Varela
Episodio histórico ocurrido durante
la Intervención: 1863-1864 113
Jorge Carretero Madrid

El encuentro fortuito… sobre una mesa cubierta con
antiguos legajos 113
El contenido histórico, inédito, de estos
cuadernos de guerra 114

Capítulo 6
El arte en torno de un suceso trágico.
El Sitio de Puebla de 1863 visto por
la literatura y las artes plásticas
(grabado, litografía, pintura
y fotografía) 147
Arturo Aguilar Ochoa

Introducción 147
La prensa francesa ante la Intervención y el Sitio 148
La prensa mexicana 154
La fotografía 160
Pintura 164
Literatura 168

Capítulo 7
El Sitio de Puebla visto
a través de la caricatura
de Constantino Escalante 177
Alfonso Milán

Breve biografía de Constantino Escalante 177
Escalante ante la Intervención Francesa,
primeros años (1861-1862) 180

El Sitio de Puebla . . . 186
Constantino Escalante y su versión del sitio poblano . . . 188

Capítulo 8
El conocimiento científico al servicio de la República: la participación de los ingenieros militares en el Sitio de Puebla de 1863 . . . 203
Celeste Bernal González

Los ingenieros militares y las obras de fortificación . . . 204
El Sitio de Puebla de 1863 . . . 211

Capítulo 9
Los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgan sobre Puebla (1862-1863) . . . 219
María Magdalena Martínez Guzmán

Introducción . . . 219
Cólera morbus . . . 220
Fiebre amarilla . . . 221
Paludismo . . . 222
Tifo . . . 223
Clasificación del tifo de acuerdo con su agente etiológico . . . 224
Antecedentes históricos del tifo en nuestro país . . . 227
Características generales del tifo . . . 228
Preludio a la derrota. El caso del general Ignacio Zaragoza . . . 229
El tifo y la Academia de Medicina de México . . . 234
Fiebre tifoidea. Historia y cuadro clínico . . . 235
Voces del pasado: ¿tifo o tifoidea? . . . 236
Epidemias durante el Sitio de Puebla, 1863 . . . 238
Comentarios finales . . . 239

Presentación

Las victorias siempre tienen más autores que las derrotas, es por ello que es más abundante la historiografía en torno a la batalla del 5 de mayo de 1862 que al Sitio de Puebla de 1863. A ciento cincuenta años de este acontecimiento, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) convocaron a un seminario nacional para abordar el tema, bajo la coordinación de Arturo Aguilar. La obra que hoy presentamos es producto de estos trabajos.

El volumen inicia con el texto del maestro Juan Macías Guzmán, "El gran Sitio de 1863. La verdadera Batalla de Puebla". El autor justifica la aseveración de su título por la duración temporal del sitio, las operaciones militares que tuvieron que efectuarse antes y durante el mismo, así como por la cantidad de contingentes que intervinieron en el evento.

El historiador da el contexto internacional de los hechos haciendo la reseña de los acontecimientos políticos que llevaron a Napoleón III a intervenir en México. Refiere la política expansionista del emperador francés que pretendió frenar a Estados Unidos estableciendo un imperio en México. El prestigio alcanzado en las exitosas campañas de Crimea e Italia hizo creer a los franceses que

los mexicanos no opondrían resistencia, pues consideraban que su sola presencia sería suficiente para intimidarlos. El resultado de la batalla de Puebla del 5 de mayo los obligó a replantear su estrategia.

A continuación el autor hace una detallada descripción de las fuerzas mexicanas y francesas, así como de la personalidad de sus principales actores. En marzo de 1863, el Ejército de Oriente contaba con 24 828 hombres, divididos en cinco divisiones. Por su parte, el Ejército francés había incrementado sus efectivos y contaba con 28 116 soldados, 5 845 caballos y 549 acémilas.

Después de detener un año su intervención, los franceses avanzaron desde Veracruz. Jesús González Ortega, el encargado de la defensa de Puebla a partir de la muerte de Zaragoza, tenía dos alternativas: hostilizar al enemigo en Orizaba y obligarlo a replegarse a la costa o atrincherarse en Puebla y esperar ahí a los franceses. Eligió la segunda opción. La intención de González Ortega era resistir el ataque enemigo el mayor tiempo posible con el fin de desgastarlo y que la llegada de la temporada de lluvias lo obligara a abandonar el sitio y replegarse a la costa.

En la contraparte, la estrategia planteada por el jefe del Ejército francés, general Forey, no fue del agrado del ministro Dubois de Saligny, quien insistía en avanzar directamente a la ciudad de México. En opinión del autor, la insistencia de Forey por tomar Puebla se debió al deseo de vengar la afrenta recibida el 5 de mayo del año anterior.

Macías Guzmán reitera que por la heroica defensa, así como por la cantidad de recursos humanos y materiales invertidos en ella, el Sitio de Puebla de 1863 debe ser considerada la auténtica batalla de Puebla.

A continuación, Abraham Sánchez Vázquez nos ofrece el análisis del jefe del Ejército de Oriente durante el sitio en el texto "La heroica defensa de Puebla de 1863. General Jesús González Ortega, salvaguarda del honor de las armas mexicanas". Señala que la designación de González Ortega como sucesor de Zaragoza pudo obedecer más a razones políticas que a cuestiones de estrategia

militar, y que muchos de los planes de campaña respondieron a cuestiones económicas más que a las necesidades de la defensa.

Tradicionalmente se ha manejado que el nombramiento de González Ortega se debió a que contaba con una prestigiosa trayectoria militar en la que se destacan victorias tan importantes como Calpulalpan y Jalatlaco. Sin embargo, en opinión de Sánchez Vázquez fue un intento de Benito Juárez para minar su influencia política y poner a prueba su lealtad al gobierno de la República.

El autor concluye que el mérito de la gestión de González Ortega fue el de conseguir ajustar los planes de campaña a la realidad económica.

Por su parte, Emmanuel Rodríguez Baca hace la semblanza del general Felipe Berriozábal.[1] Ofrece un recuento de la trayectoria del oficial entre los años de 1850 a 1856, durante los cuales desempeñó diversos cargos políticos y militares en el Estado de México, con los que alcanzó presencia local.

Posteriormente, gracias a su participación en la Guerra de Reforma, Berriozábal se proyectó a nivel nacional. Bajo las órdenes de Santos Degollado se mantuvo en campaña permanente en Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Querétaro y Estado de México, haciéndose cargo también de la administración política de los estados de México y Guanajuato.

Berriozábal ocupaba el cargo de gobernador del Estado de México cuando inició la Intervención Francesa. Se incorporó al Ejército de Oriente y participó en la célebre batalla del 5 de mayo. Defendió la línea entre los fuertes de Loreto y Guadalupe, donde rechazó los tres intentos de asalto del ejército comandado por el conde de Lorencez.

En lo que respecta al Sitio de Puebla de 1863, Rodríguez Baca analiza la estrategia militar propuesta por Berriozábal, opuesta a la sostenida por González Ortega. Este último se obstinó en mantener al Ejército de Oriente encerrado en la ciudad de Puebla, mientras que el general mexiquense propuso abandonar Puebla y

[1] "¡En salvaguarda de Puebla! El general Felipe Berriozábal y su participación en el sitio de 1863."

marchar rumbo a la ciudad de México, con lo que se habría obligado al enemigo a dividir sus fuerzas. Ortega se negó alegando que no contaba con autorización ni instrucciones del gobierno para obrar en ese sentido. El autor concluye que Berriozábal tuvo una destacada participación en la defensa de Puebla.

Humberto Morales Moreno aborda la figura del general Miguel Negrete.[2] El autor divide la carrera militar del general poblano en cuatro momentos que corresponden a igual número de apartados en su texto.

En el primer apartado relata los inicios de la carrera militar del general a los once años de edad, al lado de su padre. Durante ese periodo combatió en ocasiones en favor de Antonio López de Santa Anna y en otras en contra de él, como cuando se unió en 1855 a las fuerzas de Santos Degollado, con tan buena actuación que obtuvo de Comonfort el grado de coronel. Más tarde sus convicciones lo llevaron a militar en el bando conservador durante la Guerra de Reforma.

El segundo apartado está dedicado a explicar el modo y razones que llevaron a Negrete a acudir al llamado del gobierno federal y ofrecer sus servicios contra los invasores franceses. En ese punto narra su destacada participación en la defensa de Puebla el 5 de mayo llegando a merecer los elogios del coronel francés J. P. Jeanningros, quien escribió que sin duda alguna Negrete era el mejor jefe del Ejército Republicano.

En la tercera parte, Morales analiza la participación del general Negrete durante el Sitio de Puebla. Destaca que después de soportar dos meses de asedio, el Estado Mayor del general Jesús González Ortega puso a votación la rendición de la plaza o continuar la resistencia, sólo Miguel Negrete votó en favor de continuar la lucha. Para conseguirlo propuso que los militares mexicanos fingieran aceptar las condiciones de los invasores, comprometiéndose a no combatir a los franceses ni a sus aliados. Una vez libres traicionarían la palabra empeñada y atacarían a los invasores. Negrete no veía deshonra en este proceder dado que los franceses ha-

[2] "El general Miguel Negrete y el Sitio de Puebla de 1863."

bían sido los primeros en cometer perjurio al violar el compromiso acordado en La Soledad.

En la última parte de su ensayo, el autor refiere que, tomada Puebla, Negrete logró escapar con parte de sus hombres. Se refugió en la Sierra Norte del estado y estableció su centro de operaciones en Huauchinango, donde organizó al gobierno y la Comandancia Militar de los estados de Puebla y Tlaxcala. Posteriormente, Negrete ocupó el Ministerio de Guerra, de marzo de 1864 a agosto de 1865, para luego ocupar un lugar destacado en la toma de las ciudades de Monterrey y Saltillo.

Jorge Carretero Madrid presenta el Diario del teniente coronel Cosme Varela, soldado del Ejército de Oriente, prisionero de los franceses en 1863,[3] que había permanecido inédito hasta el año 2013. Describe el modo en que ese documento llegó a sus manos y los pormenores de su publicación.

Para situar al diario en su contexto, Carretero realiza un recorrido a través de los principales acontecimientos que llevaron al sitio y caída de Puebla, así como la suerte de los jefes y oficiales deportados a Francia como prisioneros de guerra.

El autor analiza el documento de Varela y enriquece la información acudiendo a los *Apuntes para servir a la Historia de los Defensores de Puebla que fueron conducidos Prisioneros a Francia,* de Epitacio Huerta. Destaca la importancia del hallazgo para el conocimiento del episodio y del periodo, ya que, además de los datos que aporta en torno al Sitio de Puebla, refiere los pormenores del viaje de los prisioneros mexicanos de Veracruz a Francia, los hechos más notables ocurridos en aquel país, su cautiverio y su repatriación a la República mexicana.

Arturo Aguilar Ochoa aborda el arte en torno al trágico suceso.[4] Destaca que, tradicionalmente, se ha recurrido a los partes de guerra para el estudio del Sitio de Puebla de 1863, particularmente a los del General en Jefe Jesús González Ortega y a los diarios

[3] "Prisionero de guerra del imperio francés. Diario del teniente coronel Cosme Varela. Episodio histórico ocurrido durante la Intervención: 1863-1864."

[4] "El arte en torno de un suceso trágico. El Sitio de Puebla de 1863 visto por la literatura y las artes plásticas (grabado, litografía, pintura y fotografía)."

escritos tanto por el republicano Francisco del Paso y Troncoso como el del conservador Rafael Tirso Córdoba. Considera que la historiografía se ha olvidado de la abundante producción gráfica elaborada por muchos otros testigos presenciales de los acontecimientos.

El historiador refiere que los artistas gráficos, especialmente los franceses que acompañaron al ejército intervencionista, produjeron imágenes que dan cuenta de aspectos no abordados en los testimonios militares, y que satisfacieron la demanda de los lectores de los diarios franceses como *L'Illustration* o *Le Monde Illustré*.

En cambio, la prensa mexicana no contó con esta profusión de imágenes, debido principalmente al distinto método de impresión empleado. La técnica de la xilografía permitió a los franceses imprimir ilustraciones y texto en una misma página, mientras que la litografía empleada por los mexicanos les impedía hacer lo mismo que sus colegas europeos. No obstante, aunque en menor cantidad, los artistas e impresores mexicanos también produjeron obras gráficas de difusión de los aspectos heroicos de la guerra, como el célebre álbum *Las Glorias Nacionales*, serie de estampas de Constantino Escalante, impresas y vendidas por suscripción.

Aguilar Ochoa señala que al contrario de lo que ocurre hoy en día, la fotografía no tuvo tanto impacto, debido a las limitaciones de su propio desarrollo, ya que había sido inventada apenas unos años atrás. No obstante, se cuenta con una gran cantidad de fotografías, realizadas una vez concluidas las acciones militares, por lo que muestran principalmente los destrozos ocasionados por el asedio.

El historiador muestra en su ensayo cómo los grabados, pinturas y fotografías, además de representar e interpretar los acontecimientos, fueron, junto con los medios de comunicación, un instrumento de exaltación nacionalista. La literatura, por su parte, también se nutrió del episodio histórico, por lo que debe ser considerada igualmente como una fuente de información que nos permite ampliar nuestra comprensión sobre el tema, concluye Aguilar Ochoa.

Alfonso Milán realiza un breve recuento de los escasos datos biográficos del caricaturista Constantino Escalante,[5] de cuya vida sólo se tiene noticia a través de una nota necrológica que Hilarión Frías y Soto escribió en 1868 a raíz de su temprana y trágica muerte. El autor refiere el origen y desarrollo del periódico satírico *La Orquesta*, que se caracterizó por ser una publicación de oposición: lo mismo criticó a los gobiernos conservadores, a la Intervención Francesa y al imperio de Maximiliano que a los gobiernos de Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. Esto le provocó varias clausuras y que sus editores fueran a prisión en repetidas ocasiones.

El autor destaca que Escalante exacerbó su aguda sátira contra los principales instigadores de la Intervención Francesa, en especial contra Juan N. Almonte y el ministro francés Dubois de Saligny, a los que ridiculizaba con frecuencia.

Al ocurrir el triunfo mexicano el 5 de mayo de 1862, la exaltación patriótica remplazó a la burla. Con una intención pedagógica, para encumbrar los valores nacionales, Escalante y Hesiquio Iriarte publicaron un álbum sobre *Las Glorias Nacionales* o *Álbum de la Guerra*. Para lograr mayor solemnidad, Escalante afinó su dibujo, logrando mayor detalle en los rasgos físicos de los retratados, sus armamentos, uniformes y precisión en los espacios geográficos.

Milán dedica la parte principal de su ensayo al análisis iconográfico de las litografías en las que Escalante dio su interpretación de la Intervención Francesa, la batalla del 5 de mayo y especialmente el Sitio de Puebla de 1863, publicadas entre 1861 y 1863. El historiador las interpreta y explica la forma en que fueron usadas por el caricaturista como instrumentos de propaganda en pro del nacionalismo y en contra de la intervención extranjera.

Celeste Bernal González dedica su estudio a la participación de los ingenieros militares en el Sitio de Puebla.[6] La autora expli-

[5] "El Sitio de Puebla visto a través de la caricatura de Constantino Escalante."

[6] "El conocimiento científico al servicio de la República: la participación de los ingenieros militares en el Sitio de Puebla de 1863."

ca que debido a la deficiente formación castrense del grueso del Ejército de Oriente y lo limitado de sus recursos, así como a los escasos conocimientos científicos de los militares de carrera, estos especialistas fueron particularmente apreciados por su General en Jefe Ignacio Zaragoza y más tarde por su sucesor, el general Jesús González Ortega.

Bernal hace un recuento de la formación de ingenieros militares en el Colegio Militar. Refiere que los alumnos que optaban por especializarse en Ingeniería Militar cursaban, entre otras materias, aritmética, geometría especulativa y práctica, así como todo lo referente a la teoría y práctica de la fortificación, materia en la que aprendían a trazar, dirigir y ejecutar obras de campaña, sitio y ataque. A continuación presenta un interesante análisis de los trabajos realizados por el ingeniero militar coronel Joaquín Colombres, quien habilitó una cadena defensiva en torno a Puebla consistente en una serie de fuertes y atrincheramientos, que permitieron defender la ciudad por espacio de 62 días.

Colombres era originario de Puebla, ingresó en el Colegio Militar en 1838, y alcanzó el grado de teniente tres años más tarde e integrándose a la Sección de Ingenieros, donde prestó sus servicios durante la invasión de Estados Unidos entre 1846 y 1848. De aquella época destaca su participación en la fortificación del Molino del Rey y del Castillo de Chapultepec. Su militancia bajo la bandera liberal durante la Guerra de Reforma lo llevó a ocupar en 1861 la Oficialía Mayor del Ministerio de Guerra, de donde fue convocado por Zaragoza para hacerse cargo del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Oriente.

La historiadora destaca que la labor de los militares científicos continuó una vez iniciado el sitio. A cada brigada se le asignó un ingeniero para que les asesorara, ya fuera en cuestiones de fortificación o en materia de artillería. En estos aspectos, se distinguió Francisco del Paso y Troncoso, otro ingeniero militar egresado del Colegio Militar, que demostró sus aptitudes en el área de fortificación, con un especial talento para trazar planos y dirigir construcciones defensivas.

María Magdalena Martínez Guzmán aborda las enfermedades como un actor más del Sitio de Puebla,[7] pues su presencia condicionó en gran medida los acontecimientos. La autora destaca que este factor debe ser tomado en cuenta al momento de evaluar el resultado de la confrontación bélica.

La historiadora hace un recuento de las enfermedades que más estragos causaron en el siglo XIX. Inicia con el cólera morbus, la que más muertes causó, cuyo episodio más dramático sucedió en el año de 1833 en la capital de la República, cuando tan sólo en el mes de agosto provocó cinco mil defunciones. Se registraron también numerosos casos de este mal entre 1850 y 1853 y en 1857 y 1871.

Sigue su recorrido con la fiebre amarilla o vómito negro, transmitido por la picadura de mosquitos, que fue un azote de las costas mexicanas. Refiere que en 1846 las tropas norteamericanas sufrieron gran número de bajas en los puertos de Tampico, Veracruz y Tabasco, e igual suerte corrieron los soldados de la intervención en 1862.

Otra enfermedad transmitida por los mosquitos, pero del género *Anopheles*, el paludismo, causó estragos desde la Guerra de Independencia. Se encuentra bien documentada la seria epidemia en la ciudad de México de 1813, causada al parecer por la migración a la capital de un importante número de personas que huían de los estragos del conflicto; en esa ocasión provocó la muerte a más de veinte mil individuos.

El tifo, cuyo agente patógeno es el piojo, es una enfermedad asociada a las guerras y a los desastres naturales, ya que se produce en condiciones donde reina el hacinamiento de personas en entornos de higiene deficientes y el aseo y cambio de ropas es poco frecuente. De manera particular, Martínez Guzmán dedica una buena parte de su ensayo a analizar los síntomas y la evolución de la enfermedad de Ignacio Zaragoza, con la intención de dilucidar si en efecto el general murió víctima del tifo o de fiebre tifoidea, punto en el cual disienten algunos autores. Señala que se cuenta

[7] "Los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgan sobre Puebla (1862-1863)."

con poca información sobre el caso particular del general Zaragoza, la cual proviene principalmente de la prensa de la época y de algunos testigos; pese a ello, la ausencia de síntomas que indiquen trastornos digestivos confirman la responsabilidad del tifo en la muerte del héroe del 5 de mayo.

La autora concluye que estas cuatro enfermedades fueron los "cuatro jinetes del Apocalipsis" que azotaron a los republicanos sitiados en Puebla y que influyeron en su desenlace.

A ciento cincuenta años del Sitio de Puebla de 1863, la BUAP y el INEHRM se congratulan en publicar la presente obra que contiene significativas aportaciones para el estudio de este trascendente hecho histórico sobre el tiempo eje de México, cuando se definió su Estado republicano y laico.

Patricia Galeana
Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

•

Prólogo

Dentro del imaginario colectivo que ha forjado la historia de esta nación, la gesta heroica del 5 de mayo de 1862 ha quedado como la gran batalla mexicana pues fue en esa fecha cuando las armas nacionales se cubrieron de gloria con el triunfo frente a las fuerzas intervencionistas francesas, en los cerros de Loreto y Guadalupe, en Puebla, al mando del general Ignacio Zaragoza. Sin embargo, sin restarle mérito a dicho acontecimiento, es un hecho que la verdadera lucha se libró al año siguiente, nuevamente en la capital poblana, cuando los ejércitos de Napoleón III con importantes refuerzos enfrentaron a los mexicanos en una acción que demostró, pese a la rendición final, el valor y el coraje para enfrentar al invasor. El llamado Sitio de Puebla duró 62 días, del 16 de marzo al 17 de mayo de 1863, y el mando estuvo esta vez a cargo del general zacatecano Jesús González Ortega, quien sustituyó a Ignacio Zaragoza, a su muerte. Durante ese tiempo los padecimientos de la población civil que decidió quedarse en la ciudad fueron cruentos, y no fue menor la defensa que hizo el Ejército mexicano, reconocida por los propios generales franceses. Finalmente,

con la capitulación de Puebla, la administración del presidente Benito Juárez tomó la decisión de salir de la ciudad de México, librándola del ataque francés y llevando el gobierno al norte del país, hasta el triunfo de los republicanos en mayo de 1867.

En este libro se incluyen nueve investigaciones que buscan reflexionar sobre los aspectos más relevantes del Sitio, como la batalla misma, el papel de los ingenieros en la fortificación y los efectos de las enfermedades para definir la derrota. Destacan en especial las acciones y estrategias de los principales jefes militares de la defensa, los generales Jesús González Ortega, Miguel Negrete y Felipe Berriozábal. Igualmente se presenta el destino de los prisioneros enviados a Francia que no lograron escapar, como sí lo hizo el entonces coronel Porfirio Díaz, sin olvidar las artes que sorprendentemente se generaron a partir de tan feroz acontecimiento: literatura, fotografía, estampas litográficas y la caricatura publicada en periódicos como *La Orquesta*.

Creemos que esta publicación es la mejor manera de conmemorar los 150 años de este episodio heroico, muchas veces olvidado, y que en 2013 fue tema de seminarios y congresos en diversas instituciones del país, incluidas las actividades que realizó el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélez Pliego" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) en colaboración con el Instituto de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), cuyo producto son estos ensayos. Con ello nuestra universidad cumple uno de sus objetivos primordiales, el de dar cabida a las más diversas manifestaciones del saber, entre ellas la investigación histórica, tan importante para entender nuestro presente. La edición de este libro, profusamente ilustrado con imágenes de la época, permitió la reflexión sobre el tema de historiadores de nuestra institución, pero también participaron jóvenes estudiantes que aportaron sus primeros trabajos de investigación.

Adicionalmente, la obra rescata el importante papel que ha jugado la ciudad de Puebla en nuestra historia nacional, siendo

siempre referente fundamental en el país, no sólo en la época virreinal, sino en lo que algunos autores han llamado *La gran década nacional*, en el siglo XIX. Sirvan estas líneas para invitar al lector a conocer parte de esa historia que nos da identidad y nos orgullece como mexicanos.

José Alfonso Esparza Ortiz
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

•

Capítulo 1

El gran Sitio de 1863

La verdadera Batalla de Puebla

Juan Macías Guzmán*

Introducción

El pasado 17 de mayo de 2013, se cumplieron 150 años de la finalización del Sitio de Puebla, con la rendición de los generales, jefes, oficiales y elementos de tropa del Ejército mexicano que defendieron esa plaza del asedio impuesto durante casi dos meses por el Ejército francés. Sin lugar a dudas, este hecho de armas constituye uno de los más notables, no sólo de la historia mexicana sino de la historia militar, tanto por la defensa heroica realizada por el Ejército de Oriente como por la magnitud de las operaciones que, tanto defensores como sitiadores, llevaron a cabo. En virtud de lo anterior y sin desconocer la relevancia de la batalla del 5 de mayo de 1862, consideramos que, en términos militares, el sitio impuesto un año después por los franceses a la llamada *Angelópolis* (*Zaragoza* después del 5 de mayo) es, en realidad, la verdadera batalla de Puebla. Las siguientes líneas tienen como objetivo conocer, así sea de una manera sucinta, los pormenores del Sitio a fin de confirmar nuestra hipótesis y, para ello, lo analizaremos a la luz de los textos consultados, tanto de historia mexicana como de historia militar, y de la teoría de la guerra.

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Después de la derrota de los franceses frente a Puebla el 5 de mayo de 1862, el curso de la guerra que Francia había desatado en México debió ser replanteado por los países en lucha. Vale la pena recordar, así sea de una manera breve, que Francia había intervenido en México en el cumplimiento de una política expansionista llevada a cabo por el emperador Napoleón III, quien pretendía extender la influencia francesa en América y frenar así la expansión de los Estados Unidos;[1] para ello, el gobierno imperial francés había tratado de aprovechar en beneficio propio la circunstancia de la guerra civil que en ese momento se libraba en el país del norte. El pretexto esgrimido por Francia para intervenir en México había sido el cobro de adeudos a ciudadanos franceses, y para la realización del objetivo no dudó en aprovechar los reclamos que también hacían Gran Bretaña y España. Así, se llevó a cabo la intervención tripartita que no tardaría en romperse al mostrar Francia sus verdaderas intenciones.

A principios de 1862, se encontraba ya en México un cuerpo expedicionario francés de seis mil soldados al mando del general Fernando Latrille, conde de Lorencez. El ejército invasor llegaba precedido de un gran prestigio después de sus actuaciones en las guerras de Crimea e Italia, en 1854-1856 y 1859, respectivamente. Después de participar en ambas contiendas, Francia parecía haber vuelto a ser la potencia militar que había sido en tiempos de Napoleón I, tío del emperador. Lo más probable era que Luis Bonaparte (como lo llamó Karl Marx)[2] no lo supiera, pero estaba aplicando una de las expresiones más célebres del que para los franceses era el genio maldito del ejército prusiano (y cuyas ideas estaban sirviendo de inspiración para la reforma militar que se llevaba a cabo en Prusia): el general Karl von Clausewitz, quien afirmó que la guerra no era

[1] Para tener una visión general de la Intervención Francesa en México y, en particular, de los argumentos planteados por el gobierno francés para decidir y justificar la intervención, véase Gastón García Cantú, *La Intervención Francesa en México*, 1998.

[2] En su célebre texto *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Karl Marx analizó la manera en que el futuro emperador cimentó su poder como corolario de la revolución burguesa de 1848.

otra cosa sino la continuación de la política pero por otros medios.[3] En virtud de lo anterior, el citado general había señalado también que la guerra era un medio serio para conseguir un objetivo serio.[4] En suma, la guerra, ante todo, era un acto político. Y política era lo que se encontraba realizando Napoleón desde su ascenso al poder tras la Revolución de 1848. Él se consideraba el legítimo heredero del designio napoleónico sobre Europa y para ello no había dudado en marchar a la guerra. En consecuencia, el reposicionamiento sociopolítico y geoestratégico de Francia era el gran objetivo y la guerra el medio. En efecto, tras el sitio de Sebastopol en Crimea y las batallas de Magenta y Solferino en Italia, Francia parecía haber resurgido de sus cenizas y el Ejército francés se había convertido en una fuerza prestigiada y respetada.

La guerra de Crimea había sido de particular relevancia porque implicó realizar operaciones militares en un teatro de operaciones lejano. Asimismo, hacia 1860, otra fuerza armada francesa había intervenido en China. Pero, además, Crimea había significado la realización de una guerra que hoy llamaríamos "quirúrgica": "esterilizar" a Rusia en su política expansionista en el Cáucaso, el Mar Negro, los Balcanes y el Mediterráneo.

Sin embargo, ¿qué tenía que ver esto con Francia? Precisamente, que la eventual presencia mediterránea de Rusia podría afectar los intereses expansionistas franceses en la región. Pero, más allá de este argumento, lo que interesaba a Napoleón era relanzar al imperio francés y establecer una balanza con Gran Bretaña tanto en Europa como en otras latitudes.

Así, un cuerpo expedicionario al mando del mariscal Saint Arnaud —quien murió durante la campaña— fue a Crimea y sitió Sebastopol, donde se enfrentó a un asedio que duró varios meses hasta que la captura de la fortaleza de Malakoff hizo que

[3] Karl von Clausewitz, *De la guerra*, 1999, pp. 24-26.

[4] Ídem, p. 25. En este sentido, Clausewitz precisó que tanto el jefe militar como el estadista debían precisar correctamente la clase de guerra que estaban librando o se disponían a librar y no hacer de ella un objeto diferente de lo que permitiese la naturaleza de las circunstancias. Cabe preguntarnos aquí si Napoleón III hizo esta precisión a la que aludía el general prusiano.

el sistema defensivo ruso se viniera abajo. Sin embargo, Friedrich Engels, en una serie de artículos publicados en la prensa alemana hacia 1855,[5] analizó los errores tácticos y estratégicos cometidos por británicos y franceses y anticipó algo de lo que ocurriría después en México, porque señaló que la estrategia de Napoléon III parecía consistir sólo en dispersar sus tropas y concentrar un número elevado de efectivos en un lugar donde había que sacrificar una enorme cantidad de soldados con magros resultados y a veces ni siquiera éstos.[6]

Es claro que Engels hablaba de Sebastopol, pero parecía profetizar lo que habría de ocurrir ocho años después, en Puebla. Criticó con dureza que Francia tuviese fuerzas dispersas en teatros de guerra diversos como Roma, Atenas, Constantinopla y Crimea… y faltaba México. A juicio de Engels, no parecía que Francia fuese a obtener resultados positivos de la expedición a Crimea y que en caso de una guerra generalizada en Europa, no alcanzaría a reunir a sus contingentes por haber dispuesto de todos ellos en operaciones de dispersión.[7] Esto nos lleva a plantearnos cuál era la concepción que el presunto heredero de las glorias del tío tenía de la guerra y a preguntarnos qué fue lo que Francia logró tras la caída de Puebla. Volveremos a esa pregunta líneas más adelante.

La caída de Sebastopol ocultó los comentarios críticos y no llevó a Napoleón ni a sus generales a aprender. Los errores de planeación, organización, disposición de medios y conocimiento del terreno —justo todo aquello de lo que había alertado Clausewitz— se repitieron tres años después en Italia, al librar dos grandes batallas por accidente con los austriacos; en la segunda —Solferino—, lo único que se le ocurrió hacer a Napoleón fue vomitar atrás de un árbol, aterrorizado por la cantidad de muertos, y ante la eventualidad de que la carnicería prosiguiera se avino a negociar con Austria el cese de hostilidades.[8]

[5] Friedrich Engels, *Temas militares*, 1975, pp. 71-96.
[6] Ídem, pp. 88-89.
[7] Ibídem.
[8] Como hemos dicho, parecía que, con los triunfos en Crimea e Italia, Francia se había reposicionado como una potencia militar en Europa tras ajustar cuentas con

Pese a todo lo anterior, el hecho de enviar un cuerpo expedicionario a otro teatro de operaciones lejano como México no parecía representar mayor dificultad para el imperio francés ya que se daba por descontado que los mexicanos no opondrían resistencia puesto que se consideraba que la sola presencia militar francesa sería suficiente para disuadirlos. Tal era la arrogancia con que los comandantes invasores se expresaban acerca de las posibilidades de éxito de la misión. La victoria mexicana del 5 de mayo de 1862 alteró los planes franceses y obligó al emperador a destinar un mayor número de recursos humanos, materiales y financieros para la expedición. Es muy probable que, en términos de diplomacia, la empresa fuera realista y armada con solidez, pero, al ver la cadena de torpezas que el alto mando francés cometió frente a Puebla, eso no puede sino llevarnos a considerar que subestimaron el teatro de operaciones, que sería otra guerra "quirúrgica" y de corta duración. Nunca contaron con que se empantanarían aquí.[9] Así estaban las cosas luego de la repulsa francesa del 5 de mayo. A partir de entonces hubo en ambos bandos una serie de modificaciones sustanciales.

Preliminares del Sitio

El 8 de septiembre de 1862, el general Ignacio Zaragoza murió y su cargo fue ocupado por el general Jesús González Ortega, quien ya había entrado en acción ante los franceses en la adversa maniobra del Cerro del Borrego, frente a Orizaba, el 13 de junio del 62. González Ortega había nacido en la hacienda de San Mateo de Valparaíso, Zacatecas (aunque otras versiones lo ubican como originario de Teúl, en el mismo estado), en 1822. Hizo estudios de derecho en Guadalajara y se dedicó al periodismo. Inició su

Rusia y Austria, dos de las potencias vencedoras de Napoleón I en 1815. (Clausewitz, *op. cit.*) Asimismo, para contar con una descripción vívida de la batalla de Solferino, función de armas que llevó al humanista suizo Henry Dunant a crear la Cruz Roja, *vide* John Laffin, *Grandes batallas de la historia*, 2011, pp. 241-258.

9 Alain Gouttman, *La intervención en México 1862-1867. El espejismo americano de Napoleón III*, 2012, p. 163.

trayectoria militar y política durante la Revolución de Ayutla. En 1858, durante la Guerra de Reforma, ocupó la gubernatura de su estado y formó una división con la que obtuvo varios triunfos y se convirtió en uno de los baluartes en la defensa de los principios liberales y de la Constitución de 1857. En 1860, logró tres resonantes victorias sobre los conservadores: derrotó a Miguel Miramón, el gran campeón de los conservadores en Silao, Guanajuato, el 10 de agosto; en septiembre sitió y ocupó Guadalajara y, finalmente, en San Miguel Calpulalpan, Estado de México, volvió a derrotar a Miramón el 22 de diciembre. Hizo su entrada en la ciudad de México el 1º de enero de 1861. Durante algún tiempo fue ministro de Guerra en el gabinete del presidente Benito Juárez y tras su renuncia se avocó a perseguir a las gavillas conservadoras que merodeaban cerca de la capital y que ya se habían cobrado la vida de Melchor Ocampo, Santos Degollado y Leandro Valle. Fue electo presidente de la Suprema Corte de Justicia, con lo cual comenzó a alimentar aspiraciones presidenciales. Tras separarse de su cargo, regresó a Zacatecas y reasumió la gubernatura. Al comenzar la Intervención Francesa, puso la división a su mando a las órdenes de Zaragoza quien, irónicamente, había sido subordinado suyo en los últimos combates de la Guerra de Reforma. Como ya se dijo, González Ortega fracasó en su intento por desalojar a los franceses de Orizaba al ser derrotado en el Cerro del Borrego.[10]

Una vez a cargo de la comandancia en jefe, se presentaban a González Ortega dos alternativas: hostilizar al invasor en Orizaba y las cumbres hasta obligarlo al repliegue hacia la costa (lo cual había sido el plan de Zaragoza antes y después del 5 de mayo) o atrincherarse en Puebla y esperar a los franceses allí, sabedor de que éstos intentarían vengar la afrenta sufrida. Eligió la segunda opción.[11] Quizá privó en él la idea de que si se había logrado de-

[10] Jorge Tamayo, *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia,* T. XV, 1975.

[11] El general Jesús de León Toral criticó con severidad esta decisión de González Ortega puesto que, a su juicio, se desperdició la oportunidad que brindaban las posiciones en Maltrata y Acultzingo, en la Sierra Madre Oriental, para detener ahí a los invasores e impedir su arribo al Altiplano. Jesús de León Toral, *Historia militar. La Intervención Francesa en México*, 1962, pp. 145-146. Sin embargo, Ralph

tener en Puebla al invasor, podría hacerse de nuevo a base de forzarlo a gastar sus recursos para luego, debilitado, arrojarlo hasta la costa y tal vez obligarlo a rendirse allí. Una vez tomada su decisión, se dedicó a hacer acopio de provisiones y recursos humanos, materiales y financieros. A su mando estaba una pléyade de generales, jefes y oficiales curtidos en la Guerra de Reforma (algunos desde la Guerra del 47 contra Estados Unidos) y, varios de ellos, veteranos del 5 de mayo.

Para marzo de 1863, en vísperas del asedio, el Cuerpo de Ejército de Oriente[12] que defendería Puebla ascendía a la cantidad de 24 828 hombres entre generales, jefes, oficiales y personal de tropa, divididos en 3 209 de caballería, 1 296 de artillería, 172 del personal sanitario y el resto de infantería. Ésta estaba distribuida en cinco divisiones, integradas de la siguiente manera:

La primera, al mando del general Felipe Berriozábal e integrada por tres brigadas con tres batallones cada una, dirigidas por los generales Porfirio Díaz, Pedro Hinojosa y el coronel Juan B. Caamaño.

La segunda, al mando del general Miguel Negrete, con tres brigadas, la primera con cuatro batallones y las otras dos con tres batallones, y al mando de cada brigada los generales Pedro Rioseco, Mariano Escobedo y Luciano Prieto.

La tercera división estaba comandada por el general Florencio Antillón, con tres brigadas de dos batallones cada una, al mando de los coroneles Zeferino Macías y Vicente Herrera y el general Mariano Rojo.

La cuarta se componía de tres brigadas con igual número de batallones cada una, bajo el mando de los generales Luis Ghilardi

---

Roeder señala que, a juicio de González Ortega —que contó con el apoyo del presidente Juárez—, era preferible apostar a una encarnizada defensa de Puebla con las condiciones lo más ventajosas posibles. Ralph Roeder, *Juárez y su México*, 1980, p. 727.

[12] Cabe recordar que el gobierno del presidente Benito Juárez había formado tres Cuerpos de Ejército para enfrentar la invasión: el de Oriente, al mando de González Ortega, el del Centro, al mando de Ignacio Comonfort, y el de Reserva, con Manuel Doblado a la cabeza. Para la definición de un Cuerpo de Ejército *vide* Leopoldo Martínez Caraza, *Léxico histórico militar*, p. 30. Véase también Jesús de León Toral, *op. cit.*, p. 143.

y Nicolás Régules y el coronel Miguel Auza; la división estaba al mando del general Francisco Alatorre.

La quinta división era dirigida por el general Ignacio de la Llave, con tres brigadas: la primera, de cuatro batallones; la segunda con tres y la tercera de dos, bajo la dirección de los generales José Ma. Mora, José Ma. Patoni y Eutimio Pinzón respectivamente.

Aparte, había una brigada de Oaxaca, con tres batallones, bajo el mando del general Ignacio Mejía, y diversos grupos sueltos a cargo del coronel Nicolás Prieto.

La caballería estaba a las órdenes del general Tomás O'Horan y era conformada por una división integrada por dos brigadas de cuatro y tres regimientos dirigidos por los coroneles Joaquín Téllez y Jesús Sánchez Román. Había también dos brigadas sueltas al mando de los generales Antonio Carbajal y Aureliano Rivera, así como una sección del cuartel general.

La artillería estaba al mando del general Francisco Paz y tenía 101 piezas de campaña y 79 de sitio, casi todas de ánima lisa, fierro y bronce, de 4 a 24 libras, montadas sobre diversos tipos de cureñas.

El servicio sanitario, a cargo del doctor Juan Navarro, contaba con cinco hospitales distribuidos en la ciudad y uno más en Cholula, que sería abandonado durante el asedio. El servicio de transportes contaba con 154 carros de dos y cuatro ruedas y 2 240 acémilas de carga y tiro.

La jefatura en jefe estaba ocupada por González Ortega. El Cuartel Maestre[13] era el general José Ma. González de Mendoza y el comandante de Ingenieros el teniente coronel Amado Camacho.[14]

Cabe señalar también que la distribución de las fuerzas defensoras fue como sigue:[15]

El norte y el noreste de la ciudad quedaron cubiertos por la división del general Berriozábal. El oeste fue defendido por las

[13] El general Leopoldo Martínez Caraza señala que el Cuartel Maestre era el nombre antiguo del jefe de alta graduación encargado de preparar los cuarteles del ejército y la distribución en ellos de las diferentes fracciones del mismo.

[14] Sobre el número de defensores de la plaza véase Jesús de León Toral, *op. cit.,* pp. 138-140. Véase también Luis Chávez Orozco, *El sitio de Puebla 1863*, 1942, pp. 7-9.

[15] Jesús de León Toral, *op. cit.,* pp. 146-147.

tropas del general Antillón. Hacia el sur se destacó la división del general Alatorre y, finalmente, el este y el sureste quedaron cubiertos por la división del general De la Llave. El perímetro de la ciudad quedó a cargo de la brigada del general Mejía y, en la reserva, la división Negrete.[16]

Ahora bien, puesto que se esperaba un asedio, se conformaron nueve fortificaciones que rodeaban la plaza: Independencia, Zaragoza, Los Remedios, Hidalgo, Morelos, Iturbide (San Javier), El Demócrata, Loreto y Guadalupe, con sus respectivas flechas.[17] Uno de los cargos, que con posterioridad se le hicieron a González Ortega por la preparación de la defensa, fue el de haber dejado sin ocupar el Cerro de San Juan, al poniente de la ciudad, y donde se estableció el cuartel general del ejército sitiador.[18] Las acciones de defensa deberían ser compartidas tanto por el Cuerpo de Ejército de Oriente como por el Cuerpo de Ejército del Centro, al mando, como ya se señaló, del ex presidente Ignacio Comonfort, el cual trataría de introducir víveres y parque a la plaza a fin de obligar a los franceses a prolongar el sitio más allá de sus posibilidades.

Antes de proseguir con la conformación del ejército invasor, cabe hacer el siguiente apunte: las tropas defensoras de Puebla estaban integradas por soldados enganchados por la leva; eran muy pocos los soldados profesionales. Sin embargo, hay aquí una paradoja: medio siglo atrás, durante la era de la Francia revolucionaria, se había creado la conscripción para formar ejércitos que defendieran a la Revolución. Se había creado la figura del ciudadano-soldado, del soldado de la Patria, en palabras del historiador militar Roger Caillois.[19] Un ejemplo de lo anterior eran el propio González Ortega[20] así como varios de sus generales y el licenciado Simón Guzmán, un destacado abogado liberal, diputado consti-

[16] Humberto Morales, "La resistencia republicana en Puebla 1862-1867", en Patricia Galeana, *et al.*, *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*, p. 603.

[17] Es decir, los enlaces entre ellos.

[18] Jesús de León Toral, *op. cit.*, p. 145.

[19] Roger Caillois, *La cuesta de la guerra*, 1975, pp. 133-135.

[20] Jorge Tamayo, *op. cit.*

tuyente y que, durante la Guerra de Reforma, había sido gobernador y comandante militar del Estado de México y luego diputado en el Congreso de la Unión. A finales de 1862, al saber que los franceses avanzaban sobre Puebla, conformó una unidad a la que él mismo equipó, con sus propios recursos, y con la que se unió a Comonfort para participar en las labores de ayuda a la plaza asediada.[21]

Así pues, este era el Cuerpo de Ejército de Oriente y las posiciones que tomó para la defensa de Puebla. Veamos ahora la composición del ejército francés:

El 1º de julio de 1862, el emperador de los franceses nombró un nuevo comandante en jefe de la expedición a México. Se trataba de un veterano de las guerras libradas por Francia en África, Crimea e Italia: el general Elías Federico Forey,[22] quien desembarcó en el Puerto de Veracruz el 25 de septiembre, al mismo tiempo que aumentaba el contingente de tropas invasoras, el cual, para enero de 1863, ya constaba de 28 116 soldados, 5 845 caballos y 549 acémilas. Del total de los efectivos franceses, 25 863 pertenecían al ejército de tierra y 2 253 a la marina de guerra.[23] Una vez establecido en Orizaba, Forey se tomó su tiempo para planear el avance sobre Puebla y no dejó pasar la oportunidad para lanzar el consabido manifiesto en el que reiteraba que Francia no había venido a hacer la guerra sino a ayudar a México. No fue sino hasta febrero del 63 cuando se inició, lentamente, el avance sobre Puebla. El historiador Alain Gouttman señaló que la parsimonia con que Forey llevó a cabo sus preparativos, le dio tiempo a González Ortega de terminar los suyos.[24] El 27 de febrero, el cuartel militar francés se encontraba ya en Quecholac. Su estructura era la siguiente: dos divisiones de infantería, la primera a las órdenes

[21] Ricardo Ramírez, "Resumen. D. Simón Guzmán", en *El Monitor Republicano*, año 36, núm. 40, 5ª época, 16 de febrero de 1886, p. 1.
[22] Jorge Tamayo, *op. cit.*, p. 975.
[23] Jesús de León Toral, *op. cit.*, pp. 141-143. Gouttman difiere de las cifras de León Toral y afirma que el número total de efectivos franceses llegó a ascender a 32 mil, de los cuales 27 mil entrarían en acción. Alain Gouttman, *op. cit.*, p. 131. Véase también Luis Chávez Orozco, *op. cit.*, pp. 11-13.
[24] Alain Gouttman, *op. cit.*, pp. 135-138.

del general François Achille Bazaine[25] y la segunda al mando del general Félix Douay.

La primera división estaba conformada por dos brigadas: la primera estaba al mando del general Neigre y estaba integrada por el 1er regimiento de zuavos, el 81 de línea, el 20 de cazadores a pie (aunque el general Toral dijo que era el 18), y el 1er batallón de tiradores argelinos. Es preciso aclarar aquí que con los nuevos contingentes habían llegado unidades de soldados egipcios y argelinos, habituados a operar en zonas de clima tórrido. La segunda brigada, comandada por el general Castagny, contaba con dos regimientos de zuavos (3º y 95 de línea) un batallón de cazadores a pie y otro de argelinos. Tenía también dos baterías de artillería de marina y montaña y una compañía de ingenieros.

La segunda división tenía dos brigadas: la primera, al mando del general L'Heriller, tenía dos regimientos de zuavos, el 99 de línea y el 1er batallón de cazadores a pie. La segunda, a cargo del general Berthier, era conformada por los regimientos 51 y 62 de línea, y el 7º de cazadores a pie. Contaba esta división con dos baterías de artillería: una montada y otra de montaña, con una compañía de ingenieros.

En cuanto a la caballería, se contaba con una brigada a las órdenes del general Mirandol, compuesta por dos regimientos (1º y 20) con cuatro escuadrones de cazadores de África cada uno.

La artillería, aparte de la que estaba integrada a las dos divisiones de infantería, se encontraba conformada por una batería de sitio con doce piezas y la de la Guardia Montada. Se ha considerado que el total de piezas era de 50 cañones rayados y cuatro morteros. El comandante de esta arma era el general Vernhet de Laumiére, quien murió durante el sitio, a consecuencia de una herida en la

[25] El general Bazaine era un personaje interesante puesto que había ascendido en el escalafón del ejército desde soldado raso. Sirvió, como varios de sus colegas, en Argelia, Crimea e Italia, así como en España durante las guerras carlistas a las órdenes del general Baldomero Espartero, por lo cual hablaba español. Al respecto véase Jorge Tamayo, *op. cit.*, pp. 944-945 y Jean Meyer, *Yo, el francés. Biografías y crónicas*, 2002, p. 26.

cabeza durante el ataque a San Javier, el 29 de marzo.[26] Había también un cuerpo de ingenieros con una compañía de zapadores y otra de pontoneros.[27]

Además, las fuerzas francesas contaban con el apoyo de aproximadamente 2 500 mexicanos a las órdenes de Leonardo Márquez y otros comandantes conservadores.

Cabe señalar que la decisión de avanzar sobre Puebla no estuvo exenta de disputas entre el alto mando francés y el embajador Dubois de Saligny, quien insistía en que se rodeara Puebla para avanzar directamente sobre la ciudad de México. El diplomático, fiel a su actitud de intrigante, no procedía con lógica militar y no podía entender que para el alto mando de la fuerza expedicionaria era cuestión vital vengar la afrenta del año anterior. No era sólo derrotar a un adversario sino lavar el honor mancillado.

Desarrollo del Sitio

Para el 16 de marzo, la fuerza expedicionaria se encontraba ante su objetivo y procedió a rodear la ciudad. Un disparo de cañón anunció a los defensores de la plaza que su adversario se hallaba frente a ellos. Forey —como se ha dicho— estableció el cuartel general en el Cerro de San Juan, a dos mil metros de la imponente mole del Fuerte San Javier cuya toma sería la primera misión. Forey se engañaba aquí pues creía que el fuerte era la llave del sistema defensivo planteado por González Ortega, mas pronto se percataría de que no era así. Los franceses habrían de librar en Puebla una guerra que desconocían, que salía de lo que se conocía como *leyes de la guerra* y que les costaría muy caro.

Entre el 13 y el 14 de abril, la caballería mexicana, con O'Horan a la cabeza, rompió el cerco y logró salir de la ciudad.[28] Fue una acertada decisión de González Ortega pues la efectividad de la caballería en la ciudad sitiada sería escasa si no

[26] Alain Gouttman, *op. cit.*, p. 145 y Fausto Marín Tamayo, *et al.*, *Puebla 1863. Diario de Guerra*, 1963, pp. 33-34.

[27] Jesús de León Toral, *op. cit.*, pp. 141-143 y Alain Gouttman, *op. cit.*, p. 136.

[28] Jesús de León Toral, *op. cit.*, pp. 157-158.

es que nula. Sería mucho más útil afuera, hostilizando al enemigo o combinada con las fuerzas de Comonfort para aliviar la presión sobre Puebla. La salida de los dragones mexicanos hizo ver a Forey la necesidad de estrechar el cerco y de inmediato ordenó que se comenzaran a cavar las trincheras paralelas, lo cual empezó el 23 de marzo, luego de una serie de combates entre la caballería de ambos ejércitos. Según Alain Gouttman, con esto empezó formalmente el Sitio de Puebla.[29] Ya hemos dicho que no era la primera vez que los franceses establecían un sitio en toda forma en un teatro de operaciones lejano. Sebastopol era el gran antecedente y había caído tras la toma del baluarte de Malakoff; por tanto, todo hacía suponer que el alto mando expedicionario cifraba sus esperanzas en la toma de San Javier. Era, de nuevo, la confianza en una victoria rápida. En los días siguientes, los zapadores franceses llevaron a cabo el trazado de las otras trincheras mientras su artillería bombardeaba con poco éxito las posiciones mexicanas al tiempo que los sitiados respondían con inusitado vigor. Los sitiadores descubrirían con asombro que los gruesos muros de los viejos conventos coloniales, convertidos en fortificaciones, resistían el intenso cañoneo. Así, el 29 de marzo se decidió el asalto a San Javier. Los invasores lograron penetrar hasta el interior, donde se libró una feroz lucha cuerpo a cuerpo; rechazados una y otra vez, los asaltantes volvían, hasta que el 30 de marzo pudieron poner pie en la fortaleza. Fue, sin embargo, una victoria pírrica, pues descubrieron que el baluarte era sólo una saliente de un intrincado sistema de casas y calles que deberían tratar de tomar una por una.[30] Así,

[29] Alain Gouttman, *op. cit.*, p. 140.

[30] Lo anterior recuerda lo ocurrido entre septiembre de 1942 y febrero de 1943 durante la batalla de Stalingrado en la Segunda Guerra Mundial. En esta función de armas, los soldados alemanes y sus aliados por un lado y los soviéticos por el otro, combatieron manzana por manzana y casa por casa. Para una visión general del desarrollo del sitio y de las penurias por las que atravesó el ejército invasor para conquistar cada posición véase Ralph Roeder, *op. cit.*, pp. 734-749. Véase también José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*, 1987, pp. 233-253 y José María Vigil, "La Reforma", en Vicente Riva Palacio, *et al.*, *México a través de los siglos*, T. X, s/f, pp. 106-113.

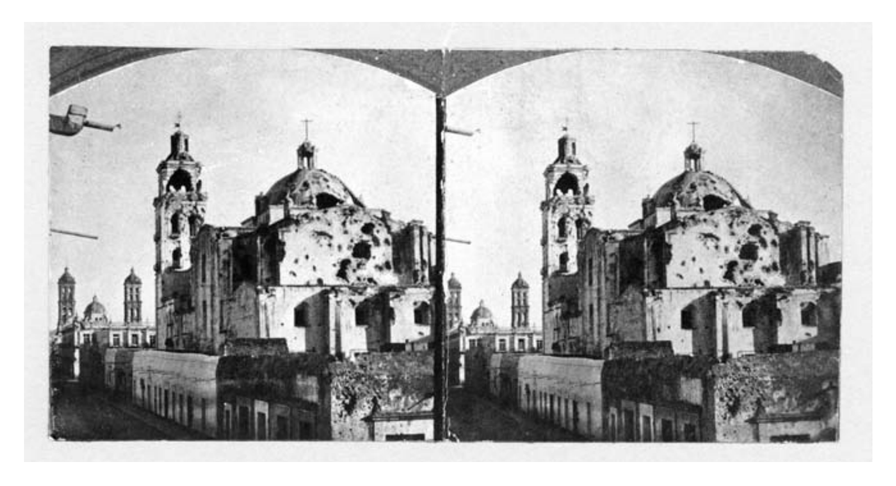
cuando atacaban las otras fortalezas eran recibidos por una lluvia de balas y metralla o con un rabioso combate cuerpo a cuerpo que los obligaba a retroceder con la consiguiente pérdida del terreno que habían ganado, y era menester volver a comenzar[31] (Figura 1). Lo mismo ocurrió durante los furiosos combates en los antiguos conventos de San Agustín y Santa Anita. En algún momento los ingenieros del cuerpo expedicionario plantearon la posibilidad de cavar túneles subterráneos pero cuando lo intentaron, sus zapadores tropezaban con la roca, de modo que la idea pronto fue desechada.[32]

Las semanas pasaban y Puebla no caía. Parecía que el fantasma de otra Zaragoza (recordemos que, después del 5 de mayo, la ciudad fue rebautizada con el apellido del vencedor) comenzaba a rondar a los franceses. En efecto, el amargo recuerdo de la ciudad española, dos veces sitiada por las fuerzas del primer Napoleón, medio siglo atrás, se hacía presente en la nueva *Grand Armeé* y otro fantasma comenzó a rondar: la posibilidad de tener que levantar el sitio y retroceder hacia Orizaba. Por ello, Forey intentó negociar con González Ortega proponiéndole el cese de las hostilidades si se unía a los franceses. La propuesta fue rechazada. Hemos comentado que posiblemente el plan de González Ortega era obligar a los franceses a detenerse ante los muros de Puebla, sabedor de que querrían vengar su honor agraviado. Si el Ejército mexicano lo detenía el tiempo suficiente, por lo menos hasta que comenzara la estación de lluvias y con buena parte de sus recursos ya consumidos, los invasores se verían obligados a levantar el sitio y retroceder. Sin embargo, para que este plan tuviese éxito, era menester contar con la plena colaboración del Cuerpo de Ejército del Centro. Comonfort y González Ortega se mantuvieron en constante comunicación y elaboraban planes para encontrar la manera de introducir víveres y parque en la plaza heroica.

[31] Alain Gouttman, *op. cit.*, p. 143.
[32] Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 738.

Figura 1

Templo de San Agustín. Fotografía estereoscópica, Rafael A. Alatriste. Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid, Puebla



Finalización del Sitio

Así las cosas en los primeros días de mayo. Las tropas de Bazaine frustraron el intento de Comonfort de introducir víveres en la plaza. El Cuerpo de Ejército del Centro fue destrozado y dispersado en San Lorenzo el 8 de mayo.[33] Los franceses hicieron numerosos prisioneros y capturaron gran parte de los víveres. Entonces se dieron cuenta de que en Puebla las cosas no iban bien: había problemas de abasto. Se percataron también de que con que apretaran el cerco, impidieran la entrada y la salida, y se pusieran a esperar, Puebla caería. No era, desde luego, un manera *heroica* de ocupar una plaza, no habría una segunda edición de Malakoff pero, en virtud del tiempo transcurrido, de los recursos consumidos y del impacto que podría causar la ocupación, cualquier estrategia era

[33] Sobre el desastre de San Lorenzo consúltese Rosalba Mejía Albarrán, "Jesús González Ortega en Puebla: entre la política y la defensa nacional", en Humberto Morales, *et al.*, *Puebla en la época de Juárez y el Segundo Imperio*, 2012, p. 146; Jesús de León Toral, *op. cit.*, pp. 164-167; Alain Gouttman, *op. cit.,* pp. 151-153; Luis Chávez Orozco, *op. cit.*, pp. 75-87; Ralph Roeder, *op. cit.,* p. 748; José María Vigil, *op. cit.*, p. 111.

válido ya. Mientras tanto, al interior de la ciudad, enterados del desastre de San Lorenzo, algunos comandantes como los jefes de división, sugirieron la posibilidad de abandonar la defensa y romper el sitio; sin embargo, el General en Jefe rechazó la idea.[34]

Para el día 15, la situación de los sitiados era ya apremiante, el parque estaba por terminarse[35] y no se veían señales de que se hubiese organizado en la capital una fuerza de socorro. Tras una junta con sus comandantes, González Ortega envío, el 16, al general González de Mendoza para sondear la posibilidad de una capitulación. Forey rechazó la idea y advirtió que sólo quedaba por delante la rendición.[36] Ese mismo día tuvo lugar la última junta de guerra, en la que se consideró la posibilidad de romper el cerco; finalmente se acordó entre los generales mexicanos la rendición.[37] Sin embargo, antes de entregar la plaza, el General en Jefe ordenó destruir el armamento y el poco parque que aún quedaba; asimismo, mandó quemar las banderas para que no cayeran en manos del enemigo, dispersó al ejército, avisó a Forey que la ciudad estaba a su disposición y, en las primeras horas del 17, junto con sus generales, jefes y oficiales, se dispuso a entregarse prisionero.[38] En el parte que rindió al gobierno nacional, González Ortega señaló que causó admiración entre los franceses ver cómo los oficiales mexicanos rompían sus espadas para no tener que entregarlas.[39] Así, los cañones de Puebla enmudecieron, la lucha había terminado. El 18 de mayo los generales mexicanos rechazaron en forma tajante un documento extendido por el alto mando francés para que lo firmaran y en el que se comprometían, bajo palabra de honor,

[34] Jesús de León Toral, *op. cit.*, pp. 167-168 y José María Vigil, *op. cit.,* pp. 111-112.
[35] Jesús de León Toral, *op. cit.*, p. 68.
[36] Al respecto, consúltense José María Vigil, *op. cit.*, p. 112 y Alain Gouttman, *op. cit.,* p. 153.
[37] *Supra*, nota 33.
[38] Lo anterior ha sido considerado un claro ejemplo de cómo se entrega una plaza cuya defensa ya no es posible continuar por más tiempo. Véase José María Vigil, *op. cit.*, pp. 112-113; Jesús de León Toral, *op. cit.*, pp. 168-169; Alain Gouttman, *op. cit.*, 153-154; Fausto Marín Tamayo, *et al.*, *op. cit.*, pp. 67-68, y Humberto Morales, *op. cit.,* p. 606.
[39] Fausto Marín Tamayo, *et al.*, *op. cit.*, p. 68.

a no salir del lugar de residencia que se les asignase, a no involucrarse en actos de guerra o políticos y a no tener contacto con sus allegados. Ante la negativa de los militares mexicanos, la respuesta del alto mando francés fue contundente: se decidió trasladarlos al puerto de Veracruz a fin de enviarlos prisioneros a Francia. Como es sabido, en el trayecto, varios lograron escapar.[40]

El 19 de mayo, dos días luego de la finalización del sitio, el Ejército francés, con su General en Jefe a la cabeza, hizo su entrada triunfal en Puebla. Cerca de un mes después, el 10 de junio, ocuparon la ciudad de México. Para los soldados invasores su honor parecía haber quedado limpio. Creyeron que la guerra había terminado.[41] Sin embargo, no sabían lo que les esperaba (Figura 2).

Figura 2
Franceses en Puebla. Fotografía estereoscópica.
Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



Conclusión

Sin recursos para defender la capital, el presidente Juárez decidió desocuparla para extender la defensa a todo el territorio nacional.

[40] Jesús de León Toral, *op. cit.,* p. 169; Ralph Roeder, *op. cit.,* pp. 749-750; José María Vigil, *op. cit.,* p. 114.
[41] Alain Gouttman, *op. cit.,* p. 163.

Al atardecer del 31 de mayo, el Congreso cerró sus sesiones y el presidente, junto con sus ministros, presenció, hondamente conmovido, cómo la bandera era arriada de Palacio Nacional. Al día siguiente, muy temprano, salió hacia el norte.[42] Así, comenzaba la resistencia en todo el país y proseguía la epopeya. En los años siguientes, el país vería surgir a miles de soldados-ciudadanos, como el propio González Ortega y varios defensores de Puebla que habían logrado escapar para sumarse a la resistencia republicana, y otros como el general y licenciado León Guzmán (hermano menor de Simón Guzmán),[43] diputado constituyente en 1856-1857, ministro de Juárez, soldado durante la Guerra de Reforma y quien, por encontrarse avecindado en Nuevo León, habría de comenzar a recorrer pueblos y rancherías del noreste para reclutar soldados defensores de la República.

Como ha podido verse, el sitio que tuvo lugar entre marzo y mayo de 1863 constituyó la verdadera batalla de Puebla por su duración, por la magnitud de las operaciones militares, el enorme esfuerzo y la inversión de recursos humanos, materiales y financieros que hubieron de realizar los contendientes, por el tamaño de los contingentes que tomaron parte en los combates y por el simbolismo que adquirió la citada plaza como la representación de la resistencia mexicana ante la invasión. Cabe precisar también que, tanto en la primera batalla de Puebla como durante el gran sitio, el alto mando francés cometió el mismo error: atacar los puntos más fuertes, si bien las razones en uno y otro caso fueron diferentes. En el primero, privó el exceso de confianza, la subestimación del rival; en el segundo, la decisión se basó en el afán de *lavar el honor abollado* un año antes. Pero, sobre todo, consideramos que la principal equivocación de los franceses fue creer que, finalizado el

[42] La narración que hace Ralph Roeder sobre la desocupación de la ciudad de México por parte del gobierno republicano es, a mi juicio, la más vívida y conmovedora, no sólo por la circunstancia en que tenía lugar sino porque era el indicador —cosa que los invasores no supieron leer— de que el presidente Juárez estaba decidido a resistir. No huía sino que sentaba las bases para la organización de la resistencia nacional a la invasión. Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 754.

[43] Jorge Tamayo, *op. cit.*

sitio, destruido el Ejército mexicano en su mayor parte y abierto el camino a la ciudad de México, la fase militar de la ocupación había terminado.

En cuanto a los mexicanos, como ha podido apreciarse, la decisión de esperar con pie firme en Puebla a los franceses, difiere en uno y otro caso. En 1862, la decisión se basó en que, perdidas las cumbres y con esto la posibilidad de frenar al invasor en la sierra y arrojarlo hacia la costa, Puebla era el último escalón de acceso a la capital de la República. En otras palabras, *tenía que ser allí* la batalla decisiva. Para 1863, como se ha visto, las condiciones habían cambiado: se abandonaron *de manera intencional* las posiciones de las cumbres y se decidió plantar batalla en Puebla con la esperanza de que, al establecerse el sitio, éste se prolongara, lo cual obligaría a los franceses a gastar más recursos de los que tenían considerados y, al acercarse la estación de lluvias, con el peligro de quedar aislados en el altiplano, se verían obligados a levantar el sitio y retroceder hacia sus posiciones originales. Como hemos observado, la derrota de San Lorenzo estropeó el plan y forzó la rendición del Ejército mexicano.

Así, perdida la plaza y con ella la posibilidad de detener al invasor antes de que se acercara a la capital del país, el gobierno de la República comprendió la necesidad de organizar y extender la resistencia. El presidente Juárez afirmó, en el manifiesto que lanzó a la nación tras su llegada a San Luis Potosí y en el que convocaba a los mexicanos a resistir, que los invasores deberían comprender que la República no estaba encerrada en Puebla ni en la ciudad de México, que concentrado en un solo sitio, sería débil en todas partes y que se enfrentaría a un pueblo decidido a defender su independencia. Concluía el presidente su manifiesto con una pregunta decisoria: "¿Qué pueden esperar, cuando les pongamos por ejército a todo nuestro pueblo, y por campo de batalla a nuestro dilatado país?"[44] Era el anuncio de la sangrienta lucha que habría de desarrollarse a lo largo de los siguientes cuatro años. La patria habría de contemplar emocionada cómo sus hijos se organizaban

[44] Ralph Roeder, *op. cit.*, p. 761.

para defenderla porque ahora sí, por primera vez, había un presidente, un gobierno, un país, un pueblo, unidos en una causa común, como en Puebla durante los aciagos meses de marzo, abril y mayo de 1863, hace ciento cincuenta años.

Fuentes Consultadas

Hemerografía

RAMÍREZ, Ricardo, "Resumen.- D. Simón Guzmán", en *El Monitor Republicano*, año 36, núm. 40, 5ª época, 16 de febrero de 1886, p. 1.

Bibliografía sobre la Intervención Francesa y el Sitio de Puebla

CHÁVEZ OROZCO, Luis, *El sitio de Puebla 1863*, México, Biblioteca de Historia Militar Mexicana, 3ª ed., 1942.

GARCÍA CANTÚ, Gastón, *La Intervención Francesa en México*, México, Clío, 1998.

GOUTTMAN, Alain, *La intervención en México 1862-1867. El espejismo americano de Napóleón III*, México, Educación y Cultura, Asesoría y Promoción S. C., Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Trama Editorial (Atlántica), 2012.

IGLESIAS, José María, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*, México, Porrúa (Sepan Cuántos…, 47), 1987.

LEÓN TORAL, Jesús de, *Historia militar. La Intervención Francesa en México*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México (Colección para el Congreso Nacional de Historia para el estudio de la Guerra de Intervención, 2), 1962.

MARÍN TAMAYO, Fausto, *et al.*, *Puebla 1863. Diario de guerra*, Puebla, Ediciones Culturales García Valseca, 1963.

MEJÍA ALBARRÁN, Rosalba, "Jesús González Ortega en Puebla: entre la política y la defensa nacional", en Humberto Morales, *et al., Puebla en la época de Juárez y el Segundo Imperio*, Puebla,

El Colegio de Puebla y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (Históricos), 2012.

MEYER, Jean, *Yo, el francés, Biografías y crónicas*, México, Tusquets (Tiempo de Memoria), 2002.

MORALES, Humberto, "La resistencia republicana en Puebla: 1862-1867", en Patricia, Galeana, *et al.*, *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*, México, Senado de la República, Gobierno del Estado de Puebla y Siglo XXI Editores, 2012.

ROEDER, Ralph, México, *Juárez y su México*, Fondo de Cultura Económica, 1980.

TAMAYO, Jorge, *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, T. 15, Libros de México, México, 1975.

VIGIL, José María, "La Reforma", en Vicente Riva Palacio, *et al.*, *México a través de los siglos,* T. X, México, Cumbre, s/f.

Bibliografía sobre la guerra

CAILLOIS, Roger, *La cuesta de la guerra*, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 227), 1975.

CLAUSEWITZ, Karl von, *De la guerra*, México, Colofón, 1999.

CORONA DEL ROSAL, Alfonso, *Diversos temas histórico-militares*, México, Grijalbo, 1989.

ENGELS, Friedrich, *Temas militares*, Madrid, Akal Editor, 1975.

LAFFIN, John, *Grandes batallas de la Historia*, Buenos Aires, El Ateneo, 2011.

MARTÍNEZ CARAZA, Leopoldo, *Léxico histórico militar*, México, INAH, textos Básicos y Manuales, 1990.

MARTÍNEZ TEIXIDÓ, Antonio, *et al.*, *Enciclopedia del arte de la guerra*, Barcelona, Planeta, 2001.

•

Capítulo 2

La heroica defensa de Puebla de 1863

General Jesús González Ortega, salvaguarda del honor de las armas mexicanas

Abraham Sánchez Vázquez*

En la conmemoración del 150 aniversario de la defensa de la ciudad de Puebla de 1863 es ineludible referir la participación del general zacatecano Jesús González Ortega, por recaer en su persona la inmensa responsabilidad de conducir al improvisado Ejército mexicano a través del mayor lance armado contra la invasión francesa a México. Dicho episodio militar ha sido tratado desde la óptica de la narrativa operacional, refiriendo en mayor o menor medida los partes de guerra existentes; también ha sido comparado con acontecimientos similares[1] o incluso se le ha minimizado y mencionado erróneamente.[2] Por ello, he creído necesario abordar la gesta militar desde una perspectiva distinta que, sin despojarla del elemento bélico, plantee las circunstancias políticas y económicas existentes antes y durante su prosecución.

* Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México.

[1] Jesús González Ortega, *La defensa de la Plaza de Puebla de Zaragoza en 1863: parte general que dió al supremo Gobierno de la Nación el C. General Jesús González Ortega* y Jesús Lalanne, *Estudio comparativo entre los Sitios de Puebla y México y Zaragoza en España escrito por Jesús Lalanne*, México, 1984, 262 p.

[2] Marco Antonio Flores Zavala, "Jesús González Ortega, entre los liberales y republicanos de Zacatecas (1850-1870)", en Patricia Galeana, (coord.), *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*, 2012, pp. 899-900. Dicho escrito reduce a una batalla el Sitio de Puebla de 1863 y asegura que la "derrota" de González Ortega desembocó en la entrega de la Angelópolis.

Siguiendo la trayectoria político-militar del general González Ortega se pueden advertir los intereses presentes en la defensa del país que intentó el gobierno liberal encabezado por el presidente Benito Juárez, no debiendo considerarse lo expuesto sino como una de tantas interpretaciones posibles al respecto.

Revalorar el Sitio de Puebla de 1863, más allá de homenajear a quienes ofrendaron sus vidas para defender el suelo patrio, es un medio para comprender con mayor profundidad y elementos el complejo siglo XIX mexicano.

Actores y escenarios. Jesús González Ortega y Puebla fortificada

Un punto medular para estudiar y explicar los sucesos acontecidos a partir de 1861 en México es no concebir al país como un Estado-nación estable ni mucho menos consolidado, pues multitud de factores impedían una cohesión, más o menos armónica, entre sus figuras políticas y sociales. Así, al colapso económico que la Guerra de los Tres Años supuso, habrá que sumar un exiguo desarrollo en infraestructura interna, una intermitente resistencia armada indígena, el incremento de poder e influencia de los caudillos estatales y el tenaz acecho que los remanentes del Ejército Restaurador ejercían en la mismísima periferia de la sede del gobierno juarista. Por otro lado, el Partido Liberal presentaba, durante el año de 1861, serias fracturas internas que le impidieron consolidar un gobierno capaz de resarcir las pérdidas de la guerra, imponer su autoridad frente a los poderes regionales, emprender de facto los preceptos de la Constitución de 1857 o al menos conservar a su personal durante un tiempo provechoso.

Tal cúmulo de circunstancias adversas se conjugaron e hicieron apremiante el cese del pago de la deuda externa, medida desesperada aprovechada por el imperio francés para concretar sus planes expansionistas en territorio mexicano por medio de las armas. Con semejante amenaza, en 1862 el general González Ortega

acudiría a combatir al invasor extranjero, al frente de las aguerridas guardias nacionales de Zacatecas. Mas es oportuno preguntar ¿quién era Jesús González Ortega en 1862? Era un militar formado en campaña, con gran prestigio por haber destruido al Ejército Restaurador del general Miguel Miramón en la que se considera la última batalla de la Guerra de Reforma o de Tres Años.[3] Pero también era un político elevado a la cúspide por sus triunfos militares en la guerra civil, que antagonizó abierta y enconadamente con el gobierno del presidente Juárez y, llegado el momento, le disputó el poder en las elecciones de 1861. Derrotado en los comicios, eventualmente accedió a la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, cargo que tenía anexado el de vicepresidente de la República, hecho que no hizo sino perpetuar la amarga discrepancia con el nacido en Guelatao. (Figura 3)

Figura 3
General Jesús González Ortega, *Carte de visite*.
Fototeca Antica, A. C./Colección Jorge Carretero Madrid



[3] "Jesús González Ortega al Ministro de Guerra, Hacienda de San Francisco, 22 de diciembre de 1860", en Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, en adelante AHSEDENA, exp. 4266, f. 2. La comunicación anunciaba la destrucción del Ejército restaurador en la batalla de Calpulalpan.

Y fue con la reputación de gran militar, declarado opositor político y sucesor constitucional del presidente Juárez, que asistió al campo de batalla, llegada la guerra de invasión, conduciendo al Ejército del Interior hacia Orizaba para destruir, junto al Ejército de Oriente, el núcleo del contingente francés antes de que fuera reforzado. La tentativa se vio frustrada cuando en la madrugada del 14 de junio de 1862, parte de su fuerza, posicionada en el Cerro del Borrego, fue desalojada por una compañía invasora que consiguió sorprenderla al amparo del velo de la noche y del cansancio de los vigías del punto.[4] Después de tan desgraciado evento, el general Zaragoza optó por abandonar la guerra ofensiva, por la alarmante escasez de recursos y lo malsano del clima.[5]

Esta derrota, sumada a la de Barranca Seca,[6] pronto desdibujó las prometedoras expectativas creadas por el triunfo del 5 de mayo respecto de una efectiva campaña a campo abierto, expeditando el general Zaragoza la fortificación de la ciudad de Puebla. Incrementar el poder defensivo de la población aprovechaba su valor estratégico, al ser un punto obligado para llegar a la ciudad de México, y los reducidos recursos humanos y materiales disponibles para emprender una obra capaz de lidiar con un Ejército francés mayor al diezmado anteriormente. Pero la muerte de Zaragoza, acaecida el 8 de septiembre de 1862, delegó permanentemente el mando del Ejército de Oriente y la responsabilidad de convertir a Puebla en una plaza fuerte al general Jesús González Ortega. En este punto es necesario realizar algunas reflexiones con respecto

[4] Para mayores detalles de dicha acción militar consultar Manuel García Sela, "El cerro del Borrego y el sitio de Puebla", en Jesús Rodríguez Frausto, *et al.*, *La Reforma y la guerra de intervención*, 1963, p. 117, y Aurelio Robles Castillo, *Benito Juárez y su yo: verdades históricas mexicanas*, 1967, p. 4.

[5] "Zaragoza a Ignacio Mejía, Tecamaluca, 15 de junio de 1862" y "Zaragoza a Ignacio Mejía, Ixtapa, 17 de junio de 1862", en Ignacio Zaragoza, *Cartas al general Ignacio Mejía,* pp. 132, 133.

[6] Miguel A. Sánchez Lamego, "El combate de Barranca Seca", en *Historia Mexicana*, V. XIV, núm. 3, enero-febrero 1965, pp. 469-487. La acción se libró el 18 de mayo de 1862.

a la elección del general zacatecano como General en Jefe y de la Angelópolis como el principal frente de combate.

El general Ortega fue el único señalado por el gobierno para remplazar en el mando a Zaragoza, cuando éste solicitó ser relevado del cargo por la gravedad de su enfermedad,[7] siendo lícito concluir que su prestigiosa trayectoria militar, con victorias como Calpulalpan y Jalatlaco,[8] sus dotes de organización, que hicieron de Zacatecas el bastión de la causa liberal, y estar en el teatro de operaciones, fueron razones suficientes para justificar la designación.

Sin embargo, la decisión del gobierno federal pudo tener razones menos prácticas para fines bélicos y estrechamente relacionadas con acontecimientos políticos, y en el campo de la especulación, quizá pretendió conservar en campaña a la División de Zacatecas, cuya presencia en el conflicto era, cuando menos, endeble, al recordar que en septiembre del año de 1861 fue separada del Ejército Liberal a consecuencia de las pretensiones del presidente Juárez de controlarla removiendo de su jefatura al general González Ortega.[9] Por ello, permitirle una posición clave en la guerra extranjera a este último, además de retener al cuerpo armado zacatecano, era una oportunidad de minar la influencia de un abierto detractor político, si éste fracasaba en la dirección del Ejército de Oriente, mientras que si conseguía sobreponerse a tan compleja tarea, las armas nacionales se volverían a cubrir de gloria, por lo que sin importar el resultado, la elección era provechosa. Y aún más, esa elevada y comprometida comisión bien podría mostrar la lealtad del militar de circunstancias al gobierno liberal, o cuando menos al presidente Juárez, en tanto que existían antece-

7 "Ministro de Guerra y Marina a Ignacio Zaragoza, México, 22 de julio de 1862", en Jesús de León Toral, *Historia documental militar de la intervención Francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, 1967, p. 119.

8 "Jesús González Ortega al Ministro de Guerra, México, 22 de agosto de 1861", en AHSEDENA, exp. 8348, f. 2. A nueve días de su victoria sobre las fuerzas del general conservador Leonardo Márquez, 13 de agosto, González Ortega rindió su parte de guerra pormenorizado.

9 "Ignacio Zaragoza a Jesús González Ortega, México, 27 de septiembre de 1861", en Archivo General de la Nación-Colección Genaro García-Colección Jesús González Ortega, en adelante AGN-CGG-CJGO, rollo 42, f. 66.

dentes, como el ofrecer que el nacido en Guelatao abandonaría la Presidencia para terminar la Guerra de Reforma en septiembre de 1860[10] o la comunicación de junio de 1863 con Saligny,[11] que lo señalaban como un sujeto proclive a obrar por cuenta propia.

Pero en su independencia, Jesús González Ortega siguió los designios de su antecesor para fundar la defensa del país en la fortificación de Puebla, e incluso pudo optimizarla en función de los recursos existentes, que, por cierto, eran escasos. Brindar una muestra de la estrechez pecuniaria en que se libraba la guerra extranjera es fundamental para comprender y evaluar con el mayor número de elementos la trascendencia y proporción del Sitio de Puebla de 1863, la más grande acción militar de la invasión francesa. Y no es en las comunicaciones oficiales donde se advierte la condición guardada por el Ejército mexicano, pues no era extraño que los oficiales falsearan información para defraudar dividendos, sino en los testimonios de observadores de la época, como el consignado por quien llegaría a ser ministro de la Suprema Corte de Justicia, Silvestre Moreno Cora, al describir los despojos de la División de Zacatecas concluida la batalla del Cerro del Borrego:

> Una brigada al mando del general de la Llave llegó en la noche al cerro y otros subieron a la media noche y llegaron hasta la cumbre del cerro sin ser sentidos. Aquellos infelices que según se dice habían hecho una larga jornada sin tomar alimentos, despertaron al sentirse rodeados, y estando divididos en dos secciones, unos a otros se balearon, sin saber lo que hacían en el aturdimiento en que se hallaban. Se contaban algunos

[10] "Jesús González Ortega a Santos Degollado, San Pedro, 26 de septiembre de 1860", en AGN-CGG-CJGO, Rollo 41, V. 2, f. 263. El general conservador Severo del Castillo, en conferencia de paz, tuvo como una de sus condiciones para deponer las armas y entregar la plaza de Guadalajara, que se removiera al presidente Juárez. González Ortega la aceptó sin consultar al gobierno, pero Castillo presionó con nuevas demandas hasta terminar cualquier esperanza de un arreglo pacífico.

[11] Jesús de León Toral, *op. cit.*, p. 115. González Ortega, como simple ciudadano y en vísperas del ataque mexicano sobre Orizaba, envió una carta al representante francés con esperanza de resolver el conflicto de manera pacífica sin resultado positivo. Dicha acción la hizo sin conocimiento del gobierno del presidente Juárez.

> cadáveres, se les encontró un puñado de maíz en la bolsa del pantalón, que era el único alimento que habían tomado en todo el día.[12]

Las guardias nacionales de la ciudad minera se distinguieron durante este periodo por ser las más aguerridas, disciplinadas y mejor equipadas, sólo comparadas con las de un estado tan próspero como Guanajuato;[13] y a pesar de ello, sus soldados, ¿sólo llevaban tan frugal rancho? Esa era la condición en que los improvisados soldados mexicanos enfrentaron al enemigo, con carencia de recursos materiales e instrucción.

No sin fundamento se puede afirmar que en general los episodios bélicos de la invasión se libraron y resolvieron en estricta función de cuestiones financieras, y raramente se conjugaron las limitaciones económicas con las ventajas estratégicas, siendo uno de los méritos de la gestión de González Ortega el conseguirlo desde que tomara el mando. De esta manera sabemos, por el informe[14] que rindió al gobierno federal el 8 de noviembre de 1862, que resguardó sólo una de las dos rutas que podía tomar el ejército invasor, Veracruz-Córdoba-Orizaba-Puebla, con tropas ligeras que pudieran aglomerarse si la ocasión lo ameritaba, limitando su radio de acción debido a la escasez de efectivos y buscando ante todo batir al enemigo por superioridad numérica. Asimismo, consignó la imposibilidad de practicar una ofensiva a gran escala, ya que alejarse de las fortificaciones de Puebla, con un vasto contingente, expondría a la metrópoli a caer en poder del adversario de efectuar éste una enérgica marcha. Por otra parte, en palabras del propio zacatecano, una acción en campo abierto carecía de probabilidades de éxito, siendo crucial el respaldo de los parapetos y

[12] Silvestre Moreno Cora, *Memorias del ministro Silvestre Moreno Cora*, p. 228.

[13] Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo*, p. 369. Así describe Sierra a los contingentes militares estatales: "puesto que era la magnífica división de Guanajuato, perfectamente organizada y armada, apenas inferior a la de Zacatecas de que disponía González Ortega".

[14] "Jesús González Ortega a Juan A. de la Fuente, Puebla, 8 de noviembre de 1862", en Genaro García, *Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos. El sitio de Puebla en 1863; Causa contra el Gral. Leonardo Márquez*, p. 465.

fortalezas poblanas para las milicias nacionales. Es oportuno asentar que a pesar de comunicar al gobierno las mínimas posibilidades de salir airoso en un lance al descubierto, ofreció tomar la ofensiva si se le ordenaba.[15]

Sin recibir orden alguna en ese sentido, su plan defensivo prosiguió, y la fortificación de Puebla se realizó, a marchas forzadas y con materiales improvisados, obedeciendo una idea de "defensa en profundidad"; esto es, presentar tres líneas de protección. La primera se integró por los fuertes Guadalupe, Zaragoza, Ingenieros, Iturbide, Demócrata y Loreto, que circunvalaron la ciudad y estaban alejados del centro de la misma en promedio 1 200 metros. No eran de grandes dimensiones y, además de servir de fortificaciones, operarían como baterías de artillería y puntos de apoyo para la infantería, con obras intermedias, de menor valor defensivo, al resguardo de los intervalos entre los seis. La segunda línea, denominada "Línea Exterior", estaba constituida por una fortificación que limitaba perimetralmente las manzanas de la ciudad que estuvieran totalmente edificadas y prevendría que el enemigo pudiera penetrar por los espacios entre los fuertes. La tercera línea, llamada "Línea Interior", estaba formada por un núcleo central habitado, que empleó los edificios como obras defensivas, con intención de resistir ahí hasta el final. Sin embargo, por fortificaciones levantadas a toda prisa y con los más distintos materiales, no debe otorgarse a Puebla el estatus de una plaza de primer orden, no estimándola, el mismo González Ortega, ni siquiera de tercer nivel.[16]

[15] Ídem, p. 468.

[16] Jesús González Ortega, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto a la defensa de la plaza de Puebla el ciudadano General Jesús González Ortega*, 1963, p. 64. De acuerdo con el general González Ortega: "La plaza […] no sólo no tenía las condiciones que requiere el arte para ser plaza de primer orden, pero ni aun las indispensables para que pudiera considerarse como de segundo o de tercero".

Así se describen los tipos de fortificación: "Fortificación de campaña es la construida por las propias fuerzas en el teatro de operaciones, obedece esencialmente a fines tácticos y en su construcción se emplean principalmente materiales de fortuna. Fortificación permanente es aquella construida en tiempos de paz, obedeciendo a fines estratégicos; realizada con los medios más resistentes y planeada detalladamente", en Carlos A. Martínez de Anda, *Diccionario naval*, p. 219.

Con la ciudad parcialmente protegida, el zacatecano, al saber que el Ejército del Centro acudiría al teatro de la guerra, se entrevistó a inicios de febrero de 1863 con el general Ignacio Comonfort, líder de dicha falange, para proponerle la unificación de mandos dependiendo de hacia dónde se dirigiera el ataque francés. Así, la jefatura sobre ambos contingentes recaería en González Ortega si los invasores atacaban Puebla, y sobre el poblano si optaban por marchar sobre la ciudad de México.[17] De aplicarse la propuesta habría expeditado las acciones militares como correspondía a un estado de guerra, en el que aun las comunicaciones se dificultan y exponen a los contingentes a desaprovechar fugaces ventajas sobre el adversario, malogrando combinaciones y haciéndoles caer derrotados. Pero, elevada la sugerencia al gobierno, la respuesta del presidente Juárez fue dada a conocer[18] a los generales el 10 de febrero de 1863, determinando que los ejércitos de Oriente y Centro obrarían de manera independiente, excepto cuando concurrieran a una acción conjunta acordada mutuamente por sus respectivos jefes.[19]

El combate se acercaba y la ciudad de Puebla se encontraba en condiciones de resistir al invasor, tal y como lo comprobó el ciudadano presidente durante la parada militar a la que asistió el día 2 de marzo en Puebla.[20] Ahí se presentó al Ejército de Oriente que habría de batirse por la soberanía nacional, siendo un testimonio invaluable el rendido por Tirso Rafael Córdoba:

> Con algunos días de anticipación se expidieron las órdenes competentes a fin de que los cuerpos apareciesen lo más uniformados que posible fuera. [...] La tropa toda apareció vestida con uniformes nuevos y de varios colores [...] esta vez suprimieron los jefes juaristas el calzado de

[17] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 36.

[18] "Miguel Blanco, ministro de Guerra, a los generales en jefe de los Cuerpos del Ejército del Centro y Oriente, México, 10 de febrero", en Genaro García, *op. cit.*, p. 496.

[19] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 37.

[20] "Benito Juárez al Ejército de Oriente, Puebla, 2 de marzo de 1863", en Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, T. VII, p. 382.

> los soldados, circunstancia que formaba un ridículo contraste con el resto del equipo.[21]

Al asentar la descripción de los soldados liberales, Córdoba tenía la intención de ironizar sobre la condición que guardaban, y sin embargo, es gracias a ello que la epopeya del asedio de la ciudad de Puebla alcanza cotas heroicas. ¿Cómo si no exhibiendo un valor y disciplina inusitada pudo un ejército improvisado y apenas aprovisionado contener a una maquinaria bélica como la francesa por dos meses? Cierto, los soldados mexicanos no contaban con los recursos del invasor, pero demostrarían que eran capaces de defender la tierra en que nacieron a sangre y fuego.

Entre el fuego enemigo y el fuego aliado. Ganando un lugar en la historia

Es mi intención referir la actividad desplegada por el zacatecano durante su gestión del Ejército mexicano mejor organizado y equipado hasta esa fecha. No deben, sin embargo, esperarse detalles de narrativa operacional, pues más que guerrera, la participación de González Ortega se enfocó en hacer valer su autoridad en contra de las más adversas circunstancias. Con respecto a estas últimas, una de gran peso fue la superioridad numérica del Ejército francés, que aunada a su patente letalidad en campo abierto, se advertía como un obstáculo solamente superable por la protección de los parapetos poblanos y la congregación de lo más florido del Ejército mexicano, leal al gobierno del presidente Juárez.

De esta manera, sumando 22 mil soldados, con 172 piezas de artillería y dirigidos por reputados jefes militares, como los generales Felipe B. Berriozábal, Miguel Negrete, Florencio An-

[21] Tirso Rafael Córdoba, *El sitio de Puebla: apuntes para la historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, p. 90.

tillón, Francisco Alatorre, Ignacio de la Llave, Tomás O'Horan y Francisco Paz, no parecía tan dispar la confrontación con un contingente francés de 28 126 hombres, con 50 piezas de artillería y sus 1 300 infantes, 1 100 jinetes y 50 artilleros conservadores que le acompañaban. Sin embargo, a pesar de las cifras de cada ejército, no deben de considerarse como equiparables, ya que con una diferencia de aproximadamente seis mil soldados, las tropas francesas eran profesionales, precedidas de brillantes campañas y sostenidas por enormes caudales, mientras que las del Ejército de Oriente eran mayoritariamente milicias estatales, sin la disciplina o instrucción para poder considerarse un ejército regular, y asistidas con los exiguos recursos que un país recién salido de una guerra civil les podía brindar.

Con tan insalvables diferencias, el invasor se presentó en las inmediaciones de Puebla, el 9 de marzo, y el general González Ortega emprendió diversas acciones, desde decretar el día 10 en estado de sitio a la ciudad,[22] hasta exhortar el día 14 a sus habitantes a abandonar sus hogares para salvaguardar sus vidas.[23] Sin embargo, no hostilizó el avance francés, omisión considerada como fruto de su impericia militar, lo que permitió a los galos, entre el 15 y 18 de marzo, ocupar los puntos de Amozoc, Ánimas, Chachapan, Amalucan, Las Navajas y el cerro de San Juan. Pero no disputar esta última posición y el resto, fue por considerar que una salida sobre una fuerza superior en terreno abierto conduciría a las tropas mexicanas a un descalabro, mermando prematuramente la moral de la guarnición, aunado a que se había dejado fuera del plan de batalla la eminencia por la falta de recursos para acondicionarla, demostrando el desarrollo del sitio la verdadera trascendencia de su pérdida.

[22] "Jesús González Ortega general en jefe del Ejército de Oriente y comandante militar del estado de Puebla a sus habitantes, Puebla, 10 de marzo de 1863", en Archivo Digital del Centro de Estudios de Historia de México CARSO, en adelante ADCEHM CARSO, fondo XXVIII-1, carpeta 5-7, documento 402. El decreto, además, declaraba la pena de muerte, sólo previa identificación de la persona, a los crímenes de robo, homicidio y de similar naturaleza.

[23] "Jesús González Ortega general en jefe del Ejército de Oriente y comandante militar del estado de Puebla a sus habitantes, Puebla, 14 de marzo de 1863", en ADCEHM CARSO, fondo XXVIII-1, carpeta 5-7, documento 403.

Iniciado el cerco, y mientras se estrechaba, buscó González Ortega engrosar las existencias de comestibles e hizo salir, el 21, a los generales Carbajal y Rivera, con sus caballerías, a conseguirlos, siendo refundidos en el Ejército del Centro, por orden del gobierno, sin haber cumplido su misión. Fracasada la introducción de víveres, y tras la caída del Fuerte Iturbide, también llamado San Javier, el 29 de marzo, el zacatecano, por medio de los vicecónsules de Estados Unidos y Prusia, intentó que el general Forey permitiera la salida de la ciudad de Puebla a mujeres, niños y familias indefensas. La negativa del líder galo fue contundente: ¿por qué habría de aligerar el número de bocas que alimentar en una plaza sitiada? Ante tal respuesta del general invasor, Ortega comunicó al general Comonfort, al gobierno y a la nación entera, su resolución: "El general francés cree que por el terror de las familias obligará a la guarnición a rendirse, mas si esto cree, se equivoca, pues los soldados que mando, y yo muy particularmente, estamos resueltos a defender manzana por manzana y edificio por edificio aunque todo quede convertido en ruinas".[24]

La toma de la iglesia de Guadalupe por fuerzas francesas, el 31 de marzo, respaldó con hechos su afirmación, cuando recibió la visita del general Berriozábal, el 1º de abril, para proponerle lo conveniente que sería abandonar la defensa de la plaza, negándose a acceder el General en Jefe del Ejército de Oriente a menos que una suprema necesidad justificara dicha medida.[25] El general Francisco Paz, comisionado por Berriozábal y otros generales, insistió en que se abandonara Puebla y el general Ignacio de la Llave argumentó que rota la primera línea de defensa, no quedaba sino conservar al Ejército de Oriente.[26] Mientras el aplomo de sus subalternos se desmoronaba, Ortega se mantuvo firme, asegurando que defendería la plaza a todo trance, obteniendo una victoria o

[24] "González Ortega a Ignacio Comonfort, Puebla, 31 de marzo de 1863", en Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 72.
[25] Ídem, p. 81.
[26] Ibídem.

sacrificando honrosamente a los soldados que mandaba.[27] Y es que abandonar la defensa de la ciudad no era solamente contravenir las disposiciones dictadas por el gobierno general; era dilapidar recursos humanos y materiales, que se conservaban única y exclusivamente por la protección de los parapetos, despreciar meses de trabajo y ofrecer al invasor una plaza fortificada desde la cual dirigir su marcha sobre la ciudad de México y el interior. Resuelto a proseguir, la nueva línea de defensa se extendió desde los redientes Hidalgo hasta el Fuerte Demócrata en su extremo derecho. Esta línea mostró su eficacia cuando se consiguieron rechazar, los días 2, 3, 4 y 6 de abril, incursiones francesas sobre San Marcos y San Judas Tadeo, pues la artillería gala se vio imposibilitada a obrar con la impunidad con que lo había hecho por temor a dañar a sus infantes, iniciando así el combate manzana por manzana y edificio por edificio prometido por el general González Ortega.

Pero si el enemigo había sido diezmado, las vituallas de la guarnición se agotaban, y aunque el General en Jefe envió a O'Horan con sus 1 500 jinetes a conseguirlas el día 14, sólo obtuvo que se retuviera dicha unidad por el Ejército del Centro. Lo anterior, sumado a la pérdida de otra porción de la ciudad, Cocheras de Toledo, el día 19, incitó a una nueva reunión de generales, no solicitada, a la que acudieron Berriozábal, Miguel Negrete, Florencio Antillón, Ignacio de la Llave y Miguel Auza, el 21 de abril. Éstos pidieron cesara la defensa de la ciudad, amenazando con renunciar a sus empleos si no se hacía así, pues sólo con ello se salvaría al Ejército de Oriente y con él las instituciones democráticas y la independencia de la República. Y ofrecieron sus firmas para salvar la responsabilidad del General en Jefe con respecto a la permanencia del Ejército de Oriente en la plaza o, en otras palabras, para amparar su desobediencia. Ortega consideró que poco valían los recursos materiales si a cambio se salvaguardaba el honor de

[27] Ídem, p. 82. Así lo dejó asentado en su parte general: "añadiendo a todo esto mi modo de ver la cuestión de armas entre México y Francia, respecto de la cual le decía: que yo creía conveniente el sacrificio heroico del cuerpo de Ejército de Oriente, siempre que la suerte no nos fuera propicia, para salvar el decoro de nuestras armas".

México rechazando las firmas, pues conocía su responsabilidad y sólo deseaba cubrirla obrando de acuerdo con las necesidades y las órdenes del gobierno, y por ello la ciudad se abandonaría cuando los víveres y municiones se agotaran por completo, pues entonces, y sólo entonces, habría cumplido el Ejército de Oriente su misión. Pues, en palabras del zacatecano:

> yo también estaba convencido de que la plaza se perdería más tarde o más temprano, atendiendo al estado de aislamiento en que se hallaba, y a los víveres y municiones que tenía en sus almacenes; pero que también lo estaba de que su pérdida no sería sino de una manera honrosa, y en estos términos: perdiendo la ciudad convertida en un montón de escombros, o dueños sus defensores de los fuertes y edificios de ella, decirle a los franceses cuando llegara este caso: "La necesidad marcó el hasta aquí a la defensa de Puebla; dueños los mexicanos de la plaza, te la entregan cuando no la pudiste tomar, y te la entregan cuando ya no tienen víveres que comer, ni municiones que gastar".[28]

Obstinados en la pertinencia de sus argumentos, los generales no abandonaron su contraposición hasta que González Ortega declaró que si estaban convencidos del bien a la nación que traería precipitar la salida, aceptaran sobre sí toda la responsabilidad, levantando un acta en la que lo desconocieran como General en Jefe y otorgaran el mando a quien más creyeran conveniente.[29] Llegados a este punto, ninguno de sus detractores accedió.

Con estrechez de vituallas y fisuras en la unidad de mando, prosiguió la defensa, y abandonada la manzana de San Judas Tadeo por las fuerzas mexicanas, el 24 y 25 de abril el invasor hizo volar parte de la ciudad con minas, asaltando inmediatamente los edificios afectados. Sin embargo, también en esta tentativa vio sus esfuerzos frustrados al estrellarse su infantería contra la valiente guarnición, que no cedió ni un metro sin combatir hasta rechazar al enemigo. Para el 29 de abril, la situación de la plaza era desesperada y no por el legendario arrojo y valentía del Ejército

[28] Ibídem.
[29] Ídem, p. 105.

francés, pues tras 45 días de asedio sus cañones y bayonetas habían conquistado sólo ruinas a costa de grandes pérdidas, sino por haberse acabado parcialmente los alimentos. Frente a semejante inconveniente, se mandó sacrificar caballos y mulas para el rancho de los soldados,[30] y cumpliendo con lo ofrecido, el General en Jefe dispuso la salida del Ejército de Oriente de la plaza, solicitando el apoyo del Ejército del Centro. Pero la respuesta de Comonfort fue la terminante orden del gobierno para esperar un reabastecimiento, que si fuera frustrado, daría paso a la salida de la guarnición al amparo de las armas del Ejército del Centro, librándose una acción conjunta, bajo el mando del general González Ortega, solamente como último recurso.[31]

La desesperación por tan inaudita defensa no sólo pesaba sobre la guarnición mexicana: el general Forey, el 7 de mayo de 1863, externó a su contraparte mexicano que la defensa de Puebla era bárbara y reprobada por la civilización moderna, pues la ciudad entera estaba convirtiéndose en escombros, cuando en Europa, durante los sitios modernos, se acostumbraba que una vez rota la línea exterior de la plaza asediada, los beligerantes entraran en arreglos para una capitulación, y que él estaba dispuesto a concederla. Incluso ofreció soluciones a la ruinosa guerra, como que González Ortega se hiciera presidente de la República o que se llamara a nuevas elecciones para elegir presidente, contando en la realización de cualquiera de ellas con el respaldo del Ejército francés. Y no cifrando un buen resultado sólo en la ambición del zacatecano, pretendió intimidarle al enterarlo de que permanecería frente a los muros de Puebla indefinidamente pues sabía, por algunas familias que habían salido de la misma, que los víveres estaban por concluir.[32] Mas la prosecución de la defensa de Puebla diezmaba recursos humanos y materiales al invasor y proporcionaba tiempo para que se reunieran nuevos elementos con los que enfrentarlo, ya en la ciudad de México

[30] Francisco del Paso y Troncoso, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, 1972, p. 333.
[31] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 125.
[32] Ídem, p. 133.

o en cualquier otro escenario de la República, justificando, si no para una "civilización moderna", sí ante la nación mexicana, cualquier acción por resistir a los sitiadores, por singular y contraria que fuera a los usos castrenses europeos.

González Ortega declinó el ofrecimiento, afirmando carecer de autoridad para celebrar arreglo alguno, aunado al hecho de que hacerlo en los términos expuestos era aceptar la injerencia de Francia en la política mexicana e incluso convertirse en usurpador. Así, sólo quedaba resistir hasta que los auxilios del Ejército del Centro arribaran, pero esta esperanza se desvaneció cuando dicha falange fue sorprendida y derrotada el 8 de mayo en el pueblo de San Lorenzo, ascendiendo sus bajas a casi dos mil hombres.

La derrota del general Comonfort propició que los generales Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre y de la Llave, previa celebración de una junta secreta, dirigieran una comunicación, en la madrugada del 10 de mayo, al general Ortega, en la que por tercera ocasión solicitaban abandonar la plaza, ofreciendo eximirlo de toda responsabilidad y rehusándose a celebrar una capitulación.[33] Fue entonces que el General en Jefe del Ejército de Oriente anunció que el sitio, por fin, sería roto, el día 14, al considerar agotadas las instancias para proseguir la defensa, con lo que su compromiso con el gobierno y con la nación quedaba satisfecho. Pero la imposibilidad de asistencia por parte del Ejército del Centro, incluso en una maniobra de distracción,[34] la solidez de los parapetos franceses y el número de fuerzas enemigas que podrían congregarse a la brevedad en un solo punto,[35] le hicieron convencerse de que una salida a viva fuerza carecía de probabilidades de buen éxito. El día 15 de mayo, con el tronar de cañones como fondo, el zacatecano convocó a una junta de guerra a sus generales, en la que se llegó al acuerdo de no solicitar una capitulación, pero sí buscar que el enemigo concediera una salida digna al Ejército de Oriente de

[33] Ibídem.
[34] Ídem, p. 140.
[35] Ídem, p. 143.

la plaza. González Ortega declaró entonces que no importaba lo que el general francés concediera, pues el honor del Ejército de Oriente y de la nación ya estaba a salvo, pero que si acaso no se dispensaba la salida de la guarnición, estaba resuelto a mandar destruir todo el armamento de la plaza y a disolver al Ejército de Oriente, entregando prisionero y sin garantías al cuadro de generales y oficiales.[36]

Así de acuerdo, el general Mendoza fue enviado tras líneas enemigas el día 16 de mayo con la supuesta misión de arreglar un armisticio, pero con intención de sondear la disposición de Forey a condescender a las intenciones de la guarnición.[37] Al atardecer, Mendoza volvió del campamento enemigo e informó que Forey no permitiría la salida del Ejército de Oriente, resultado obvio si se atiende a las circunstancias en que se pretendía realizar dicha acción: esto es, salir con todos sus elementos de guerra y dirigirse a la ciudad de México, concluyendo con su llegada todo compromiso con el Ejército francés.

¿Y qué ganaban los franceses con ello? Lo mismo debió preguntarse el general Forey al rechazar la pretensión mexicana, pues equivaldría a, según las propias palabras de dicho jefe: "cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy muy seguro que antes de diez días tendría de nuevo en batalla, contra las huestes francesas, al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad".[38] Ofreció, a cambio, conceder la salida con honores militares sólo si el Ejército de Oriente permanecía neutral hasta que el Ejército francés derribara al gobierno de Juárez.[39]

Ninguna de las partes ofrecía un trato realizable, convocando González Ortega, al anochecer del 16, a una nueva asamblea de jefes en la que, después de saber que en toda la plaza no existían municiones de artillería sino para un fuego de dos horas, les informó lo acontecido en la reunión con Forey. En consecuencia, sin

[36] Ídem, p. 147.
[37] Ídem, p. 149.
[38] Ídem, p. 151.
[39] Ibídem.

víveres o municiones, no quedaban, de acuerdo con el General en Jefe de la plaza, sino dos soluciones para dar un fin digno al sitio: romper el cerco o disolver al Ejército de Oriente, destruyendo su armamento y sus almacenes y entregando el cuadro de oficiales sin garantía alguna. El zacatecano se inclinaba por la disolución del ejército pues además de considerarla más honrosa que la salida, para llevar a cabo esta última existían obstáculos estratégicos y logísticos insuperables.[40] Conociendo la obstinación de algunos de los presentes, aseguró que si la mayoría optaba por romper el cerco, se haría de ese modo, quedando los nombres de quienes así pensaran consignados en el acta que se levantaría de la reunión: "pues quería dejar, a los que opinaban de esta manera, la gloria de haber iniciado este pensamiento, y la gloria también de sus resultados, pues por mi parte, no quería aceptar sino la responsabilidad de la ejecución del mismo pensamiento".[41]

Ninguno tomó el ofrecimiento y en la madrugada del 17 de mayo, González Ortega redactó su orden para verificar la desaparición del Ejército de Oriente, contemplando la destrucción de todo el armamento de la plaza, para que no pudiera ser utilizado por el invasor, la disolución de la guarnición, con la expresa advertencia de que seguían obligados a defender al país, y la elevación de la bandera blanca a las 5:30 horas.[42] Si el licenciamiento del cuerpo que había protegido la ciudad de Puebla constituía un hecho sin precedentes en los anales de la historia militar, la nota que el general González Ortega escribió a Forey le ganó la admiración del propio enemigo y un lugar en la posteridad:

[40] Estos son los inconvenientes que el general Ortega encontraba para romper el cerco: "porque faltaban caminos para emprender la salida; porque nuestra artillería movible carecía de la potencia necesaria para abrir brechas en los parapetos levantados por el enemigo; porque ya no había las municiones suficientes para romper el sitio y sostener una o dos batallas campales que procuraría darnos el enemigo, cuando nos viera al otro lado de su línea y en dirección a México, Tlaxcala, Izúcar o Acatzingo; y porque no contábamos fuera de la plaza, con auxiliar alguno que se ocupara, aunque fuera simplemente en llamar la atención del enemigo, pues que ignoraba hasta esa hora, el paradero del cuerpo de Ejército del Centro". Ídem, p. 153.

[41] Ídem, p. 154.

[42] Ibídem.

> Señor general: No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba a mis órdenes y roto su armamento, incluso toda la artillería.
>
> Queda, pues, la plaza a las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello.
>
> El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio del gobierno, y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.[43]

Giradas las instrucciones para la destrucción de los útiles de guerra, a las 3:00 horas del mismo 17, consiguió arribar el correo y con él una epístola del Cuartel Maestre del Ejército del Centro, general Yáñez. Fechada el día 14 de aquel mes, afirmaba serle imposible al Ejército del Centro asistir al de Oriente por la extrema desmoralización que sufría.[44]

A las 4:30 horas comenzaron a destruirse las piezas de artillería, fusiles y almacenes de municiones, pues no se entregaría al invasor aquello que sus armas no conquistaron. Los aguadores, campesinos, artesanos, escribientes, herreros, arrieros, los padres, los hijos y todos los milicianos que habían combatido cuerpo a cuerpo al invasor francés y sobrevivido, hacían trizas su armamento, se despojaban del uniforme que habían portado y se perdían en el anonimato, entre las calles de la destruida Puebla, con el título de valientes, con el agradecimiento silencioso de su país por su sacrificio. Los oficiales dispusieron de las armas abandonadas y se congregaron en el atrio y en la Catedral para erigirse en prisioneros del invasor, con profundo sentimiento por tener que rendirse ante quien no pudo batirlos, ante quien no había conquistado al Ejército de Oriente de 1863.

[43] Ídem, p. 157.

[44] Ídem, p. 159. Nótese que a pesar de que el general Yáñez trató de minimizar la gravedad del descalabro del Ejército del Centro, sólo una catástrofe como la referida por el general Forey podía destruir la moral de los combatientes al grado de impedirles luchar.

El honor de las armas nacionales se encontraba a salvo gracias a un ejército improvisado que además proporcionó al gobierno valioso tiempo para que la ciudad de México se defendiera a todo trance, cumpliendo con ello las órdenes que se le habían impuesto.

En un balance general, la defensa conducida por el general González Ortega preservó la vida de gran cantidad de los improvisados soldados que integraron al Ejército de Oriente, al no exponerlos a los rigores de una campaña itinerante o a un combate campal en contra de tropas de línea, y supuso la consolidación de su carrera militar. Pues si bien no existía un escenario más a propósito para una resistencia que detrás de las fortificaciones, se necesitó de aplomo, disciplina y actividad para llevarla hasta sus últimas consecuencias, enfrentando no sólo el fuego enemigo, sino las presiones de sus subordinados, y es este el gran mérito del zacatecano. Sus decisiones, consideradas usualmente como desatinos, mantuvieron, sin embargo, a un enemigo superior fuera del recinto protegido mientras existieron útiles de guerra y alimentos. Y cuando militares de mayor experiencia, como Berriozábal, Negrete o de la Llave, sólo pensaban en un hipotético futuro para el Ejército de Oriente, pues ninguno habló sino de abandonar prematuramente Puebla, González Ortega persiguió un triunfo moral, que eventualmente pudiera traducirse en apoyo material del exterior al Ejército mexicano, y pensó en proporcionar al Supremo Gobierno y a las entidades del país tiempo para preparar nuevos elementos con los que resistir al invasor. Sin ser perfecta, pues la dosificación de alimentos y municiones pudo haber sido más eficiente, la resistencia en Puebla le valió al zacatecano y a la guarnición el reconocimiento nacional y extranjero, constituyéndolos en ejemplo no sólo de pundonor militar, sino de compromiso y sacrificio por una causa.

Fuentes consultadas

Hemerografía

Archivo General de la Nación, Colección Genaro García, Correspondencia de Jesús González Ortega (AGN-CGG-CSGO).
Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSEDENA).
Centro de Estudios de Historia de México CARSO (CEHM, CARSO).

Bibliografía

BALBONTÍN, Manuel, *Memorias del coronel Manuel Balbontín*, México, Elede, 1958.

BELENKIE, Aleksandr Borisovich, *La Intervención Francesa en México, 1861-1867*, México, Quinto Sol, 1986.

CADENHEAD, Evie E., *Jesus González Ortega and Mexican National Politics*, Texas, Texas Christian University, 1972.

———, *Benito Juárez*, Nueva York, Twayne, 1973.

COMONFORT, Ignacio, *El sitio de Puebla en 1863: según los archivos de D. Ignacio Comonfort, general en jefe del Ejército del Centro y de D. Juan Antonio de la Fuente, Ministro de Relaciones Exteriores*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1909.

CÓRDOBA, Tirso Rafael, *El sitio de Puebla: apuntes para la historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, Puebla, Editorial José M. Cajica, 1970.

FLORES OLAGUE, Jesús, *et al.*, *Breve historia de Zacatecas*, México, El Colegio de México, 1996.

FLORES SALINAS, Berta, *Cartas desde México: dos fuentes militares para el estudio de la Intervención Francesa, 1862-1867*, México, Porrúa, 2001.

FLORES ZAVALA, Marco Antonio, *et al.*, *Zacatecas: síntesis histórica*, Zacatecas, Centro de Investigaciones Históricas y Gobierno del Estado de Zacatecas, 1995.

———, *Jesús González Ortega*, México, Gran Logia del Estado de Zacatecas Jesús González Ortega, 2005.

———, "Jesús González Ortega, entre los liberales y republicanos de Zacatecas (1850-1870)", en Patricia Galeana (coord.), *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*, Siglo XXI Editores, 2012.

García, Genaro, *Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos. El sitio de Puebla en 1863; Causa contra el Gral. Leonardo Márquez*, México, Porrúa, 1972.

García Cantú, Gastón, *La Intervención Francesa en México*, México, Clío, 1998.

García Pérez, Antonio, *Estudio político-militar de la campaña de México, 1861-1867*, Madrid, Barrial, 1900.

García Sela, Manuel, "El cerro del Borrego y el sitio de Puebla", en Jesús Rodríguez Frausto, *et al.*, *La Reforma y la guerra de intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963.

Garfias Magaña, Luis, *La Intervención Francesa en México: la historia de la expedición militar francesa enviada por Napoleón III para establecer el Segundo Imperio Mexicano*, México, SEDENA, 1981.

González Ortega, Jesús, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto a la defensa de la plaza de Puebla el ciudadano General Jesús González Ortega*, México, Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas-INEHRM, 1963.

———, *La defensa de la Plaza de Puebla de Zaragoza en 1863: parte general que dió al supremo Gobierno de la Nación el C. General Jesús González Ortega* y Jesús Lalanne, *Estudio comparativo entre los Sitios de Puebla y México y Zaragoza en España escrito por Jesús Lalanne*, México, SEDENA, Biblioteca del Oficial Mexicano, 1984.

González Ortega, José, *El golpe de Estado de Juárez. Rasgos Biográficos del Gral. Jesús González Ortega*, México, A. del Bosque, 1941.

Guzmán Galarza, Mario V., *Documentos básicos de la Reforma, 1854-1875*, México, PRI, 1982.

Iglesias Calderón, Fernando, *Las supuestas traiciones de Juárez*, México, FCE, 1972.

Juárez, Benito, *Documentos, discursos y correspondencia*, 2ª ed., selección y notas de Jorge L. Tamayo, México, Libros de México, 1972.

León Toral, Jesús de, *Historia militar: la intervención Francesa en México*, México, Publicaciones especiales del Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1962.

_______, *Historia documental de la Intervención Francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, México, SEDENA, 1967.

Martínez de Anda, Carlos A., *Diccionario naval*, México, SEMAR, 2005.

Moreno Cora, Silvestre, *Memorias del ministro Silvestre Moreno Cora*, México, Suprema Corte de Justicia, 1998.

Niox, Gustave Léon, *Expédition du Mexique, 1861-1867: recit politique and militaire*, París, J. Dumaine, 1874.

Paso y Troncoso, Francisco del, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, Puebla, Editorial José M. Cajica, 1972.

Pruneda, Pedro, *Historia de la guerra de Méjico, desde 1861 a 1867*, México, FCE y UNAM, 1996.

Ramírez Fentanes, Luis, *Zaragoza*, México, SEDENA, 1962.

Rangel, Gaspar Eliseo, *Jesús González Ortega: caudillo de la Reforma*, México, Gráficos Caleza, 1960.

Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos: historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual; obra única en su género*, México, Cumbre, 1956.

Rivera, Agustín, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, México, Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas de 1963.

Robles Castillo, Aurelio, *Benito Juárez y su yo: verdades históricas mexicanas*, Guadalajara, Xalisco, 1967.

Rodríguez Fausto, Jesús, *et al.*, *La Reforma y la Guerra de intervención*, México, Libros de México, 1963.

Rodríguez Flores, Emilio, *Compendio histórico de Zacatecas*, México, Editorial Benito Juárez, 1977.

Sánchez Lamego, Miguel A., *Generales de ingenieros del Ejército Mexicano, 1821-1914*, México, [editor no identificado], 1952.

Sierra, Justo, *Juárez: su obra y su tiempo*, México, Porrúa, 2006.

Zamacois, Niceto de, *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, Barcelona / México, J. F. Parres y Compañía Editores, 1876-1882, 18 T. en 20 V.

Zaragoza, Ignacio, *Cartas al general Ignacio Mejía*, México, INAH, 1962.

______, *Ignacio Zaragoza: correspondencia y documentos*, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1979.

Hemerografía

Sánchez Lamego, Miguel A., "El combate de Barranca Seca", en *Historia Mexicana*, México, V. XIV, núm. 55, enero-febrero 1965, pp. 469-487.

•

Capítulo 3

¡En salvaguarda de Puebla!

El general Felipe Berriozábal y su participación en el sitio de 1863

Emmanuel Rodríguez Baca[*]

¿Qué dirá el Gobierno? ¿Qué dirá el País? ¿Qué dirá el mundo?
Porque no es una pretensión tonta la nuestra el decir
que todo el mundo tiene sus ojos puestos en México,
y por consiguiente en Puebla. ¿Treinta y tantos
mil franceses detenidos más de dos meses ante una plaza
habilitada de guerra y con fortificaciones de tierra?
¡Eso no era posible! Y sin embargo, es cierto.

Francisco del Paso y Troncoso

Introducción

El 17 de mayo de 1863 desde el antiguo Fuerte de San Javier en la ciudad de Puebla, el coronel francés Henri Brincourt escribió una carta a un familiar en Francia en la que le mencionó: "La ciudad de Puebla se rindió hoy e hizo bien, en ya no tener víveres ni municiones, ya que nosotros no la hubiésemos tomado [...] Entonces he aquí Puebla que se ha reducido; es ya una espina que nos sacamos del pie; pero aquí dejamos nuestra vieja reputación de intrepidez porque nos hicieron combatir contra muros sin tener medios para derribarlos".[1]

[*] Colegio de Historia-Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México.

[1] "Henri Brincourt a Jean Baptiste. De la Penitenciaría, Puebla, 17 de mayo de 1863", en Berta Flores Salinas, *Cartas desde México. Dos fuentes militares para el estudio de la intervención Francesa 1862-1867*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001, pp. 132-133.

Con estas palabras el oficial galo rendía homenaje al Ejército de Oriente por la tenaz defensa que había hecho de la Angelópolis durante sesenta y tres días.

Correspondió de nueva cuenta a Puebla, a la misma Puebla en la que Ignacio Comonfort derrotó a las fuerzas reaccionarias al mando de Antonio de Haro y Joaquín Orihuela en 1856 y en la que un año antes, en mayo de 1862, las armas nacionales se habían cubierto de gloria, ser el escenario de una gesta épica en la historia nacional.[2]

El Sitio de Puebla de 1863 es una de las epopeyas militares más significativas en la historia del México decimonónico, pues en éste el Ejército de Oriente resistió por más de dos meses el asedio del que se hacía llamar el mejor ejército del mundo. Varios son los testimonios, tanto nacionales como extranjeros, que nos dejan ver lo cruento de los combates, así como el valor y la resistencia del soldado mexicano.

En la defensa de la plaza de Zaragoza, como se le rebautizó en honor del general coahuilense que venció a los franceses el 5 de mayo de 1862, participó una nueva generación de jefes y oficiales: la pléyade de la Reforma, individuos que en su mayoría se habían fraguado en el transcurso de las guerras civiles. Uno de estos personajes fue el entonces general de brigada Felipe Berriozábal que, al igual que muchos de sus compañeros de armas, no era militar de carrera.[3]

El presente trabajo pretende analizar la participación de Felipe B. Berriozábal durante las operaciones del Sitio de Puebla de 1863 así como los diferentes puntos de vista que tuvo con el general Jesús González Ortega, ya que nuestro personaje no consideró oportuno que el Ejército mexicano se encerrara en Puebla y mucho menos mantener el sitio por las implicaciones que a su parecer esto traería a futuro para el ejército y la defensa del país.

[2] Referente a las campañas militares de Ignacio Comonfort sobre Puebla en 1856 véase Silvestre Villegas Revueltas, "Santannismo. Reforma liberal y las campañas de Puebla en 1856", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 40, julio-diciembre 2010, pp. 13-52.

[3] Inició su actividad militar en 1847 con motivo de la guerra contra Estados Unidos, cuando siendo estudiante del Colegio Nacional de Minería se separó temporalmente de éste para incorporarse al ejército.

Antecedentes

Entre los años de 1850 y 1856, Felipe Berriozábal desempeñó diversos cargos políticos y militares en el Estado de México, pero su actuación fue meramente local; en el transcurso de la Guerra de Reforma comenzó a trascender a nivel nacional.

Después de secundar en la ciudad de Toluca el golpe de Estado de Ignacio Comonfort en diciembre de 1857, Berriozábal, entonces teniente coronel, se puso a las órdenes de Santos Degollado para combatir a favor de la causa liberal. A partir de entonces su participación en la guerra fue constante; muestra de ello es que luchó en los dos ataques que el ejército constitucional realizó sobre la ciudad de México: el primero en 1858 bajo el mando del general Miguel Blanco y posteriormente por el comandado por Santos Degollado en 1859; asimismo, se mantuvo en campaña permanente en Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Querétaro y el Estado de México, ya cargando sobre Leonardo Márquez en el Puente de Calderón en noviembre de 1859, en la batalla de Silao y en puesto de observación en Querétaro, ambos en 1860, así como haciéndose cargo de la administración política de los estados de México y de Guanajuato, por mencionar sólo algunos de los servicios que prestó al gobierno juarista en esos años.

Por su colaboración en las acciones bélicas descritas, Felipe Berriozábal fue merecedor del reconocimiento de los principales políticos y militares de la época como Ignacio Comonfort, Santos Degollado, Manuel Doblado y Benito Juárez. Por su desempeño militar en la guerra civil de 1858 a 1860 es que del grado de teniente coronel que tenía al comienzo de la conflagración, llegó a portar los galones de general de brigada al final de la misma; empleo merecido debido a la incansable campaña que sostuvo contra el ejército conservador.[4] Así, la guerra intestina de tres años fue un ensayo, no sólo para el personaje sino también para el país, de otra conflagración que se desarrollaría meses más adelante, ésta ya

[4] Emmanuel Rodríguez Baca, *Liberal de corazón y por convicciones. La vida política y militar del General Felipe Berriozábal*, 2007.

no interna sino contra un enemigo extranjero durante la llamada Intervención Francesa.

Figura 4
Retrato de Felipe Berriozábal, *ca*. 1863,
carte de visite, C.P.



En campaña con el Ejército de Oriente

Rotas las hostilidades con Francia, Felipe Berriozábal, entonces gobernador del Estado de México, salió de Toluca a finales del mes de diciembre de 1861 al frente de la División de México, fuerza con la que se le ordenó marchar a Puebla a incorporarse al Ejército de Oriente comandado por Ignacio Zaragoza.[5] En el

[5] La División Berriozábal estaba integrada por tres mil hombres divididos en tres brigadas: la primera, al mando de Tomás O'Horan, estaba compuesta por el Batallón Ligero de Toluca y de Sultepec, Lanceros de Toluca y de Ixtlahuaca. La segunda brigada comandada por Ignacio de la Peña y Barragán, formada del Segundo Batallón Ligero de Toluca, Tiradores de Ocampo, escuadrones de Tlalnepantla y Cuautla, Guardias Nacionales de Chalco, Texcoco y Tlalnepantla; y la tercera brigada, al mando de Jesús Andrade, compuesta de las Guardias Nacionales de Huejutla, Huascacaloya, Zacualtipan y Pachuca. Con esta fuerza el Estado de México cumplió con la orden del Congreso de juntar un contingente

mes de marzo de 1862 recibió la primera comisión de la campaña: vigilar las maniobras que pudiera emprender la escuadra francesa por el puerto de Matamoros.

Rasgadas las negociaciones con Francia, don Felipe regresó a la ciudad de Puebla en donde Zaragoza reorganizó el Ejército de Oriente para hacer una resistencia más obstinada al invasor; los encuentros con éste no tardaron en verificarse ya que los días 19 y 28 de abril ambos ejércitos se encontraron en Fortín y en Acultzingo, y días más tarde tuvo lugar la célebre batalla del 5 de mayo en la cual a Berriozábal, al frente de su brigada, le tocó defender la línea entre Loreto y Guadalupe y rechazar los tres intentos de asalto del Ejército francés.[6]

Después de la acción del día 5 se le ordenó hostilizar la marcha de los franceses en su huida a Orizaba; durante mayo y junio de 1862 se le previno ir a Tehuacán a proteger la derecha del Ejército de Oriente; en este periodo participó en el ataque a Orizaba y en el combate del Cerro del Borrego, posteriormente, junto con el resto del ejército, regresó a Puebla, plaza que decidió fortificar para su defensa el general Jesús González Ortega, quien a la muerte de Zaragoza quedó al frente del Ejército de Oriente.

La defensa de la plaza de "Zaragoza". Su oposición al sitio de Puebla

De regreso en la Angelópolis y en cumplimiento de la orden general del 18 de febrero, Felipe Berriozábal quedó al frente de la 1ª División de Infantería integrada por tres brigadas: la primera al mando de Juan Caamaño formada por los batallones 1º, 2º y 3º de Toluca; la segunda a cargo de Porfirio Díaz compuesta por los batallones Morelos y Guerrero de Oaxaca y 1º de Jalisco; la tercera comandada por Pedro Hinojosa formada por los

de sangre de tres mil hombres para la defensa del país.

[6] Índice alfabético de los CC. a quienes se ha expedido diploma y entregado la medalla por las jornadas del 28 de abril en Acultzingo y del 5 de mayo en Puebla, que sostuvo el Ejército nacional con el francés invasor. AHSEDENA. OM, exp. XI/4.81/8723.

batallones 2º, 3º y 4º de Jalisco.[7] Esta división, integrada por 3 820 hombres, era, en palabras de Tirso Córdoba, "una de las menos desorganizadas del Ejército de Oriente, todo ello gracias a la disciplina que había introducido Berriozábal".[8] Al frente de este cuerpo se le encomendó defender la línea de los fuertes de Loreto, Guadalupe y Misericordia, tarea en la que de inmediato trabajó con gran actividad.

En el punto referido se encontraba Berriozábal cuando la mañana del 16 de marzo un disparo de cañón anunció a los defensores que el Ejército francés estaba a la vista; debido a ello se le encargó observar desde el Fuerte de Guadalupe las maniobras que realizara el enemigo en las inmediaciones de la plaza, mismas que debía informar a González Ortega por telégrafo.[9] Así, desde las primeras horas del día 16 comunicó al General en Jefe la ocupación de los cerros de Amalucan, Resurrección y las Navajas y las haciendas de Tepozúchil y Álamos por parte de los enemigos así como los campamentos que éstos establecieron. En este quehacer permaneció Felipe hasta la tarde del 18 de marzo, cuando se cortó la línea telegráfica, sin embargo, continuó defendiendo la línea de Loreto y Guadalupe.

Los ataques a la ciudad comenzaron el 21 de marzo al acometer los franceses contra el Fuerte de San Javier, mismo que cayó en su poder el día 29. Con la pérdida de esta fortificación, una de las más fuertes de la ciudad, las líneas defensivas mexicanas se modificaron y Felipe Berriozábal pasó a situarse delante del convento de San Agustín entre las calles de Santa Inés y de la Merced.

A dos semanas de iniciado el sitio, es decir, en los primeros días de abril, Berriozábal se presentó ante Jesús González, por

7 *El Fuerte de Guadalupe*, febrero 20 de 1863, núm. 15, pp. 1-2.

8 Tirso Rafael Córdoba, *El sitio de Puebla: apuntes para la historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, 1863, p. 19.

9 Jesús González Ortega, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto a la defensa de la plaza de Zaragoza el ciudadano General Jesús González Ortega*, Zacatecas, Imp. de Tostado y Villagrana, 1863, p. 21 y AHSEDENA, exp. XI/481.4/9658. En este expediente se encuentran algunos de los telegramas que Berriozábal remitió a González Ortega.

primera vez, para pedir a su nombre, y al de otros generales, que se abandonara la plaza, esto con el fin de salvar al Ejército de Oriente ya que, según el parecer de Felipe, con la toma de San Javier, el Colegio de Guadalupe, el hospicio y otros puntos de importancia, el estado anímico de los soldados había disminuido considerablemente; asimismo, mencionó lo conveniente que sería salir de Puebla para salvar el mayor número de elementos de guerra.

La propuesta del general Berriozábal consistía, mientras se acordaba una posible capitulación, en aprovechar los puntos vulnerables de la línea enemiga —que para esos días todavía no se cubrían bien—, y con dos columnas de cinco mil hombres cada una, salir de la ciudad, en tanto que el resto de la guarnición conservaba la plaza el mayor tiempo posible, dando así tiempo suficiente a las tropas salientes. De acuerdo con el plan, una columna saldría por el norte para ir a San Pablo, mientras que la segunda lo haría por Loreto y tendría que dirigirse a Atlixco;[10] como las líneas francesas no estaban bien fortificadas se consideraba que la salida sería fácil, segura aunque violenta.

Ya fuera de la plaza, ambas columnas marcharían unidas a México, ciudad a la que se calculaba llegar con ocho mil hombres, fuerza que Berriozábal creía se podría triplicar en poco tiempo ya que consideraba que al saberse el rompimiento del sitio y que en la capital existían cuarenta mil soldados para su defensa, se levantaría el ánimo en el resto del país. Francisco del Paso y Troncoso recuerda:

> Los franceses llegarían a sitiar México con 25 000 hombres a lo más, pues tendrían que dejar guarnición en Puebla, establecer la línea entre ésta y México, etc. ¡Quién sabe si no podrían pasar de Puebla! En México que está bien fortificada y municionada de todo, podríamos dejar 20 000 hombres de las tropas más novicias, que resistirían más de cuatro meses; los 25 o 35 000 restantes estarían de observación

[10] Francisco del Paso y Troncoso, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, 1972, pp. 247-248.

> para aprovechar una oportunidad de cortar los víveres y convoyes al sitiador y en espera de las tropas de todo el país, que marcharían a unírsenos, durante esos cuatro meses, tiempo más que suficiente para efectuarlo.[11]

Si bien González Ortega se resistió al plan concebido, en algún momento llegó a decidirse por la salida, pero al consultar con el ministro de Guerra en la ciudad de México, la idea de romper el sitio fue desechada, lo que, según el parecer de Berriozábal, se debió a que el ministro no alcanzaba a comprender la importancia de salir de Puebla. Por ello, el general Torrea, a diferencia del ministro de Guerra, apuntó que don Felipe "apreciaba mejor la situación y sus opiniones entrañaban un recto juicio militar".[12]

González Ortega se opuso al plan objetando que no tenía instrucciones del gobierno para tal efecto, y que por ello no abandonaría la plaza pues estaba resuelto a salvar el honor de las armas de la República;[13] "como si no se hubiera podido salvar este honor y salvar a la vez la Gran Unidad rompiendo el sitio de la ciudad",[14] refutó un siglo más tarde León Toral.

Ahora bien, una cosa era la propuesta y otra es que los planes salieran según lo previsto, pues como bien apuntó el teniente Del Paso y Troncoso: "¿Podría llevarse a cabo lo que el general Berriozábal y otros generales proponían? ¿El Ministerio de Guerra aprobaría esos proyectos de operaciones de las tropas, una vez roto el sitio?", respondiéndose a sí mismo: "¿Quién sabe?".

Respecto a la petición de nuestro personaje, José Fuentes Mares opinó: "Algunos generales principiaron a sospechar que no convenía prolongar la resistencia, y el 1º de abril, por primera vez, sugirió Berriozábal la evacuación. Berriozábal no era un héroe;

[11] Ídem, pp. 247-249.

[12] Juan Manuel Torrea, *Gloria y desastre. El sitio de Puebla.—1863*, sin fecha, p. 10.

[13] "Berriozábal a Ignacio Comonfort. Zaragoza, abril 12 de 1863", en Ignacio Comonfort, *El sitio de Puebla de 1863 según los archivos de D. Ignacio Comonfort general en Jefe del Ejército del Centro y de D. Juan Antonio de la Fuente Ministro de Relaciones Exteriores*, 1909, p. 220 y Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 47.

[14] Jesús de León Toral, *Historia documental militar de la intervención Francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, 1967, p. 170.

era sólo un general".[15] A lo anterior creemos que no se trataba de heroicidad, por lo que Felipe proponía la rotura del sitio; más bien tenía una visión a futuro del Ejército de Oriente y de la situación comprometida en que quedaría el país con la dispersión de este cuerpo, pues era consciente de que si éste era hecho prisionero, México no tendría un ejército considerable para su defensa debido a que en Puebla se encontraban reunidos los contingentes de varios estados, así como lo más connotado de la oficialidad del ejército de la República.

Al concluir la visita al cuartel general, Felipe regresó a San Agustín, pues se creía que éste sería el centro del próximo ataque francés, creencia justificada ya que el 4 de abril los francos bombardearon el templo, punto importante porque ahí se almacenaba la mayor parte del parque mexicano. Dicho edificio representaba, además, el bastión de entrada a la plaza, que estaba sólo a dos cuadras, no habiendo fortificación sobresaliente entre una y otra posición. La presencia de Berriozábal en este punto fue constante, ya dirigiendo la fortificación de la iglesia o bien alentando a los soldados de los batallones de Oaxaca y Toluca que trabajaban en dicha faena.[16]

El cañoneo al edificio causó un incendio en su interior, por lo que Berriozábal y Díaz se apresuraron a sacar de él las municiones ahí depositadas. El propio González Ortega reconoció el empeño con que Felipe trabajó para que los pertrechos no explotaran: "Nosotros no perdimos ni un cartucho [...] ni se permitió que el incendio se comunicara de la iglesia al resto del edificio, cuyo punto ocupaban nuestras tropas, habiéndose debido esto último a las acertadas medidas de los señores generales Llave, Berriozábal y Mejía, a quienes encontré en la línea atacada, y en cuya retaguardia se sufría el incendio".[17]

[15] José Fuentes Mares, "La intervención y el Imperio", en *Documentos gráficos para la historia de México, V. II: 1854-1867. La Reforma y el Imperio*, 1986, p. 117.

[16] Francisco del Paso y Troncoso, *op. cit.*, p. 182.

[17] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 86. Véanse también los partes militares de Felipe sobre estas acciones en la Colección Jesús González Ortega de la BNAH, con la siguiente clasificación: Legajo 13, 1861-1863, fojas 227 y 235.

En las labores referidas Felipe Berriozábal, al igual que el resto de la tropa, estuvo expuesto a los proyectiles que continuamente disparaban los sitiadores. Existen testimonios en los que queda patente su actividad durante el sitio; uno de ellos corresponde a lo ocurrido el 12 de abril cuando la explosión de una granada lanzada por el enemigo causó alarma entre las fuerzas mexicanas; al saber de esto, Berriozábal se presentó al lugar para que le relataran el incidente; al momento de pedir a sus soldados que no se expusieran sin necesidad al fuego enemigo, un proyectil francés

> chocando en la cresta del parapeto junto a donde él estaba, lo bañó de tierra que le tiró el sombrero; al caer este, lo creímos herido, pero él dijo: no es nada, decididamente es conveniente que no estén Udes. aquí, si no es en caso de ataque. Nosotros lo invitamos respetuosamente a que se retirara del lugar en que estaba. Antes de retirarse quiso subir a la casa extrema de la manzanita para descubrir bien toda la plazuela, pero nosotros nos opusimos formalmente, y casi lo arrojamos del lugar. Hubiera sido una temeridad inútil el haberse expuesto tanto, pues el cañoneo contra la casa no había cesado.[18]

Entre los días 21 y 22 de abril, cuando la escasez de víveres comenzaba a ser evidente, se presentó Berriozábal, en compañía de los generales Negrete, Antillón, de la Llave y Díaz, ante González Ortega, para solicitar por segunda ocasión el abandono de la plaza. Los jefes, alternando la palabra, replicaron que esta medida era necesaria para salvar las instituciones democráticas, la independencia y el Ejército de Oriente.

Por su parte, don Felipe expresó que, por el estado de desmoralización del ejército, quería evitar que los franceses lo hicieran prisionero, pues deliberaba sobre los males que esto atraería al país. Uno de ellos era el que las tropas cautivas podían ser incorporadas a las fuerzas de Leonardo Márquez, con lo que a su parecer: "estaba hecha la destrucción de la República".[19] Pero la

[18] Francisco del Paso y Troncoso, *op. cit.*, p. 182.
[19] Jesús González Ortega, *op. cit.*, pp. 65-66.

petición de la salida se sustentaba principalmente en que ya no se disponía de los víveres suficientes para el ejército, por lo mismo, la condición física del soldado se veía disminuida por los constantes combates y los trabajos incesantes que realizaba durante el día y la noche.

De nueva cuenta, la solicitud de Berriozábal fue desechada por Ortega arguyendo que la orden del gobierno era defender Puebla, y que ellos como soldados tenían la misma obligación. Nuestro personaje ofreció a González su firma y las de otros generales para que, descansando en ellas, se rompiera el sitio y salvara sus responsabilidades ante el gobierno.[20] Frente esta insistencia, González les planteó que, si consideraban que su propuesta traería buenos resultados al país, aceptaran la responsabilidad y levantaran un acta en la que lo desconocieran como General en Jefe, invitación que fue rechazada por todos los generales.[21]

Al término de la reunión, Felipe volvió a su línea pues los franceses consumaban reconocimientos para asaltar las manzanas próximas al centro de la ciudad. El 24 de abril Forey lanzó uno de los ataques más fuertes durante el sitio: éste fue el del cuadro de Pitiminí. Nuestro personaje dirigió la defensa del punto y tomó las disposiciones necesarias para preservar la calle, pero en lo más trabado del combate el enemigo hizo explotar las minas que se habían construido por debajo de la calle, las cuales causaron grandes pérdidas mexicanas, pues parte de un batallón quedó sepultado entre los escombros de las casas derruidas. Al percatarse Berriozábal de esto, con el resto de dicho batallón organizó la salvaguardia de la manzana e impidió a los zuavos avanzar al tiempo de hacerlos retroceder y desistir de otro asalto.[22] Los enfrentamientos en este punto fueron cruentos ya que franceses y mexicanos se dis-

[20] Ídem, pp. 99-101.
[21] Ídem, p. 105.
[22] Con base en el parte militar de Berriozábal se sabe que las bajas en esta jornada fueron de 56 muertos y 21 heridos, aunque Tirso Córdoba refiere que fueron 86 muertos y 21 heridos. Véase: Manuel Santibáñez, *Reseña histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente*, 1862-1863, V. I, p. 321-329 y Tirso Rafael Córdoba, *op. cit.*, p. 82 y 230.

putaron casa por casa, luchando cuerpo a cuerpo y disparándose a quemarropa. El ataque de Pitiminí fue, en palabras de Chávez Orozco, "de los más formidables y mejor preparado de los franceses durante el sitio"[23] (Figura 5).

Figura 5
Ruinas del Pitiminí en tiempo de la Intervención Francesa.
Fotografía estereoscópica, Rafael A. Alatriste e hija.
Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



Pero el enemigo no daba tregua a los sitiados y el 25 de abril embistió sobre San Agustín, Santa Inés y el Carmen, línea vigilada por Berriozábal. Así, Felipe se colocó en el centro de la misma y movilizó a sus batallones para hacer frente a los franceses, a los que logró rechazar con enormes pérdidas. Este triunfo se celebró con ímpetu entre la tropa, pues por segundo día hicieron retroceder al enemigo en su intento por penetrar a la plaza. En esta jornada se distinguió a Berriozábal con mención honorífica por su "brillan-

[23] Luis Chávez Orozco, *El sitio de Puebla en 1863*, 2002, p. 79. Por su parte Tirso Córdoba dijo sobre su participación en la acción del Pitiminí: "En efecto Berriozábal como los oficiales y soldados de la 1ª división, mostraron un valor digno mil veces de mejor causa, batiéndose a pecho descubierto sobre los escombros, luchando a un tiempo mismo contra los franceses, las ruinas y el fuerte temporal, y sin arredrarse porque estallando otra mina corriesen todos la suerte de sus infelices compañeros"; y Tirso Rafael Córdoba, *op. cit.*, p. 82.

te y valiente comportamiento”,[24] por ello Rafael Tirso mencionó: “Varias veces he llamado la atención a mis lectores acerca de la serenidad que en el combate tiene Berriozábal y del orden en que mantiene a su gente; nada tiene por lo mismo de extraño que en esta ocasión hubiera frustrado las intenciones de sus sitiadores”.[25]

Al ver lo reñido de las acciones del 24 y 25 de abril se entiende el porqué Berriozábal hablaba de la “desmoralización” entre los soldados y de la necesidad de romper el sitio. González Ortega, incrédulo ante esta observación, preguntó a varios generales, como Lamadrid, Régules, Escobedo, Ghilardi, Hinojosa, entre otros, sobre el estado moral en que se encontraba la tropa, a lo que éstos respondieron que el “brío de nuestros soldados se hallaba en un estado brillante, lo que me comprobó más el error en que se encontraban los generales que me habían sostenido lo contrario”.[26] Ahora bien, ¿cómo podrían saber estos jefes de la desmoralización de los hombres cuando no vivieron los combates de San Agustín, Santa Inés o el Pitiminí que fueron de los más fuertes que se libraron durante el sitio y en los que sí estuvo Berriozábal con sus hombres? ¿Por qué no preguntó a Díaz, Caamaño o algún otro oficial de los batallones de Toluca, Oaxaca o Jalisco? O mejor aún, ¿por qué González Ortega no preguntó a cualquier soldado de los cuerpos referidos que vio cómo un batallón de su división quedó sepultado en la manzana de Pitiminí? Es evidente que con estos sucesos la moral entre los hombres de Felipe no podía estar alta, lo que confirma sus informes a Ortega.

Es conveniente mencionar que las propuestas de Felipe nunca las hizo públicas para no ocasionar algún levantamiento de la tropa y complicar con ello la situación del ejército.

Con la postergación del sitio los víveres escasearon; una de las últimas esperanzas para introducir alimentos y municiones era el

[24] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 111 y AHSEDENA, exp. XI/111/1-2, fs., 217, 218 y 184, 186. Sobre el desarrollo de los combates referidos, véase, Francisco del Paso y Troncoso, *op. cit.*, p. 223-224 y Jesús Lalanne, *La defensa de la plaza de Puebla de Zaragoza en 1863*, 1904, p. 230.

[25] Tirso Rafael Córdoba, *op. cit.*, p. 230.

[26] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 106

Ejército del Centro comandado por Comonfort, el cual no pudo cumplir con la tarea pues el 8 de mayo fue derrotado en San Lorenzo, fracaso con el cual las expectativas de González de postergar la resistencia se complicaron. Esta situación le acarreó nuevas diferencias con Felipe. Para el día 9, Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre y De la Llave firmaron una comunicación en donde manifestaron no comprender por qué se insistía en defender la plaza cuando Ortega sabía que se perdería. Así, propuso abandonar la ciudad para salvar el mayor número de elementos del ejército, lo que en su opinión era preferible antes que capitular.[27]

Por otra parte, Felipe se sumó a la propuesta del general Ignacio Mejía que consistía en reunir el mayor número de fuerza posible y cargar sobre el punto de circunvalación que quedaba en frente de la sierra de Malinche, sitio que consideraba débil, para salvar "en todo o la mayor parte de nuestro ejército",[28] plan al que se unió también Porfirio Díaz, Pedro Hinojosa e Ignacio de la Llave. Jesús González hizo de nueva cuenta caso omiso a esta petición, limitándose a reprender a De la Llave y Berriozábal y a expresarles su negativa de éxodo.

Respecto a la postura de Berriozábal, el historiador militar Juan Manuel Torrea expresó que éste:

> opinaba dentro de lo que debe opinar un General que tenga conciencia de lo que significaba el grado y la obligación que tiene de cuidar los elementos puestos a su cuidado. Nada elocuente es la conducta militar del General en Jefe, que dio lugar a exhibir la heroicidad y el valor de nuestros oficiales y soldados, pero que destruyendo todos los elementos tan preciados para un país que, como el nuestro, estaba desarmado para repeler una invasión, se faltaba a la obligación única, eminente y patriótica de seguirlos conservando, para no llegar al caso penoso de que se suspendieran las hostilidades y el gobierno emprendiera la retirada escoltado por elementos insignificantes.[29]

[27] Ídem, p. 138.
[28] Juan Manuel Torrea, *op. cit.*, p. 37.
[29] Ídem, pp. 36-37.

Después de la acción de Santa Inés, los ataques franceses disminuyeron, reanudándose el 11 de mayo con la intención de concluir el cerco de la plaza. Al percatarse González de lo difícil que sería continuar con la defensa por carecer de pertrechos y alimentos, el día 15 citó a una junta de guerra a la que concurrieron varios generales, entre ellos Felipe Berriozábal. En la reunión se expuso la situación de la plaza y de sus defensores, por lo cual se acordó solicitar un armisticio al enemigo al tiempo de pedir la salida del Ejército de Oriente.

La opción por la que la mayoría de los generales optó fue que, debido al estado que guardaba la ciudad, era conveniente que González Ortega entrara en pláticas "con el objeto de conseguir, siempre que fuera de un modo honroso, la salida del Cuerpo de Ejército de Oriente, de la ciudad de Zaragoza" con su armamento y honores de guerra, solicitud que fue rechazada por Forey.[30] Los generales asistentes aprobaron firmar el acta; si bien Berriozábal y de la Llave aceptaron hacerlo, solicitaron que se especificara en una nota que "no se había dispuesto la salida del Ejército de Oriente en tiempo oportuno" con lo que dejaron ver su inconformidad de que dicha salida se realizara tan tardíamente. Al parecer varios opinaron igual que ellos, pues el propio Jesús González refiere que sólo Mendoza, Paz y Mejía no estuvieron de acuerdo con ellos.

Ante la negativa del Ejército francés de permitir la salida del Ejército de Oriente, González Ortega dio dos propuestas a sus generales para no capitular: la primera consistió en romper el cerco y salir de la plaza con toda la majestad de un ejército que no huye; la segunda, en disolver el ejército, romper el armamento e inutilizar los almacenes y polvorines, para una vez hecho esto entregarse prisioneros el cuadro de generales, jefes y oficiales.[31] Felipe Be-

[30] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 109. Cf. Jesús González Ortega, *Parte General que dió al Supremo Gobierno de la Nación, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza, El Ciudadano General Jesús González Ortega* y Jesús Lalanne, *Zaragoza y Puebla. Al Ejército Mexicano por el General D. Jesús Lalanne*, 1904, 138 pp. y 70 pp., respectivamente.

[31] Ídem, pp. 114-115.

rriozábal optó por la segunda opción, que fue con la que estuvo la mayoría de los generales.

El 17 de mayo fue la fecha elegida para la entrega de la ciudad. Desde las primeras horas del día comenzó a destruirse el armamento, después la oficialidad mexicana se presentó en el atrio de catedral y del palacio de gobierno para entregarse prisioneros. Ortega remitió a Forey un acta comunicándole su decisión de rendir la plaza y el motivo que lo llevaba a ello.[32]

Berriozábal se entregó prisionero, con base en lo acordado, el 19 de mayo. Al igual que los otros generales, se negó a firmar un acta remitida por Forey en la cual se le hacía jurar no volver a tomar las armas, ni atacar por escrito o por acto, en los hechos de guerra o de política, al Ejército francés mientras durara la expedición. Al no acatar, se le condenó, como a sus compañeros de armas, a ser deportado a Francia, sentencia que no se cumplió pues la noche del 21 del mismo mes, en compañía de Porfirio Díaz, burló la vigilancia y se fugó de la ciudad. Demos la palabra al segundo:

> Tuve muchas dificultades en mi salida porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré a un amigo que me llevó a su casa y casualmente era la misma en la que se había refugiado el general Felipe Berriozábal, quien contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, que le facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el santo y seña, y pasándolo como uno de los suyos como si perteneciera a su patrulla, en virtud de una remuneración pecuniaria que Berriozábal, le pagó. El doctor Cacho, que era de los que acompañaban a Berriozábal se quedó en Puebla para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.[33]

La fuga no fue tan afortunada debido a que, después de caminar toda la noche por los cerros, para evitar ser sorprendidos por el enemigo, se perdieron y amanecieron de nueva cuenta frente a la

[32] CJGO-BNAH, legajo 13, f. 251.

[33] Porfirio Díaz, *Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos*, 1947, v. II, p. 32.

ciudad de Puebla. Después de algunas peripecias, siguieron la ruta de San Miguel Canoa, Tlaxcala, Techalote y Apam, población en la que encontraron una fuerza de caballería mexicana que los escoltó a la ciudad de México.

El descuido de los franceses en la evasión de Berriozábal, Díaz y otros generales que escaparon en el camino a Veracruz sería determinante en el transcurso de la guerra pues éstos eran de los jefes más capaces de Juárez, ligereza que como bien mencionó Conte Corti había de pagarse caro.[34] En efecto, los generales señalados poco tardaron en organizar guerrillas, que en poco tiempo habrían de convertirse en ejércitos para combatir la Intervención Francesa y el Imperio.

Ahora bien, es conveniente hacer algunas consideraciones en torno a la caída de Puebla. Ésta dejó abiertas las puertas de la ciudad de México al ser su primer y principal baluarte defensivo; pues con su rendición, el enemigo se apoderó de la línea de Oriente y el gobierno juarista quedó privado de los recursos económicos que ingresaban por la aduana de Veracruz, complicando la ya de por sí precaria situación monetaria del país.

Un día después de su evasión, Berriozábal encontró una fuerza de caballería que lo protegió hasta su arribo a la capital del país el 24 de mayo. Ahí se presentó al gobierno para que le asignara comisión en la defensa de México. Juárez no sólo hizo caso a esta petición sino que, en reconocimiento a su participación en la defensa de Puebla en 1862 y 1863, el 25 de mayo lo distinguió con el empleo de general de división[35] y un día más tarde, el 26, lo designó ministro de Guerra y Marina.[36] Así, Felipe conseguía los dos cargos más importantes a los que un militar puede aspirar dentro del ejército: el grado de Divisionario y el Ministerio de Guerra.

[34] Egon Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, 1983, p. 158, y Epitacio Huerta, *Apuntes para servir a la historia de los defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia*, 1869 p. 5.

[35] "Nombramiento de General de División expedido a favor de Felipe Berriozábal. México, 25 de mayo de 1863", en AHSDN, exp. XI/III/1-2, f. 132.

[36] "Nombramiento de Ministro de Guerra y Marina expedido a favor de Felipe Berriozábal. México, Mayo 26 de 1863", en Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, exp. 6-10-85, s/f.

El nombramiento de general de división fue bien ganado, pero el estar al frente de la cartera de Guerra en ese momento requería de talento administrativo ante la desorganización que existió en el ejército después de la caída de Puebla. Así, Berriozábal tendría a su cargo la difícil obra de reorganizar un ejército disminuido en número y disperso en su mayor parte por varios estados, lo que complicaba aún más su labor.

Conclusiones

El general Felipe Berriozábal fue un protagonista de la Intervención Francesa en México de 1862-1864. En el transcurso de ésta participó en diversos hechos de armas como la Batalla del 5 de mayo de 1862 y el Sitio de 1863, ambos desarrollados en la ciudad de Puebla; en la primera, su actuación fue fundamental para derrotar al ejército comandado por el conde de Lorencez. En el segundo su participación fue también sobresaliente ya que combatió en distintos frentes durante el sitio como los ataques a Santa Inés, San Agustín, El Carmen y los desarrollados en la manzana y calle del Pitiminí que fueron de los más fuertes que se dieron en el transcurso de los 63 días de asedio.

Como hemos visto, Felipe Berriozábal se opuso a que el Ejército mexicano se emplazara en Puebla para su defensa, ya que no consideró oportuna dicha medida de González Ortega argumentando que en caso de caer la plaza, la oficialidad y soldados caerían prisioneros con todo su armamento, y México no contaría con elementos suficientes para su defensa en la guerra que recién comenzaba contra el enemigo extranjero. Ejemplos de su oposición al sitio fueron las tres ocasiones en que se presentó al General en Jefe para pedir el rompimiento del sitio, expresándole las razones por las que proponía tal cosa. A pesar de no estar a favor de continuar la lucha en Puebla, Berriozábal siempre se dirigió a González Ortega en privado, no haciendo públicas sus peticiones, tratando de evitar con ello una posible manifestación de inconformidad por parte de otros oficiales y de la tropa misma, obedeciendo siempre a

González Ortega y dando con ello muestra de su disciplina militar y subordinación a su superior.

Felipe Berriozábal continuó combatiendo sin descanso, tanto en lo político y lo militar, al enemigo extranjero durante la Intervención Francesa y el imperio de Maximiliano, años en los que desempeñó diversos cargos como ministro de Guerra, jefe del Ejército del Centro, gobernador del estado de Michoacán, jefe militar de la línea del Río Bravo y gobernador del distrito norte de Tamaulipas.

Fuentes Consultadas

Archivos

AGFB-BNAH: Archivo General Felipe Berriozábal.
AHSRE: Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.
AHSDN: Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.
Colección Jesús González Ortega de la Biblioteca (BNAH).

Hemerografía

El Fuerte de Guadalupe, Zaragoza, 20 de febrero de 1863, núm. 15.

Salado Álvarez, Victoriano, "¿Negrete o Berriozábal?", en *El Universal. El Gran diario de México*, año XV, t. LIX, núm. 5306, 10 de mayo de 1931, suplemento "Magazine para todos".

Villegas revueltas, Silvestre, "Santannismo, reforma liberal y las campañas de Puebla en 1856", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM-IIH, núm. 40, julio-diciembre 2000, pp. 13-52.

Bibliografía

Chávez Orozco, Luis, *El sitio de Puebla de 1863*, México, Secretaría de Cultura de Puebla (Los Cronistas), 2002.

Comonfort, Ignacio, *El sitio de Puebla de 1863 según los archivos de D. Ignacio Comonfort general en Jefe del Ejército del Centro y de D. Juan Antonio de la Fuente Ministro de Relaciones Exteriores*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1909.

Conte Corti, Egon, *Maximiliano y Carlota*, presentación de Alfonso Reyes, trad. del alemán de Vicente Caridad, México, Promociones Editoriales Mexicanas, 1983.

Córdoba, Tirso Rafael, *El sitio de Puebla: apuntes para la historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, Puebla, Imprenta a cargo de J. M. Vanegas, 1863.

Díaz, Porfirio, *Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos*, prólogo y notas de Alberto Carreño, México, Editorial Elede y UNAM, (Obras Históricas de México, V. 2), 1947.

Flores Salinas, Berta, *Cartas desde México. Dos fuentes militares para el estudio de la intervención Francesa 1862-1867*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001.

______, "Napoleón III: su gran designio para las Américas", en Patricia Galeana, (coord.), *Encuentro de liberalismos*, Presentación de Porfirio Muñoz Ledo, México, UNAM, 2004.

García Sela, Miguel, "El Cerro del Borrego y el sitio de Puebla", en *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, *La Reforma y la Guerra de Intervención*, México, Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1963.

González Ortega, Jesús, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto a la defensa de la plaza de Zaragoza el ciudadano General Jesús González Ortega*, Zacatecas, Imp. de Tostado y Villagrana, 1863.

Huerta, Epitacio, *Apuntes para servir a la historia de los defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia. Enriquecidos con documentos auténticos por el general Epitacio Huerta*, México, Imp. de Vicente G. Torres a cargo de Cresencio Moreno, 1869.

Lalanne, Jesús, *La defensa de la plaza de Puebla de Zaragoza en 1863: parte que dio al Supremo Gobierno de la Nación el C. General Jesús González Ortega: Estudio comparativo entre los sitios de Puebla en México y Zaragoza en España,* México, Departamento de Estado Mayor, 1904.

León Toral, Jesús de, *Historia documental militar de la intervención Francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, recopilación, notas y comentarios del general Jesús de León Toral, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, Comisión de Historia Militar, 1967.

Negrete, Doroteo, *La verdad ante la figura militar de don Miguel Negrete*, Puebla, Imprenta "La Enseñanza", 1935.

Paso y Troncoso, Francisco del, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863: escrito por el teniente coronel Francisco P. Troncoso durante el asedio de la plaza*, México, Secretaría de Guerra y Marina, 1909.

Ramírez Fentanes, Luis, *Zaragoza*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, Comisión de Historia Militar, 1962.

Rodríguez Baca, Emmanuel, *Liberal de corazón y por convicciones. La vida política y militar del general Felipe Berriozábal*, tesis de licenciatura en Historia, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, 2007.

Santibáñez, Manuel, *Reseña histórica del Cuerpo del Ejército de Oriente*, México, Tipografía de la oficina de la impresora del timbre, 1862-1863.

Torrea, Juan Manuel, *La batalla del 5 de mayo. Juicio crítico*, México, Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía, 1960.

———, *Gloria y desastre, El sitio de Puebla.—1863*, México, Editores e Impresores Beatriz de Silva.

•

Capítulo 4

El general Miguel Negrete y el Sitio de Puebla de 1863

Humberto Morales Moreno*

I

"¡Soldado, valiente soldado mexicano, bendito seas!"

El general de división don Miguel Negrete Novoa nace de forma "casual" en la ciudad de Tepeaca, Estado de Puebla, el 8 de mayo de 1824. Narra su hijo en la edición de sus memorias:

> éste, se verificó al regreso de un paseo a que había sido invitada su familia en una hacienda cercana a Tehuacán de las Granadas. Restablecida la madre del biografiado de su alumbramiento, volvió a la bella ciudad de Los Ángeles, en donde puso todo su anhelo en criar esmeradamente a su hijo.[1]

* Instituto Latinoamericano de Historia del Derecho. Posgrado en Ciencias Sociales. Facultad de Filosofía y Letras, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Quiero agradecer a mi equipo de becarios VIEP/BUAP por su asistencia en la confección de la base de datos preliminar del proyecto *Miguel Negrete y el Sitio de Puebla de 1863*: Karen Jiménez, Delfina Ortiz, Abisai Pérez y Abigail Rodríguez, del Colegio de Historia de la FFyL/BUAP.

[1] Doroteo Negrete, *La verdad ante la figura militar de Don Miguel Negrete*, 1935, p. 7. Sus padres fueron don Cayetano Negrete y doña Aparicia Novoa. Padrinos: don José Santizo, español y comerciante de Tepeaca y su esposa doña María Cacho de Santizo.

Su padre fue un militar destacado al servicio del general Santa Anna a partir de 1831. Miguel empezó su carrera militar como pequeño zapador al servicio de su padre. A los 11 años ya era huérfano bajo la tutoría del coronel Castro en el cuartel de Santo Domingo en la ciudad de México. Después de un breve tiempo de radicar nuevamente con sus hermanos en Puebla, regresa para trabajar como aprendiz de sastre en el taller de su tío don Joaquín Alatriste, en la calle de Mercaderes en la ciudad de México. Allí trabó amistad con su primo hermano, el futuro general Miguel Cástulo Alatriste.

Todas las crónicas refieren que Miguel Negrete luchó en la guerra contra Estados Unidos. John Hart, su mejor biógrafo hasta la fecha, lo refiere así:

> Habiendo escogido la carrera militar, empezó como soldado raso en 1843 y terminó su servicio en 1897 con el mayor grado en el ejército mexicano, general de división. La primera acción importante de Negrete fue en 1847 cuando combatió la invasión de México y la pérdida de la mitad del territorio nacional ante el gigantesco adversario del norte, los Estados Unidos.[2]

En los prolegómenos de la guerra contra Estados Unidos, Negrete había tenido sus primeros actos de guerra justamente en el cerro de Loreto en Puebla, unas veces a favor y otras contra el gobierno de Santa Anna. En las memorias editadas por su hijo se consigna que el 7 de agosto de 1846, Negrete pasó de su batallón Defensores de las Leyes al 2º Activo de Puebla, con su mismo grado. Éste marchó hacia Ulúa. Este puerto se encontraba, para ese momento, bloqueado por buques americanos. Con la rendición de San Juan de Ulúa, Negrete regresó a Puebla y fue ascendido a sargento primero. Fue en la batalla de Cerro Gordo que Negrete y Rafael Cravioto se conocieron, siendo este último capitán de la guardia nacional de Huauchinango, Puebla. Aquí parece entenderse la conexión permanente que Negrete tendrá con el distrito de Huauchinango al

[2] John Hart, "Miguel Negrete: La epopeya de un revolucionario", en *Historia Mexicana*, núm. 1 (jul.-sept.), V. 24, 1974, pp. 70-93.

término de la guerra, pues ya para noviembre de 1847 estaba establecido otra vez como sargento primero con un taller de hojalatería que había fundado en dicho distrito. Se subleva contra el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848 y apoya al gobierno de Juan Múgica y Osorio, establecido en Zacatlán entre 1848-1849.

Al general José López Uraga Negrete lo va a conocer cuando lo apoya contra la rebelión de Sultepec en 1849. En su expediente militar en la Secretaría de la Defensa Nacional se observa que las referencias a la lealtad de Negrete eran ya famosas desde estos años, al servicio del gobierno nacional, sin importar el bando o partido que los jefes y líderes políticos llegaban a tomar. A López Uraga lo siguió ayudando ante la sublevación de Guadalajara.

Con la Revolución de Ayutla, Negrete en Puebla fue ascendido al grado de teniente miliciano desde el 1º de junio. En 1855 se levantó en armas en Zamora, Michoacán, en apoyo de las fuerzas liberales al mando de Santos Degollado, con el objetivo de derrocar la dictadura de Antonio López de Santa Anna. Durante los acontecimientos, en la batalla de Zapotlán, Comonfort le otorgó el grado de coronel.[3]

Durante el Sitio de Puebla de 1856 entre las fuerzas de Comonfort y las del general Antonio de Haro y Tamariz, Negrete se distinguió por hacerle frente a las tropas de Haro en Ocotlán. De estos hechos resulta que el propio Comonfort lo hace General de Brigada.[4] En octubre está peleando en Querétaro contra la sublevación de Tomás Mejía. A mediados del año de 1857, don Bernardo Bustillos, español, es arrestado por el general Negrete, elevando el primero una queja ante el cónsul de España y ante el ministro de Francia, manifestando que las fuerzas de este gene-

[3] Véase D. José López Portillo en *Gil Blas*, 3 de enero de 1897, "La adhesión de Miguel Negrete al *Plan de Ayutla*". También: Agustín Rivera, *La Reforma y el Segundo Imperio*, 1962, p. 11.

[4] Sobre las consecuencias del Sitio de Puebla de 1856 véase a Guy Thomson, *La Sierra de Puebla en la política mexicana del siglo XIX,* México, Educación y Cultura, 2010, pp. 44-47. Y el clásico de Jan Bazant, *Antonio Haro y Tamariz y sus aventuras políticas, 1811-1869*, 1985. Sobre la batalla de Ocotlán la crónica de Zamacois en su *Historia de México,* T. XIV, narra con detalle estos hechos.

ral cometían arbitrariedades con los súbditos españoles.[5] Negrete pensaba que este rico comerciante avecindado en Cuernavaca alentaba bandas de malhechores en contra del Supremo Gobierno.

Tras el pronunciamiento del Plan de Tacubaya de Félix Zuloaga contra el gobierno de Ignacio Comonfort y la Constitución Federal de 1857, muchas crónicas señalan que Negrete había decidido unirse al bando de Zuloaga, militando en estas fuerzas y abrazando los ideales de los conservadores durante la Guerra de Reforma. En sus memorias editadas, se hace la precisión de que en Corral Falso, Veracruz, se dieron cita el general Echegaray, representante de Zuloaga, y Negrete. La conferencia celebrada en dicho lugar duró más de tres horas, durante las cuales trataba uno a otro de convencerse, pues de esta discusión debía resultar, según lo pactado, la unión de ambos generales a un partido. Como ninguno cedió, se llegó a la conclusión de dejar en libertad a oficiales y tropa para que estos resolvieran con quién querían continuar su lealtad. A finales de diciembre de 1857 se inicia el periodo de pronunciamientos en contra de las tropas conservadoras. Con esto, Miguel Negrete, tras llegar a Tlaxcala, en Santa Ana Chiautempan, se mostró en favor de la Constitución, poniéndola de nuevo en vigor en el estado de Tlaxcala, tomando la capital del estado y, acto seguido, atacando la ciudad de Puebla. Siendo ya Echegaray gobernador de Puebla por el partido de Zuloaga, le envía una carta a Negrete fechada el 18 de abril en Orizaba. En ésta, Echegaray propone a Negrete celebrar una cita con el fin de hacer algunas aclaraciones con respecto a su actitud y la de sus compañeros que le secundaban. En abril de 1858 ya Negrete está convencido de que Echegaray es un buen militar y decide alinearse con Miguel Miramón. Queda la duda de si esta apuesta pudo estar fuertemente influida por la propia posición de Comonfort de apoyar finalmente el Plan de Tacubaya que le dio manos limpias a Zuloaga para gobernar en forma interina al país. Si a alguien Negrete le debía lealtad y cargos militares era precisamente a Comonfort.

[5] Véase Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, y Niceto de Zamacois, *Historia de México*, T. XV y T. XIV, 1880.

El destino le hace pasar jugadas difíciles cuando Echegaray sale de Puebla con rumbo a Orizaba, donde hace prisionera a toda la guarnición, así como a sus jefes y oficiales. Mientras tanto, Negrete recibe órdenes de marchar hacia Zacatlán con el fin de atacar a Miguel Cástulo Alatriste, su primo y jefe juarista, al que finalmente apresa en Tlaxco. El 23 de enero de 1859 Miramón es proclamado presidente sustituto de la República y las fuerzas de Echegaray y Negrete lo van a secundar por la debilidad que Zuloaga había mostrado ante las fuerzas clericales. A mediados de febrero de ese año Negrete va a medir fuerzas por primera vez contra las de Benito Juárez cuando éste, siendo presidente de la Suprema Corte, proclama en Veracruz el desconocimiento del Plan de Tacubaya. México tenía dos presidentes de la República.[6] Miramón confió a Negrete el punto de Las Villas, con el fin de vigilar la plaza de Veracruz. Asimismo le confirió el cargo de comandante militar en el sector militar de Orizaba, del Ejército de Oriente. En sus memorias se narra la derrota juarista de Jamapa y el repliegue en Veracruz de los liberales juaristas que recibieron ayuda de la Armada americana que bombardea dos buques pequeños adquiridos en La Habana por Miramón. Si bien en las memorias se menciona el pasaje del Tratado McLane-Ocampo como algo desagradable que provocó deserciones en el bando juarista y lealtades de tropa hacia Negrete, su hijo deja la aclaración de que:

> No quiere el autor de esta obra, que ha procurado certificar los actos más relevantes de su biografiado, con varios autores, mencionar en este acontecimiento a Bulnes, no obstante su erudición, y la amplitud de detalles que da a este mismo respecto, porque es opinión general y se ve a las claras que su obra "El verdadero Juárez", fue comparada para engrandecer a un hombre y denigrar a otros de indiscutible mérito, como al Benemérito, que a pesar de haber tenido flaquezas humanas, llegó a la excelsitud; pero, para ampliar la información que debe rendirse en esta obra que no tiene más objeto que la de dar a conocer la vida de un

[6] Este enfrentamiento es conocido como la Batalla de Jamapa, Ver. Véase Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *Estudios Históricos*, T. I, pp. 8 y 9, Niceto de Zamacois, *Historia de México*, *op. cit.* 1880.

militar muy bien intencionado, también humano, que ofrendó toda su vida, su sangre y su tranquilidad en aras de la patria que tanto amó, sin buscar jamás riquezas ni honores.[7] (Figura 6)

Figura 6
General Miguel Negrete, *Carte de visite*, Valleto y Ca.
Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



Como sabemos, el 14 de marzo de 1860 Miramón y Juárez establecen un diálogo para crear un armisticio que pondría fin a las hostilidades entre ambos bandos "presidenciales", pero el 15 Miramón no aceptó las enmiendas de Juárez y las hostilidades se reanudaron, levantando el sitio de Veracruz el 21 de marzo por la falta de parque para continuar el enfrentamiento. En la batalla de Toluca, en diciembre de ese año, Negrete tuvo una gran participación sitiando a las fuerzas liberales de Santos Degollado y Berriozábal, a quienes hizo prisioneros.[8] Según su Memoria editada, Negrete salvó la vida de estos generales al interceder con Miramón su perdón. No olvidemos que cuando todos le eran leales a Comonfort, Degollado y Negrete pelearon juntos.

[7] Doroteo Negrete, *op. cit.*, p. 60-61.
[8] Véase Miguel Galindo y Galindo, *La Gran Década Nacional*, t. I, 1904 p. 462.

II

Primero Patria que Partido

Habiendo peleado en la mítica batalla de San Miguel Calpulalpan el 22 de diciembre de 1860, con Leonardo Márquez, José Joaquín Ayesterán y Cobos, fueron derrotados por González Ortega. Negrete logró salvarse de la ocupación de la ciudad de México y alistado en las fuerzas de Leonardo Márquez cubrió la ruta de Cuautitlán. Allí se enteró que Márquez había fusilado a Ocampo por "órdenes del Presidente Zuloaga", con lo que comenzó el camino de su decepción en el partido conservador al no estar de acuerdo con estas venganzas. Negrete estampó su firma en el testamento de Ocampo y cuando ese 4 de junio de 1861 Juárez puso fuera de la ley a Márquez, Zuloaga, Mejía, Cobos, Vicario, Cajiga y a Lozada, Negrete estaba fuera de esta persecución.[9] Por los últimos días del mes de noviembre, la guerrilla que cubría el camino de Cuautitlán a México interceptó la valija del correo que iba para el interior, la cual fue conducida al cuartel general de Negrete, establecido en Jilotepec, quien por periódicos y correspondencia oficial, incluyendo la de la valija, se enteró que tres escuadras aliadas (Francia, Inglaterra y España) invadían el Golfo de México. Tras la noticia de la invasión, Negrete dio la orden para que a las cinco de la tarde se reunieran en su alojamiento los jefes y oficiales que estaban a sus órdenes. En la junta mostró a sus compañeros los documentos oficiales interceptados, manifestando que la independencia de la patria se veía comprometida, y que todo buen mexicano debía luchar en defensa de ella, y que estaba dispuesto a unificarse aún con los propios enemigos, pues primero era mexicano que partidario. Todos sus compañeros, excepto uno, ofrecieron secundar su idea. Entonces se dispuso que el general Liceaga marchara a México a ofrecer los servicios de

[9] Véase Decreto del 4 de junio de 1861. También *Liberales Ilustres Mexicanos de la Reforma y la Intervención*, en la página 130, se narra la muerte de Leandro Valle. *El Monitor Republicano*, 19 de junio de 1861, publicó un artículo muy extenso sobre las actividades de Negrete, O'Horan y Taboada.

Negrete y los suyos. A los pocos días un parte telegráfico anunciaba a Negrete que entregara todas sus armas, municiones y caballos, y que podían, él y sus compañeros, retirarse a la vida privada. Negrete contestó que no había ofrecido su espada y la de sus compañeros por temor a nadie, sino porque deseaba combatir contra los invasores que amagaban su patria, y que "solo unidos todos los mexicanos, como un solo hombre", se conseguiría la integridad de la nación. Vino entonces la Ley de Amnistía del 29 de noviembre, donde el gobierno de Juárez perdonaba los delitos políticos que se hubieren cometido desde el 17 de diciembre de 1857 hasta la publicación de la Ley, con algunas excepciones. De aquí vino la entrevista en el pueblo de Calpulalpan, Tlaxcala, entre los generales Doblado y Negrete, quedando este último bajo las órdenes del primero, quien ordenó a Negrete que fuera a incorporarse a su división que estaba en Arroyozarco. Tal hecho verificó la unión de dos fuerzas que habían sido enemigas, pero dispuestas ambas a defender la independencia nacional. Por orden del general Doblado, la columna en la que se encontraba el general Negrete se dispuso a marchar para México, donde se encontraron con la nueva de que Doblado había sido nombrado jefe del gabinete del presidente Juárez.[10] Allí es comisionado para formar brigada en Puebla y se traslada a Huauchinango con su antiguo amigo Rafael Cravioto. El 19 de diciembre de 1861, en la plaza de Puebla, Negrete lanza una proclama en la que incita a la población a pelear por la independencia nacional.

> ¡Soldados, vamos al encuentro de los invasores de nuestra patria, probablemente daremos algunas acciones en el camino, pero en el caso de que nos sea

[10] Para mayor precisión sobre estos datos véase Miguel Galindo y Galindo, *La Gran Década Nacional*, T. II, p. 153, que narra la reacción del general Negrete ante la invasión extranjera. *El Siglo XIX*, con fechas: viernes 29 de noviembre de 1861, jueves 5 de diciembre de 1861, y lunes 23 de diciembre de 1861, narra la actuación del general Negrete ante la invasión extranjera. En expediente de la Secretaría de Guerra consta la orden hecha a Negrete para que marche a Huauchinango a aumentar su brigada. *El Siglo XIX*, con fecha de 21 de diciembre de 1861, reproduce la proclama del 19 de diciembre de 1861 del General Miguel Negrete. Véase Humberto Musacchio, "Miguel Negrete", *Gran Diccionario Enciclopédico de México visual*, T. III, 1994.

> contraria la fortuna, juremos que esta plaza será el sepulcro de los soldados de la nación, antes de permitir que el extranjero vuelva a nuestro suelo.[11]

Durante la segunda Intervención Francesa en México, Negrete hizo a un lado las intrigas "conservadoras" y participó en la defensa del territorio mexicano, ante el avance de las tropas francesas hacia el centro de México. Negrete reacciona y se pone de parte del bando liberal con su célebre frase "Yo tengo Patria antes que Partido".

Unido al ejército republicano y a las órdenes del general Ignacio Zaragoza, ambos se cubren de gloria en la Batalla de Las Cumbres y en la Batalla de Puebla el 5 de mayo de 1862, llegando a ser considerado como el segundo héroe de dicha batalla al defender el Fuerte de Loreto. Al respecto Ernesto de la Torre comenta:

> Negrete, con 1200 soldados y dos baterías de campaña y montaña, defendía las alturas y fue quien llevó el peso de la batalla y a quien se debió el triunfo, auxiliado heroicamente por todos sus compañeros, dirigidos certeramente por el general Ignacio Zaragoza.[12]

José María Iglesias nos recuerda en sus *Revistas Históricas*[13] las tribulaciones por las que estaba pasando Zaragoza para afianzar la lealtad de su ejército allí donde simplemente no existía. La defensa y caída de la Zaragoza de México va a ser explicada recurrentemente en las *Revistas* por dos grandes factores: penuria financiera

[11] Doroteo Negrete, *op. cit.*, pp. 83-84.

[12] Véase Ernesto de la Torre Villar, *Historia de México*, T. VIII, 1974, pp. 4. A su vez, esta afirmación viene del parte de guerra del general Zaragoza del 9 de mayo de 1862: "Al amanecer del día 4 ordené al distinguido general C. Miguel Negrete que con la 2ª División de su mando, compuesta de 1200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar de las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas: la primera de 1082 hombres, la segunda de 1000 y la última de 1020, toda infantería y además una columna de caballería con 550 caballos que mandaba el Ciudadano General Antonio Álvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José, hasta las doce del día, a cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc".

[13] José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*, 1966.

y hambre. Si a estos factores se agregan las presiones de los monarquistas, quienes al no poder avanzar con Lorencez sobre Puebla recurrieron al oro para sustituir al "plomo y al hierro", intentando doblar a Negrete y O'Horan para el partido de Márquez y Cobos, pues el drama estaba completo.

Diversas fuentes corroboran que Negrete no se dejó doblar por los monarquistas en Puebla y que, sin duda, era el gran protagonista de la Batalla del 5 de Mayo. Por ejemplo, el coronel francés J. P. Jeanningros escribió un interesante testimonio, siendo comandante de la Legión Extranjera que peleó en Camarón, sobre las operaciones militares que llevó a cabo durante su expedición en México, y menciona que Negrete era sin contradicción alguna el mejor jefe del ejército republicano, a quien le toca enfrentar posterior a la batalla de Puerto Bagdad, frontera entre Matamoros y Brownsville, en 1865. Negrete había peleado en ese frente desde 1864 cubriendo la retaguardia del periplo de Juárez hacia Paso del Norte.[14]

El Monitor, con fecha de 16 de mayo de 1862, publicó la carta del general Antonio Taboada al general Negrete invitándolo a unirse a las tropas francesas. El mismo periódico publicó la carta de Negrete a Taboada rechazando la oferta[15].

[14] Véase "Rapport manuscrit du colonel Jeanningros au général commandant le corps expéditionnaire au Mexique, consultable au Musée de la Légion étrangère". Dossier: LH/1363/8, Pierre Jean Joseph Jeanningros, 1816/11/21 Archives Nationales de France. Sus memorias editadas por su nieto Michel Jeanningros, *Le général Pierre Jeanningros, 1816-1902, colonel commandant le régiment étranger à Camerone*, Besançon, 1986. También Jean Avenel, *La campagne du Mexique (1862-1867). La fin de l'hégémonie européenne en Amérique du Nord*, 1996.

[15] Dentro de las fuentes de época que citan actuaciones del general Negrete en forma destacada en este episodio del 5 de mayo tenemos la memoria del general Manuel Santibáñez en su *Reseña Histórica del Ejército de Oriente*, V. 1, p. 70, 1892. Periódico *La Unión*, 19 de julio de 1870, p. 2; Albert Hans, *Queretaro. Souvenirs d'un officer de l'empereur Maximilien*, 1869, pp. 163 y 165, Galindo y Galindo, *La Gran Década Nacional*, p. 268. Salado Álvarez publicó en mayo de 1931 en *El Universal* "¿Negrete o Berriozábal?", sobre el papel destacado de cada uno de ellos en la Batalla del 5 de Mayo de 1862. Las narraciones hemerográficas más completas son las de *El Monitor Republicano*, con fecha de 9 de mayo de 1862, *El Constitucional*, con fecha de 6 de mayo de 1862, *El Cronista de México*, con fecha de 6 de mayo de 1862, p. 3. Insustituibles los partes de guerra rendidos por el general Miguel Negrete, mayo 6 de 1862; general Ignacio Zaragoza, mayo 9 de 1862, y el del general Berriozábal, mayo 9 de 1862.

III

¡A las armas, poblanos!
Un hermano vuestro
os llama a nombre de la Patria que reclama
el cumplimiento de vuestros más sagrados
deberes; os espero en el campo de batalla, donde
daremos una nueva prueba de que sabemos ser
libres, y que México es digno de figurar
en el catálogo de las naciones independientes.

Miguel Negrete,
Puebla de Zaragoza, marzo 9 de 1863.

En los preparativos del Sitio de Puebla de 1863, la rápida organización de la defensa, que ya Zaragoza había dejado establecida, presagiando que la falta de recursos y la indisciplina del Ejército mexicano no terminarían por expulsar a los refuerzos de Lorencez de Orizaba y de la ruta de Puebla, concentró la estrategia del abogado militar, General en Jefe del Ejército de Oriente a la muerte de Zaragoza, don Jesús González Ortega, en fortificar los cuatro puntos cardinales de la ciudad.

En el norte, en las garitas de los fuertes de Loreto, Guadalupe y el Independencia, Felipe Berriozábal era el responsable. Como adjunto le colocó al "valiente hijo de Oaxaca", como bautizó González Ortega a Porfirio Díaz en su parte general. Esta primera línea era la más guarnecida, suponiendo que Forey, el sustituto de Lorencez, vengarla la afrenta del 5 de mayo. Hacia el oeste, entre los fuertes Morelos y Santa Anita, en medio el Fuerte San Javier, el famoso, al mando del general Florencio Antillón. Hacia el sur, Fuerte Morelos, entre San Agustín y Santa Clara, al mando del general Francisco Alatorre, con "el bravo Auza […] y el italiano garibaldino Ghilardi […]", el primero, hijo de Zacatecas como lo narra González Ortega, y el segundo, aventurero italiano que había escapado de la prisión del Callao en las luchas independentistas del Perú. El oriente, el Fuerte Zaragoza, y el de Ingenieros, al mando del general Ignacio de la Llave, patriota veracruzano. Hubo una quinta

división de la que poco se narra hoy día al recordar los sucesos de la resistencia republicana en el sitio de 1863. Estaba organizada en siete brigadas de infantería y aproximadamente tres mil dragones al mando del general O'Horan, en reserva a las órdenes del general Miguel Negrete, de quien Vicuña se expresaba así:

> el mismo que hoy, vencido, es el terror de los que, vencedores, no son todavía ni lo serán mientras él viva, los tranquilos dueños de Puebla, su patria nativa.[16]

Esta división tenía el mando de Negrete desde la Plaza de Armas de la ciudad. Como veterano, comandaba esta división de reserva. Según la memoria editada por su hijo, esta reserva comprendía nueve batallones con un total de 6200 hombres, en su mayoría del estado de Puebla.

La fortificación de la plaza de Ingenieros estuvo a cargo de un nativo de Puebla, Joaquín Colombres, quien al terminar el sitio fue llevado prisionero a Francia con el grado de general brigadier.

La presencia de Comonfort en Puebla, después de múltiples intrigas entre los mandos con el presidente Juárez, estaba diseñada para mandar en las afueras; su cuartel general se construyó en San Martín Texmelucan en el camino a México, en caso de que las tropas de Forey decidieran no entrar a Puebla. Pero González Ortega sugiere en su parte general que esa partición del mando fue fatal para la adecuada defensa de la ciudad. La historiografía de la época, partes militares y primeros saldos y balances de la caída de Puebla, sugieren que González Ortega descuidó la fortificación del cerro de San Juan por creer que Forey atacaría nuevamente por el noreste de la ciudad, yerro que la opinión pública de la época le cargó también a Joaquín Colombres. A todo esto, la penuria permanente de los habitantes de la ciudad arremetió en contra de

[16] Véase Benjamín Vicuña Mackenna, *La defensa de Puebla por el General Jesús González Ortega. Artículos bibliográficos,* mayo de 1864, p. 64. Agradezco a mi asistente, el licenciado en Historia Fernando Castrillo Dávila por haber localizado esta rara edición del testimonio del ilustre intelectual y político chileno. No puede faltar la lectura también del general Jesús González Ortega, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la Plaza de Zaragoza,* México, 1871.

las fortificaciones por la falta de víveres y municiones. Los fortines tenían tropa forastera que mantener y en sus alrededores pululaban entre cincuenta mil y sesenta mil habitantes… ¡que alimentar! González Ortega creía en el heroísmo de la plaza, pero sin comida y municiones… fatalismo mexicano en acción.

El sitio comenzó su batalla brutal el 16 de marzo. Forey y sus tropas esperaron en Amalucan. Finalmente rodearon por el poniente y tomaron San Juan y esto explica por qué pudieron descender en línea recta hasta San Javier. Entre el 22 y 24 de marzo el sitio de San Javier fue brutal y de allí la carta de González Ortega a Comonfort donde le ratifica que si la plaza del Fuerte se perdía "sus defensores están resueltos a defender los fuertes que se encuentran en los suburbios de la población, y si estos se pierden, cada una de las casas y edificios de aquella". El 26 de marzo fue decisivo, resistiendo la brigada del fuerte el ataque. Para el 28, los zuavos habían tenido muchas pérdidas en su encuentro con los bravos mineros de Guanajuato y Zacatecas. Técnicamente, para el 30 de marzo, el asalto de San Javier terminaba el sitio. El resto, es la enorme resistencia republicana que lo prolonga hasta el 17 de mayo. El 3 de abril, Porfirio Díaz esperó a los franceses en San Marcos. El 6, De la Llave igual, tomando 36 prisioneros zuavos. En el ínter se dio el bombardeo de San Agustín. Según los partes militares de la época, para el 7 de abril se habían hecho, desde el 16 de marzo que comenzó el sitio, más de 25 mil tiros de cañón, más de mil bombas y cuatrocientos mil tiros de fusil. Forey reculó para volver a atacar el 19 de abril. Esta vez asaltando Santa Inés, cerca del Fuerte Morelos al mando del bravo de Zacatecas, general Auza. Comonfort no fue eficaz en abrir brecha en el camino de México, vital para romper el cerco alimenticio que imponían los franceses. En Santa Inés, Porfirio Díaz perdió aproximadamente a 450 rifleros de Aguascalientes, Zacatecas y San Luis. Mandó quemar todas las manzanas aledañas al terminar el cerco.

La ineficacia de Comonfort la describe Negrete cuando se narra el ataque francés de San Pablo del Monte. Por seis horas resistió con su columna el ataque con la esperanza de que Comonfort

entrara a Puebla con víveres para romper el cerco. Entre muertos y heridos, 250 bajas hacen que Negrete se retire ante la espera en vano. En realidad ese 9 de mayo Comonfort había sido derrotado por Márquez en San Lorenzo.

Es sabido por las fuentes de la época ya referenciadas líneas arriba, que el presidente Juárez se aproximaba a Río Frío el 2 de mayo, justo cuando González Ortega debatía la capitulación de la plaza o la salida sigilosa hacia México para traer refuerzos. Ante las presiones de Forey para que éste defeccionara la plaza a la "usanza europea", González Ortega decide continuar el sitio y esto explica el acoso francés sobre el Fuerte de Ingenieros, donde el coronel Patoni, de Durango, resiste el ataque hacia el 13 de mayo, con la División de Chihuahua. Negrete, según su testimonio registrado en el Parte del general González Ortega, propuso una salida de la plaza con el Cuerpo del Ejército de Oriente, engañando a Forey como los franceses lo habían hecho al traspasar las fronteras en los preliminares de La Soledad.

Para el 16 de mayo, el Estado Mayor en torno a González Ortega decidió votar la rendición de la plaza. Uno sólo se opuso, el Atila de los franceses, el poblano Miguel Negrete. En su parte general, lo consigna González Ortega:

> [Voz de Negrete] Yo opino porque nuestro general en jefe admita la proposición que le hace el general Forey, de que salga nuestro cuerpo de ejército de la plaza y que permanezca neutral ínter termina la cuestión habida entre Francia y México, y que una vez colocado nuestro cuerpo de ejército fuera de Zaragoza, falte á los compromisos que se contraiga, haciendo la guerra al ejército Francés, así como éste faltó de una manera escandalosa á los convenios celebrados en la Soledad [...][17**]

[17] **Jesús González Ortega, *Parte General que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la Plaza de Zaragoza*, 1863, pp. 153-154.

En su ensayo recientemente publicado, Rosalba Mejía menciona que

> En el campo mexicano los generales Berriozábal, Negrete, Antillón, Llave, Díaz y Mejía se reunieron con González Ortega para solicitarle el abandono de la plaza a fin de salvar al Ejército de Oriente. El zacatecano rechazó la propuesta de los generales pues las instrucciones del gobierno giraban en torno a la defensa de Puebla, y comunicó a Comonfort que ésta continuaría, aunque sólo contaba con víveres y parque para sostenerse durante 8 días. Así pues, le proponía que atacara alguno de los campamentos franceses en una acción simultánea y combinada con el Ejército de Oriente desde el interior de la plaza, con lo que obligarían a Forey a levantar el sitio o por lo menos a reconcentrar sus tropas en otros puntos y entonces podrían introducir las provisiones necesarias. Pidió a Comonfort que le comunicara inmediatamente la ubicación de los puntos en los que se movería a fin de poder preparar el auxilio simultáneo desde el interior.[18]

IV

Fin del Sitio. Gobernador y comandante militar de Puebla y Tlaxcala

Así, en la madrugada del 17 de mayo, González Ortega da a conocer su famosa carta de rendición a Forey que dio la vuelta al mundo de aquel entonces. Como la orden fue destruir el armamento, los centinelas franceses alegaban que la tropa mexicana hacía desmanes por doquier en la ciudad, pero esa era parte de la negociación de la rendición. Para el 19 de mayo Forey toma en forma solemne la ciudad y el cabildo metropolitano de la Catedral le rindió honores. Se cantó *Te Deum*. La Puebla republicana estuvo de pie y mantuvo su alerta en una resistencia silenciosa y constante a partir del 18 de mayo de 1863, mudando a la sierra norte su mejor bastión de resistencia, en uno de los sitios de guerra más

[18] Véase Rosalba Mejía Albarrán, *Jesús González Ortega en Puebla: entre la política y la defensa nacional,* en Humberto Morales Moreno, (coord.), *Puebla en la época de Juárez y el 2º Imperio*, 2012.

cruentos y difíciles en la historia de una intervención extranjera en el continente americano en esa época. Negrete había propuesto una segunda opción, romper el sitio enfrentándose a Forey, pero tampoco hubo eco. Negrete logró escapar con parte de su reserva entre las líneas enemigas refugiándose nuevamente en la sierra norte de Puebla, estableciendo su centro de operaciones en Huauchinango. Juárez le respeta el nombramiento de general de división y le permite tener el batallón de Guardia Nacional de Tepeji de la Seda, 100 caballos a la orden del coronel Quesada y 500 pesos que recibió de la tesorería. Todo esto para armar el Gobierno y Comandancia Militar de los estados de Puebla y Tlaxcala con sede en Huauchinango.[19] Rafael Cravioto fue su principal apoyo junto con los poblanos Luis Cabrera, licenciado Manuel Aspiroz, Gorgonio Rosas y Antonio del Corral. Puesto a las órdenes de Benito Juárez, y dejando a Cravioto como gobernador en Huauchinango, Negrete terminó siendo ministro de Guerra de marzo de 1864 a agosto de 1865. Fue protagonista crucial en la toma de las ciudades de Monterrey y Saltillo.

Falleció el 5 de enero de 1897 en la Ciudad de México y sus restos fueron trasladados a la Rotonda de las Personas Ilustres el 5 de mayo de 1948.

El 5 de diciembre de 2007 en el Salón de Plenos del Legislativo del Congreso del Estado de Puebla se escribió el nombre en letras de oro del poblano general Miguel Negrete.[20]

Fuentes Consultadas

Bibliografía

Aguilar Patlán, Venancio Armando, *Sexto Batallón de Guardia Nacional del Estado de Puebla. La Reforma en Tetela de Ocampo, Puebla, 1855-1873*, tesis de licenciatura en Etnohis-

[19] Doroteo Negrete, *op. cit.*, pp. 133-134.

[20] "Reconoce el Congreso al General Miguel Negrete", Dirección General de Comunicación Social y Relaciones Públicas, Gobierno del Estado de Puebla, 5 de diciembre de 2007. Consultado en internet el 19 de diciembre de 2009.

toria, ENAH, 2006, (publicada como libro por El Colegio de Puebla, 2012).

AVENEL, Jean, *La campagne du Mexique (1862-1867). La fin de l'hégémonie européenne en Amérique du Nord*, 1996.

BLANCO, Miguel, *Exposición que hace al pueblo mexicano el ciudadano Miguel Blanco de su conducta política en la época de la intervención Francesa y el llamado imperio,* México, Imprenta de J. S. Ponce de León, 1870.

CABRERA ACEVEDO, Lucio (comp.), *La Suprema Corte de Justicia. La República y el Imperio,* México, Suprema Corte de Justicia, 1988.

CARRIÓN, Antonio, *Historia de la Ciudad de la Puebla de los Ángeles,* V. 2, Puebla, 1897.

COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Historia Moderna de México. La República Restaurada. Vida Política,* México, Hermes, 1984.

DÍAZ LÓPEZ, Lilia, *Versión francesa de México. Informes diplomáticos (1864-1867),* México, El Colegio de México, 1964-1967.

DÍAZ, Porfirio, *Memorias de Porfío Díaz, 1830-1867,* México, 1922.

GALINDO Y GALINDO, Miguel, *La Gran Década Nacional*, T. I, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1904.

GARCÍA, Genaro, *El Sitio de Puebla en 1863 según los archivos de Ignacio Comonfort, General en Jefe del Ejército del Centro, y de Don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de Relaciones Exteriores,* México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1909 (documentos inéditos o muy raros para la historia de México, Porrúa, V. XXIII).

———, *La intervención Francesa en México según el archivo del General Bazaine,* documentos inéditos o muy raros para la historia de México, México, Porrúa, 1973.

GONZÁLEZ ORTEGA, Jesús, *Parte General que dio al Supremo Gobierno de la Nación, respecto a la defensa de la Plaza de Zaragoza, el ciudadano General Jesús González Ortega,* Zacatecas, Imprenta de Tostado y Villagrana, 1863.

HANS, Albert, *Querétaro. Souvenirs d'un officier de l'empereur Maximilien*, París, E. Dentu, 1869.

Hart, John, "Miguel Negrete: La epopeya de un revolucionario", en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, núm. 1, (jul-sept), V. 24, 1974, pp. 70-93.

Hernández Rodríguez, Rosaura, *Ignacio Comonfort. Trayectoria política. Documentos,* México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1967.

Huerta, Epitacio, *Apuntes para servir a la historia de los defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia; enriquecidos con documentos auténticos por el General Epitacio Huerta,* México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1868.

Iglesias, José María, *Revistas históricas sobre la intervención Francesa en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991. (Versión de El Colegio de Puebla, Colección Jean Meyer, 2012, de la 1ª ed. con introducción de Martín Quirarte, México, Porrúa, 1966.)

Jeanningros, Michel, *Le général Pierre Jeanningros, 1816-1902, colonel commandant le régiment étranger à Camerone,* Besançon, 1986. También Jean Avenel, *La campagne du Mexique (1862-1867). La fin de l'hégémonie européenne en Amérique du Nord*, París, Éditions Economica, 1996.

López Portillo, José, "La adhesión de Negrete al Plan de Ayutla", en *Gil Blas*, México, 3 de enero de 1897.

Mejía Albarrán, Rosalba, *Cuando la legalidad no basta (1864-1865). Trayectoria de un reformista: Jesús González Ortega*, tesis, México, UNAM, 2000.

Morales Moreno, Humberto (coord.), *Puebla en la época de Juárez y el 2º Imperio,* El Colegio de Puebla, México, 2012.

———, *La Resistencia Republicana en Puebla: 1862-1867*, en Patricia Galeana (ed.), *La Resistencia republicana en las entidades federativas de México*, México, Siglo XXI Editores, 2012.

———, "El estado de sitio y la resistencia republicana en Puebla del 5 de enero al 9 de mayo de 1862", en *Istor*, CIDE, XIII, 50, 2012, pp. 217-240.

———, *Iglesias, cronista de la Soberanía,* en Jean Meyer (colección), *Revistas históricas sobre la intervención Francesa en México*, El Colegio de Puebla, México, 2012.

———, "La historiografía de la batalla del 5 de mayo de 1862", en Martha Patricia Sánchez (ed.), *Destellos del 5 de mayo*, H. Ayuntamiento de Puebla e IMACP, 2011.

MUSACCHIO, Humberto, "Miguel Negrete", en *Gran Diccionario Enciclopédico de México visual*, t. III, 1994.

NEGRETE, Doroteo, *La verdad ante la figura militar de Don Miguel Negrete*, Puebla, La Enseñanza, 1935.

NIOX, Gustave, *Expédition du Mexique, 1861-1867. Récit politique & Militaire*, París, Librairie militaire de J. Dumaine, 1874. (Versión española actual por El Colegio de Puebla, Colección Jean Meyer, 2012.)

PASO Y TRONCOSO, Francisco del, *Diario de las operaciones militares del Sitio de Puebla de 1863,* Puebla, Gobierno del Estado, 1988.

RIVERA, Agustín, *La Reforma y el Segundo Imperio,* México, 1962.

SALADO ÁLVAREZ, Victoriano, *Refutación de algunos errores del Sr. Don Francisco Bulnes. El papel de Juárez en la defensa de Puebla y en la campaña del 63*, México, Tipografía Económica, 1904.

SALAZAR MONROY, *Batalla del 5 de Mayo de 1862,* Fondo Fernando Díaz Ramírez, UANL.

TAMAYO, Jorge L., *Benito Juárez, documentos, discursos y correspondencia,* México, Libros de México, 1972.

———, *Ignacio Zaragoza, Correspondencia y documentos,* México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, Gobierno del Estado de Puebla, 1979.

THOMSON, Guy, *El liberalismo popular mexicano. Juan Francisco Lucas y la sierra de Puebla, 1854-1917*, México, Educación y Cultura, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélez Pliego", BUAP, 2011. Colaboración de David G. LaFrance.

TORRE VILLAR, Ernesto de la, *Historia de México*, T. VIII, Barcelona y México, Salvat Editores, 1974.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *La defensa de Puebla por el General Jesús González Ortega. Artículos bibliográficos,* introducción de Daniel Moreno, México, Costa Amic Editor, 1978.

Vigil, José María y Juan Haro, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1989.

Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, *Estudios Históricos*, T. I.

Villela Larralde, Otón, *Testimonios de un patriota, Manuel Doblado. Documentos,* Guanajuato, Gobierno del Estado, 1978.

Zamacois, Niceto de, *Historia de México*, T. xv, Barcelona y México, J. F. Parres y Cía. Editores, 1880.

Archivos y bibliotecas:

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. Expediente del General Miguel Negrete.

Hemeroteca Nacional (1862-1865).

Archivo Histórico Municipal de Puebla. (Expedientes, Leyes y Decretos: 1862-1863).

Fondo Reservado Fernando Díaz Ramírez. Capilla Alfonsina. Biblioteca Universitaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

•

Capítulo 5

Prisionero de guerra del imperio francés

Diario del teniente coronel Cosme Varela. Episodio histórico ocurrido durante la Intervención: 1863-1864

Jorge Carretero Madrid*

No me pasó nada, sólo la vida.
Augusto d'Halmar

El encuentro fortuito... sobre una mesa cubierta con antiguos legajos

Un muy buen día, hace un cierto número de años, ocurrió un feliz encuentro, sobre una mesa cubierta con legajos de viejos papeles reunidos y conservados, celosa y amorosamente, al paso del tiempo, por un amigo historiador, de un texto mecanográfico de 55 cuartillas, con quien escribe estas páginas.

De alguna manera, que probablemente nunca sabremos, la copia del manuscrito original —versión fechada en octubre de 1933— llegó a las manos de este acucioso e incansable historiador, Juan Dubernard Chauveau,[1] a quien tuve la fortuna de conocer y

* Director de la Fototeca Antica.

[1] Sobre Juan Dubernard escribió, tras su fallecimiento, en una esquela contenida en un recorte de una publicación periodística, uno de sus entrañables amigos, Gutierre Tibon: "Acaba de morir, en plena actividad de trabajo, el historiador más insigne que ha producido Morelos en el siglo XX: un hombre que a la bondad, la sabiduría, la modestia, unía una calidad humana de gran excepción: […] tenía una pasión por el patrimonio artístico de Morelos, prehispánico y virreinal. En el curso de los años, con sus diligentes exploraciones de campo y la búsqueda afortunada de documentos ignorados en archivos públicos y privados en México y en Sevilla, adquirió un conocimiento del tesoro arqueológico y colonial morelense que le permitió escribir una serie de libros con estilo de gran historiador, que desafiarán el tiempo".

apreciar, así como de disfrutar, en algunas ocasiones, de su insaciable espíritu de investigador, de su vocación de conservador y divulgador de documentos y testimonios, y de su ejemplar bonhomía. Gracias a él, en buena medida, la edición de este *Diario* se ha convertido en una realidad.

El contenido histórico, inédito, de estos cuadernos de guerra

El *Diario*, es importante decirlo, fue preservado, en principio, gracias al hijo del teniente coronel Cosme Varela, el licenciado J. Varela, quien conservó el texto original precisamente en las copias que de circunstancial manera finalmente llegaron a mis manos, y que en aquel entonces me fue posible adquirir. En esencia, los papeles de guerra, el legajo, estaba conformado por los siguientes elementos:

- Una breve introducción, escasa media cuartilla escrita a máquina, que fue redactada por el licenciado J. Varela, en la que expresa que se trata del *Diario escrito en el año de 1868, por el puño y letra de mi padre, el C. General de Brigada Don Cosme Varela, quien fue hecho prisionero de guerra por el Ejército Francés, el 17 de mayo de 1863, con las fuerzas que capitularon en el sitio de la Ciudad de Puebla de Zaragoza, bajo el mando del invicto General Don Jesús González Ortega.*

  En estos fragmentos —añade— *se refieren algunos pormenores del viaje de Veracruz a Francia, y lo más notable de los hechos ocurridos en aquel país, su cautiverio y su repatriación a la República mexicana, para continuar luchando por la Independencia y la Libertad. En la inteligencia de que los datos complementarios e históricos, que son muy abundantes, así como la lista de todos los traidores a la causa y de los fieles soldados que lograron regresar y seguir defendiendo a la República, constan en el propio diario, con sus comprobaciones correspondientes en documentos fehacientes.*

- En la propia hoja, el licenciado Varela adjunta y firma una nota manuscrita, dirigida a un licenciado Cervantes, a quien trata como su "estimado amigo" y al que solicita se sirva devolverle "la presente copia mecanográfica del *Diario*, que le hace llegar para conocer su opinión y para integrarla a toda la obra", de la cual se desea hacer la correspondiente publicación. Igualmente, "le suplica la devolución de los negativos de los documentos que fotografió el Sr. Carvajal, como anteriormente le ofreció". Esta nota se encuentra fechada por el licenciado J. Varela el 17 de octubre de 1933, en la ciudad de Cuernavaca, estado de Morelos.
- Dos copias mecanográficas de este *Diario*, cada una conformada por un total de 55 cuartillas, que no ofrecían entre sí variante alguna. Vale decir que estos textos adolecían de innumerables errores, atribuibles, la mayoría de ellos, a la transcripción del manuscrito, respecto de los cuales fue necesario hacer un arduo y cuidadoso trabajo de corrección, con el propósito de facilitar su legibilidad, especialmente de aspectos tales como la puntuación, así como de la consiguiente adecuación (investigación de por medio) de la correcta escritura de nombres, sobre todo por lo que se refiere a los de idioma extranjero. Por encima de todo, tuvimos un extremo cuidado en respetar la redacción, el sentido, el significado y el espíritu de la versión original.
- Adicionalmente, contenía una copia de la Hoja de Servicios del general Cosme Varela, expedida, en agosto 18 de 1881, por la Secretaría de Guerra y Marina, Departamentos de Infantería y Caballería, Sección 3ª, en la cual se resumen los siguientes conceptos:

    - Fechas en que obtuvo los empleos y tiempo en que ha servido en cada uno. Empleos y grados.
    - Cuerpos en que ha servido y clasificación de tiempo.
    - Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado, y servicios meritorios que ha contraído.
    - Premios que ha obtenido por acciones militares.

Al general coronel Cosme Varela le fueron otorgados los siguientes premios y condecoraciones por las campañas y acciones de guerra en que participó, así como por "los servicios meritorios que ha contraido":

- Condecoración de la Paz, creada por supremo decreto del 14 de abril de 1856.
- Diploma por la Guerra de Tres Años.
- El grado de coronel de milicia activa por sus servicios al orden.
- Condecoración por la Campaña del Valle de México contra los norteamericanos.
- Condecoración por la Batalla del 4 de mayo de 1862, en Atlixco, contra los francotraidores.
- Condecoración por el Sitio de Puebla contra los franceses.
- La Cruz de 1ª Clase por la campaña contra los franceses y las expedidas por las legislaturas de Michoacán y Puebla por la misma campaña.

- Asimismo, una versión, también mecanográfica, de un artículo editorial denominado "El Grupo Heroico", el cual fue publicado en el *Boletín Oficial* del gobierno del Estado Libre de Tabasco, en el núm. 71, "San Juan Bautista, febrero 15 de 1865", y que se reproduce en la edición recientemente publicada.

Cabe aclarar que en el legajo que rescatamos no figuraban los "datos complementarios e históricos" mencionados en la introducción al *Diario*, tales como "la lista de todos los traidores a la causa y de los fieles soldados que lograron regresar y seguir defendiendo a la República", ni las "comprobaciones correspondientes en documentos fehacientes". Algunas de estas informaciones fueron recogidas y publicadas por el general Epitacio Huerta.[2] Bre-

[2] Epitacio Huerta, *Apuntes para servir a la Historia de los Defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia. Enriquecidos con Documentos auténticos por el General Epitacio Huerta*, 1868.

vemente referiremos, más adelante, con el propósito de ampliar el contexto, algunos de los datos más relevantes al respecto.

La heroica historia de un patriota expatriado, prisionero de guerra

Cuando llevé a cabo una primera y rápida lectura de algunas de las páginas de este legajo, descubrí, con asombro, que contenía y guardaba el *Diario* de un militar mexicano, prisionero de guerra del Imperio francés, el teniente coronel Cosme Varela: un episodio histórico ocurrido durante la Intervención Francesa. A partir de esos momentos, la edición de este texto fue concebida como una valiosa, obligada y futura posibilidad. Había que sumar esfuerzos contemporáneos para finalmente cumplir el antiguo objetivo de difusión de una historia personal que aportaba inapreciables datos sobre un trascendental capítulo. Se trataba de una memoria y un testimonio que llevaba más de una centuria esperando el cumplimiento de su original propósito: divulgar la visión personal de un protagonista, que luchó y sufrió por la libertad y por el respeto a la independencia y dignidad de su patria.

Empecé a indagar si existía alguna publicación que hubiera comunicado ese cúmulo de fragmentos de guerra, vivencias y sucesos probablemente jamás revelados. Nada encontré en repetidas y cada vez más intensas búsquedas en las más importantes bibliotecas y repositorios. Efectué, asimismo, intentos infructuosos para dar con alguno de los descendientes que pudiera ayudarnos a enriquecer, con informaciones e imágenes, esta crónica, de suyo épica.

Al paso de los años, el *Diario*, construido en su versión definitiva de 1868 por el teniente coronel Cosme Varela, teniendo como base los documentos que celosamente conservó, así como su cuidada, meticulosa y cotidiana bitácora, no pudo más que aguardar el destino de ser publicado, la oportunidad de llegar más allá de unos cuantos pares de ojos y asirse públicamente al gran conjunto de estudios y conocimientos relativos a la Inter-

vención Francesa y el Segundo Imperio, como una pieza más, un testimonio histórico, un ordenado compendio de hechos por los que atravesó un prisionero de guerra en la Francia imperial, que sufrió la privación de su libertad, la humillación y la miseria durante 13 meses y tres días. La publicación de este *Diario* inédito sólo ha sido posible gracias al invaluable apoyo del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de Puebla.

Cosme Varela nació el 27 de septiembre de 1818, en el Distrito Federal, sólo tres años antes de la firma de los Tratados de Córdoba, de la entrada del Ejército Trigarante a la Ciudad de México y de la consumación de la Independencia de nuestro país. La que sería una honrosa y heroica trayectoria militar dio inicio el 19 de noviembre de 1846, cuando recibe el nombramiento de teniente coronel de infantería de la Guardia Nacional.

Cuando tenía 29 años, participó en sus primeros hechos de guerra: combate en la Batalla de Churubusco en contra de los norteamericanos; en la de Molino del Rey y, del 11 al 14 de septiembre de 1847, formó parte de la heroica defensa de Chapultepec.[3]

A los 43 años fue integrado al Cuerpo de Ejército de Oriente, el 11 de febrero de 1862. El 4 de mayo del mismo año participó en la decisiva acción de Atlixco en contra de los aliados nacionales del imperio. El 5 de Mayo de 1862, al servicio del General Ignacio Zaragoza se enfrentó a las tropas intervencionistas en Puebla. Tiempo después, como Coronel de Infantería de la Guardia Nacional, nombrado por el General en Jefe del Ejército de Oriente, Jesús González Ortega, tuvo bajo su cargo el mando de la 2º línea del perímetro interior de la plaza de Puebla, durante el prolongado y sangriento sitio que le fue impuesto.

A la rendición de la ciudad, cayó prisionero del Ejército francés y, más tarde, fue expatriado a Francia del 18 de mayo de 1863 al 13 de julio de 1864, fecha en que se le otorgó la libertad, sin

[3] Casi toda la información que aportamos proviene de la Hoja de Servicios, emitida el 18 de agosto del año de 1881, por la Secretaría de Guerra y Marina, Sección 3ª de los Departamentos de Infantería y Caballería, y firmada por el general de brigada, José Montesinos, Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra, que obra en nuestro poder y la cual formaba parte del legajo total del *Diario del Teniente Coronel Cosme Varela*.

condición alguna y sin haber firmado la infamante carta de sumisión.[4]

"Un arma cargada de futuro"

La historia, como toda disciplina, se encuentra sometida a una constante revisión: es una materia permanentemente abierta al futuro. Parafraseando al poeta, podemos decir que como la poesía, la historia "es un arma cargada de futuro".[5] Sus capítulos ofrecen siempre la posibilidad de adicionar piezas y efectuar nuevas lecturas e interpretaciones; incluyen siempre la libertad manifiesta e incluso la obligatoriedad de hacerlo, a partir no sólo de la personal impresión que provoque la lectura de un recién descubierto documento en cualquier ciudadano común, sino también desde los procesos de investigación, análisis y reflexión que deben provenir de la academia y cualquier otra disciplina.

Los episodios significativos del pasado nacional, los memorables, los que representan una especie de piedra angular en la intrincada arquitectura que ha ido conformando nuestra nación, nuestra identidad, con repetida frecuencia son abordados una y otra vez por los historiadores, los analistas del pasado, los literatos, apurados por el aniversario que inevitablemente se acerca y que constituye una circunstancia de oportunidad, un compromiso cívico y político que a plazo fijo demanda perspectivas alternas, novedosos enfoques historiográficos, agudas interpretaciones e incluso, eventualmente, aportaciones elaboradas a partir del hallazgo de informaciones y perdidos documentos.

El autor, el teniente coronel Cosme Varela, originalmente pretendió dar testimonio fiel de la experiencia que significó, en

[4] "Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra PALABRA DE HONOR, a no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, a no mezclarnos en nada, por escrito o por actos, en los hechos de la guerra o de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y a no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa", Cerro de San Juan, a 18 de mayo de 1863.

[5] Gabriel Celaya, *Cantos Iberos*, 1955.

la guerra de intervención, la prisión de combatientes mexicanos, jefes y oficiales, no generales, en la Francia imperial; la manera particular en que la vida los aprisionó, día a día, bajo críticas y humillantes condiciones. Y a través de esta narración documentada, contribuir, con sinceridad y sencillez, a mantener viva la memoria sobre este fragmento de la trayectoria de militares no de la más alta de las jerarquías: héroes que permanecen como figuras anónimas en las coloridas páginas de gloria de la historia nacional.

"Apuntes provisionales del descenso y del abismo"

Su *Diario* representa una gran oportunidad para comprender algunas aristas de uno de los más representativos capítulos de nuestra trayectoria como nación. En su calidad de prisionero de guerra, con la libertad perdida, en territorio del imperio invasor, en medio del desaliento, en el filo extremo del abandono, sostenido sólo por la dignidad, el teniente coronel Cosme Varela tomó notas, elaboró cotidianamente una bitácora y, en la medida de lo posible, hizo acopio de algunos documentos del trágico episodio.

Dice Ernst Jünger que el *Diario* parece ser la modalidad de escritura más adecuada y, de alguna manera, la única natural en medio del desastre: "Cuando se vive entre el vértigo, cuando se está padeciendo el caos, apenas cabe otra cosa que tomar apuntes provisionales del descenso y del abismo".[6] Como ejemplo, relata el caso de unos expedicionarios al polo, sorprendidos por el invierno ártico y la muerte al lado de su cuaderno de notas: su personal legado, para ser rescatado de manera póstuma, testimonio del camino trágico hacia el irremisible término de la vida. El *Diario* se convierte, así, en el recuento de la propia tragedia; ocasionalmente en una aportación de valor histórico.

[6] Ernst Jünger, diarista durante la Segunda Guerra Mundial, *Sobre el dolor* (seguido de *La movilización total* y *Fuego y movimiento*), publicado originalmente en 1934, en el volumen misceláneo *Hojas y piedras.*

En un presente de inmediatez y de contacto con la realidad, "en el marco de una tutela sumamente humillante",[7] son tomadas notas y redactados fragmentos, protestas, denuncias, pedimentos: los avatares, las carencias, las fórmulas de chantaje impuestas día a día, las maquiavélicas fórmulas con que se intentó debilitar, derrumbar, el orgullo de los prisioneros mexicanos, la lealtad, su patriotismo, apenas sostenido, casi doblegado por el hambre y la miseria, por el engaño y la mezquindad que de reiterada manera buscaban erosionar su resistencia heroica. Todo ello en medio de proposiciones indignas para juramentarse, "el frecuente requerimiento infamante",[8] el repetitivo ofrecimiento de una condicionada declaratoria de libertad, y, por encima de toda propuesta o planteamiento, la exigencia, *sine qua non*, de rendir *protesta de sumisión* al Imperio francés.

Por lo que se refiere a la temática que se aborda, José Lezama Lima[9] hace referencia "a la extraña sentencia de Pascal": *Sólo podemos creer a los testigos caídos en la batalla*. Los sufrimientos, la miseria, la humillación recurrente y el dolor por la patria agraviada otorgan carta de validez al testimonio de su propia precariedad, al cuaderno de guerra, a la cotidiana resistencia emanada de la dignidad y del orgullo, del sentimiento de nacionalidad ofendida, agraviada, de imperialista y vergonzosa manera.

Prisionero, a 9119 kilómetros de la patria invadida

El teniente coronel Cosme Varela, a 9119 kilómetros de la patria invadida, describe los padecimientos y los goces del grupo de militares prisioneros de guerra del que forma parte: sus precarios y ofensivos alimentos, sus temores y sus miedos, sus desalientos y su cólera, su impotencia, su sostenida indignación, jamás vulnerada, el asalto frecuente de la enfermedad, y aun la belleza y la alegría emanadas, a cada tanto, de sus esperanzas, del espíritu de compa-

[7] *Diario del Teniente Coronel Cosme Varela*.
[8] Ibídem.
[9] José Lezama Lima, "Secularidad de José Martí", en *Imagen y posibilidad*, pp. 197-198.

ñerismo, de su solidaridad de compatriotas, de su comunión en la lealtad y en el amor a México.

De manera fragmentada narra los trayectos que lo alejan de su territorio:

- La partida de Puebla, 21 días, pie a tierra, hasta el puerto de Veracruz.
- La travesía en el Vapeur Darien, alimentados con el mismo rancho que los marineros:

Por desayuno, cinco onzas de café escasísimamente endulzado con piloncillo, media galleta con gusanos y gorgojos, y una onza de inmundo ron por plaza; en el almuerzo, agua caliente con grasa y vinagre; algunas veces cinco onzas de vino torcido; por comida, una bombilla de frijol blanco a medio cocer, un trozo de pan de munición, y el vino, en la misma cantidad y calidad que en el almuerzo.[10]

- El penoso trayecto de Veracruz a Brest, 48 días de navegación.
- La ciudad de Tours, un radio de tres millas por prisión.
- Su inolvidable visita al Castillo del Plessis; a "las torres que por muchos años fueron la residencia de Luis XI, el Rey más estúpido y fanático que sin duda ha tenido la Francia".
- Sus valientes protestas y reclamos ante las autoridades francesas, así como su decidida y fundamentada denuncia de la ausencia total de solidaridad del general José González de Mendoza con sus compatriotas prisioneros de guerra: "Nada quiso Ud. Hacer […] y nada hizo".
- La recepción de la primera carta de su hijo mayor: "Lo que fue el día más dichoso de mi vida".
- El agradecimiento a Dios por haber salido del territorio francés, "después de trece meses y tres días".[11]

[10] *Diario del Teniente Coronel Cosme Varela.*
[11] Ibídem.

"Rendir protesta de sumisión…"

Todo ello en medio de proposiciones para juramentarse, "el frecuente requerimiento infamante", el repetitivo ofrecimiento de una condicionada declaratoria de libertad y, por encima de toda propuesta, la exigencia *sine qua non* de firmar "la infamante carta de sumisión" al Imperio francés:

> Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra Palabra de Honor, a no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, a no mezclarnos en nada, por escrito o por actos, en los hechos de la guerra o de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y a no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

"El capricho de querer imitar a los héroes"

Ante la enésima petición de que firmara la Carta de sumisión, Cosme Varela respondía así al requerimiento:

> Cuando llegó mi turno, el Coronel de Estado Mayor, Mr. Henry, quiso persuadirme de que el imperio de Maximiliano era el Gobierno legítimo de mi país, y reconocido por toda la Europa, y, como es natural, negué abiertamente la aseveración de lo primero, y comedí lo segundo, protestando que jamás reconocería ni admitiría en mi país otra forma de Gobierno que el republicano popular representativo.
>
> Después me dijo que yo era padre de seis hijos a quienes quería dejar sin padre con mi resistencia a firmar la protesta que nos había propuesto, pues quedando como simple refugiado en Francia, sin poder salir de ella, sería muy difícil el que yo volviera al seno de mi familia.
>
> Y a esto le contesté que desde que tomé las armas para combatir contra el ejército Francés en defensa de mi Patria, me había propuesto el dejar sin padre a mis hijos, y, por consiguiente, me era indiferente morir en el campo de batalla o a consecuencia de todos los horrores con que me amenazaba, y, finalmente, que tenía el capricho de imitar a los héroes y no engrosar el número de los desgraciados y espurios mexicanos que

acobardados con la perspectiva de la hambre no cuidaban del buen nombre de su Patria; dicho esto, me despidió con acritud Mr. Henry.

Y la bitácora del largamente aguardado retorno:

Cosme Varela narra puntualmente el casi interminable trayecto:

- De Tours a Bayona.
- De Bayona a San Sebastián.
- De San Sebastián a La Habana.
- De La Habana a Chiapas.
- De Chiapas a Matamoros.
- De Matamoros a Nueva Orléans.
- De Nueva Orléans a Nueva York.
- De Nueva York a La Habana.
- De La Habana a Sisal.
- De Sisal a Campeche.
- De Campeche al Puerto de Frontera, Tabasco. Y describe: "el memorable día en que pisé el suelo de mi adorada Patria",[12] en San Juan Bautista, Tabasco (hoy Villahermosa).

"Hastiados de abstracciones y hambrientos de realidades concretas"

Es oportuno abordar, con relación a este género y específicamente a lo que representa este *Diario* en lo particular, el hecho de que hacia mediados del siglo XX y hasta finales de los años setenta, las memorias y los diarios eran considerados un género marginal, limitadamente prestigiado en el campo de la historiografía. El modelo que imperaba, como oposición a los planteamientos predominantes hacia fines del siglo XIX, era el de la historia política en la que se daba prioridad al desempeño, las acciones y los efectos generados por los grandes hombres, reyes, gobernantes. Como

[12] Ídem.

una reacción a esta corriente, más tarde se dio paso al estudio de la historia como una entidad global, en la que privaba el análisis de todas las estructuras y sucesos, y en el cual cada una de las disciplinas, la economía, la sociología, la geografía, entre otras, cobraban un relevante papel.

Poco tiempo después, esta manera de enfrentar la historia tuvo, una vez más, cambios significativos. Hacia 1989, Jacques Le Goff, de la Escuela de los *Annales*, afirmaba: "El historiador de las estructuras se ha hastiado de las abstracciones y está hambriento de realidades concretas". De este modo expresaba su apreciación de que una forma de entender y hacer la historia había perdido parte de su capacidad explicativa. Y añadía una cuestión fundamental: "la idea de la historia como historia del hombre ha sido sustituida por la idea de historia como historia de los hombres en sociedad".[13]

A partir de ese momento, el género que nos ocupa recuperó un valor no concedido durante años. De naturaleza biográfica, fragmentado, itinerante, sin ambiciones de carácter literario y adecuado cotidianamente a las propias vivencias, a una bitácora meticulosamente registrada, con una secuencia cronológica, constituye un documento que expresa cada suceso, cada episodio, con una carga de ricos datos, afirmaciones precisas, conjeturas y declaratorias de la manifestación puntual de opiniones y posiciones adoptadas frente a específicas coyunturas y contingencias que, como en este caso, van mucho más allá del anecdotario personal de un individuo y de la comunidad de compañeros que participaron de la expatriación, de la misma privación de la libertad.

Trece meses, tres días: una heroica porción de realidad

El *Diario* que nos legó el teniente coronel Cosme Varela sin duda forma parte importante, por primera vez divulgada y editada, del

[13] Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*, Barcelona, Paidós, 2005. Nacido en Toulon, Francia, en 1924, estudioso de la historia medieval, es uno de los más claros representantes de la Escuela de los *Annales* y de la *Nouvelle Histoire*.

corpus del conocimiento histórico sobre la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Representa un invaluable fragmento, una significativa aportación para la comprensión del pasado nacional, de los episodios que cimentaron y contribuyeron a consolidar la República restaurada, la nueva nación mexicana, una vez más libre e independiente.

Documental y descriptivo, como "género íntimo", como la memoria de un protagonista, con un ordenamiento detalladamente cronológico y de carácter monológico que registra las vivencias de modo simultáneo y progresivo, este *Diario* posibilita la recuperación de una importante porción heroica de la historia a través de una personal versión de acontecimientos, finalmente subjetiva e inevitablemente teñida de los sentimientos que provoca toda particular reconstrucción. Se trata de escritura testimonial e introspectiva que emergió de anotaciones registradas día a día en el marco temporal y espacial de sucesos contemporáneos, y en las cuales es posible apreciar autoconciencia histórica. De su lectura y estudio derivarán nuevos enfoques e interpretaciones.

Ciertamente, tenemos el deber moral y ético de valorar las acciones individuales de los hombres que, como el teniente coronel Cosme Varela, lucharon por la libertad y la independencia, con una conciencia admirable de identidad, nacionalidad y patriotismo, entendiendo estas palabras, ahora desgastadas, en la más pura de sus connotaciones, en el siglo aquel en que nuestras tierras fueron invadidas y agraviadas por la primera potencia imperial.

Puebla, el teatro de Oriente, epicentro de las operaciones de guerra

La realidad de aquella Puebla de los Ángeles, el *teatro de Oriente*, epicentro de las operaciones de guerra, se había transformado. En su libro *Le Mexique ou Les Français à Mexico*,[14] publicado en Rouen, Francia, en 1865, E. Dubois, quien participara en lo que de extraña manera fue denominado por la invasora nación como

[14] E. Dubois, *Le Mexique ou Les Français à Mexico*, p. 177.

la *Expedition du Mexique*, describió con las siguientes palabras el escenario central y heroico de la cruenta guerra de intervención:

> Puebla es una de las más bellas ciudades de México, y la cuarta de toda la América española; cuenta con setenta mil habitantes. Sus calles, largas, de trazo regular, propias y bien adoquinadas, se entrelazan en ángulos rectos. Sus casas, que están bien construidas, tienen por lo general dos pisos; son espaciosas y se encuentran agrupadas de manera tal que conforman conjuntos separados, lo que ha sido muy favorable para las maniobras de la defensa de la plaza. Puebla cuenta con numerosas y bellas edificaciones. Las iglesias son magníficas, sobre todo la Catedral, que es inmensamente rica.[15]

En este *teatro de Oriente*, ciertamente magnífico, tuvieron lugar dos de los relevantes sucesos de aquella gesta decisiva y trascendental para la República: la Batalla del 5 de Mayo de 1862 y el Sitio de Puebla de 1863.

El Sitio de Puebla: 62 días de sangrientos enfrentamientos

El honor del Ejército francés requería ser lavado tras la sufrida derrota del 5 de mayo de 1862, por lo que el Imperio y, en particular, el mariscal François Achille Bazaine y el general Élie-Frédéric Forey decidieron, casi un año después, mantener el sitio de Puebla a cualquier costo.

El general Jesús González Ortega, nombrado jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente a la muerte del general Ignacio Zaragoza, es quien encabeza las operaciones de la defensa de la plaza. Tras consolidar su línea de ataque, el Ejército francés le pone sitio a la ciudad, junto con dos divisiones de mexicanos, una de ellas al mando del general Leonardo Márquez y, la otra, del general Juan Vicario.

Los datos mencionados en diferentes estudios, por lo que se refiere a las fuerzas de la República y las del Ejército francés que

[15] Ibídem.

intervinieron en el Sitio de Puebla, así como en la propia rendición, arrojan algunas variantes con respecto a las cifras. Pero las diferencias en número finalmente no resultan del todo significativas. Apuntamos como información detallada y válida la aportada por el general Jesús de León Toral.[16]

Las tropas que defendían la plaza, según consta en el Estado de Fuerza del 10 de marzo de 1863, fecha en que el general Jesús González Ortega declaró el estado de sitio a Puebla y las poblaciones situadas dentro de un radio de ocho leguas.

Constaban de 229 jefes, 1 495 oficiales, 23 104 individuos de tropa y 3 167 caballos y acémilas; o sea, una suma de 24 828 hombres, de los que 3 209 eran de caballería, 1 296 de artillería y 172 de servicio sanitario y ambulancias. La proporción de caballería (poco más del 10 por ciento) y de artillería (menos del 5 por ciento), con respecto al total, era reducida, especialmente la de caballería.[17]

La composición del Cuerpo de Ejército de Oriente era la siguiente:

- Cuartel Maestre, general José María González de Mendoza.
- Comandante de artillería, general Francisco Paz.
- Comandante de ingenieros, teniente coronel Amado Camacho.
- Comandante de ambulancia, médico Juan Navarro.
- Comandante en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente y del estado de Puebla, general Jesús González Ortega.
- Cinco divisiones, cada una compuesta por tres brigadas; más la Brigada Oaxaca, una Sección de Plaza, una División de Caballería, las brigadas de caballería de Carvajal y Rivera, y una sección del cuartel general; la artillería de estas fuerzas, 101 piezas de campaña y 79 de sitio.[18] Adicionalmente, se contaba con el Cuerpo de Ejército del Centro, el cual estaba conformado por ocho mil hombres; su mi-

[16] Jesús de León Toral, *Historia Documental Militar de la Intervención Francesa en México y el Denominado Segundo Imperio*, 1967.

[17] Jesús de León Toral, *Historia Militar. La Intervención Francesa en México,* México, 1962, p. 138.

[18] Ídem, p. 141.

> sión era la de atacar a las fuerzas que establecieron el sitio por diversos puntos y proveer de víveres y municiones a la guarnición de la plaza. [19]

En enero de 1863, el Cuerpo Expedicionario francés que participó en las operaciones de guerra del Sitio de Puebla

> estaba constituido por 28 116 hombres, 5 845 caballos y 549 acémilas. De ellas, sólo 1 500 eran de Caballería, y, 1 884, de Artillería, o sea, 5 y 10%, proporción que invierte la de las unidades militares mexicanas. El personal de Artillería, muy superior al del correspondiente Cuerpo de Ejército de Oriente, estaba destinado a servir a 54 piezas de artillería.[20]

A estas fuerzas habrá que añadir un conjunto que en principio ascendía a 2 500 reaccionarios y que paulatinamente fue creciendo hasta llegar a cerca de ocho mil efectivos.

En el prolongado cerco, un total de 62 días de sangrientos enfrentamientos, del 16 de marzo hasta el 17 de mayo de 1863, ambos ejércitos lucharon por cada palmo de las entrañas de la ciudad, por cada casa, por cada calle, por cada manzana, por cada uno de los fuertes y baluartes. Los obuses y la metralla surcaban el cielo interminablemente. Barricadas y trincheras, una y otra vez capturadas, vencidas, destrozadas y vueltas a levantar le daban una nueva fisonomía al paisaje urbano, a los otrora espacios de convivencia civil, en los cuales era común la aparición cotidiana de cadáveres de uno y otro bando. ¡Los horrores de la guerra! Las vistas estereoscópicas de época que publicamos documentan los grados extremos de destrucción ocasionados.

La crítica y desesperada situación en que se hallaba el Cuerpo de Ejército de Oriente, la escasez de víveres, municiones, pertrechos y refuerzos fueron finalmente la causa de que fuera tomada la cara decisión de rendir y entregar la plaza al ejército invasor.

[19] Ídem, p.142.
[20] Ídem, p.143.

El 8 de mayo de 1863, días antes de la capitulación, una de las esperanzas para lograr resistir el terrible asedio, el inacabable asalto de las tropas enemigas y mejorar en alguna medida las graves condiciones en que se encontraban las tropas y la propia plaza se esfumó con el golpe que las fuerzas del mariscal François Achille Bazaine propinaron al general Ignacio Comonfort, quien comandaba el Cuerpo de Ejército del Centro (tres brigadas conformadas por cuatro mil hombres), cuando se dirigía a Puebla con la misión de introducir municiones y alimentos, vitales para sostener la posición. La derrota se produjo en las cercanías, en San Lorenzo Almecatla, estado de Tlaxcala. El propio 15 de mayo fueron agotadas las posibilidades de obtener respaldo por parte de algunas de las tropas que aún le fuera posible reunir al general Ignacio Comonfort, las cuales, después del fracasado enfrentamiento, se habían dirigido a la ciudad de México.[21]

Aquella madrugada, después de sesenta y dos días de sitio, fue levantada el acta para hacer constar el acuerdo tomado por el Consejo de Guerra del Cuerpo de Ejército de Oriente:

Orden general del Cuerpo de Ejército de Oriente,
del 17 de Mayo de 1863, a la una de la mañana:

> Señor General.
> No pudiendo seguir defendiéndose la guarnición de esta Plaza, por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenía, a extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo a las primeras luces del día, según las posiciones y puntos que ocupa y conocimiento que tiene de la situación en que se halla esta Plaza; oído además por el señor General en Jefe el parecer de muchos de los Señores Generales que forman parte de este Ejército, cuya opinión va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo Señor General en Jefe: que para salvar el honor y decoro del Cuerpo de Ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro a las cinco de la mañana de hoy se rompa todo el armamento que ha servido a las Divisiones durante la heroica defensa

[21] Ídem, pp.163-167.

que han hecho de esta Plaza, y cuyo sacrificio exige la Patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningún aspecto, utilizarlo el Ejército invasor. A la misma hora el Señor Comandante general de artillería dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada esta Plaza.

A la hora citada, esto es, de las cuatro a las cinco de la mañana, los Señores Generales que mandan Divisiones, a cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan Brigadas, disolverán todo el Ejército manifestando a los soldados que con tanto valor, abnegación y sufrimientos defendieron la ciudad, que esta medida, que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron: y que por lo mismo, el citado Señor General en Jefe se promete que cuanto antes se presentarán al Supremo Gobierno, para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, a cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

Los Señores Generales, Jefes, Oficiales y tropa de que se compone este Ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta Plaza, y que si ella va a ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino a la falta de víveres y municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora toda ella con sus respectivos Fuertes, se halla en poder del Ejército de Oriente; a excepción del Fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los Fuertes y en cada una de las manzanas y calles que dan frente a las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

A la misma hora estarán presentes los Señores Generales, Jefes y Oficiales de este Ejército en el Atrio de Catedral y Palacio de Gobierno, para rendirse prisioneros, en el concepto que respecto de este punto, el General en Jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros; y por lo mismo, los señores Generales, Jefes y Oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean más conveniente a su propio honor de militares y a los deberes que se han contraído para con la Nación. Los caudales que existen en la Comisaría se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

De orden del Señor General en Jefe. El Cuartel Maestre General Mendoza.[22]

Jesús González Ortega, General en Jefe, tal como lo refieren los documentos y partes de guerra, emitió el siguiente comunicado al general Élie-Frédéric Forey, quien también transcribió al ministro de la Guerra para conocimiento del ciudadano presidente de la República, en el que manifiesta las razones por las que ha sido tomada tan extrema decisión:

Cuerpo de Ejército de Oriente.-
General en Jefe.-
Ciudadano Ministro de la Guerra.-

Con esta fecha y hora que son las cuatro de la mañana, digo al General en Jefe del Ejército Francés, lo siguiente:

Señor General: no siéndome ya posible seguir defendiendo esta Plaza por falta de munición y víveres, he disuelto el Ejército que estaba a mis órdenes y roto su armamento, incluso toda la artillería.

Queda, pues, la Plaza, a las órdenes de V. E., y puede mandarla ocupar, tomando si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

El Cuadro de Generales, Jefes y Oficiales de que se compone este Ejército se halla en el Palacio del Gobierno, y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, Señor General, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude, V. E., que lo haría.

Acepte, V. E., las seguridades de mi personal consideración.

Libertad y Reforma.
Cuartel General en Zaragoza.
General Jesús González Ortega.
He remitido. A Su E., el General Federico Forey, en su Campamento del Cerro de San Juan.[23]

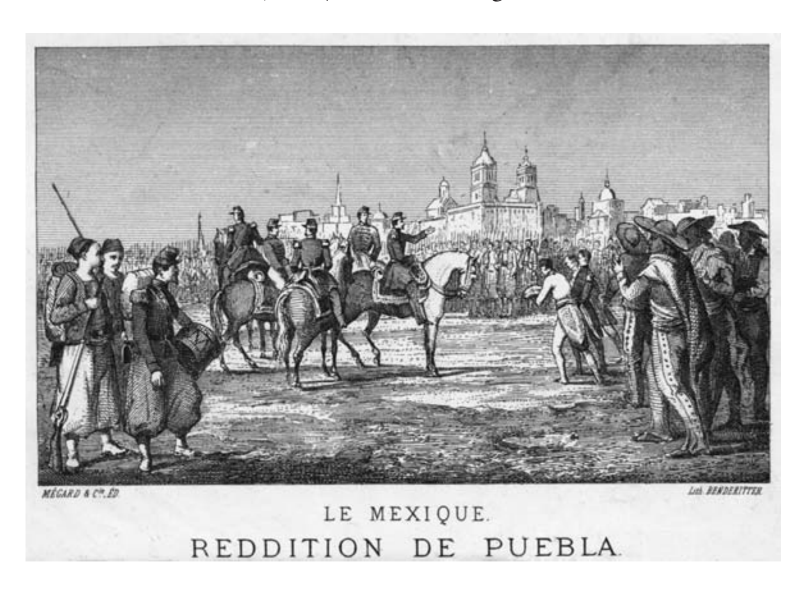
[22] Manuel Santibáñez, *Reseña Histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente,* México, t. I, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, 1ª ed., 1892, pp. 410-411. Obra dedicada al general de división Porfirio Díaz.

[23] Ídem, pp. 411-412.

E. Dubois expresó su visión personal de las condiciones que imperaban a la rendición de la plaza:

> 12 000 hombres, la mayor parte de ellos sin armas, sin uniformes, sin equipamiento alguno, se dan por prisioneros. Todo ha sido hecho pedazos y tirado en las calles de la ciudad.[24] (Figura 7)

Figura 7
Le Mexique. Reddition de Puebla.
Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



Los militares mexicanos, prisioneros de guerra

Los informes de guerra manifiestan que alrededor de 1 400 generales, jefes y oficiales del Ejército de Oriente, que en principio fueron tratados con toda clase de consideraciones, fueron hechos prisioneros por los franceses al rendirse la plaza.

Al día siguiente, los franceses ofrecieron el indulto a los generales prisioneros si accedían a firmar el documento. Los oficiales mexicanos respondieron, por escrito, de la siguiente manera:

[24] Elfrieda Therése Dubois, *op. cit.,* p. 175.

> Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.
> Cuerpo de Ejército de Oriente. Prisioneros de Guerra
> Los Generales prisioneros que suscriben, pertenecientes al Ejército Mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del Cuartel General del ejército Francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.[25]

Este honroso documento fue firmado por todos los generales, coroneles, oficiales y subalternos: 1 400 militares signaron la declaratoria de rechazo absoluto a los términos de la solicitud. El general Élie-Frédéric Forey así, más tarde, dispondrá que todos y cada uno de ellos, generales, jefes y oficiales sean remitidos a Francia e inmediatamente conducidos a Veracruz en calidad de prisioneros de guerra.

"El honor de las armas nacionales", así como el heroísmo, la valentía, el pundonor, la lealtad a la patria, las virtudes castrenses del Ejército nacional, a pesar de la rendición de la plaza fueron reconocidos por las fuerzas invasoras, según las específicas expresiones que en su momento manifestó el general Forey. Sin duda, este fragmento temporal de nuestra historia, a pesar de la derrota, constituye un ejemplar y digno capítulo.

Las decisivas maniobras de evasión

Es importante señalar el hecho de que un gran número de generales y jefes, que en ningún sentido empeñaron su palabra de honor, encontraron la manera de burlar la vigilancia y escapar de las manos de las tropas invasoras: en Puebla misma, por ejemplo, la noche del 21 de mayo, antes de emprender la marcha hacia Veracruz, escaparon los generales Porfirio Díaz, Florencio Antillón, Felipe B. Berriozábal y Juan D. Caamaño.

En Orizaba, ya en el trayecto, los prisioneros pernoctaron en el ex Convento de San José de Gracia. Esa noche, aprovechando

[25] Ídem, p. 417.

la limitada vigilancia a que fueron sometidos, un total de 868 militares mexicanos se fugaron del improvisado cuartel. Entre las figuras más notables, los generales Jesús González Ortega, Ignacio de la Llave, Miguel Negrete, Alejandro García, Pedro Hinojosa, Ignacio R. Alatorre, Mariano Escobedo, José María Patoni, Miguel Auza, Pedro Martínez y Manuel Sánchez Román, así como un amplio número de oficiales de diversos rangos. Vale comentar que, entre ellos, Juan N. Méndez (disfrazado de clérigo y acompañado por Lauro Luna) logró escapar hacia Tetela de Ocampo para tratar de organizar la resistencia en las montañas de la Sierra Norte de Puebla. Al ponerse en contacto, comenzaron a reagruparse y a constituirse en pequeñas unidades, que fueron organizando los núcleos de otras unidades superiores. Todos ellos se reincorporaron, en diversos puntos, a las fuerzas de la República, lo que más tarde cobraría una decisiva importancia.[26]

Del total de prisioneros de guerra, que ascendía a la cifra aproximada de 1400 oficiales y jefes, solamente 552 fueron embarcados en Veracruz con destino a Francia. Uno de ellos, fatalmente, el teniente coronel Cosme Varela.

552 militares mexicanos, prisioneros de guerra en la Francia imperial

Con relación al número real de militares mexicanos prisioneros de guerra que fueron embarcados hacia la Francia imperial, existe alguna disparidad en cuanto a las cifras definitivas. El teniente coronel Cosme Varela nos hace mención, en su *Diario*, de un total de 467 prisioneros, de teniente coronel a subalterno, y 54 generales, jefes y oficiales, es decir, una suma de 521 prisioneros.

El general Epitacio Huerta, en un libro clave para el estudio y valoración de estos episodios históricos, publicado en 1868, *Apuntes para servir a la Historia de los Defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia*,[27] y que según consta

[26] Jesús de León Toral, *Historia Militar…*, p. 169.
[27] Epitacio Huerta, *op. cit.*

fueron "enriquecidos con documentos auténticos", ha legado un cuadro sinóptico que reproducimos a continuación, el cual clarifica los comunicados oficiales a este respecto, que bien podríamos tomar como los más cercanos a la realidad y que también aporta información sobre el número de prisioneros que accedieron a juramentar el Acta de sumisión, de los que no lo hicieron, así como la cifra de los fallecidos y de los que pudieron contar con recursos propios para retornar a la patria:

Cuadro sinóptico en que se especifica el número de los prisioneros juramentados y no juramentados, el de los muertos y el de los que regresaron con recursos propios.[28]

	Generales	*Coroneles*	*Tenientes coroneles*	*Comandantes*	*Capitanes*	*Tenientes*	*Subtenientes*
No juramentados	7	18	12	31	19	15	10
Juramentados	6	10	17	20	107	119	124
Muertos	0	2	2	1	5	5	1
Que no necesitaron recursos	5	7	2	6	0	1	0
Totales	18	37	33	58	131	140	135

552 militares mexicanos prisioneros de guerra en la Francia Imperial[29]

El general Epitacio Huerta también nos ofrece, en sus *Apuntes para servir a la Historia de los Defensores de Puebla que fueron*

[28] Ídem, p. 89.

[29] Datos que concuerdan con los publicados por Matías Romero en su libro *Apuntes para formar un bosquejo histórico del regreso á la república por los Estados-Unidos de algunos de los prisioneros mexicanos deportados á Francia: acompañados de documentos oficiales para rectificar los apuntes del Sr. D. Epitacio Huerta*, 1868.

conducidos prisioneros a Francia, una reseña de las diversas localidades a las que fueron asignados los prisioneros de guerra:[30]

El grupo total de prisioneros se dividió en cuatro puntos:

1. *El general Mendoza y sus ayudantes fueron a París, por órdenes del ministro de Marina.*
2. *Los demás generales, con sus ayudantes, se consignaron a Evreux.*
3. *Los coroneles, tenientes coroneles y comandantes, salieron para Tours.*
4. *Y el resto de capitanes, etc., fueron divididos en Blois, Bourges, Moulins y Clermont-Ferrand.*

Justo homenaje al "digno, patriota, Jefe, leal y memorable amigo"

En relación al general Epitacio Huerta, consideramos más que justo rendir un homenaje, en estas páginas, a su sentido de responsabilidad, por lo que se refiere a los prisioneros mexicanos de todo rango, a la filosofía de solidaridad que manifestó, la cual no escatimó esfuerzos, trabajos, trámites y gastos, la mayoría de ellos de su propio peculio, para velar por la suerte de los mexicanos prisioneros, cuyas vidas sufrieron la privación de la libertad, quienes fueron víctimas de la miseria y del hambre, y que llegado el momento se enfrentaron a la impotencia de recursos para regresar a la patria invadida y volver a tomar las armas en favor de la libertad de la errante República. Por fortuna para muchos de ellos, ahí estuvo el apoyo del general Epitacio Huerta, que expresa en su libro su sentir hacia los prisioneros de guerra, lo que sin duda arroja luz sobre la posición que sostuvo en Francia y con respecto a este cúmulo de sucesos históricos:

Pero quiero hablar de los defensores de Puebla en el extranjero: de ese

[30] Epitacio Huerta, *op. cit.*, p. 5.

> grupo de bravos que soportó la situación más crítica, sosteniendo el brillo de su gloria y despreciando con dignidad las ofertas seductoras del Emperador francés, para volver algún día a empuñar las armas contra el enemigo de la patria; quiero hablar de esos nobles prisioneros, mártires gloriosos, cuya vida en el infortunio fue tan heroica; y mi pluma correrá fácilmente, pagando homenaje sincero a la verdad, y haciendo cumplida justicia al mérito de aquellos.[31]

Los contados Diarios de Guerra *mexicanos*

Existe un número limitado de diarios de guerra, de combatientes o prisioneros, escritos por mexicanos, por lo que se refiere a la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Esto frente a un mayor número de libros, diarios, memorias, recopilaciones de cartas, de militares franceses que participaron en la *Expedition du Mexique*. Me atrevo a afirmar que existen algunos *Diarios* más de prisioneros de guerra mexicanos que aún no han salido a la luz (de uno de ellos he detectado su existencia durante este proceso), por lo que bien valdrá la pena el continuar con las tareas de investigación, búsqueda y rescate.

La aportación de los recuerdos del teniente coronel Cosme Varela

El propósito de este estudio, al propugnar por esta primera edición del *Diario* del teniente coronel Cosme Varela, ha sido rescatar y aportar el documento original, con el objeto de ponerlo a disposición de los ciudadanos y, en lo particular, de los estudiosos, investigadores, historiadores, académicos, así como de los especialistas en las diversas ciencias sociales, interesados en las páginas sobre la patria que han quedado atrás. De este texto inédito podrán extraer informaciones, datos, afirmaciones, interpretaciones, conjeturas; a su vez, tendrán la posibilidad de inscribirlo en el marco correspondiente a cada una de sus particulares disciplinas.

[31] Ídem, p. 4.

Este *Diario* arroja una luz inapreciable sobre estos sucesos acaecidos a los mexicanos que lucharon por la patria, la libertad y la independencia de la nación, en contra del imperio invasor, y que circunstancialmente les tocó el grave destino de la privación de su libertad y de su expatriación, sólo superado por la muerte.

Una fórmula de inaplazable homenaje

Cientos de miles de mexicanos, en aquellos años, amaron a la patria con la misma intensidad que el teniente coronel Cosme Varela. Estas páginas han sido impresas como una fórmula de homenaje a aquellos hombres que entregaron sus vidas a la creencia en valores universales y eternos, como la identidad, la nacionalidad, la libertad, la independencia y el amor irrestricto a la nación.

A partir de los hechos consumados en la Batalla del 5 de Mayo de 1862, del triunfo de la República, de los sucesos que hicieron que ante el mundo entero *las armas nacionales se cubrieran de gloria*, una gran generación de liberales recuperaron, en definitiva, de contundente y heroica manera, los más altos niveles posibles de patriotismo. Su identidad fue clarificada y nuevamente valorada como la más alta de las preseas y el más honroso de los dones. La confianza en lo mexicano fue recuperada y esta batalla, así como el triunfo definitivo que se lograría más tarde, la expulsión del imperio invasor de las tierras nacionales y la restauración de la República errante, representaron la obtención de una fe jamás imaginada en nuestra nacionalidad. Esta conquista de una segunda independencia fue concebida como la más valiosa de las realidades, la cual, como país, alejaba diametralmente, de una vez por todas, de cualquier pretensión política de carácter monárquico e imperialista.

Nada, nadie, nunca, jamás, por encima de la independencia de la patria

Ciertamente, la victoria del 5 de mayo de 1862 significó una decisiva lección para el pueblo mexicano: generó la convicción de que

no nos era inaccesible la posibilidad del éxito, del triunfo aun ante el más poderoso de los imperios; permitió la superación de todo complejo de inferioridad ante naciones incluso concebidas como de naturaleza invencible. De aquellos gloriosos hechos de armas emanaron las fuerzas necesarias para que, entre otras cosas, los prisioneros tuvieran la capacidad de resistir las más duras pruebas que las sombras de la guerra son capaces de infringir a sus víctimas: la privación de la libertad, muy lejos de la patria invadida, sojuzgada; el alejamiento de la propia familia; la incertidumbre sobre el futuro inmediato, y el cotidiano enfrentamiento con la impotencia de recursos y la erosión gradual de la esperanza.

Un conjunto de circunstancias irremplazables —expresa Agustín Yáñez con motivo del centenario de la batalla— hicieron del 5 de mayo la coyuntura más positiva, más propicia, en toda la historia de México, para que fuera conjugada la fe con la esperanza, el contrapunto activo del pasado y el porvenir, el dramático careo entre la realidad y los ideales.

La victoria de las armas mexicanas sobre las francesas —añadía— "tuvo la virtud de infundir a México la fe en sí mismo; los mexicanos de entonces la habían perdido; los mexicanos de siempre la perdemos con frecuencia por motivos diversos, sin razón real. Volver al 5 de mayo, siempre, hoy más que nunca, es ejercicio urgente de salud pública".[32]

En la actualidad, si pretendemos fincar sólidamente el presente, así como construir un futuro que honre a la patria, debemos no sólo no olvidar este gran fragmento temporal y existencial de heroísmo de los liberales mexicanos que nos antecedieron, sino abrevar con mayor inteligencia y atención en aquellas vidas, empeñadas hasta la muerte por la dignidad y la honra de nuestra nacionalidad.

[32] Agustín Yáñez, "Vigencia actual de la Batalla del 5 de Mayo", en *5 de Mayo. Sus proyecciones históricas… Su aspecto cultural… en el Primer Centenario. 1862-1962,* Puebla, Oficina de Prensa e Información del Ayuntamiento (1960-1963), Talleres de Impresora Artística, 1962, p. 1.

El notable imaginario de los protagonistas

En el proceso de concebir y proyectar la publicación del *Diario de un prisionero de guerra*, se decidió presentar, como el más adecuado y rico de los complementos posibles, con alta calidad, fotografías de época, originales, relativas a los trascendentales hechos de la Intervención Francesa en el teatro de oriente, epicentro de las operaciones de la Batalla del 5 de mayo de 1862 y del Sitio de Puebla de 1863. Por una parte, un imaginario sobre protagonistas del país invasor: del Imperio, de su Armada, de los emperadores Maximiliano de Habsburgo y María Carlota Amelia de Bélgica, de la Corte, de algunos de los generales mexicanos que lucharon en favor del establecimiento en nuestras tierras del Segundo Imperio. Por otra, retratos de época de hombres que conformaron la República, el presidente constitucional Benito Juárez García y algunos de los principales generales de los Cuerpos de Ejército de Oriente y del Centro, así como militares de menor rango que igualmente ofrendaron sus vidas por México.

Adicionalmente, se ofrece un panorama compuesto por vistas estereoscópicas originales (*vintage*) de la propia Puebla de los Ángeles, mostrando su fisonomía durante la década en que tuvo lugar la Intervención Francesa, la presencia de la guerra en cada manzana fortificada, las propias huellas físicas de los obuses y la metralla, su indeleble recuerdo en la arquitectura, en las calles y las plazas públicas. Fotografías, la mayoría de ellas inéditas y pertenecientes al Acervo de la Fototeca Antica, A. C.* Buena parte de estos documentos históricos fueron legados por un fotógrafo poblano, tempranamente establecido en estas tierras, Rafael A. Alatriste, cuyos primeros trabajos podemos datarlos hacia inicios de la década de los años sesenta del siglo XIX. Su primer gabinete estaba situado en la Calle de Puente de Ovando núm. 9, en Puebla; el segundo de ellos, que tenemos registrado, se encontraba en la Calle de Tecali núm. 10, en la misma ciudad. Es importante destacar que con él trabajaba

* Estas imágenes se han distribuido en los distintos artículos de la presente obra.

su hija María M. Alatriste, a quien en el propio soporte impreso con su razón social le asignaba el crédito, posiblemente desde 1865, con lo cual, para la historia de la fotografía, se convierte en la primera mujer que ejerció profesionalmente este oficio en la ciudad de Puebla y, posiblemente, en todo el país.

Circunstancias fortuitas y providenciales

Cuando estábamos ya avanzados en cuanto a la concepción y construcción de esa edición, tuvimos la fortuna de encontrar, y adquirir para nuestro acervo, diez *Cartes de Visite* originales, *vintage*, de militares mexicanos, prisioneros de guerra del Imperio francés en la ciudad de Tours. Imágenes en excelente estado de conservación que fueron tomadas por gabinetes franceses en los primeros meses de 1864, poco tiempo antes de la recuperación de su libertad y de iniciar su ansiado retorno a México, con el propósito de nuevamente tomar las armas contra el ejército invasor (figuras 8 y 9).

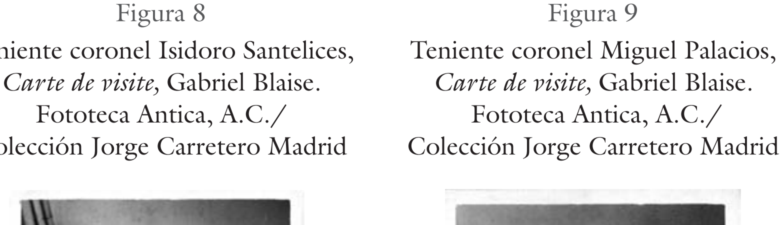


Figura 8
Teniente coronel Isidoro Santelices,
Carte de visite, Gabriel Blaise.
Fototeca Antica, A.C./
Colección Jorge Carretero Madrid

Figura 9
Teniente coronel Miguel Palacios,
Carte de visite, Gabriel Blaise.
Fototeca Antica, A.C./
Colección Jorge Carretero Madrid





En estas fotografías, fechadas entre el 24 de enero y el día 11 de abril, después de poco más o menos diez meses de haber sido expatriados, podemos apreciar a integrantes del Cuerpo de Ejército de Oriente, compañeros de armas y de cautiverio, en Tours, Francia, del teniente coronel Cosme Varela, autor del *Prisionero de Guerra del Imperio Francés*, retratados con la más alta de las dignidades: puestas en escena donde aparecen con un traje militar, seguramente prestado (en apariencia es el mismo, casi en todas las fotografías), portando incluso una espada que sin duda no era la suya, luciendo su voluntad no doblegada, aún orgullosos de su identidad, con la esperanza puesta en la libertad que pronto recobrarían, y con la firme decisión de volver a la patria para defender su independencia.[33]

De las diez *Cartes de Visite* rescatadas, ha sido posible la identificación de seis de estos militares, gracias a los metadatos contenidos en el soporte de cartón de las correspondientes albúminas, impresas en papel: teniente coronel Isidoro Santelices; teniente coronel Francisco P. Troncoso; teniente coronel Pablo Rocha y Porta; teniente coronel Miguel Palacios; teniente coronel Emilio Rodríguez Arangoity; teniente coronel Enrique Mathieu. No ha sido posible determinar la identidad de tres de ellos, también pertenecientes al Cuerpo de Ejército de Oriente y presos en Tours, ya que las impresiones no contienen información alguna que lo permita. Del teniente coronel Cosme Varela sólo nos ha sido posible recuperar un retrato litográfico, que fue elaborado tiempo después de su retorno al país y de la restauración de la República.[34]

"Hojas del gigantesco árbol de mi País"

La edición del *Diario del Teniente Coronel Cosme Varela*, homenaje y reconocimiento a las vidas, no sólo de los caudillos, de las

[33] "*El desastroso resultado de la ocupación de Puebla y la manera como fueron conducidos los prisioneros a Francia, los obligó a perder sus equipajes y a no poderlos reponer después; por consiguiente, muchos de nuestros leales servidores se hallaban casi en desnudez y sin esperanza de mejorar la situación*", Epitacio Huerta, *op. cit.*, p. 6.

[34] Este retrato del general Cosme Varela, copia de una *Carte de Visite*, fue publicado en Enrique Cárdenas de la Peña, *Mil personajes en el México del siglo XIX, 1840-1870,* 1979, t. III, p. 554.

señeras figuras, sino también de los hombres y de las identidades, sin nombre y sin rostro, ausentes, prácticamente ocultas en las páginas de la historia nacional: aquellos que padecieron la privación de su libertad en territorio francés: "hojas del gigantesco árbol de mi País",[35] héroes anónimos que superaron los horrores de la guerra y que retomaron las armas a su retorno a México.

"Toda historia es interpretación",[36] expresaba Edmundo O'Gorman en esa desafiante frase. Cada cual llevará a cabo su propio acto de justa valoración en torno del relato, a la realidad capturada en este *Diario*, a esa experiencia de vida compartida con sus colegas del Cuerpo de Ejército de Oriente, sus compatriotas, compañeros de infortunio y cautiverio en los lejanos confines de Tours.

El teniente coronel Cosme Varela fue, simplemente, tal como él se definía, en sus propias palabras, un militar mexicano que "tenía el capricho de imitar a los héroes".

Fuentes Consultadas

Bibliografía

Aguilar Ochoa, Arturo, *La fotografía durante el Imperio de Maximiliano,* México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

Cárdenas de la Peña, Enrique, *Mil personajes en el México del siglo XIX, 1840-1870*, México, Banco Mexicano Somex, 1979.

Celaya, Gabriel, *Cantos Iberos,* España, Editorial Verbo Alicante, 1ª ed., 1955.

5 de Mayo. Sus proyecciones históricas… Su aspecto cultural… en el Primer Centenario. 1862-1962, Puebla, Oficina de Prensa e Información del Ayuntamiento (1960-1963), Talleres de Impresora Artística, 1962.

Dubois, E., *le Mexique ou Les Français à Mexico,* Rouen, Francia, Megard et Cie, Libraires-Editeurs, 1865.

Torre Villar, Ernesto de la, *Las fuentes francesas para la historia de México y la Guerra de Intervención*, México, Publicacio-

[35] Efraín Huerta, "Elegía y llamamiento", en *Poemas prohibidos y de amor,* 1973, p. 27.
[36] Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica,* 1947.

nes Especiales del Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1962.

León Toral, Jesús de, *Historia documental militar de la Intervención Francesa en México y el denominado Segundo Imperio*, México, recopilación, notas y comentarios del general Jesús de León Toral, Secretaría de la Defensa Nacional, Departamento de Archivo, Correspondencia e Historia, Comisión de Historia Militar, 1967.

———, *Historia militar. La Intervención Francesa en México*, México, general Jesús de León Toral, Publicaciones especiales del Primer Congreso Nacional para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1962.

Paso, Fernando del, *Noticias del Imperio*, México, Diana, 1988.

Paso y Troncoso, Francisco del, *Diario de las operaciones militares del Sitio de Puebla en 1863*, Puebla, Biblioteca Angelopolitana, Gobierno del Estado de Puebla y Secretaría de Cultura, 1988.

Girard, Just, *Excursion d'un Touriste au Mexique pendant l'année 1854,* Tour, publucado por Alfred Mame e hijos, Editeurs, MDCCCLXXXV.

Huerta, Efraín, "Elegía y llamamiento", en *Poemas prohibidos y de amor*, México, Siglo XXI Editores, 1973.

Huerta, Epitacio, *Apuntes para servir a la Historia de los Defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia. Enriquecidos con Documentos auténticos por el General Epitacio Huerta*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, a cargo de Cresencio Moreno, calle de San Juan de Letrán núm. 3, 1868.

Hefter, J., *El soldado de Juárez, de Napoleón y de Maximiliano*, México, publicaciones Especiales del Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1962.

Hoja de servicios, 18 de agosto de 1881, Secretaría de Guerra y Marina, Sección 3ª del Departamento de Infantería y Caballería y firmada por el general de brigada José Montesinos, Oficial Mayor del Ministerio de Guerra.

Jünger, Ernst, *Sobre el dolor* (Seguido de *La movilización total* y *Fuego y movimiento*), Barcelona, Tusquets Editores, 1995. Publicado originalmente en 1934, en un volumen misceláneo, *"Hojas y piedras."*

Lezama Lima, José, *Secularidad de José Martí. Imagen y posibilidad*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981.

Le Goff, Jacques, *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*, Barcelona, Paidós, 2005.

Meyer, Jean, *Yo, el Francés. La intervención en primera persona. Biografía y Crónicas*, México, 1ª ed.,Tusquets Editores, “Tiempo de Memoria”, 2002.

O’Gorman, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947.

Ratz, Konrad, *Querétaro: fin del Segundo Imperio Mexicano*, México, Conaculta, 2005.

Romero, Matías, *Apuntes para formar un bosquejo histórico del regreso á la república por los Estados-Unidos de algunos de los prisioneros mexicanos deportados á Francia: acompañados de documentos oficiales para rectificar los apuntes del Sr. D. Epitacio Huerta*, México, Imprenta del Gobierno, en Palacio, 1868.

Santibáñez, Manuel, *Reseña histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente. Obra dedicada al General de División Porfirio Díaz*, México, t. I, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, 1ª ed., 1892.

Tarragó M., Ernesto, *et al.*, *La Intervención Francesa. Estimación del Hecho Histórico*, México, publicaciones especiales del Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1962.

Yánez, Agustín, “Vigencia actual de la Batalla del 5 de Mayo”, en *5 de Mayo. Sus proyecciones históricas… Su aspecto cultural… en el Primer Centenario. 1862- 1962*, Puebla, Oficina de Prensa e Información del Ayuntamiento (1960-1963), Talleres de Impresora Artística, 1962.

Hemerografía

Diario del Gobierno de la República Mexicana, 10 de enero de 1840, México, t. XVI, núm. 1716.

Suriano, Juan, “La biografía como género histórico”, en *Ñ Revista de cultura,* supl. de *El Clarín,* Argentina, 11 de enero 2012.

•

Capítulo 6

El arte en torno de un suceso trágico

El Sitio de Puebla de 1863 visto por la literatura y las artes plásticas (grabado, litografía, pintura y fotografía)

Arturo Aguilar Ochoa*

Introducción

Entre los innumerables testimonios que nos han llegado sobre el Sitio de Puebla de 1863, especialmente partes militares, diarios o memorias, como la del general Jesús González Ortega, el ingeniero militar Francisco del Paso y Troncoso o Fausto Marín Tamayo, testigos y participantes de los hechos,[1] además de otros relatos escritos, la historiografía ha olvidado la abundante producción de imágenes gráficas de diferente índole que también nos ayudan a reconstruir tan importante gesta. Si bien la mirada y la

* Catedrático del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP.

[1] El libro de Jesús González Ortega es *Parte general que da al Supremo gobierno de la nación respecto de la defensa de la Plaza de Zaragoza*, 1863. Francisco del Paso y Troncoso escribió *Diario de las operaciones militares del Sitio de Puebla en 1862*, 1909 [incluye el plano de la ciudad de Puebla confeccionada por el Ingeniero Troncoso durante el Sitio de 1863]. A su vez tenemos a Fausto Marín Tamayo, *et al.*, *Puebla 1863. Diario de guerra,* 1963. Pero desde luego en este breve recuento no podemos olvidar los testimonios de los militares franceses como Gustave Léon Niox, *Expedition du Mexique, 1861-1867. Récit politique et militaire*, 1874, y Charles Blanchot, *Mémoires: L'Intervention Française du Mexique*, 1911, entre otros muchos más. Para este tema y de los pocos investigadores que lo han trabajado véase Alfonso Milán, "Tres miradas en torno a la narrativa testimonial del Sitio de Puebla: Jesús González Ortega, Porfirio Díaz y Francisco P. Troncoso", en Alberto Enríquez Perea (coord.), *Heroica Puebla de Zaragoza, 150 años del Sitio de 1863*, 2013, pp. 81-112.

intención de quienes las hicieron determinaron su objetividad, no por ello son menos valiosas estas imágenes, pues tratan aspectos como la destrucción de la capital poblana, la heroica defensa de los mexicanos o los efectos del sitio entre la población civil, que no siempre encontramos en los testimonios militares y que nos dan una dimensión más amplia del evento. Al mismo tiempo debemos señalar que este acontecimiento ha sido dejado de lado, al igual que otros hechos de la Intervención Francesa, en la historia del arte; la atención se ha centrado en la Batalla del 5 de mayo de 1862, dado que el triunfo de los mexicanos contra el Ejército francés la ha convertido en un icono del nacionalismo mexicano, olvidando que la verdadera lucha se dio un año después, entre marzo y mayo de 1863, también en Puebla. En este libro no hemos querido omitir tan importante legado, que nos ayuda a entender el evento desde otra mirada, tratando de incluir todos los testimonios, entre ellos también la literatura que se hizo en la época o muy cercana al Sitio, pero sin abordar la caricatura, que es tratada específicamente en otro capítulo.

La prensa francesa ante la Intervención y el Sitio

Como es conocido, uno de los mejores y más puntuales testimonios sobre la Intervención en México fue el de la prensa europea, especialmente de periódicos franceses con ilustraciones hechas en grabado, como *L'Illustration, Le Monde Illustré, Le Tour du Monde* o *El Correo de Ultramar,* entre otros, los cuales desde el comienzo del conflicto, o incluso antes, registraron todos los acontecimientos relacionados para satisfacer la curiosidad del público galo.[2] Además de los intereses políticos, militares o econó-

[2] Entre los pocos autores que han revisado los grabados de la época se encuentra Antonio Arriaga, *La Patria recobrada, estampas de México y de los mexicanos durante la Intervención Francesa,* 1967. El autor fue director del Museo Nacional de Historia Castillo de Chapultepec en la época de la publicación, pero su intención fue recrear los acontecimientos con artículos de época hechos por Manuel Rivera Cambas, Justo Sierra, Francisco Zarco, Florencio M. Castillo, Ignacio Manuel

micos, la presencia de un numeroso ejército, con más de treinta mil efectivos a partir de 1863, exigía información para todos los familiares de estos soldados, quienes querían saber sobre el país al que supuestamente —según se les había informado— iban a rescatar de la anarquía: cómo era su paisaje, su gente o el lugar de operaciones donde se encontraba el esposo, el padre, el hijo o el amigo ausente. Aunque no está investigado, suponemos que fueron reporteros gráficos o algunos soldados que dibujaban o tenían capacidades artísticas los que, siguiendo el trayecto de las tropas militares, tomaban apuntes y dibujos para mandarlos a los periódicos. También se recurrió a artistas que conocían el país; entre ellos podemos mencionar a Petros Pharamond Blanchard, quien había estado en México durante la primera Intervención Francesa de 1838, y otros artistas como J. Gaildrau, M. Laufberger B., Cosson Smeetan, aunque también hay un gran número de anónimos. Por ello, tenemos vistas como las del Puerto de Veracruz, de la aduana del mismo lugar —entrada al país de todo viajero— o del Castillo de San Juan de Ulúa, además de las de ciudades del interior como Jalapa, Orizaba o Perote, de una enorme calidad compositiva y fieles a la arquitectura de los sitios. Especialmente algunas vistas de la ciudad de Orizaba, con la exuberante vegetación tropical y en donde se replegaron las tropas francesas después de la derrota del 5 de mayo, son puntual testimonio del paisaje mexicano característico de las ciudades de provincia en esa época. Por supuesto, también se encontraban en las crónicas de los periódicos retratos de personajes involucrados en el conflicto, como el embajador Dubois de Saligny o los generales Carlos Fernando Latrille, conde de Lorencez, Elías Federico Forey o Aquiles Bazaine, además de militares mexicanos como el mismo general Ignacio Zaragoza, que murió el 8 de septiembre de 1862 y a quien, pese a ser el autor de la derrota francesa, se le dedicaron varios artículos; igualmente tenemos el retrato de Jesús González Ortega, quien sustituyó

Altamirano, entre otros, y seleccionados por don Gastón García Cantú, pero sin detenerse, hay que subrayarlo, en explicar el aspecto gráfico. Entre las omisiones se encuentra que no se señalan los autores ni la intención que tuvieron.

al anterior en la defensa de Puebla. Resulta interesante que más que incluir imágenes de las defensas que los mexicanos construían alrededor de la ciudad, se hicieron los dibujos de las tumbas de varios soldados u oficiales que perdieron la vida en la Batalla del 5 de mayo, ya que se tuvieron que improvisar cementerios para enterrar a varios de los caídos. Seguramente al público europeo le interesaba más estos detalles que la causa de los mexicanos, a la que muchos consideraba ya perdida. La información se hizo más nutrida a medida que las tropas francesas empezaron a avanzar de nueva cuenta hacia la capital poblana a mediados de marzo de 1863.

Los hechos son conocidos: a las nueve de la mañana del 16 de marzo, un cañonazo disparado a la fortaleza de Guadalupe anunció que el enemigo estaba frente a la ciudad y se había apoderado de los cerros de Amalucan, Tepozuchil y Las Navajas en la zona del oriente. En tanto por el centro y el Camino Real a la ciudad de México también avanzaban tropas, estableciendo depósitos de víveres y municiones. Para el 18 de marzo, los franceses habían tomado el cerro de San Juan (actualmente colonia La Paz), en la zona poniente, donde establecieron un campamento y en el cual en las noches se podían ver las fogatas desde un lugar elevado en la capital de Puebla. Poco a poco el cerco se cerró con la toma de las haciendas de Batán, Zavaleta y Las Ánimas y de otras poblaciones, con los ejércitos enfilándose hacia los fuertes de Santa Anna, Guadalupe o Iturbide. Sin embargo, pocas imágenes tenemos de estos movimientos y los periódicos franceses prefirieron centrarse en los enfrentamientos entre los dos ejércitos cuando empezaron formalmente las hostilidades desde el 26 de marzo. Los artistas querían dejar testimonio de lo difícil que fue la toma de Puebla, y por ello se tienen imágenes desde el lado francés y su lento avance, ante una resistencia que se hizo larga, dolorosa y que parecía no claudicar. Es por eso que existe una vista de las inmediaciones del Fuerte de San Javier, en su lado norte, con el avance de los soldados en las trincheras (actualmente en la calle Prolongación Reforma), la iglesia de Guadalupe a un lado, con una de sus entradas laterales

destruida y dos columnas en el lado sur, en las cuales apenas se alcanza a ver que están coronadas por dos figuras alegóricas y que eran la entrada al Paseo Bravo, en ese entonces uno de los límites de la ciudad y en el cual —según las crónicas— se talaron todos los árboles para conseguir leña (Figura 10). La vista lleva por título "Prise de Notre Dame du Guadalupite derrière le Pénitencier", según aparece en el crédito fue impresa por Godefroy Durand y fue tomada de un croquis de M. V. Pierson, lo que demuestra que todos esos trabajos eran realizadas no por una sino por varias personas.

Figura 10

Pris de Notre-Dame de Guadalupite derrière le Pénitencier, semanario *L'Illustration*. Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



Tenemos igualmente otra vista del Ejército francés delante del mismo fuerte: esta imagen lleva por título "Expédition du Mexique. Tranchée et batterie devant le pénitencier à Puebla". En ella se aprecian, en un primer plano, unos soldados aguardando la batalla en las trincheras, en espera de entrar a la lucha; a lo lejos se alcanza a ver el fuerte, pero sin ningún detalle que lo identifique. Los rostros de los soldados indican cansancio o

tristeza y es notorio que están muy abrigados, lo que indica que el artista enfatiza un ambiente duro de la batalla, quizás en la noche o muy de madrugada, pues en los meses del sitio, de marzo a mayo, el clima de Puebla es templado, si acaso con algunas lluvias en las tardes. Lo anterior demuestra que se manipularon las imágenes con la intención de exaltar los rigores de la guerra para el Ejército francés (Figura 11). Asimismo, se tiene otro grabado que representa la entrada del ejército de Napoleón III en la ciudad después de la rendición; es decir, el 17 de mayo. En ella se recreó el episodio de un grupo de soldados, tanto de la caballería como de la artillería, en el atrio de la catedral justo antes de que comience el *Te Deum,* con el cual el clero poblano festejaba el triunfo de los franceses (Figura 12). Desde luego, esa es la realidad que quieren los periódicos enfatizar con sus ilustraciones: una población agradecida y sobre todo que apoyaba la Intervención. No olvidemos que muchos sectores de la sociedad francesa empezaron a cuestionar la expedición en México, sobre todo desde la derrota de mayo del año anterior, pues implicaba un enorme gasto y la movilización y pérdida de hombres en el ejército en el que no todos estaban de acuerdo, de modo tal que la visión de que sería fácil la Intervención en nuestro país era lo que se buscaba alimentar en la prensa. Por supuesto, en este punto influyó la censura y el control que el gobierno de Napoleón ejercía sobre la prensa francesa;[3] incluso es posible, según mi propia hipótesis, que también recibieran apoyo, sobre todo en dinero, varios editores, lo que explica que al menos hasta ese momento se quisiera ver el mejor ángulo del acontecimiento. Aunque debo reconocer que este último punto es difícil de probar y ningún investigador lo menciona. En todo caso, no se incluyeron las terribles condiciones de la población civil o de los soldados prisioneros después del sitio, sino una imagen más bien agradable del conflicto.

[3] Para este punto véase Jean-David Avenel, "La prensa francesa y la Intervención en México", en Patricia Galeana (coord.), *El impacto de la Intervención Francesa en México*, 2011, pp. 138-145.

Figura 11

Expédition du Mexique. Tranchée et batterie devant le Pénitencier á Puebla, semanario *L'Illustration*. Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid

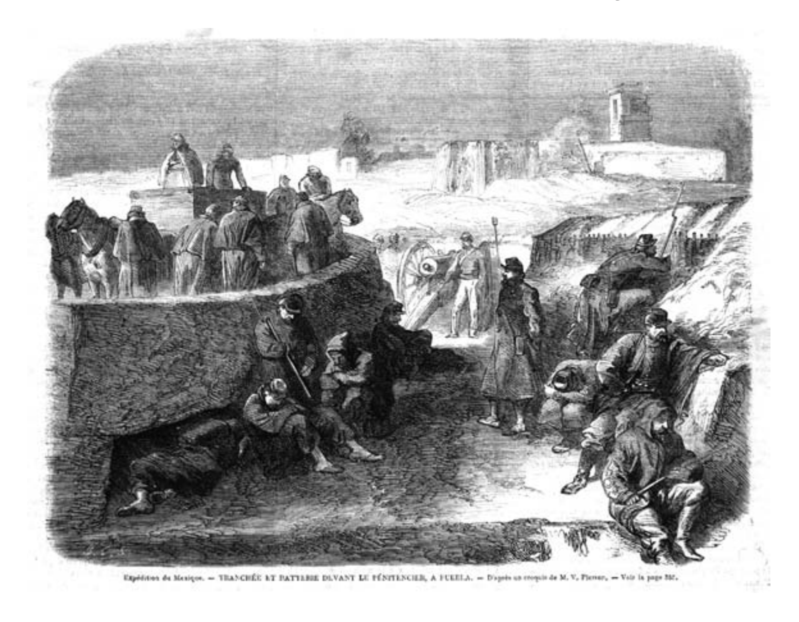


Figura 12

Puebla à la sortie d'un Te Deum, semanario *L'Illustration*. Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



La prensa mexicana

En contraste con la producción de imágenes sobre los acontecimientos de la Intervención hecha por los periódicos franceses, en la prensa mexicana escasean las representaciones sobre la lucha de los mexicanos contra el invasor. Encontraremos pocos ejemplos, sobre todo del Sitio de Puebla de 1863, pues por el simple hecho de simbolizar una derrota, en la mentalidad de la época, y aún ahora, se prefirió dibujar acciones heroicas como la Batalla del 5 de Mayo. Pero además, se tienen desde luego otras razones: los dibujos que encontramos en periódicos como *L'Illustration* o *Le Monde Illustré* son grabados hechos especialmente en xilografías, es decir, grabados a partir de placas de madera, lo que permitía la impresión simultánea de la imagen y los textos en una misma plana del periódico, proceso imposible de conseguir con las litografías que eran las que usaba regularmente entonces la prensa mexicana. Sin embargo, los grabados tenían un costo elevado en la producción, ya que implicaban un trabajo muy laborioso por el cuidado de tallar las matrices (de boj) con un nutrido plantel de colaboradores especializados en el ramo. Los periódicos franceses podían absorber estos gastos por el gran número de suscriptores y los enormes tirajes que alcanzaban, en una sociedad donde la clase media e ilustrada exigía una información lo más completa posible; además de, como hemos dicho, un posible subsidio de los gobiernos a los semanarios. En cambio, en México, el reducido número de suscriptores, doble reflejo de los elevadísimos índices de analfabetismo y una sociedad en su mayoría abatida por la pobreza, volvía prohibitivos tales grabados. En todo caso se hicieron litografías en hojas sueltas o para incluirlas en álbumes que se vendían por suscripción, pero de ellos sólo tenemos unos cuantos ejemplos.

El primero es el álbum conocido como *Las Glorias Nacionales* o el *Álbum de la Guerra*, realizado por el notable artista Constantino Escalante (1836-1868) y el editor y también dibujante litógrafo Hesiquio Iriarte (1824-1903).[4] A estos persona-

[4] Para el estudio de este álbum véase la edición facsimilar *Las Glorias Nacionales. Constantino Escalante y Hesiquio Iriarte*, 2012. También el Instituto Nacional de

jes se les debe la idea de realizar una serie de dibujos que tenía la intención de registrar las batallas, asaltos, episodios o escenas más sobresalientes de la Guerra de Intervención y que irían acompañados de textos explicativos hechos por los más connotados escritores de la época, como Joaquín Alcalde, Carlos R. Casarín, Pantaleón Tovar, Antonio Carreón o Ignacio Manuel Altamirano, entre otros.[5] Las estampas empezaron a publicarse, creemos que mensualmente, a partir de mayo de 1862, después de que los artistas Iriarte y Escalante regresaron de un viaje a Puebla para tomar apuntes del natural de los sitios donde sucedió la batalla que "dio gloria al país", como se difundió entonces en la prensa mexicana. La primera estampa fue seguramente la batalla que representa la toma del Fuerte de Guadalupe y de la cual tenemos varias versiones, algunas coloreadas a la acuarela, como la que lleva por título "Batalla ganada a los franceses, en las inmediaciones de Puebla, el día 5 de mayo de 1862". Con esta primera estampa, de la cual por cierto no se ha encontrado ningún texto explicativo, podemos entender el tono del álbum, pues sin duda representa la versión mexicana de la Intervención. Tanto por la postura de los artistas, que conocemos fueron enemigos de la invasión, como por los textos en donde se exalta la resistencia mexicana y los mismos episodios que se escogieron, entendemos que el objetivo era rescatar las acciones en donde los mexicanos ganaron o resistieron de manera heroica. Por esto mismo se comprende que no se publicaran todos los dibujos que se tenían proyectados, entre ellos el combate en Altata, Sinaloa, de 1864, o el de Santa Gertrudis, Tamaulipas, en 1866, que en algún momento se anunció en periódicos como *La Orquesta*. De hecho el proyecto se suspendió con la entrada de los franceses

---

Antropología e Historia publicó otra edición de este mismo álbum con una de las principales colecciones, ya que se tienen casi todas las estampas en el acervo de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Véase *Las Glorias Nacionales. Álbum de la Guerra. Dibujos de Constantino Escalante*, 2012.

[5] Para el estudio de los artistas de estas litografías véase la edición facsimilar de El Colegio de Puebla y la BUAP, Arturo Aguilar Ochoa, *op. cit.* Para leer los textos véanse las dos reediciones.

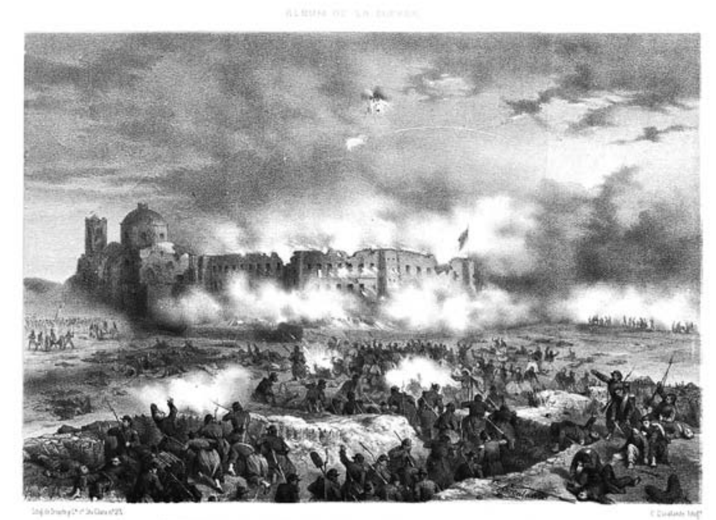
a la ciudad de México, en junio de 1863, después de la derrota que sufrieron los connacionales en Puebla, y de que el artista Constantino Escalante fue hecho prisionero por algún tiempo. Hay que hacer notar que por estas mismas razones, el álbum no se publicó completo sino hasta en fechas recientes en edición facsimilar.

Sin embargo, para el tema del Sitio de Puebla, el álbum sólo contiene una estampa que lleva por título: "Ataque del fuerte Iturbide, la noche del 26 de marzo de 1863" (Figura 13), que no es otro que el ataque a la Penitenciaría de San Javier, lugar emblemático durante el sitio, pues casi ningún artista quiso eludir esta batalla, ya que fue uno de los principales puntos en donde la resistencia mexicana fue más destacada. La vista de Escalante fue trazada desde las trincheras que rodean al edificio, en donde se ve a los soldados franceses casi atrapados en los fosos que habían construido con palas y picos para seguir avanzando lentamente hacia su objetivo, mientras las bombas caían sin cesar y los abatidos por el fuego eran recogidos por sus compañeros.[6] Al fondo y como marco de la escena, se alcanza a ver el Fuerte de San Javier en su lado poniente, con las paredes destruidas y la cúpula y la torre a un lado, envuelto en nubes de humo que le dan un aire fantasmagórico. Lo interesante es que el artista consiguió realizar el efecto de las nubes en el momento de la noche, cuando ocurrió el ataque; se ve incluso emerger entre los nubarrones a la luna en cuarto menguante. El texto de Antonio Carreón que acompañaba la estampa corrobora el hecho y dice: "la luna creciente alumbraba este cuadro terrible. Una faja negra y sombría salió del seno de la tierra, ondulaba e invadía el terreno que se extiende al oriente del cerro de San Juan".[7] Y en la descripción que se hace de la batalla, también la presencia de esa luna como testigo fiel siempre estará en el discurso literario.

[6] Para ver esta estampa, su descripción y texto véase *Las Glorias Nacionales*, edición de El Colegio de Puebla y la BUAP, con texto de Arturo Aguilar, *op. cit.*, pp. 41 y 106-111. Igualmente *Las Glorias Nacionales*, edición del INAH, *op. cit.*, aunque en esta edición no se incluyeron páginas.

[7] Arturo Aguilar, *op. cit.,* p. 106.

Figura 13
Ataque del Fuerte de Iturbide, la noche del 26 de marzo de 1863, tomada del álbum *Las Glorias Nacionales* de Hesiquio Iriarte y Constantino Escalante, colección BNAH-INAH.



> El combate había empezado, la dulce claridad de la luna se había opacado ante una deslumbradora luz roja y amarillenta que iluminaba completamente aquel grandioso espectáculo. Aquella bellísima aurora bañaba los parapetos del fuerte Iturbide, hacía brillar el bronce de sus cañones, las bayonetas de los fusiles y las pupilas de los ojos de los soldados que lo defendían […] entre aquella atmósfera de lumbre y polvo, de humo y balas, de sangre y de cadáveres, se veían en pie muchos hombres arrojando fuego por la boca de sus fusiles, cayendo a intervalos, y reemplazando a los que caían otros que llegaban […][8]

La duda entonces que salta inmediatamente al ver la imagen es ¿qué fue lo primero que se hizo, el texto o el dibujo litográfico? En cualquiera de los casos la calidad de la estampa, tanto por su composición como por lo bien logrado de los efectos nocturnos, es digna de destacar, lo que la convierte en una de las mejores imá-

[8] Ídem, p. 109.

genes de esta obra. Desafortunadamente el álbum no pudo realizarse con todas las estampas que se habían programado, y aunque se reanudó la venta de la obra en 1868, la prematura muerte de Constantino Escalante en un accidente de ferrocarril impidió que esta joya litográfica tuviera una dimensión todavía más importante de la que tiene.[9] De hecho, en su época nunca se editó completo, pese a ser la versión mexicana de la Guerra de Intervención Francesa. Curiosamente, en novelas que circularon después de la guerra, como *El sol de mayo* de Juan Antonio Mateos editada por Hesiquio Iriarte, se repitieron algunas de las estampas a un menor tamaño.

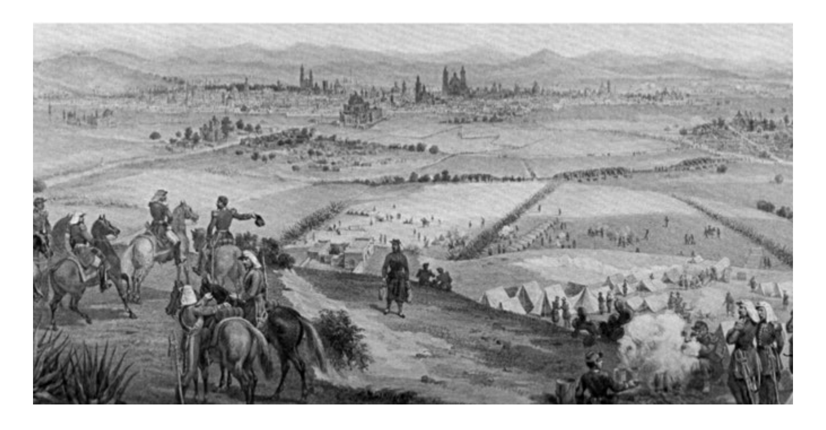
Fuera de este álbum, el único dibujante litógrafo mexicano, hasta lo que sabemos, que se interesó por registrar algunos eventos de la invasión, fue el artista Casimiro Castro (1826-1889), muy conocido por su importante trabajo en su álbum *México y sus alrededores*, cuya primera edición salió a la luz en 1855, obra insuperable y actualmente emblemática del arte mexicano del siglo XIX. En este trabajo se retrató a la sociedad mexicana de la capital, de todos los estratos sociales, con una enorme calidad artística, pudiendo competir con los mejores de este tipo que se realizaban en Europa. Desafortunadamente, Castro no tuvo, quizás, ni el tiempo ni los recursos para realizar una obra sobre la Guerra de Intervención que implicaba trasladarse a los lugares donde sucedieron los hechos, echar mano de los recursos y el conocimiento de la pintura histórica, especialmente de escenas de batallas, que no todos los artistas poseían. De ahí que el trabajo de Escalante e Iriarte cobre todavía un mayor valor en este contexto de escasez en la producción mexicana. Castro había realizado una estampa de la batalla de Calpulalpan (diciembre de 1860), la cual circuló en hoja suelta —por lo tanto tenía experiencia en este tipo de trabajos—, pero en la nueva edición de su álbum *México y sus alrededores*, de 1865, sólo incluyó una "Vista de la Plaza Mayor", con un grupo de zuavos franceses que marchan en fila y que distinguimos por el uniforme y los pantalones

[9] Ibídem.

rojos. Igualmente tiene una imagen de prisioneros mexicanos, no sabemos si republicanos o imperialistas, que es apenas conocida; pero respecto al Sitio realizó la estampa: "Tropas francesas en el cerro de San Juan durante el sitio de Puebla"(figura 14). No se realizó ningún texto para esta litografía, por lo que no sabemos si representa un evento específico. No obstante, estoy seguro que se refiere al Sitio de 1863, pues fue en este lugar donde se apostaron los ejércitos franceses para atacar la ciudad. Aquí se representa una vista que alcanza el paisaje de la ciudad de Puebla a lo lejos, con las innumerables torres y cúpulas de sus iglesias, pero que sirven sólo de telón de fondo ante las figuras del primer plano. Éstas representan, del lado izquierdo, a un grupo de soldados montados en sus caballos, y al parecer acompañando a un oficial que destaca en la composición por ir en un caballo blanco; al lado derecho encontramos el campamento con otros soldados alrededor de una fogata y junto a una tienda de campaña en una actitud de descanso. Esta litografía regularmente se publicó coloreada, aunque también se tienen versiones en blanco y negro y no dejan duda de la gran calidad que tenía Castro como artista, siendo una lástima que no haya realizado más escenas de estos episodios.

Figura 14

Soldados franceses en el cerro de San Juan
durante el sitio de Puebla, *ca.* 1863, Casimiro Castro



La fotografía

A diferencia de los grabados y las litografías, que podían representar las acciones de guerra o escenas de los enfrentamientos entre los ejércitos y, por lo tanto, eran más atractivas para el gran público, la fotografía en 1863 estaba limitada por su propio desarrollo. Inventada apenas hacía menos de 15 años, es decir, en 1839, la nueva técnica había conseguido importantes avances, como pasar de los daguerrotipos o imágenes de cámara, que en realidad eran piezas únicas ya que no se tenían negativos, a la multiplicación masiva gracias a las placas de colodión húmedo, inventadas por el escultor inglés Frederik Scott Archer en 1851, que permitieron la multirreproducción y por consiguiente precios más accesibles.[10] Además, simultáneamente se produjeron otras innovaciones en el diseño de lentes de las cámaras y en el proceso de impresión para las copias, entre ellos el uso de soportes en los papeles salados y el papel a la albúmina, así llamado porque se preparaba con clara de huevo.[11]

Sin embargo, todavía los pesados equipos fotográficos, con cámaras voluminosas y el empleo de tripiés para poder mantenerlas fijas, impedían la movilidad en los campos de batalla, en donde además se exponía hasta la vida. Igualmente el revelado, dadas las condiciones del colodión húmedo que se endurece rápidamente, obligaba a los fotógrafos a realizar este proceso casi de inmediato en cuartos oscuros portátiles, que muchas veces eran improvisadas carretas para este fin. Esto explica por qué fotógrafos como Timothy O'Sullivan (1840-1882) registraron los campos de batalla en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos de 1861-1865, pero sólo después de los enfrentamientos,

[10] Beaumont Newhall, *Historia de la fotografía*, Barcelona, p. 59. Este método consistía en sensibilizar sales de plata, mediante el uso del colodión. La sustancia era una solución viscosa de nitrocelulosa en alcohol y éter. Se seca rápidamente, formando una película dura e impermeable; hay que señalar que primero se utilizó en medicina para proteger lesiones menores en la piel. Por su parte, Archer agregó yoduro de potasio al colodión.

[11] Ídem, p. 60. El papel a la albúmina fue inventado en 1850 por Blanquart-Evrard, propietario de los talleres de impresión de calotipo en Lille. Recubría el papel con clara de huevo, donde había disuelto bromuro de potasio y ácido acético.

cuando los cadáveres de los soldados yacían inertes o en todo caso cuando los ejércitos se preparaban para la lucha. La mayoría de estas fotografías de personas fueron posadas, pues el tiempo de exposición largo también impedía tomar sujetos en movimiento. Por todo ello, el Sitio de Puebla de 1863 se registró en fotografía sólo después de las batallas, suponemos que a partir del 17 o 18 de mayo, cuando el Ejército mexicano se había rendido, la plaza entregada y los franceses habían entrado a la ciudad. Tenemos vistas como las siguientes:

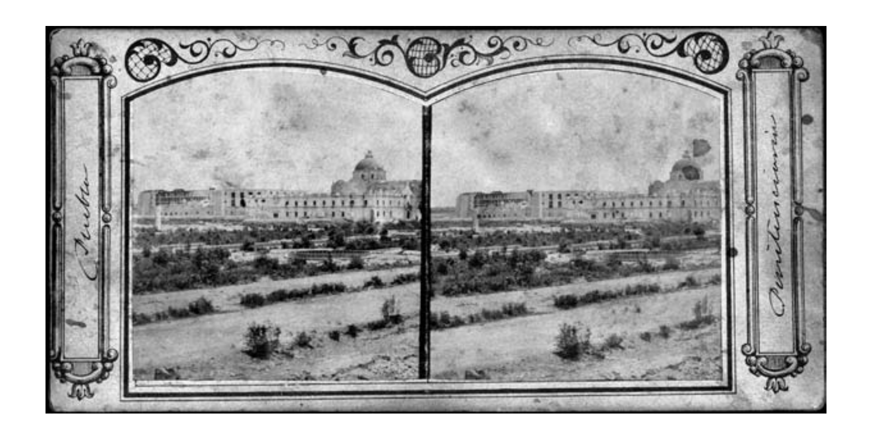
a) Vista del Fuerte o Penitenciaría de San Javier (actualmente Archivo General del Estado de Puebla)
b) Calle del Mesón de los Santos Varones
c) Fuerte del Carmen (al sur de la ciudad)
d) Calle del Hospicio de Pobres (actualmente calle de Reforma)
e) Iglesia de Santa Inés de Montepulciano
f) Iglesia de San Agustín
g) Vista del Paseo Bravo con la Penitenciaría al fondo.

Figura 15

Vista de la iglesia de San Agustín, 1866. Fotografía estereoscópica.
Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



Figura 16
Vista de la Iglesia y Penitenciaría de San Javier. Fotografía estereoscópica.
Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



No tenemos el número exacto de las imágenes pues están dispersas en colecciones particulares o en instituciones en el extranjero como la Hispanic Society de Nueva York o el Recinto de Homenaje a don Benito Juárez en México. Todas estas fotografías son de un gran valor histórico por el testimonio que recogen, ya que la destrucción de los edificios es lo primero que sobresale al mirarlas, no se encuentran personas, solo un paisaje desierto y desolado; pero recordemos que la cámara no podía captar figuras en movimiento, aunque también es probable que se hayan tomado en una hora o en un día en que la población se había refugiado en sus casas. De muchas de ellas, como de la iglesia de San Agustín, es notoria la destrucción de las paredes bajo la cúpula, lo mismo que la torre casi en ruinas, que demuestra el poder de las bombas lanzadas a toda la ciudad. El fotógrafo seguramente subió a algunas de las casas aledañas para conseguir una mejor vista y a una distancia que permitiera al lente de la cámara tener una visión panorámica del edificio (Figura 15). Lo mismo podemos decir de la vista del Fuerte de San Javier, que se tomó desde varios ángulos y en donde también la destrucción es evidente, pese a la solidez de las paredes que suponemos es lo que el fotógrafo tuvo la intención de resaltar. Esta imagen por

sí sola resume la resistencia de los mexicanos en el Sitio, ya que este fuerte representó el principal símbolo contra la lucha de la Intervención. Por ello no es extraño que se repitiera en todas las técnicas que representan la batalla de 1863: en litografía, grabado, pintura y fotografía (Figura 16). De los fuertes de Loreto y Guadalupe no se han encontrado fotografías, lo que no implica que se hayan tomado imágenes que no se conozcan. Pero inmediatamente nos preguntamos ¿quién tomó las imágenes?, pues ninguna tiene autoría. Lo más probable es que haya sido algún reportero o soldado francés que venía con las tropas del ejército; no fue extraordinario que alguno de los elementos trajera cámaras fotográficas, como lo ha demostrado Jean Meyer en algunas de sus investigaciones en las que comprobó, revisando los archivos franceses, que fueron varios los que conocían la técnica y llevaban dichos aparatos;[12] lo que no sabemos es si eran fotógrafos aficionados o profesionales. Desde luego, también es posible que alguno de los fotógrafos poblanos haya tenido la idea de tomar estas vistas, como el tan afamado Lorenzo Becerril, que tenía su estudio en la calle de Mercaderes número 9, o Joaquín Martínez con domicilio en Estanco de Hombres número 5, Manuel Rizo en la Calle de las Cruces número 2 o Eduardo Unda también en la calle de Estanco de Hombres.[13] Aunque de ser un fotógrafo poblano el autor de estas vistas, lo más probable es que hubiera incluido el sello en el reverso de las imágenes, quizá en cambio podemos pensar que fue alguno de ellos el que las comercializó en vistas estereoscópicas de las cuales existen varias copias y por lo tanto demuestran que dichas imágenes fueron muy conocidas en su tiempo. Al menos estamos seguros que fueron fotógrafos poblanos los que tomaron retratos de varios oficiales franceses después del sitio y, desde luego,

[12] Jean Meyer lo menciona en "México en un espejo: testimonio de los franceses de la Intervención (1862-1867)", en Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel, (coords.), *México-Francia: Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX,* V. II, 2004, pp. 39-60, en especial p. 52.

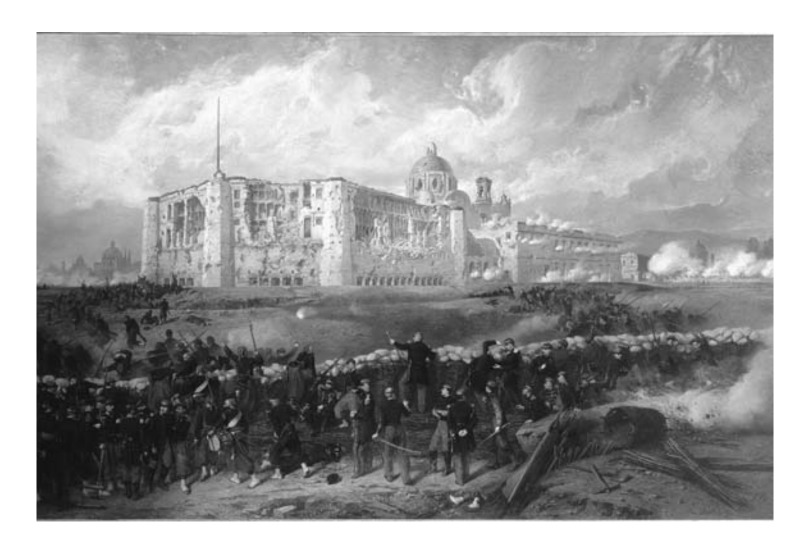
[13] Para el caso de los fotógrafos poblanos en estos años véase a Jorge Carretero Madrid, *Prisionero de Guerra del Imperio Francés. Diario del Teniente Coronel Cosme Varela. Episodio Histórico ocurrido durante la Intervención: 1863-1864*, p. 131. Carretero Madrid es hasta ahora el único autor que da una lista amplia de los fotógrafos en esta ciudad de provincia.

de soldados que se retrataron en estos estudios, con la intención de mandarlos a sus familiares. Algunos de estos retratos se encuentran en colecciones particulares mexicanas lo mismo que en instituciones como la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. La vida cotidiana parecía restablecerse después de tan cruenta batalla y la fotografía fue testigo de estos momentos.

Pintura

La pintura histórica o también llamada pintura de historia fue considerada, desde el Renacimiento, el género más importante dentro de la tradición pictórica europea. Por encima del retrato, el paisaje y desde luego el género costumbrista, la pintura histórica tuvo a importantes exponentes ya que casi siempre fue patrocinada por reyes, príncipes o los poderosos para exaltar sus hazañas. Por eso no resulta extraño que Napoleón III en su campaña en México buscara registrar las batallas más importantes que dieran gloria a su nombre y a su ejército. Algunos de estos cuadros adornarían las galerías del Palacio de Versalles en donde la Francia triunfante daba una lección de historia a todos sus ciudadanos con estos éxitos en las armas. A diferencia de la pintura mexicana, que rescató el heroico triunfo en la Batalla del 5 de Mayo de 1862, los artistas franceses no se interesaron por este evento, pues al ser una derrota no tenía cabida en la galería heroica de las glorias francesas. En cambio, el triunfo en el Sitio de Puebla de 1863 marcaba la recuperación en la guerra y el inicio de la supuesta conquista definitiva del país. El gobierno del emperador Napoleón III estaba convencido de que dominar todo el territorio nacional sería una cuestión sencilla y que no llevaría mucho tiempo, después de asestar este duro golpe a las tropas mexicanas. Sin embargo, las guerrillas que surgieron durante los siguientes años demostrarían todo lo contrario; como dijo el presidente Juárez: “los franceses eran sólo dueños del terreno que pisaban”.

Figura 17
Toma de la penitenciaría de San Javier cerca de Puebla
el 29 de marzo de 1863, Jean-Adolphe Beaucé. Museo de Versalles, Francia



Aunque, curiosamente, el pintor encargado de registrar estos triunfos sólo dedicó un cuadro al Sitio que lleva por título *Toma de la penitenciaría de San Javier cerca de Puebla el 29 de marzo de 1863*; la pintura fue hecha al óleo el año siguiente, es decir 1864, seguramente a partir de apuntes tomados por el artista y ya en su estudio (Figura 17), es de un gran tamaño: 143 x 88 cm, y se encuentra actualmente en el Museo del Palacio de Versalles, Francia, aunque Esther Acevedo registra una copia posiblemente en una colección particular sin señalar si se encuentra en México o en otro país.[14] El autor del cuadro es Jean-Adolphe Beaucé, nacido el 8 de agosto de 1818 en Boullogne-Billancourt (Hauts-de-Seine); se sabe que murió el 13 de julio de 1875. Beaucé es un pintor especializado en cuadros de batallas; aunque no se conoce su educación, sin duda es notoria su extracción académica. Realizó varios cuadros con escenas de batallas del Ejército francés en Argelia, Siria, Italia y Crimea, pero especialmente en México ejecutó varias pinturas que

[14] Catálogo de exposición *Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1865)*, México, pp. 152 y 195.

son testimonios interesantes de la Intervención. Este artista merecería una mayor atención por parte de los historiadores del arte en nuestro país, e incluso quizá una exposición, pues además del retrato de Maximiliano a caballo, actualmente en el Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, se tiene el conocido cuadro *Visita de la embajada de los indios kikapoos al emperador Maximiliano* en el Castillo de Artstetten,[15] en Austria, sin contar los retratos de los generales Bazaine y Forey. Algunos de estos cuadros, más otros como *Las soldaderas*, ahora perdido, o *Campamento de zuavos*, los presentó el autor en algunas de las exposiciones de La Academia de Bellas Artes de París, y al parecer fueron favorecidos por la crítica; por ello sabemos de su existencia. De hecho, Beaucé es el pintor que más obras realizó sobre eventos de la Intervención Francesa en México, pues además de los mencionados óleos, también se conoce un cuadro sobre la Batalla de Camarón, en donde varios soldados de la legión extranjera se enfrentaron con el Ejército mexicano el 30 de abril de 1863 (cuando ya había empezado el Sitio de Puebla), cerca de la localidad de Camarón de Tejeda, Veracruz, y en donde se enfrentaron 62 soldados franceses contra dos mil mexicanos. La lucha fue heroica por parte de los soldados franceses que rechazaron rendirse ante los mexicanos; por eso la acción ha sido un signo de coraje y valentía hasta la muerte, ya que quedaron vivos sólo un oficial y dos soldados después de un combate de casi once horas. Jean-Adolphe Beaucé expuso este cuadro en el salón de la Academia en 1867, pues desde luego encajaba muy bien en las acciones que exaltaban las glorias del Ejército francés. Un año después, en 1868, expuso en el mismo salón el cuadro *Acción de La Hierbabuena*, de grandes dimensiones y que nunca se ha exhibido en México. Interesante, porque representa una batalla apenas conocida en nuestro país que se escenificó el 8 de junio de 1865, cuando el escuadrón de la contraguerrilla francesa, comandada por el capitán Michel Alöys d'Elchingen, se enfrentó contra un escuadrón de lanceros republicanos, en donde resultaron vencedoras las fuerzas francesas en las

[15] Ibídem. Esther Acevedo ha sido de las pocas investigadoras que ha estudiado a Beaucé, especialmente en su catálogo de la exposición.

inmediaciones de un rancho llamado La Hierbabuena, cercano a la ciudad de Monterrey.[16] Al capitán Michel Alöys d'Elchingen se le encomendó la persecución del general Miguel Negrete, y por ello llegó hasta el estado de Nuevo León donde se libró la batalla; interesante también es que después del triunfo de los franceses, el capitán Alöys d'Elchingen es nombrado comandante del sexto escuadrón de húsares rojos y sustituye temporalmente como jefe de la guerrilla al coronel Charles Dupin; sin duda, el artista se enteró del evento al poco tiempo y quiso dejar registro, sin ser necesariamente una batalla decisiva.

En la pintura que toca el Sitio de Puebla, Beaucé escogió de entre las múltiples acciones la toma de la penitenciaría en marzo de 1863. El cuadro, hasta lo que sabemos, se hizo en el estudio del pintor y lo más probable es que no fuera testigo de los hechos, de ahí que se apoyara seguramente en las fotografías que se tenían del edificio y que ya hemos comentado, imágenes que, recordemos, circularon ampliamente en la época. En todo caso, también pudo visitar el edificio de San Javier para recrear la destrucción de las paredes y los pasillos de esta cárcel que fue acondicionada temporalmente como fuerte en donde, como un esqueleto arquitectónico, se notan las columnas destruidas y los escombros por doquier. Podemos notar que desde un primer plano se encuentra el Ejército francés, con oficiales y zuavos detrás de un parapeto, y sobresale la figura de Aquiles Bazaine un poco más elevada que el resto detrás de una barda; junto a él, a la derecha, otro oficial parece recibir una bala que lo hace tirarse de espaldas; al fondo, el humo de las bombas dan idea de la lucha (Figura 17). Pese a estos detalles, los soldados parecen departir alegremente o discutir alguna es-

[16] Basilio Pérez Gallardo, *Martirologio de los defensores de la Independencia de México, 1863-1867. Noticias de las batallas, acciones y escaramuzas entre el ejército intervencionista y las fuerzas republicanas, desde el mes de abril de 1863 hasta el 21 de junio de 1867, día en que fue reocupada la capital de la República, conteniendo el número de muertos, heridos y prisioneros imperialistas y republicanos puramente mexicanos, el año, mes o día en que se verificó el encuentro, el estado y lugar, y los nombres de los jefes, con algunas notas aclaratorias de vital importancia*, 1875, p. 275.

trategia militar, más que estar luchando contra el enemigo; todo lo contrario a la litografía de Constantino Escalante en la que los heridos franceses y el avance penoso en las trincheras demuestran que no fue fácil tomar el edificio (Figura 13). No sabemos si Beaucé conoció la litografía de Escalante, pero en todo caso las visiones son distintas, pues más allá de suceder las acciones en diferente hora, el cuadro en el día y la litografía en la noche, el público al que estaba dirigido era diametralmente opuesto. En los salones de París, los asistentes querían ver una acción en donde las armas francesas alcanzaran el éxito de manera suave, sin gran esfuerzo, y eso, parece, fue lo que Beaucé consiguió representar en su cuadro. En cambio, Escalante rescató la resistencia heroica de los mexicanos y, aunque no aparecen en la litografía, la difícil lucha que enfrentan los franceses en el Fuerte de San Javier lo demuestra de algún modo.

Literatura

Junto a las artes plásticas, para las letras fueron también fuente de inspiración los acontecimientos de la Intervención Francesa. Como es bien conocido, han sido muchos los escritores que recrearon en novelas, cuentos u obras de teatro pasajes de esa época. De entre ellos quiero destacar algunos autores que fueron testigos de los acontecimientos por haber vivido en la época o aquellos que, aunque no estuvieron presentes, al haber conseguido informes de fuentes directas merecen nuestra atención. Descontando a don Victoriano Salado Álvarez y sus *Episodios nacionales*, a mi juicio, el escritor más cercano a la Intervención Francesa fue Juan Antonio Mateos (1831-1913), quien en 1868 publicó *El cerro de las Campanas (memorias de un guerrillero). Novela histórica*, (México, Imprenta de Ignacio Cumplido), obra que recrea la caída del Segundo Imperio con el Sitio de Querétaro de 1867. Estaba muy fresca en la memoria de los mexicanos la Intervención Francesa, el Segundo Imperio y su caída, pues dichos acontecimientos afectaron el curso de la historia mexica-

na y la vida de cualquier ciudadano; por ello, cuando Mateos publicó la novela tuvo cierto éxito entre el público. Se querían ver los episodios recientes, no ya de manera política, pues todos los conocían, sino en forma de novela, con acciones heroicas de personajes de ficción en medio de la cotidianidad de los mexicanos, lo que hacía que muchos se identificaran con ello. Pero apenas se había publicado *El cerro de las Campanas*, cuando el autor saca su segunda novela, *El sol de mayo. Memorias de la Intervención*, en el mismo año de 1868. En términos cronológicos la novela inicia el 15 de julio de 1861 y termina con la ocupación francesa de la ciudad de Puebla el 18 de mayo de 1863.[17] En la trama se encuentran personajes centrales como Felipe Cueva, Manuel Mondoñedo y Santiago González, estudiantes de medicina que se enrolan en el ejército para luchar contra la Intervención, que, para hacer más atractiva la novela, también tienen historias de amor y como fondo de escenario la Intervención Francesa; desde luego, hay personajes irreales como Blanca de Borbón y Fernando de Moncada, descendiente este último de un noble mexicano y ambos villanos en la trama por favorecer la causa de los conservadores. La Batalla del 5 de Mayo de 1862 le merece varias páginas a Mateos, no exento del fuerte nacionalismo imperante entonces, pues resalta el valor de los mexicanos; pero también le dedica varias páginas al Sitio de Puebla de 1863, en donde varios personajes se involucran, lo que da material para diversos pasajes. Mateos designa al Sitio con el título de "Sitio de Zaragoza en 1863", encontrándose en el libro cuarto, con XV capítulos y con el cual cierra la novela. El capítulo de hecho comienza con "la llegada de los señores franceses al frente de la ciudad de Puebla y de sus primeras operaciones sobre la plaza", y desde ahí las descripciones son muy puntuales, tocando diversos aspectos del Sitio, pues da cuenta exacta de las defensas, de los generales encargados de los fuertes, de las batallas en diversos puntos y del

[17] Juan Antonio Mateos, *El Sol de Mayo. Memorias de la Intervención*, México. Fue difícil para el autor encontrar la edición de 1868 de la novela, la cual, como ya mencionamos, tiene un gran número de litografías, algunas tomadas del álbum *Las Glorias Nacionales.*

ambiente que privaba en la ciudad. Una de las descripciones más interesantes, por cierto a partir de hechos reales, es cuando el 31 de marzo salieron los cónsules extranjeros a conferenciar con el General en Jefe Elías Federico Forey para conseguir que las familias que habían decidido quedarse en Puebla saliesen, ya que el estrago de las bombas se hacía sentir, especialmente de manera trágica, en los niños y las mujeres. Sin embargo, la respuesta fue negativa, y Mateos juzgó severamente esa respuesta de los franceses ante una población civil inocente que no debía pagar el precio de la guerra, señalando que: "este rasgo de barbarie fue el prólogo a esa historia de horrores cometidas en nuestro suelo por el ejército Francés".[18] Habría otras escenas de lucha denodada entre ambos ejércitos pero, para invitar al lector a leer la novela, sólo nos detenemos en aquella donde Mateos narra una escena apenas tocada por los historiadores de la Intervención, y es el inicio de la batalla, cuando los dos ejércitos estaban preparados para enfrentarse a principios de marzo de 1863, y lo hace en un estilo propio de los escritores decimonónicos:

> Dispuesto el campo de la lucha y ya en tren de batalla, esperaba el ejército la llegada del invasor, cuyas pisadas se dejaban oír muy cerca de la ciudad.
>
> Hay siempre un contraste entre la naturaleza y los acontecimientos que impresiona de una manera incisiva y nerviosa.
>
> [...] Todo era risueño y encantador, [pero] aquel lecho de flores, serviría de túmulo a los que cayeran en la lucha sangrienta que iba a comenzar.
>
> Aquellos campos se teñirían en sangre y las aves de la noche agitarían sus alas en una atmósfera emponzoñada.
>
> La guerra tocaba las puertas de la ciudad.
>
> ¡La guerra! ese soplo asolador que quiere hundir a la creación en el prólogo del Génesis, en las tinieblas de la nada y del olvido, ese genio de maldición sobre la existencia, ese sacrilegio que comparte su odiosidad con la ciencia, que presenta al hombre con una corona salpicada de sangre, como al ídolo del crimen y de la miseria, haciendo de él un héroe, parece acompañar como una sombra maldita a la sociedad humana.

[18] Juan Antonio Mateos, *op. cit.*, pp. 304-305.

> ¿Qué quería decir aquella plaza amenazante, aquellos baluartes sombríos, aquella ciudad en guardia?
>
> La hora de Dios había sonado, y el mundo tocaba a *muertos* ante una nacionalidad próxima a extinguirse.
>
> El cadáver se iba a sacudir en sus últimas convulsiones, tenía clavado el arpón de la conquista; pero sería terrible en sus últimos momentos, y profético en sus evocaciones al porvenir.
>
> Las naciones no oirán juntas el toque de la insurrección, se alzarán al soplo de la libertad en la hora solemne de su destino.[19]

Hubo desde luego otras narraciones de los acontecimientos en esos años; pero, el lenguaje, el estilo inflamado de fervor patrio y la manera de contar las acciones —como lo hizo Mateos— explican el éxito de su obra. No sabemos si el autor fue testigo de todos los acontecimientos que narra, pero lo más probable es que hubiera conocido a personas que estuvieron en los eventos, tanto soldados como civiles, quienes seguramente le contaron sus experiencias. Con este bagaje construyó su novela. Es una lástima que no se haya estudiado como debiera a Mateos pues fue también un prolífico autor de obras de teatro, casi todas, por cierto, hoy perdidas.

Otro autor que tocó el tema y es apenas conocido fue José Pablo Almendaro Fenochio (1880-1955), escritor nacido en la ciudad de Puebla, de "familia antigua y acomodada", quien, a decir de Leticia Gamboa, trabajó en bancos y empresas textiles como empleado de alto rango[20] y además tuvo dotes de escritor pues nos dejó varias novelas, entre ellas una en el contexto del llamado Segundo Imperio titulada: *Luciano Arroyozarco. Memorias de una ilustre familia durante el Segundo Imperio.* La obra fue publicada por entregas en el *Boletín de la Sociedad Mutualista Siglo XX*,

[19] Ídem, pp. 272-273.

[20] Leticia Gamboa, "Los comercios de *barcelonnettes* y la cultura del consumo entre las élites urbanas: Puebla 1862-1928", en Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel, (coords.), *México-Francia: Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX,* V. II, 2004, nota 13, pp. 159-178. Véase también en: http://books.openedition.org/cemca/841. Esta autora es la que mejor ha explicado el origen de José Pablo Almendaro, aunque se equivoca con el segundo apellido de Ituarte que era el del padre.

alrededor de 1930, pues la fecha exacta no se conoce, pese a que se hizo recientemente una edición facsimilar de esta obra por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.[21] La trama en esta novela se ubica entre 1862 y 1867 y gira alrededor de las aventuras y amores de Luciano Arroyozarco —quien cuenta la historia—, un joven de 17 años, hijo de un hacendado, que vive con sus padres, con una hermana en las inmediaciones de San Andrés Chalchicomula (hoy Ciudad Serdán) y quienes tienen que abandonar su hogar por la guerra de Intervención y refugiarse en la capital poblana. Los Arroyozarco son como muchos de su clase social, es decir, terratenientes con propiedades y riqueza, partidarios de la monarquía que apoyaban la Intervención, por ello el autor relata diferentes episodios en los cuales esta familia es testigo: la Batalla del 5 de mayo, el Sitio de 1863 y la entrada de los emperadores en la ciudad de Puebla, narrados con sumo detalle, lo cual me hace pensar que parte de su historia se basó en recuerdos familiares y hechos reales. José Pablo Almendaro, por relaciones de parentesco, conoció la historia de otras familias poblanas como los Ortiz Borbolla, lo mismo que los Almendaro de Velasco. Todas estas familias aristocráticas se sabe que fueron adictas al imperio; de hecho una de las hijas de los Ortiz Borbolla, María de la Luz (1838-1878), se casó con Juan Pedro Alfonso Dubois de Saligny (1812-1888),[22] embajador de Francia en México y uno de los principales promotores de la Intervención. La abuela materna de José Pablo Almendaro, Ana María de la Borbolla y Martínez de Casaprima, era tía de esta familia.[23] Por eso creemos que gran parte de lo que se narra son probablemente relatos y pláticas contadas por los familiares al autor que le sirvieron para recrear el ambiente de la época. De hecho se puede corroborar que muchos de los nombres que cita el

[21] José Pablo Almendaro, *Luciano Arroyozarco. Memorias de una ilustre familia durante el Segundo Imperio*, facsímil, 2013. Hubiera sido una gran oportunidad en esta edición buscar mayores fuentes y datos para, cuando menos, ubicar la fecha exacta en que se publicó por primera vez la novela.

[22] Leticia Gamboa, *op. cit.*, nota 14. La autora tomó el dato del Archivo General de Notarías de Puebla, notario Patricio Carrasco, libro de Protocolos de 1903, V. II, ff. 507-541.

[23] Ibídem.

autor de los caballeros y damas que recibieron a los emperadores en Puebla fueron los mismos citados en otras fuentes.[24] Por lo tanto la visión de Almendaro en su novela es la de la clase alta, la que sufrió el Sitio de 1863, pero no al mismo nivel que los pobres, que formaban la mayoría. Un pasaje de este episodio lo narra el autor de la siguiente manera y ejemplifica esta perspectiva social:

> Renuncio a enumerar detalladamente los sufrimientos, las molestias, los sustos y peligros que corrimos durante dos meses que duró el sitio.
>
> Y me sería imposible describir los combates que se efectuaron durante él, por la sencilla razón de que nunca las monjas de la más estrecha regla sufrieron una clausura como la nuestra. Sin exagerar puedo decir que en aquel largo periodo, ninguno de nosotros pisó la calle, a no ser el tío Jerónimo y eso contra su voluntad. Nuestra casa fue horadada, y sus departamentos bajos convertidos en pasadizos de soldados; sufrimos dos rigurosos cateos, salvando de ellos nuestros víveres, gracias a lo secreto y recatado de nuestro escondrijo, al tío Jerónimo se lo llevaron atado codo a codo, a declarar como sospechoso ante una comisión militar y tuvo que dar dinero para que lo soltaran.
>
> Enflaquecimos y se nos enfermó el estómago, aturdíanos el constante cañoneo, las noches las pasábamos de claro en claro temiendo algún atropello, y los días de susto en susto, esperando que alguna bomba nos hiciera añicos. Aquella no fue vida, sino una continua zozobra. Llegamos a gastar las cuentas de los rosarios, de tanto pasarlas entre los dedos.

Desde luego, la familia de los Arroyozarco sufrió enormemente durante el sitio, como lo narra el autor, pero dista mucho de las verdaderas penalidades de las clases pobres, que no sólo enflaquecieron, sino que en algún momento murieron de hambre o por las bombas que destruyeron sus casas; además, al final el enfrentamiento se libró calle por calle con tiros que no respetaban a los civiles. La mayoría de la población no tuvo la fortuna de almacenar víveres y resguardarlos en un secreto escondrijo como lo hicieron los ricos de

[24] Véanse por ejemplo las damas poblanas que cita el autor en su novela, encargadas de los festejos de bienvenida. José Pablo Almendaro, *op. cit.*, p. 109. Estos festejos se pueden comprobar en el libro *Breve Noticia del recibimiento y permanencia de SS. MM. II. en la ciudad de Puebla,* Tipografía de F. Neve, 1864, p. 34.

la ciudad. Por tanto la literatura es, sin duda, otra fuente a la que tenemos que voltear los historiadores para entender este periodo, ya que mucho de lo narrado parte de situaciones reales o verídicas, lo mismo que las artes gráficas en este artículo tratadas.

Fuentes Consultadas

Bibliografía

ALMENDARO, José Pablo, *Luciano Arroyozarco. Memorias de una ilustre familia durante el Segundo Imperio*, facsímil, Introducción de Mariana Marín Ibarra, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013.

ARRIAGA, Antonio, *La Patria recobrada, estampas de México y de los mexicanos durante la Intervención Francesa*, México, FCE, 1967.

AVENEL, Jean-David, "La prensa francesa y la Intervención en México", en *El impacto de la Intervención Francesa en México*, Patricia Galeana (coord.), México, Siglo XXI Editores, 2011.

BLANCHOT, Charles, *Mémoires: L'Intervention Française du Mexique*, París, Ed. Noury, 1911.

Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1865) Catálogo de exposición, México, MUNAL e INBA, 1995.

GAMBOA, Leticia, "Los comercios de *barcelonnettes* y la cultura del consumo entre las élites urbanas: Puebla 1862-1928", en Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel (coords.), *México-Francia: Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, V. II, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, El Colegio de Michoacán y CEMCA, 2004.

Las Glorias Nacionales. Constantino Escalante y Hesiquio Iriarte, texto introductorio, selección y notas de Arturo Aguilar Ochoa, Puebla, El Colegio de Puebla e Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP, 2012.

Las Glorias Nacionales. Álbum de la Guerra. Dibujos de Constantino Escalante, estudio introductorio de María de Lourdes González Cabrera y Juan Carlos Montes de Oca, México, INAH, 2012.

González Ortega, Jesús, *Parte general que da al Supremo gobierno de la nación respecto de la defensa de la Plaza de Zaragoza*, México, Imprenta de Tostado y Villagrana, 1863.

Mateos, Juan Antonio, *El sol de mayo. Memorias de la Intervención*, México, nota preliminar de Clementina Díaz de Ovando Porrúa, (Sepan cuántos, 197), 1993.

Marín Tamayo, Fausto, *et al.*, *Puebla 1863. Diario de guerra,* Puebla, Ediciones Culturales García Valseca, 1963.

Meyer, Jean, "México en un espejo: testimonio de los franceses de la Intervención (1862-1867)", en Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel, (coords.), *México-Francia: Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX,* V. II, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, El Colegio de Michoacán y CEMCA, 2004.

Milán, Alfonso, "Tres miradas en torno a la narrativa testimonial del sitio de Puebla: Jesús González Ortega, Porfirio Díaz y Francisco P. Troncoso", en Alberto Enríquez Perea (coord.), *Heroica Puebla de Zaragoza, 150 años del Sitio de 1863*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013.

Newhall, Beaumont, *Historia de la fotografía*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2002.

Niox, Gustave Léon, *Expedition du Mexique, 1861-1867. Récit politique et militaire*, París, Libr. Militaire de J. Mumaine, 1874.

Paso y Troncoso, Francisco del, *Diario de las operaciones militares del Sitio de Puebla en 1862*, Puebla, Biblioteca Angelopolitana, Gobierno de Estado de Puebla-Secretaría de Cultura, 1988. Edición facsimilar de la de 1909. Incluye el plano de la ciudad de Puebla confeccionado por el ingeniero Troncoso durante el sitio de 1863.

Pérez Gallardo, Basilio, *Martirologio de los defensores de la Independencia de México, 1863-1867. Noticias de las batallas, acciones y escaramuzas entre el ejército intervencionista y las fuerzas republicanas, desde el mes de abril de 1863 hasta el 21 de junio de 1867, día en que fue reocupada la capital de la República, conteniendo el número de muertos, heridos y prisioneros*

imperialistas y republicanos puramente mexicanos, el año, mes o día en que se verificó el encuentro, el estado y lugar, y los nombres de los jefes, con algunas notas aclaratorias de vital importancia, México, Imprenta del Gobierno, 1875

Prisionero de Guerra del Imperio Francés. Diario del Teniente Coronel Cosme Varela. Episodio histórico ocurrido durante la Intervención: 1863-1864, México, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de Puebla y Fototeca Antica, 2012.

Noticia del recibimiento y permanencia de SS. MM. II., en la ciudad de Puebla, Puebla, Tipografía de F. Neve, 1864.

•

Capítulo 7

El Sitio de Puebla visto a través de la caricatura de Constantino Escalante

Alfonso Milán*

Breve biografía de Constantino Escalante

Las pocas referencias biográficas que conocemos de Constantino Escalante se deben a Hilarión Frías y Soto, quien mencionó algunos datos de su vida a raíz de la muerte prematura del destacado caricaturista. En noviembre de 1868, Frías y Soto escribió en *La Orquesta* que Escalante había nacido en la ciudad de México un 5 de abril de 1836, que "su educación fue artística aunque desgraciadamente muy incompleta",[1] lo que confirma que el autor no estudió en la Academia de San Carlos, centro recién estructurado y semillero artístico más importante de la época; no obstante, para Arturo Aguilar Ochoa, la destreza y calidad del trabajo que realizó Escalante, principalmente en el álbum *Las Glorias Nacionales*, "supondrían que pudo haber tomado alguna clase de dibujo […] con algún maestro particular",[2] tal como lo hiciera otro destacado litógrafo decimonónico: Casimiro Castro.

* Posgrado en historiografía, UAM-A.

[1] Hilarión Frías y Soto, "Constantino Escalante", en *La Orquesta*, p. 1.

[2] Arturo Aguilar Ochoa, "Estudio introductorio", en Constantino Escalante y Hesiquio Iriarte, *Las Glorias Nacionales: el Álbum de la Guerra*, pp. 13-14.

Es probable que entre los doce y catorce años, edad en la que la mayoría de los jóvenes mexicanos del siglo XIX empezaba a laborar en algún oficio, Escalante haya incursionado en alguno de los tantos talleres litográficos que existían en la capital. El oficio de litógrafo demandaba de los aprendices la paulatina superación de sus capacidades, indispensables para el retrato y las escenas costumbristas, "aunque con ciertos conocimientos previos de anatomía, perspectiva, dibujo línea [...] con la supervisión de algún maestro o dibujante en la materia".[3]

Contrario a la carencia de referencias sobre su vida, tenemos mucha información sobre su obra, que comenzó en el diario *Mi Sombrero*, fundado hacia 1860 por Carlos R. Casarín, primo de Escalante. El diario no superó el año de vida, sin embargo fue sustituido por *La Orquesta*, "periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas", como decía su cintillo.[4] La publicación fue bisemanal, salía a la venta los miércoles y sábados, con un precio de medio real por cada número suelto. *La Orquesta* se componía de cuatro hojas: una de folletín, otra de caricaturas y dos correspondientes a artículos y noticias. El diario tuvo como editores a Carlos R. Casarín y Constantino Escalante, aunque este último destacó más como caricaturista y articulista; contó además con la participación de otras destacadas personalidades como el grabador Hesiquio Iriarte y el caricaturista Santiago Hernández.

Hay por lo menos dos versiones en torno al nombre tan peculiar del diario. Una de ellas proviene de Esther Acevedo, quien mencionó que Escalante participó en 1855 en una de las exposiciones bianuales de la Academia de San Carlos con el retrato de Pedro Picazo, maestro de música, por lo que supone que el litógrafo era aficionado a este arte y de allí proviniera el nombre.[5]

[3] Ídem, p. 15.

[4] No obstante, el diario también advertía que tenía el deber de denunciar los "males y abusos que se cometían para que se les ponga pronto y eficaz remedio". Continuaban diciendo: "La misión del periodista no se reduce a divertir a sus lectores, ni a entretener sus ocios; el objeto que guía su pluma debe ser más serio y más provechoso para la sociedad". Cf. *La Orquesta*, 17 de diciembre de 1864, p. 1.

[5] Esther Acevedo, *Una historia en quinientas caricaturas. Constantino Escalante en La Orquesta*, p. 7.

La otra versión es de Rafael Barajas, quien señaló que en México circulaban algunos números del periódico francés *Le Charivari*, cuya traducción al español sería "bullicio". En el cabezal diseñado por Honoré Daumier aparecían varios músicos tocando los instrumentos, haciendo un bullicio; esto hace suponer que los lectores al adquirirlo señalaran que buscaban el diario de la orquesta.[6] Nos parece que esta es la versión más acertada, pues como señala Salvador Pruneda, *La Orquesta* fue influenciada en su edición y diseño por la escuela que había implantado Charles Philipon, editor, y Honoré Daumier, dibujante de *Le Charivari*. No sólo la técnica de la caricatura francesa fue reproducida, sino "también el espíritu y el contenido social de su obra".[7] Su estilo satírico y mordaz fue una alternativa de crítica política seguida más tarde por otras publicaciones como *El Ahuizote*.

La Orquesta fue siempre un periódico de oposición: no sólo criticó a los gobiernos conservadores, la Intervención Francesa y al imperio de Maximiliano, también lo hizo con los gobiernos de Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. Sus editores pasaron varios momentos tras las rejas.

> Al desaparecer o abandonar la redacción un editor o un caricaturista, inmediatamente surgía otro dispuesto a afrontar los peligros que aguardaba a quienes se atrevían a criticar las faltas de los gobiernos poco tolerantes de la libertad de imprenta.[8]

Empero, *La Orquesta* provocó malestar en otros sectores, como en la comunidad extranjera en México. Para finales de 1862, Casarín denunció la actitud poco respetuosa de algunos franceses asistentes a un acto de caridad, pues se abstuvieron de ponerse de pie frente a la Bandera Nacional. El hecho provocó un duelo con un español que se dio por ofendido por el artículo: en el incidente,

[6] Rafael Barajas, *La historia de un país en caricatura, caricatura mexicana de combate 1829-1872*, p. 66.
[7] Salvador Pruneda, *La caricatura como arma política*, p. 13.
[8] Luis Leal, "El contenido literario de 'La Orquesta'", en *Historia Mexicana*, p. 330.

Casarín —quien participó en las batallas de las Cumbres de Acultzingo y del 5 de mayo— resultó muerto. La censura no fue exclusiva hacia los editores y caricaturistas; afectó directamente a la publicación, ya que tuvo que cancelar su edición en dos ocasiones por presiones políticas, la primera la víspera de la entrada de las tropas francesas a la ciudad de México a finales de mayo de 1863.

La Regencia que sustituyó al gobierno legalmente establecido prohibió exponer episodios de guerra en las vitrinas de la ciudad. Aunque se reanudó *La Orquesta* en los años del Segundo Imperio (1864), en una bocanada de libertad de expresión impulsada por el propio emperador Maximiliano a quien "le agradaba que le hablaran con franqueza",[9] tuvo que volver a cerrar en 1866 después de haber presentado una nota acerca de la posible abdicación de Maximiliano. La publicación fue sustituida brevemente por *El Impolítico,* bajo la dirección de José María Casasola, periódico que se editó solamente en cinco ocasiones. En junio de 1867 se reanudó *La Orquesta*; un año más tarde la publicación quedó bajo la dirección de Vicente Riva Palacio, quien utilizó el seudónimo de "Juan de Jarras", personaje de su propia novela *Calvario y Tabor.*

Escalante ante la Intervención Francesa, primeros años (1861-1862)

Ante el inminente conflicto con las potencias extranjeras, *La Orquesta* convocó al pueblo y los principales generales de la nación, independientemente de su bando, a alinearse en torno a Juárez para hacer frente al invasor. El diario llamó a organizar un batallón de "zuavos mexicanos" para combatir a los extranjeros. Cuando las tropas invasoras embarcaron en Veracruz, Escalante realizó una litografía conocida como *No más divisiones cuando la patria está en peligro*, y declaró que uno de los colaboradores del periódico, del que más tarde se sabría era Carlos R. Casarín, se uniría a las tropas que Ignacio Zaragoza se encontraba organizando para la defensa.

[9] *La Orquesta*, 17 de diciembre de 1864.

Figura 18

No más divisiones cuando la patria está en peligro de Constantino Escalante. Litografía. *La Orquesta,* núm. 31, T. II, 21 de diciembre de 1861. Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo.



En *No más divisiones cuando la patria está en peligro*, la patria está representada por una mujer que señala con la Bandera Nacional el porvenir en un horizonte luminoso. Con la rama de la amnistía, en la mano izquierda, cubre al principal militar disidente, Leonardo Márquez; mientras tanto Jesús González Ortega, ganador de la batalla de Calpulalpan y la Guerra de Reforma, ofrece su espada. Con esta escena, Escalante pretendía conciliar a los militares antagónicos para que pusieran su experiencia militar al servicio de la patria amenazada.[10] Ante la aparente decisión de los disidentes de no acogerse a la ley de amnistía para aliarse al bando liberal en pro de una causa mayor,[11] *La Orquesta* criticó severamente a los instiga-

[10] Hay un tercer personaje en la extrema derecha de la composición, al cual no podemos identificar con certeza, no obstante pudiera tratarse de Miguel Miramón. Su figura casi translúcida y su gesto de saludo podrían relacionarse con el exilio del militar.

[11] El 29 de noviembre de 1861, el gobierno juarista emitió la ley de amnistía a favor de los que habían cometido crímenes políticos desde 1857. La ley tenía clara dedicatoria a militares como Leonardo Márquez y Tomás Mejía. Ambos la rechazaron aduciendo que los liberales tenían la culpa de la Intervención y que ésta no amenazaba la independencia nacional. Quien sí aceptó pelear del lado liberal fue

dores y colaboradores de la Intervención Francesa, entre ellos a Juan Nepomuceno Almonte, hijo no reconocido de José María Morelos, a quien apodaron *Pamuceno* y calificaron con insultos degradantes; Escalante lo ridiculizó de varias formas. Otro blanco de la sátira fue Jean Pierre Elizidore Alphonse Dubois de Saligny, embajador plenipotenciario de Francia en México. A finales de 1861, el embajador trató de acelerar la invasión francesa al intentar provocar de manera violenta al gobierno de Juárez. La noche del 1º de noviembre de aquel año, Saligny se presentó totalmente ebrio en el salón de exposiciones de la antigua Plaza de Armas, lo que significaba un insulto al gobierno mexicano y la violación de un decreto de ley seca emitido por las autoridades del Ayuntamiento.

La provocación buscaba una reacción oficial que desencadenara un conflicto internacional, como ocurrió en la llamada "Guerra de los Pasteles". El gobierno no podía tocar a Saligny sin graves consecuencias; pero, por otra parte, si no respondía a la humillación daría muestras de debilidad. Escalante no perdió tiempo y lo satirizó al dibujarlo dentro de una botella de coñac, "cuya transparencia permite ver a Saligny burlándose de los observadores, dejándolo fuera de la barrera que ofrece la inmunidad diplomática, mientras él permanece detrás de ella".[12] Del lado izquierdo de la caricatura se observa al alcalde de la ciudad Juan José Baz mostrando el bando de ley seca; a la derecha, al coronel Ramón Corona, encargado de la seguridad de la ciudad, tratando de romper con un garrote la "Botella de Coñac de cincuenta años". El golpe a la reputación de Saligny fue duro, al grado que el diplomático hizo una protesta oficial ante el gobierno. Se sabe que con esta caricatura Escalante "hizo mucho ruido en Europa",[13] lo que confirma que su fama trascendió fronteras.

---

el general Miguel Negrete, un ex santanista que por oponerse a la Intervención Francesa se afilió en el bando republicano; se desempeñó incluso como lugarteniente de Ignacio Zaragoza en la Batalla del 5 de Mayo de 1862 en Puebla. Cf. Raúl González Lezama, *Cinco de mayo. Las razones de la victoria*, p. 62.

[12] Esther Acevedo, *La caricatura política en México en el siglo XIX*, p. 26.

[13] José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción: los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, p. 51.

Figura 19
La intervención Francesa ha venido al suelo con un soplo, como un castillo de baraja de Constantino Escalante.
Litografía. *La Orquesta*, núm. 4, T. III, 10 de mayo de 1862.
Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo.



El triunfo de las tropas de Zaragoza en Puebla el 5 de mayo de 1862 significó muchas cosas, quizá la más importante en el terreno de lo ideológico fue ir consolidando el sentimiento nacionalista. Los sucesos de Puebla le brindaron a Escalante sustancia para continuar con sus sátiras; además de seguir incluyendo a sus principales objetivos, Saligny y *Pamuceno*, se sumaron los zuavos franceses y su mariscal Charles Ferdinand Latrille, conde de Lorencez.[14] A los pocos días de la derrota francesa, Constantino publicó la litografía *La intervención Francesa ha venido al suelo con un soplo, como un castillo de baraja*. En ella se puede observar a un

[14] Lorencez decidió atacar el Fuerte de Guadalupe careciendo de información real y digna de confianza; además, desconocía el terreno de las inmediaciones, accidentado y cuesta arriba. La elección de la artillería también fue equivocada, "pues se utilizaron cañones de calibre 4 a 2200 metros sobre una construcción fortificada, de tal suerte que, una vez realizados los primeros 300 disparos, no se había logrado producir ningún efecto sobre las murallas". Cf. Raúl González Lezama, *op. cit.*, p. 153.

chinaco que con un leve soplo va derrumbando una baraja en la que aparecen varios zuavos; en la última carta Lorencez extiende sus brazos para detener la caída. Los zuavos parecen llevar a cabo movimientos torpes, incluso vemos que se tropiezan entre sí, lo que implicaría también una crítica a la estrategia tan torpe que los franceses llevaron a cabo ese día. En la parte superior aparece Saligny llorando; por arriba de él, una especie de pato que se dirige rumbo a Veracruz: el ave simboliza los bonos Jecker, pretexto que finalmente fue utilizado para justificar la Intervención.

La relevancia del 5 de mayo fue tal que el acontecimiento merecía tener un tratamiento más "solemne" para cumplir funciones pedagógicas que, además de ilustrar ciertas cualidades geográficas, cimentaran valores nacionales. Para lograr la solemnidad requerida igualmente era necesario brindarle más importancia al contexto en el que debía adaptarse a la obra, es decir, prestar mayor atención a las cualidades del espacio, los rasgos físicos de los retratados, sus armamentos, uniformes y demás material.

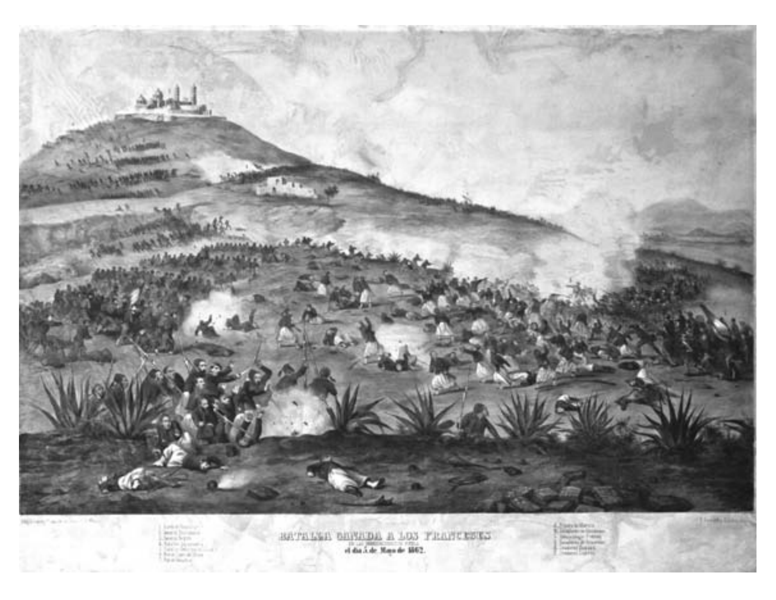
Constantino Escalante decidió dejar por un momento de lado las situaciones caricaturescas aparecidas en *La Orquesta* y mostró al público escenas de mayor realismo, que reconstruyen con detalles minuciosos las acciones más importantes. Para tal fin emprendió, junto con Hesiquio Iriarte, la publicación de un álbum "serio" de litografías sobre la Intervención Francesa y la Batalla del 5 de Mayo en respuesta al deseo generalizado de "observar", ser "testigo" de los sucesos acaecidos en Puebla, enmarcados por un gran fervor patriótico. Fue así como nació la colección periódica *Las Glorias Nacionales* o *Álbum de la Guerra*.[15]

[15] Este proyecto editorial vio la luz en agosto de 1862 en la Casa de Iriarte y Cía. y la imprenta de J. Abadiano. Consistió en su primera época de nueve entregas publicadas entre 1862 y 1863, y un texto explicativo elaborado por participantes de las batallas como Florencio M. del Castillo, Carlos R. Casarín y Pantaleón Tovar. En 1863, cuando fue ocupada la capital por el Ejército francés, la publicación fue suspendida. Ya restaurada la República, en 1868 reapareció nuevamente, editada por la casa de Iriarte y Cía. El título tuvo un ligero cambio: *Las Glorias Nacionales. Álbum de la Segunda Guerra de Independencia*. Esta vez sus escritores fueron de mayor renombre, Ignacio Manuel Altamirano y Guillermo Prieto. Fue ilustrada, al igual que en su primera época, por Escalante. De esta segunda época existen

En esa búsqueda de mayor verosimilitud, Escalante e Iriarte se trasladaron personalmente al lugar de los hechos y se entrevistaron con varios testigos presenciales para recabar información sobre lo sucedido. El viaje produjo varias estampas que se difundieron por entregas, cada una acompañada por un texto explicativo; quizá la de mayor impacto fue sin duda la que llevó por título *Batalla ganada a los franceses en las inmediaciones de Puebla el día 5 de mayo de 1862*.[16] En esta vista se aprecia el asedio de los soldados mexicanos hacia los zuavos, los cuales intentan atacar el Fuerte de Loreto (Figura 20).

Figura 20

Batalla ganada a los franceses en las inmediaciones de Puebla el día 5 de mayo de 1862 de Constantino Escalante. Litografía. *Las Glorias Nacionales*, *ca*. 1862. Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo.



únicamente dos entregas. La publicación se terminó a la muerte de Constantino Escalante, ocurrida el 29 de octubre de 1868.

[16] Fue la litografía más grande del álbum, única que apareció coloreada y que careció de texto informativo. Hay dos versiones de ésta, cuya diferencia estriba en las tonalidades de color y una ligera modificación en el primer plano. Para Arturo Aguilar Ochoa, el éxito de la composición fue tal, que se tomó como base para posteriores pinturas sobre la Batalla del 5 de Mayo. Cf. Arturo Aguilar Ochoa, *op. cit.*, p. 37.

El Sitio de Puebla

Ante la humillante derrota francesa, el general galo Lorencez se replegó a Orizaba y pidió veinte mil refuerzos a París para vengar la afrenta. El gobierno de Napoleón III preparó la contraofensiva, sustituyó como jefe del Ejército Expedicionario a Lorencez por Élie Frédéric Forey. Del lado mexicano también hubo cambios en la dirección de la defensa; Ignacio Zaragoza, quien había organizado las tropas mexicanas durante el 5 de mayo, falleció de fiebre tifoidea en septiembre. El gobierno nombró en el cargo al general Jesús González Ortega quien, aunque no era militar de carrera, estaba bastante fogueado por las batallas de Reforma; además venía precedido de mucho prestigio, pues había conducido las tropas que derrotaron en Calpulalpan, en diciembre de 1860, al general conservador Miguel Miramón.

La toma de Puebla se había vuelto casi una obsesión para los franceses: planearon su retorno a la plaza durante todo un año. No obstante, la estrategia había cambiado: esta vez no se decidió por una batalla decisiva, sino rodear la ciudad y ponerla en estado de sitio permanente. Los sucesos acaecidos en Puebla durante los meses de marzo a mayo de 1863 transcurrieron entre encarnizados encuentros, destrucción parcial de conventos y barrios, firmas de armisticios para la sepultura de cadáveres, canje de prisioneros y caravanas de inocentes acosados por el hambre tratando de salir de la ciudad entre fuego nutrido. Con la caída del Fuerte de San Javier, el 29 de marzo, la lucha se tornó prácticamente cuerpo a cuerpo, calle por calle. La derrota propinada a Ignacio Comonfort en San Lorenzo el día 8 de mayo determinó en buena medida la rendición de la plaza. Sin la posibilidad de recibir ayuda, González Ortega prolongó la defensa tanto como le fue posible; para el día 15 de mayo, el General en Jefe convocó a una junta de guerra. "La situación era desesperante y no había otro recurso que entrar en pláticas con el sitiador francés, para obtener una salida honrosa".[17] No obstante, al no

[17] Jesús Romero Flores, *La gloriosa defensa de Puebla de marzo a mayo de 1863*, p. 19.

conseguir del mariscal Forey el visto bueno para que el ejército sitiado evacuara la ciudad con banderas desplegadas y armas en la mano rumbo a la capital, González Ortega determinó diluir al ejército, destruir las armas y el parque y entregarse al enemigo sin condiciones de ninguna especie. En la madrugada del día 17 de mayo, una serie de explosiones se escuchó por toda la ciudad: eran las tropas que en diferentes puntos destruían armamento y municiones.

Más de mil oficiales fueron hechos prisioneros; ninguno de ellos quiso firmar un documento enviado por Forey que dictaba que no intervendrían en política, ni tomarían parte en operaciones militares mientras durara la intervención extranjera en México. Los franceses ocuparon Puebla el 18 de mayo. Forey se extrañó de no haberse ganado la simpatía de la población. "Marchando entre escombros en medio del silencio de los muros semiderruidos, solamente el clero se alegra con su presencia."[18]

En la catedral, el cabildo eclesiástico mandó cantar el solemne *Te Deum*. Al día siguiente, los prisioneros, fuertemente custodiados, desarmados y a pie, partieron rumbo a Veracruz con destino a diversas ciudades de Francia. Durante el trayecto, varios oficiales lograron escapar, entre ellos Porfirio Díaz, Felipe Berriozábal, Florencio Antillón, Mariano Escobedo y el propio Jesús González Ortega. De los más de mil prisioneros, sólo 532 llegaron a su destino en el destierro.[19] Cuando se supo en Francia sobre el triunfo en Puebla, Napoleón III ordenó grandes celebraciones en honor a su ejército. En París tuvo lugar un desfile militar con salvas de artillería y fuegos de artificio. Varios monarcas europeos felicitaron a Napoleón III por la victoria obtenida en el lejano México.[20]

[18] Eliseo Rangel Gaspar, *Jesús González Ortega. Espada de la reforma*, p. 41.
[19] Luis Garfias Magaña, *La Intervención Francesa en México*, p. 78.
[20] Aleksandr Belenki, *La Intervención Francesa en México, 1861-1867*, p. 89.

Constantino Escalante y su versión del sitio poblano

Durante las operaciones militares del Sitio de Puebla, las caricaturas de *La Orquesta* se tornaron en instrumentos de propaganda en pro del nacionalismo y en contra de la violación de la soberanía. Constantino Escalante retomó su trabajo en el diario después del proyecto de *Las Glorias Nacionales* y emprendió una vez más su sátira política. Ésta comenzó incluso antes del inicio de las hostilidades. El 8 de noviembre de 1862 apareció en el diario una caricatura de Napoleón III vistiendo botas, saco y sombrero enormes, que corresponderían a su tío Napoleón Bonaparte, en clara alusión a su apodo: "el Pequeño", y señalando con su índice el objetivo militar, mientras tres zuavos lo observan. Empero, alguien más los observa detrás de la cadena montañosa del Popocatépetl e Iztaccíhuatl: González Ortega e Ignacio Comonfort parecen registrar con telescopios los movimientos que preparan los invasores.

Figura 21
Soldados desde lo alto de aquella prominencia con telescopio nos están mirando de Constantino Escalante.
Litografía *La Orquesta*, núm. 55, T. III, 8 de noviembre de 1862.
Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo

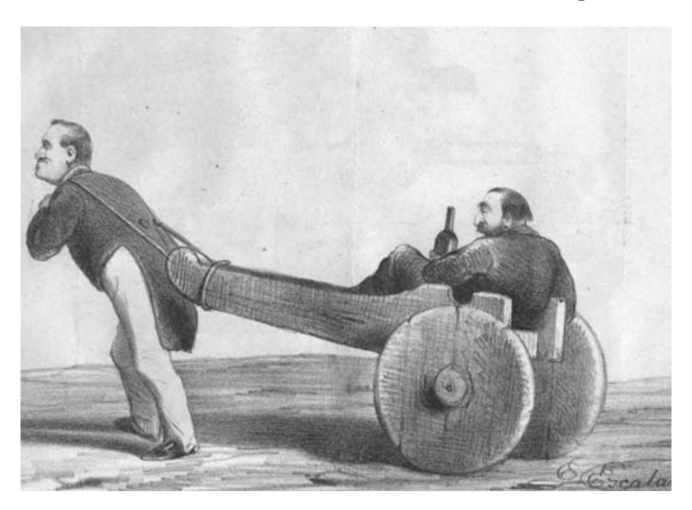


Para el mes de marzo, la calma termina y comienzan las hostilidades. La caricatura del día 4 representa para Esther Acevedo "la falta de trasporte y la dependencia de Forey frente a Saligny".[21] Forey después de ocho meses de espera en Orizaba, emprendió la marcha hacia Puebla. Escalante colocó un malhumorado comandante francés que además de tener que ser responsable de la transportación nada sencilla de material bélico, todavía tenía que jalar un cañón que no iba a disparar nada. El mariscal francés lleva una soga al cuello, lo que podría sugerir que la compañía de Saligny sería perjudicial para el éxito de su campaña; este último aparece una vez más junto a su atributo predilecto: la botella de licor; por su gesto aparentemente cansado y ojos cerrados parece que viaja intoxicado. Escalante sitúa la escena en

> un paraje donde nada crece y nada los rodea, intención que se destaca por el uso de la perspectiva como un punto de vista que produce una sensación de inmensidad desértica.[22]

Figura 22

Saligny—aprisa que me sereno de Constantino Escalante.
Litografía. *La Orquesta*, 4 de marzo de 1863.
Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo.

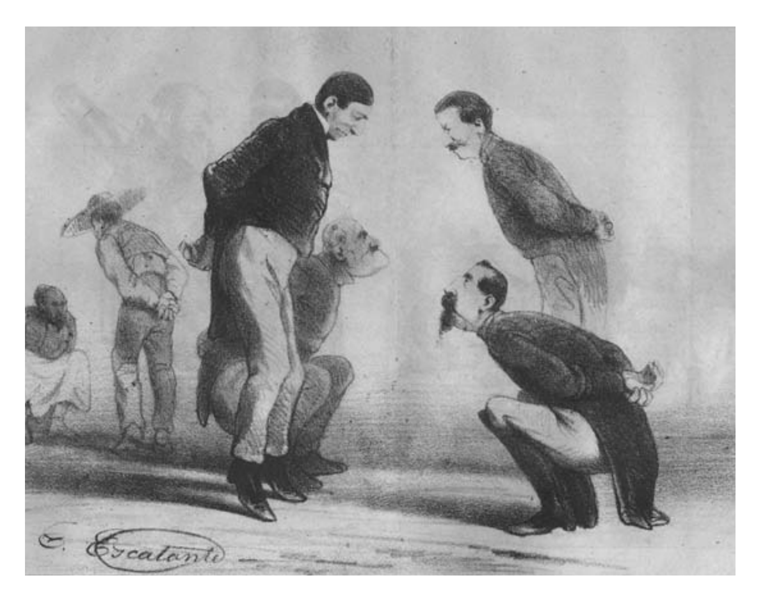


[21] Esther Acevedo, *Constantino Escalante, una mirada irónica*, p. 29.
[22] Ídem.

La caricatura presenta también ciertas coordenadas geográficas; si observamos con detenimiento la dirección en que Forey jala la cureña y la posición de su pie derecho con el que da el paso, y lo superponemos sobre un mapa de la República, nos daremos cuenta que, en efecto, la escena tiene lugar en Orizaba y que los personajes se dirigen rumbo a Puebla.

El 18 de marzo, Escalante publicó en *La Orquesta* la caricatura titulada *Se hacen chiquitos. — Se hacen grandotes. Los enanitos. — Los enanotes.*

Figura 23
Se hacen chiquitos. — Se hacen grandotes. Los enanitos. — Los enanotes de Constantino Escalante. Litografía. *La Orquesta*, núm. 18, T. IV, 18 de marzo de 1863. Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo



En ella, tres parejas se entretienen con el juego infantil conocido como Los Enanos. El juego consistía en colocarse por parejas, una frente a otra y, de manera alternada, con las manos tomadas por detrás, mientras uno se para de puntas el otro se agacha de cuclillas al ritmo de una tonada que a la letra decía: "estos enanos

ya se agacharon porque a su nana la pellizcaron, se hacen chiquitos se hacen grandotes, los enanitos, los enanotes".[23] (Figura 23).

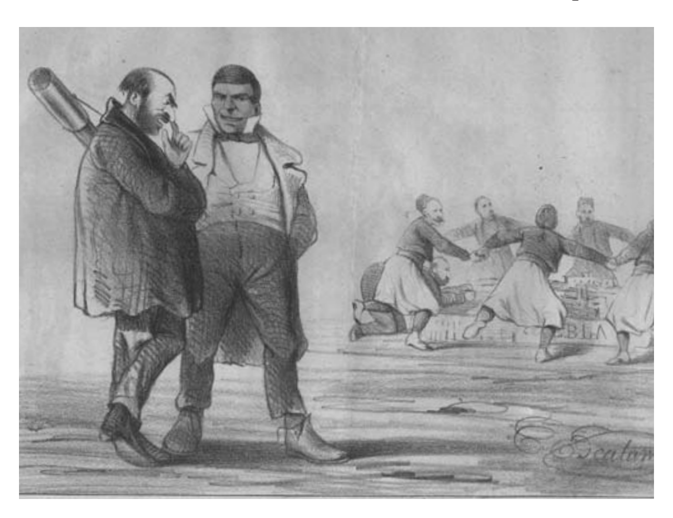
En la caricatura aludida las parejas que se encuentran en el primer plano son Juárez y Napoleón III, los jefes de Estado de México y Francia; en segunda instancia, Forey y González Ortega, responsables del sitio y defensa de Puebla, respectivamente; en un segundo plano al fondo, del lado izquierdo, un poco más lejanos de las parejas principales, un chinaco y un zuavo. La escena advierte lo cambiante de la situación en Puebla, si bien el 5 de mayo de 1862 fue una victoria que hizo que las figuras principales de la milicia y la política mexicana estuvieran arriba, un año más tarde estarán abajo. En la caricatura de "los enanitos" se advierte también que, a pesar del inminente "levantamiento" de Napoleón III y compañía durante el Sitio de Puebla, Juárez y los suyos tendrían la posibilidad, más adelante, de volverse a poner arriba.

En el siguiente número de *La Orquesta*, correspondiente al 21 de marzo, aparecen juntos en primer plano los dos personajes más ridiculizados por Escalante: *Pamuceno* y Saligny, quienes conversan animosamente. El título de la caricatura es un diálogo: —*Ay amigo mío; mucho me temo que después de tantas vueltas, nos den una*. La oración se entiende si prestamos atención al segundo plano; en éste, un grupo de zuavos tomados de las manos rodean Puebla; casi imperceptible, sin ser notado por los franceses, Ignacio Comonfort aparece tratando de introducir víveres a la plaza (Figura 24).

[23] Muchas canciones de dominio popular se adaptaron a la situación política que se vivía entonces. Por ejemplo, *La paloma,* compuesta y escrita por el compositor español Sebastián de Iradier y Salaverri, fue adaptada conforme al trance que vivía Benito Juárez arrastrando la República por todo el país, luego entonces estrofas como "si a tu ventana llega una paloma", se sustituyó por: "si a tus estados llega un hijo pródigo", en clara alusión al primer magistrado. Un caso similar ocurrió con el tema de *Los enanos*; la frase "estos enanos ya se agacharon porque a su nana la pellizcaron, se hacen chiquitos se hacen grandotes, los enanitos, los enanotes", se cambió por: "estos franchutes ya se enojaron porque a su nana la pellizcaron, se hacen chiquitos, se hacen grandotes y nunca pasan de monigotes". Cf. Rubén M. Campos (comp.), "Cancionero de la intervención Francesa", en *El folklore y la música mexicana*.

La escena representa una presunta preocupación de *Pamuceno* y Saligny de que fueran relegados del mando militar y político respectivamente frente al presumible triunfo de Forey, hecho que en efecto sucedió, pues con la caída de Puebla y la instauración del Segundo Imperio ambos personajes dejaron de tener relevancia en la escena política; incluso Escalante dejaría de ocuparse de ellos en sus posteriores caricaturas.

Figura 24
—Ay amigo mío; mucho me temo que después de tantas vueltas, nos den una de Constantino Escalante.
Litografía. *La Orquesta*, núm. 19, T. IV, 21 de marzo de 1863.
Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo



Con la caída del Fuerte de San Javier, González Ortega se vio en la necesidad de formar una línea de defensa al interior de la plaza: se formó por guarniciones en los fuertes del Carmen, Santa Anita, Santa Inés, San Agustín, ex convento de la Merced, el barrio conocido como Pitimini, hasta la iglesia del Señor de los Trabajos. "En ellas —aseguró el General en Jefe— fue donde nuestro cuerpo de ejército rechazó repetidas veces al ejército, donde cayeron sus valientes y atrevidas columnas de asalto."[24] La

[24] Jesús González Ortega, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la Plaza de Zaragoza*, p. 63.

batalla tuvo que librarse al interior de la ciudad, lo que implicó enfrentamientos más encarnizados; no obstante, la cita de González Ortega nos habla de que a pesar del constante asedio por parte de los franceses, éstos fueron rechazados una y otra vez. Tras tomar con dificultad la manzana de la Guadalupita, los franceses avanzaron con dirección al zócalo de la ciudad, siendo repelidos por la batería comandada por el general Porfirio Díaz en la calle del Hospicio. El militar oaxaqueño recordó en sus memorias la defensa que hizo del cuartel de San Marcos el 2 de abril:

> En esos momentos disparé contra los franceses un obús que tenía en el patio cargado con una metralla y apuntando para el zaguán, y la descarga los desmoralizó al grado de que abandonaron el patio que ya ocupaban y se replegaron al zaguán.[25]

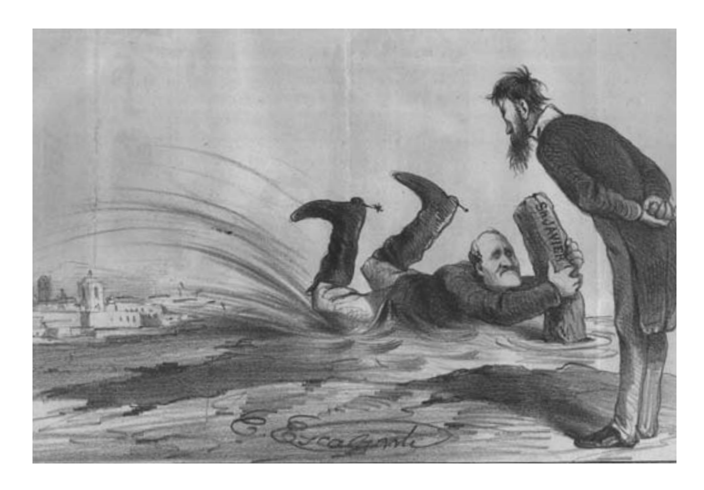
En otra línea de ataque, el Ejército francés intentó acceder al centro de la ciudad atacando el convento de San Agustín, incendiándolo y entablando una feroz lucha cuerpo a cuerpo sin que la victoria fuera definitiva para ningún bando, ya que cuando los franceses tomaban una manzana era inmediatamente recuperada por las fuerzas mexicanas, obligando a los franceses a retroceder y enfocar su ataque por otro lado.[26] En este contexto de asedio y rechazo se inserta la caricatura del 11 de abril. En ella observamos cómo Forey, que en ese momento representa al grueso del Ejército francés, es rechazado hacia el exterior de la plaza, y se aferra al único punto que los galos habían tomado y asegurado: el Fuerte de San Javier.

En la caricatura interviene otro personaje, del cual no sabemos exactamente su identidad; no obstante, por su barba y por encontrarse en ese momento asediando también Puebla pudiera tratarse de Leonardo Márquez. Márquez, pregunta: "—Por Dios general; ese bombardeo sobre la plaza es terrible", a lo que Forey contesta: "—Son patadas de ahogado querido camarada". La conversación

[25] Porfirio Díaz, *Memorias de Porfirio Díaz*, V. 1, p. 156.
[26] Luis Chávez Orozco, *El sitio de Puebla*, México, pp. 41-70.

revelaría cierto orgullo, pero también confianza del lado francés en obtener pronto la victoria, aunque ésta parecía ser más complicada de lo que parecía (Figura 25).[27]

Figura 25
—Por Dios general; ese bombardeo sobre la plaza es terrible de Constantino Escalante. Litografía.
La Orquesta, núm. 25, T. IV, 11 de abril de 1863.
Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo



Los ataques al interior de la ciudad siguieron siendo fuente de inspiración para Escalante. En la caricatura del 15 de abril vemos a González Ortega como un gigante sobre lo que parece ser la catedral de Puebla, con lo que el autor alude

> al buen papel que estaba desarrollando en la defensa de Puebla, al mismo tiempo recuerda al gigante de Francisco de Goya pues en ambos casos parecen estar ejerciendo la función de protección.[28]

[27] Ante los constantes rechazos sufridos por los franceses, el mismo Forey contempló la posibilidad de abandonar la empresa, "manteniendo la línea de circunvalación, lanzarse sobre México apoderarse de él con un golpe de mano y derribar al gobierno de Juárez para volver después contra Puebla y acabar el sitio". Cf. Luis Chávez Orozco, *op. cit.*, p. 54.

[28] Mauricio César Ramírez Sánchez, "Más allá de la imagen: Constantino Escalante y su visión del sitio de Puebla", en Alberto Enríquez Perea (comp.), *¡Heroica Puebla de Zaragoza! 150 años del sitio de 1863, estudios y documentos*, p. 244.

Figura 26
Cierto es que Francia no ha podido tomar Puebla; pero en cambio Puebla ha tomado a los franceses
de Constantino Escalante.
Litografía. *La Orquesta*, núm. 26, T. IV, 15 de abril de 1863.
Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo



El General en Jefe introduce en las torres, que parecen vivas, un par de zuavos; para Mauricio César Ramírez este hecho podría simbolizar la escasez de víveres que empezaba a padecer la ciudad; ante tal hecho "tendría que aceptarse que el ejército no podía mantenerse espiritualmente de comer franceses, como se simboliza en la imagen".[29] En efecto, la escasez de víveres comenzaba a hacer estragos. González Ortega refirió con amargura en su parte general escenas de mujeres hambrientas llevando a sus hijos en brazos, pidiendo boletas para canjear por un mendrugo de pan. Ante este angustioso panorama surgió un rumor que se volvió muy popular, que incluso fue retomado por varios novelistas que se refirieron al hecho. Francisco P. Troncoso lo narró como testigo presencial de los hechos:

> Uno de nuestros jefes de carácter siempre festivo, dijo por chanza en una reunión de oficiales, que al anochecer se habían robado del portal de Mo-

[29] Ibídem, p. 245.

relos un cadáver de zuavo el cual era muy gordo, y que, por la mañana, al comprar tamales a una tamalera que vendía en el portal de enfrente, se notó que dichos tamales tenían carne; que naturalmente esto llamó la atención, puesto que la carne estaba por las nubes; que al partir un tamal se mostró un pedazo de dedo de mano de hombre, y se creyó que sería del zuavo robado la noche anterior, la tamalera asustada desapareció.[30]

Figura 27
Mr. Saligny, después de abrir la primera brecha descansa sobre sus armas de Constantino Escalante. Litografía. *La Orquesta*, núm. 27, T. IV, 18 de abril de 1863. Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo



Para el número 27 de *La Orquesta* correspondiente al 18 de abril de 1863, Escalante presentó la caricatura titulada *Mr. Saligny, después de abrir la primera brecha descansa sobre sus armas.* En ésta, el diplomático francés aparece en una pose bastante interesante (Figura 27). Rafael Barajas señala que "reposa la borrachera", empero la posición de sus manos puede sugerir también que se encuentra rezando con la esperanza de que en esta ocasión el triunfo fuera para los franceses, hecho probable, pues con la brecha abierta

[30] Francisco del Paso y Troncoso, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, p. 244.

en San Javier, el Ejército francés estaría en condiciones relativamente favorables para tomar en poco tiempo el resto de la ciudad. Saligny se encuentra sentado en una gran botella —aludiendo una vez más a su afición al alcohol— que a la vez funciona como un cañón, que simboliza que su frente de acción está en elementos mundanos y hasta cierto punto más denigrantes. Otro elemento sobresaliente de la caricatura es la ruptura en los Tratados de la Soledad. Escalante parece relacionar dos "brechas": una militar que se llevaba a cabo frente a Puebla y otra de tipo política diplomática, la que realizó un año antes Saligny con la ruptura de los Tratados, acelerando así la Intervención, pero que pareció no servirle de nada con lo sucedido el 5 de mayo de 1862; ante su fracaso, Saligny parecía enfocar todas sus esperanzas en la ruptura militar de San Javier.

Para el mes de mayo, el juego de los enanos favoreció finalmente a Napoleón III, Forey y los zuavos; sin embargo, Escalante restó mérito a la victoria francesa, resaltando que fue verdaderamente el hambre y la falta de municiones lo que impidió al Ejército de Oriente seguir combatiendo en Puebla. En este tenor se expresó con la caricatura correspondiente al 16 de mayo de 1863 (Figura 28). En *¿Pero qué hacéis General?* observamos tres personajes. El mariscal Forey al centro, coronando con laureles a una mujer delgada y harapienta, quien representa el hambre. A la derecha del mariscal, un zuavo de aspecto contrariado le pregunta por qué razón ha preferido premiar a la mujer hambrienta que a la milicia. La escena pretende de alguna forma suavizar la derrota de González Ortega; no faltó disposición ni arrojo por parte del ejército, el honor quedó intacto, fueron otras circunstancias las que habían propiciado la derrota; González Ortega, al mandar la carta de rendición a Forey, quiso dejarlo muy claro:

> Señor Gral.: No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por falta de víveres, he disuelto el ejército que estaba a mis órdenes y roto su armamento […] Queda pues, la plaza a las órdenes de V.E., y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima conveniente, las medidas que

dicta la prudencia para evitar los males que traería consigo la ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello.[31]

Figura 28

—¿Pero qué hacéis general? —Colocar sobre esta frente los laureles de la Victoria, que solo ella ha podido darnos de Constantino Escalante. Litografía. *La Orquesta*, núm. 35, T. IV, 16 de mayo de 1863.[32] Colección "Carlos Monsiváis", Museo del Estanquillo.



El 27 de mayo apareció el último número de la primera etapa de *La Orquesta*; su editorial de despedida anunciaba los posibles males que traería para la capital la ocupación francesa, pronosticando un escenario sangriento: "Esclamamos [*sic*] que una vez cansado el pueblo de tolerar tanto agravio, sabe y puede hacer aquí muchas víctimas fran-

[31] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 156.

[32] En la Hemeroteca Nacional Digital aparece en *La Orquesta*, periódico omniscio, de buen humor y con estampas, Distrito Federal, núm. 35, T. IV, 20 de mayo de 1863.

cesas en un arranque de dignidad ofendida".[33] Temiendo ser víctimas de alguna represalia, Constantino Escalante y Santiago Hernández salieron de la ciudad de México y se refugiaron en Real del Monte, Hidalgo, "donde al parecer fueron protegidos por Macario Belle, un amigo masón de la compañía inglesa de Minas de Pachuca".[34] En su autoexilio, Escalante trabajó como pintor durante un tiempo, pero fue aprehendido en Pachuca por un general francés de apellido Cottré, quien lo acusó de hablar mal en contra de la Intervención, y fue trasladado a la capital en calidad de prisionero; no obstante, fue dejado en libertad en un gesto de la Regencia de no condenar a nadie por su conducta política anterior al nuevo orden de cosas.

Pasaría casi un año para que Escalante volviera a trabajar en *La Orquesta*. Su oficio, susceptible a represalias y persecuciones, pudo ser sorteado con éxito; sin embargo, su genio creativo fue apagado de manera trágica el 29 de octubre de 1868 con apenas treinta y dos años de edad. De regreso de un paseo en Tlalpan, en el momento de abordar el tren ya en marcha, su esposa tropezó y cayó sobre las vías; Escalante, en un intento por salvarla, se lanzó sobre ella. A consecuencia del accidente sufrió la amputación de una pierna y murió de gangrena. Su esposa Carmen murió cuarenta y ocho horas más tarde. Fueron enterrados juntos en el panteón de San Fernando, en medio de una gran concurrencia.

Fuentes Consultadas

Hemerografía

Frías y Soto, Hilarión, "Constantino Escalante", en *La Orquesta*, México, núm. 31, T. II, 11 de noviembre de 1868.

Luis Leal, "El contenido literario de 'La Orquesta'", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, núm. 3, V. 7, enero-marzo de 1958.

[33] *La Orquesta*, 27 de mayo de 1863, p. 2.

[34] Rafael Barajas señala que los franceses tenían instrucciones de no tocar las propiedades inglesas; sus propietarios masones eran afines a la ideología liberal. Cf. Rafael Barajas, *op. cit.*, p. 76.

La Orquesta, núm. 5, T. I, 17 de diciembre de 1864.
La Orquesta, núm. 38, T. IV, 27 de mayo de 1863.

Bibliografía

Acevedo, Esther, *Una historia en quinientas caricaturas. Constantino Escalante en La Orquesta*, México, INAH, 1994.

______, *Constantino Escalante, una mirada irónica*, México, Conaculta, 1996.

______, *La caricatura política en México en el siglo XIX*, México, Conaculta, 2000.

Aguilar Ochoa, Arturo, "Estudio introductorio", en Constantino Escalante y Hesiquio Iriarte, *Las Glorias Nacionales: el Álbum de la Guerra*, Puebla, El Colegio de Puebla y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2012.

Barajas, Rafael, *La historia de un país en caricatura, caricatura mexicana de combate 1829-1872*, México, Conaculta, 2000.

Belenki, Aleksandr, *La Intervención Francesa en México, 1861-1867*, México, Ediciones Quinto Sol, 1988.

Campos, Rubén M., (comp.), "Cancionero de la intervención Francesa", en *El folklore y la música mexicana*, México, INAH, disco 13, 1986.

Chávez Orozco, Luis, *El sitio de Puebla*, México, Secretaría de Educación Pública, 1968.

Díaz, Porfirio, *Memorias de Porfirio Díaz*, México, Conaculta, V. 1, 1994.

Garfias Magaña, Luis, *La intervención Francesa en México*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1981.

González Lezama, Raúl, *Cinco de mayo. Las razones de la victoria*, México, INEHRM, 2012.

González Ortega, Jesús, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la Plaza de Zaragoza*, Zacatecas, Impr. de Tostado y Villagrana, 1863.

Ortiz Monasterio, José, *Historia y ficción: los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto de Investigacio-

nes Dr. José María Luis Mora y Universidad Iberoamericana, 1993.

Paso y Troncoso, Francisco del, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, México, Secretaría de Guerra y Marina, 1909.

Pruneda, Salvador, *La caricatura como arma política*, México, inehrm, 1958.

Ramírez Sánchez, Mauricio César, "Más allá de la imagen: Constantino Escalante y su visión del sitio de Puebla", en Alberto Enríquez Perea (comp.), *¡Heroica Puebla de Zaragoza! 150 años del sitio de 1863, estudios y documentos*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013.

Rangel Gaspar, Eliseo, *Jesús González Ortega. Espada de la reforma*, México, Secretaría de Educación Pública, 1966.

Romero Flores, Jesús, *La gloriosa defensa de Puebla de marzo a mayo de 1863*, Morelia, Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán (Cuadernos de Cultura Popular), 1963.

•

Capítulo 8

El conocimiento científico al servicio de la República:

la participación de los ingenieros militares en el Sitio de Puebla de 1863

Celeste Bernal González*

El enemigo se decidió por fin a atacar Puebla; pero no cargando a la bayoneta, ni en columna cerrada sobre nuestro ejército, como se decía, sino haciéndonos todos los honores de un sitio en forma y consultando en él todas las reglas que percibe el arte.[1]

Jesús González Ortega

El Sitio de Puebla de 1863 es uno de los acontecimientos más relevantes de la guerra de Intervención Francesa en México; durante los 62 días que permaneció la ciudad bajo las armas, los defensores de la República demostraron una incansable resistencia frente al enemigo francés. Muy diversos fueron los actores que participaron en el hecho de armas. El Ejército de Oriente, al mando del general Jesús González Ortega, reunió en sus filas alrededor de 23930 hombres dispuestos a defender al país de la intervención militar del Cuerpo Expedicionario Francés, conformado por treinta mil hombres que, al mando del general Elías Federico Forey, intentaban establecer una monarquía en México.

Dentro de la oficialidad del Ejército de Oriente se encontraba una sección de ingenieros, quienes habían recibido una instrucción en la carrera de las armas en las aulas del Colegio Militar. Debido

* CUCSH-Universidad de Guadalajara. Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 283.

[1] "Comunicación del general en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, 25 de marzo de 1863", en Manuel Santibáñez, *Reseña histórica del Cuerpo del Ejército de Oriente*, p. 268.

a la estrategia que llevaría a cabo el general González Ortega era indispensable contar con su colaboración, por lo que tendrían una destacada participación antes y durante el sitio. En ellos recayó la responsabilidad de fortificar la ciudad que entre el 16 de marzo y el 17 de mayo de 1863 defendieron las huestes republicanas de la ofensiva del ejército invasor.

Los ingenieros militares y las obras de fortificación

Durante la guerra de Intervención Francesa en México, los conocimientos científicos de los militares profesionales formaron parte de la estrategia de los ejércitos contendientes. En el caso del Ejército de Oriente, figuraron desde el inicio del conflicto. En la víspera de la Batalla del 5 de Mayo de 1862, el general Ignacio Zaragoza, quien mandaba las fuerzas militares de la República, señaló en una comunicación expedida desde su cuartel general en Amozoc la importancia de contar preferentemente con sujetos bien instruidos en el arte de la guerra. El documento nos permite observar la percepción que tenía sobre el enemigo que, desde su punto de vista, "marchaba compacto, lentamente, bien provisto y con toda precaución militar".[2] Si bien tenía presente que no era imposible vencer a quienes eran considerados los primeros soldados del mundo, no podía dejar de lado la preparación, experiencia y organización que prevalecía en ellos. Reconoció que el sistema de guerrillas no era conveniente implementarlo debido a las deficiencias que presentaba; por el contrario, requería de elementos disciplinados.

Los individuos que habían recibido una enseñanza profesional en la carrera castrense eran los idóneos para llevar a cabo las ope-

[2] "Parte del general Ignacio Zaragoza, jefe del Ejército de Oriente con cuartel general en Amozoc, Puebla, 2 de mayo de 1862, dando cuenta de su efectivo y operaciones realizadas en las cumbres de Acultzingo en Veracruz y su propósito de defender la plaza de Puebla en contra de las fuerzas francesas", en *Planes de campaña*, año de 1862, Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, en lo sucesivo AHSDN, exp. XI/481.4/8813.

raciones en campaña. Entre las características de un militar de esta clase se podían encontrar el compromiso con el ejército, actitud de servicio, el valor y el espíritu de cuerpo, este último indispensable para actuar en coordinación y alcanzar un objetivo en común.[3] Si bien es cierto que eran pocos los profesionales, había entre las filas del ejército algunos de ellos. El general Zaragoza no dudó en utilizar sus servicios y contempló en su estrategia la construcción de fuertes para proteger la plaza del ataque enemigo, así como para colocar la artillería. La planeación y el levantamiento de esas obras competían a los ingenieros.

Estos oficiales recibieron una enseñanza basada en las ciencias exactas, debido a que el Colegio Militar operó en sus primeros años de funcionamiento bajo la dirección del Cuerpo Nacional de Ingenieros Militares, por esta razón la influencia de dicha arma se reflejó en el plan de estudios, no obstante que éste se modificó varias veces en los años posteriores desde que abrió sus puertas en 1823. Quienes ingresaban y optaban por especializarse en ingeniería militar debían cursar en principio, entre otras materias, aritmética, geometría especulativa y práctica, todo lo referente a la fortificación, materia que además de teórica era práctica, ya que se debía trazar, dirigir y ejecutar obras de campaña, sitio y ataque.[4] Al graduarse obtenían el empleo de subteniente, además llevaban consigo una serie de aprendizajes con características particulares que serían muy útiles en el campo de batalla. El número de alumnos que se inscribía en dichos estudios era reducido debido a la complejidad de las materias.[5]

[3] Cf. Conrado Hernández López, "Las fuerzas armadas durante la Guerra de Reforma, 1856-1857", en *Signos históricos*, 2008, pp. 36-67.

[4] Anne Staples,"El impulso al conocimiento académico, 1823-1846", en Milada Bazant, *La evolución de la educación militar en México*, 1997, p. 115.

[5] Ídem, p. 116. En 1833 se llevó a cabo una reestructuración en el Colegio Militar que modificó el programa académico con la finalidad de aumentar el número de candidatos para el cuerpo de ingenieros, sin embargo, lejos de ser más accesible se hizo más difícil, al incluirse materias como análisis geométrico, álgebra trascendente, cálculo infinitesimal, trigonometría esférica, geometría descriptiva, subterránea y mecánica, entre otras. Este plan tan ambicioso y complejo no tuvo resultados favorables, por lo que el gobierno optó por otorgar becas para que los jóvenes continuaran su formación en escuelas de Estados Unidos y Europa.

Al llevar a la práctica lo aprendido, las actividades que realizaban los ingenieros consistían en levantar los planos de las fortalezas, delinear y construir los atrincheramientos, dirigir las obras en los sitios y defensa de las plazas, debían colocar las baterías y combinar los ataques, operándolas en unión del general de Artillería.[6] Es evidente que no era una tarea sencilla y que no podía ser realizada por cualquier individuo; por otra parte, era casi indispensable conocer el terreno sobre el que se llevarían a cabo las construcciones.

En septiembre de 1862, el Ejército de Oriente sufrió la pérdida del general Ignacio Zaragoza; por esta circunstancia le fue otorgado el mando al general Jesús González Ortega, quien tuvo la responsabilidad de reorganizar tanto a las fuerzas militares, así como la campaña. Entre las primeras acciones que emprendió al asumir el mando fue ponerse en comunicación con el presidente Benito Juárez, con la finalidad de plantear los pormenores de la defensa; después estableció en Puebla el Cuartel General y ahí convocó a los principales jefes militares.[7] Dentro de las medidas a seguir, retomó una parte de lo planeado por su antecesor y colocó en los primeros puntos de su estrategia el levantamiento de fortificaciones. Para ello eran indispensables los conocimientos de los especialistas en la materia, motivo por el que fue requerido el servicio del coronel Joaquín Colombres, un experimentado oficial que durante su carrera se destacó principalmente en el campo de la arquitectura militar.

Originario de Puebla, Colombres ingresó al Colegio Militar en 1838, de donde egresó tres años después con el empleo de teniente y pasó a la Sección de Ingenieros, en la cual se mantuvo activo. Durante la guerra con Estados Unidos de 1846-1848 prestó sus servicios en la referida sección y se encargó de la fortificación de la plaza de Molino del Rey; por otra parte, también participó en la defensa del Castillo del Chapultepec el 13 se septiembre de 1847. Este acontecimiento debió ser especialmente significativo

[6] Nicolás Reyes, *Elementos generales del arte de la guerra ofensiva y defensiva o ciencia estratégica para mandar los ejércitos en compañía,* p. 22.

[7] Manuel Santibáñez, *op. cit.*, p. 195.

para Colombres, debido a que el lugar albergaba a la institución donde se había formado como militar y que en ese momento se encontraba bajo las armas del Ejército norteamericano. Sin duda, estos servicios le permitieron adquirir experiencia y comenzó a forjarse un nombre en el campo de la ingeniería castrense.

Avanzado el siglo XIX, las ideas de Colombres estuvieron inclinadas hacia el proyecto de nación que contenía las ideas liberales, por lo que no dudó en salir a defenderlas en la Guerra de Reforma.[8] En 1861, una vez concluido el conflicto, ocupó el cargo de oficial mayor en el Ministerio de Guerra. Cuando el general Ignacio Zaragoza asumió el mando del Ejército de Oriente, lo convocó para que se hiciera cargo del Cuerpo de Ingenieros, nombramiento que resultó provechoso para la causa republicana, debido a que el General en Jefe le solicitó que elaborara un proyecto de fortificación ante el inminente avance del Cuerpo Expedicionario Francés hacia el interior del país. Los planes pasaron del papel a la obra; sin embargo, debido al rápido desarrollo de los acontecimientos, al momento de la Batalla del 5 de mayo de 1862 las obras no habían sido concluidas.[9]

Para retomar el tema de la organización de la campaña, hay que observar que en la reunión que mencionamos con anterioridad, el general González Ortega señaló a los jefes ahí congregados los puntos que debían defender y designó las posiciones que cada uno ocuparía junto a sus divisiones y brigadas.[10] Todos estuvieron de acuerdo con lo que ahí se estableció, sin embargo, Colombres expuso su punto de vista sobre las medidas que había que tomar, mismas que se discutieron, y surgieron algunos desacuerdos entre él y los demás generales presentes. Debido a la controversia que se suscitó, el jefe republicano lo llamó para conversar en privado e intentar conciliar, ya que cualquier desavenencia podría poner en riesgo el éxito de las operaciones. No obstante los intentos por

[8] Enrique Cárdenas de la Peña, *Mil personajes en el México del siglo XIX, 1840-1870*, T. II, p. 415.

[9] Jesús González Ortega, *Parte general que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza*, p. 17.

[10] Ídem, p. 15.

solucionar el conflicto, el coronel Colombres solicitó su separación del mando de la Sección de Ingenieros y aunque se autorizó la misma, continuó aportando sus conocimientos técnicos y científicos a esta arma. Una vez que se solucionó aquella situación, González Ortega pidió a José María Mendoza —general que tenía el empleo de Cuartel Maestre[11] del Ejército de Oriente— la elaboración de un documento con su propuesta para fortificar la ciudad.[12] Recurrió a Mendoza por dos razones: una, porque tenía un adiestramiento profesional en la carrera militar y otra, porque al ser originario de Puebla conocía muy bien el terreno. Como ya lo mencionamos líneas atrás, eran necesarias ambas características en la persona a quien se encargaría llevar a cabo tal empresa. Por otra parte, ya se contaba con los planos elaborados por Colombres en el primer proyecto que había solicitado Zaragoza un año antes y que estaba aprobado por el Supremo Gobierno.[13] La finalidad de contar con dos opiniones era unificar criterios para alcanzar el mayor grado de perfección y eficiencia en la planeación y edificación de las construcciones; éstas serían permanentes y pasajeras. Las primeras cumplirían la función de resistir una fuerza superior y podían ser elaboradas de piedra o ladrillo. El segundo tipo consistía en varias obras y pequeños fuertes elaborados de barricas, fardos de lana u algodón o de materiales semejantes, cuya duración sería temporal.[14]

Con las líneas trazadas en el papel, se dio inicio a su realización. Los fuertes que formaban la línea eran los siguientes: Fuerte de Guadalupe; Fuerte de Loreto, que fue renombrado como 5 de mayo; Fuerte en Santa Anita, llamado Demócrata; Iturbide en San Javier; Morelos (que era una línea de redientes en Parral); Fuerte Hidalgo en El Carmen; Ingenieros, ubicado en la garita de Teme-

[11] Leopoldo Martínez Caraza, *Léxico histórico militar*, p. 30. Nombre antiguo del oficial encargado de preparar las estancias o cuarteles para el ejército y la distribución en ellas en las diferentes fracciones del mismo. También recibió este nombre el Jefe del Estado Mayor.

[12] Jesús González Ortega, *op. cit.,* p. 17.

[13] Ibídem.

[14] Nicolás Reyes, *op. cit.*, p. 96.

huacán; Fuerte Zaragoza en la iglesia de los Remedios, y Fuerte de la Misericordia.[15] Hay que señalar que en los dos primeros sólo se hicieron algunos acondicionamientos. Las obras se llevarían a cabo con un gran esfuerzo por parte de la Sección de Ingenieros y de la tropa del Ejército de Oriente.

El año de 1863 inició con una tensa calma. En el campo republicano se trabajaba a marchas forzadas para tener lista la plaza; mientras tanto, en el campo francés se preparaban para avanzar y sitiar la ciudad de Puebla, de donde unos meses antes habían emprendido la retirada. El 23 de febrero de 1863, el general González Ortega comunicó al ministro de Guerra que la plaza se encontraba lista. Debido al excelente trabajo que realizaron los oficiales, solicitó que se otorgaran ascensos en grados y empleos como recompensa por los servicios prestados. En el caso de Joaquín Colombres, pidió el ascenso a general; y se expresó de la siguiente manera al reconocer la labor que hicieron los oficiales:

> Estando concluidas las obras de fortificación, merced a la actividad de la sección de Ingenieros, cuyo personal ha demostrado de un modo satisfactorio su decidido empeño en realizar el pensamiento del Supremo Gobierno y del Cuartel General, sobre punto de tan vital importancia, no menos que los conocimientos que posee en su profesión, desea el que suscribe dar un testimonio público de aprecio a los ciudadanos de la sección. En esta virtud tengo la honra de dirigirme a Vd. suplicándole se digne recabar el ascenso inmediato para ellos…[16]

Como podemos ver en estas líneas, González Ortega reconocía la aportación que hicieron los ingenieros al llevar a cabo de forma eficiente el trabajo que se les encomendó. Esta idea también prevalecía en el presidente Juárez, quien los primeros días de marzo visitó Puebla para revisar personalmente los preparativos, los cuales tuvieron su aprobación. La visita debió ser de gran motivación tanto para la oficialidad como para la tropa, que en pocos días se enfrentarían a los franceses.

[15] Luis Garfias Magaña, *La Intervención Francesa en México*, p. 74.
[16] Manuel Santibáñez, *op. cit.*, p. 229.

Dentro de toda la actividad que realizaban los republicanos hay que destacar la participación de las compañías de zapadores,[17] quienes continuaban trabajando con la finalidad de dar a los fuertes "el poder y la consistencia" que requerían.[18] Aunque ya se había terminado de fortificar la ciudad, estos elementos seguían afinando detalles. Un ejemplo de ello es que en las líneas posicionadas en los cerros, al mando de los generales Felipe Berriozábal, Porfirio Díaz, Domingo Gayosso y Pedro Hinojosa, se asignó a un ingeniero por cada brigada para asesorar y llevar todo a buen término. Su participación no terminaría ahí, ya que tendrían más actividad una vez que comenzaran formalmente las operaciones.

En la fecha cercana al inicio del Sitio, el Ejército de Oriente estaba integrado por 23 930 hombres, entre oficialidad y tropa; sin embargo, ésta no era la única fuerza militar con la que contaba el gobierno de la República. Ante la necesidad de reforzar la campaña, en el mes de diciembre de 1862 el Ministerio de Guerra ordenó la formación de un ejército que fue llamado del Centro, y otorgó el mando del mismo al general Ignacio Comonfort.[19] Su principal objetivo era apoyar al de Oriente en las operaciones de la defensa de Puebla; especialmente tenía la misión de introducir víveres y municiones a la plaza, resguardar la línea de comunicación entre Puebla y Veracruz, así como detener a los refuerzos franceses que intentaran entrar a la ciudad.[20]

El Ejército del Centro estaba formado por 5 250 hombres que provenían en su mayoría de las Guardias Nacionales de los estados y no tenían una instrucción castrense adecuada. No obstante, se intentó subsanar esta carencia a través de una sección científica cuya responsabilidad sería dar soporte técnico. Para ello, Anastasio Parrodi, quien fungía como segundo al mando de esta fuerza,

[17] Leopoldo Martínez, *op. cit.*, p. 107. Tropas técnicas encargadas de la construcción, mantenimiento de caminos, construcción y destrucción de obstáculos, observatorios. Tendido y remoción de campos minados.

[18] Jesús González Ortega, *op. cit.*, p. 20.

[19] "Organización del Cuerpo de Ejército del Centro al mando del general Ignacio Comonfort, Ministerio de la Guerra, diciembre de 1862", en AHSDN, exp. XI /481.4/8824, f/2.

[20] Luis Garfias Magaña, *op. cit.*, p. 74.

ordenó que este ejército se constituyera con elementos capacitados para que formara parte de la Secretaría de Cuartel Maestre, y que asimismo se estableciera un Cuerpo de Ingenieros, aunque no se habían incorporado al momento de remitir la orden, casi al finalizar el año de 1862.[21]

El Sitio de Puebla de 1863

El 16 de marzo de 1863 las columnas del Cuerpo Expedicionario Francés llegaron a Puebla. El general González Ortega envió una comunicación al ministro de Guerra para dar aviso de lo que sucedía; señaló que el enemigo avanzaba con fuerzas de las tres armas y reiteró que los defensores se encontraban ubicados en las posiciones asignadas. En cuanto llegaron las tropas francesas al lugar, inmediatamente comenzaron sus operaciones de sitio. Después de la derrota sufrida un año antes en la Batalla del 5 de Mayo, el Ejército galo fue reforzado y aumentó en número: estaba integrado por treinta mil hombres aproximadamente y bajo el mando del general Elías Federico Forey. Las divisiones de Infantería eran mandadas por el mariscal Aquiles Bazaine y el general Félix Douay. El Cuerpo de Ingenieros estaba formado por cuatro compañías, que se distribuyeron en San Bartolo, en el Cerro de San Juan, Garita de México y en las Ánimas.[22]

Un aspecto que hay que señalar es que el Cerro de San Juan fue ocupado debido a que los ingenieros del Ejército de Oriente no consideraron necesario fortificarlo. En dicho lugar, el general Forey estableció su Cuartel General.[23] A grandes rasgos, las operaciones que realizó el enemigo consistieron en establecer un cerco por fuera del elaborado por los defensores, de esta forma cortaron la comunicación desde el interior hacia el exterior y viceversa, lo que tuvo como consecuencia la imposibilidad de que el Ejército del Centro cumpliera eficazmente la misión a su cargo y dificul-

[21] "Organización del Cuerpo de Ejército del Centro", en AHSDN, exp. XI//481.4/8824, f/5.
[22] Manuel Santibáñez, *op. cit.* p. 236.
[23] Ídem, p. 237.

taba el abastecimiento de víveres y municiones. Este aspecto es muy importante debido a que de la realización y del éxito de estas acciones dependía en gran medida continuar con la defensa de la ciudad.

Ahora bien, una vez que comenzó la actividad en el campo de batalla, el ataque más fuerte tuvo lugar el 26 de marzo, cuando los franceses abrieron fuego contra el Fuerte de San Javier. Algunas obras que refieren el acontecimiento nos presentan una imagen del alcance que tuvo. Manuel Santibáñez se expresó al respecto en los siguientes términos: "el ataque fue valeroso, decidido, el Ejército francés demostró su serenidad en el combate y su ardor en la lucha".[24] Hizo hincapié en que actuaron con orden y disciplina. La artillería francesa no cesó en el fuego contra el Fuerte. El mismo autor señaló también que llegó un determinado momento en el que era imposible seguir defendiéndolo ya que estaba a punto de desplomarse; es por ello que el general González Ortega ordenó abandonarlo. Sin duda fue un momento de tomar decisiones importantes y dio órdenes a la brigada encargada para realizar reparaciones en las partes dañadas y que aún era posible arreglar, aunque fuera de forma provisional, con la intención de continuar la defensa y no dar tregua al enemigo. Así se hizo. Fue hasta el día 30 de marzo que se desocupó aquella fortaleza reducida a escombros.

Esta medida nos muestra que tanto los profesionales de la ingeniería militar como los zapadores participaron durante el Sitio no sólo en la fase inicial. El mismo día 26 de marzo las tropas galas atacaron el Fuerte Iturbide, y al dirigir su artillería a ese punto, alrededor de siete horas, le ocasionaron grandes daños. Al disminuir un poco el fuego, de inmediato las tropas republicanas con sus ágiles zapadores comenzaron a reparar los destrozos hasta donde fue posible. Al llevar a cabo la acción se puso en riesgo a estos elementos, pero era indispensable hacer todos los esfuerzos para subsanar los baluartes donde estaban colocadas las piezas de

[24] Ídem, p. 265.

artillería y de esta forma contestar el fuego.[25] Dentro del caos, tanto ingenieros como zapadores debían actuar con rapidez, coordinación y destreza para facilitar el trabajo a los artilleros. Parapetos, trincheras y blindajes eran elaborados con "mil trabajos y exponiéndose mucho"[26] y en algunas ocasiones durante la noche, para hacer frente a los sitiadores a la mañana siguiente, quienes en pocas horas destruían lo que con tanto afán se había arreglado. Estas escenas han llegado a nosotros a través del testimonio de Francisco del Paso y Troncoso, un oficial que al igual que Joaquín Colombres se destacó en la heroica defensa de Puebla.

Troncoso cursó sus estudios en el Colegio Militar, al que ingresó en 1852. En la institución optó por el arma de artillería, en la que sirvió los primeros años de su carrera. Antes del conflicto con Francia, concurrió a diversos hechos de armas que asolaron al país; por ejemplo, combatió en la acción de la garita de San Cosme en 1858 y después desempeñó otros cargos. En 1861 le fue otorgado el mando de la Guardia Nacional del Estado de México. Ahora bien, ¿cómo fue que pasó a la Sección de Ingenieros? Además de sobresalir en artillería, durante su etapa como alumno demostró aptitudes para la ingeniería militar, especialmente en el área de fortificación, donde destacó su capacidad creativa para trazar planos y dirigir construcciones defensivas.[27] Con anterioridad explicamos que las funciones que realizaban los ingenieros estaban coordinadas con las operaciones del general de artillería: por ser armas científicas era posible servir en una u otra. Además, debido al escaso número de profesionales, éstos podían desempeñar diversas tareas técnicas.

Al inicio de la guerra de Intervención Francesa se incorporó al arma de ingenieros; una de las misiones que se le encargó fue resguardar el camino hacia la ciudad de México y, posteriormente, colaboró en los primeros trabajos de fortificación de la ciudad de

[25] Francisco del Paso y Troncoso, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, p. 27.
[26] Ídem, p. 31.
[27] Secretaría de la Defensa Nacional, *Historia del Heroico Colegio Militar de México, sesquicentenario de su fundación 1823-1973*, p. 249.

Puebla en 1862, bajo la dirección del coronel Colombres. Durante el Sitio tuvo una participación activa. Al caer la plaza en manos de los franceses fue hecho prisionero y conducido a Francia, junto con otros oficiales, donde permaneció hasta el 15 de abril de 1864.[28] Algunos años después del término de la guerra publicó *Diario de las operaciones militares del Sitio de Puebla en 1863*: *escrito por el teniente coronel Francisco P. Troncoso durante el asedio de la plaza*.[29] La obra es una fuente indispensable para el estudio del acontecimiento. En ella narra lo que vivieron los defensores, los días que duró el Sitio, y explica detalles técnicos de las operaciones que realizaron los ingenieros.

En el Sitio fue notoria la diversidad de sujetos que concurrieron; es posible observar que las carreras militares de los egresados del Colegio tuvieron distinta trayectoria. Algunos de ellos ya tenían una amplia experiencia, como Joaquín Colombres; sin embargo, había otros que recién vivían un conflicto bélico de tal magnitud: éste fue el caso de Sóstenes Rocha. Este oficial nacido en Guanajuato ingresó al Colegio Militar en 1851 a los 20 años de edad; en 1853 obtuvo el empleo de subteniente alumno y en diciembre del mismo año el grado de teniente. Sobresalió en sus estudios, especialmente en las materias de física y mecánica.[30] En el Sitio prestó sus servicios con el empleo de teniente coronel al frente del Batallón de Zapadores de San Luis Potosí, que era parte del Ejército del Centro. En el combate de San Lorenzo, que tuvo lugar el 8 de mayo, este batallón fue de los que más resistió el ataque de las tropas del mariscal Aquiles Bazaine.[31]

Al igual que Troncoso y otros militares también fue hecho prisionero por los franceses, pero logró evadirse en Orizaba para combatir a la invasión extranjera y se reincorporó a las filas republicanas, donde realizó diversas actividades relacionadas con su formación profesional. En el periodo de 1864 a 1866 sirvió con el

[28] Ibídem.
[29] Francisco del Paso y Troncoso, *op. cit.*
[30] Juan Manuel Torrea, *Sóstenes Rocha*, p. 14.
[31] Expediente de Sóstenes Rocha, en Cancelados, AHSDN, exp. XI/III/ 3-609.

empleo de Cuartel Maestre[32] en el Ejército del Norte, que operaba en el noreste del país. Rocha se inclinó por el arte de la cartografía y también contribuyó desde ese campo al producir importantes trabajos cartográficos que nos permiten observar —entre otros aspectos— las posiciones y los movimientos que llevaban a cabo los ejércitos en las diversas batallas y combates que se libraron. Entre los croquis más conocidos se encuentra el del combate de Paso de las Cabras en Nuevo León en agosto de 1865, así como el de la batalla de Santa Gertrudis en Camargo, Tamaulipas, en junio de 1866.[33]

Figura 29
Ruinas del Hospicio de Pobres.
Fotografía estereoscópica, Rafael A. Alatriste e hija.
Fototeca Antica, A.C./Colección Jorge Carretero Madrid



Podemos decir que en el Sitio de Puebla se puso a prueba no sólo la resistencia de los republicanos, sino que también fue una oportunidad para aprovechar todos los recursos con los que se contaba; los saberes de los egresados del Colegio Militar fue-

[32] Es claro que se le dio esta posición en el Ejército del Norte porque contaba con estudios militares. El buen desempeño que tuvo como Cuartel Maestre tuvo como resultado que Mariano Escobedo, general en jefe de dicha fuerza militar, solicitara el ascenso a general para Sóstenes Rocha, mismo que le fue otorgado en mayo de 1866.

[33] *Vide*: Una parte del trabajo cartográfico que elaboró el general Sóstenes Rocha puede consultarse en la obra *Cartografía militar*.

ron un arma más con la que se combatió. Existen testimonios de la época en los que nos podemos dar cuenta de que las técnicas empleadas por estos elementos eran eficaces. Los oficiales franceses quedaron admirados de las obras de ingeniería, así como del trabajo realizado por los artilleros. Sobre el tema, el general François-Charles Du Barail escribió: "El Sitio de Puebla rebosaría de episodios que probarían la valentía de los defensores y la habilidad de los ingenieros mexicanos".[34] Otro testimonio fue el del médico mayor Jules Aronssohn, quien a la caída de la ciudad expresó: "Todos quedamos admirados de la fuerza de los trabajos de defensa. A la larga, muy probablemente, habríamos tomado la mayoría de los fuertes, pero nunca habríamos entrado a la ciudad, sin destruirla. El hambre rindió la plaza".[35]

Y así fue que, después de grandes esfuerzos por mantener el Sitio bajo el fuego constante del enemigo, la noche del 17 de mayo el general González Ortega, a través de una carta, hizo saber la rendición de la plaza al general Forey después de 62 días de combate. El desenlace ya se vislumbraba desde días antes de que finalizara el mes de abril, cuando por medio de una comunicación los generales Felipe Berriozábal, Miguel Negrete, Florencio Antillón, Ignacio de la Llave, Francisco Paz, Ignacio Mejía y Porfirio Díaz le solicitaron al General en Jefe romper el cerco y abandonar la plaza, a lo que éste se negó.[36] No obstante, para ese momento ya se combatía con grandes dificultades debido a la falta de municiones y víveres. La madrugada del día 17 de mayo se destruyó el armamento y la artillería, y el Ejército francés hizo prisioneros a los jefes, oficiales y tropa que habían defendido la ciudad.

Las consecuencias de la caída de la plaza tuvieron repercusiones en el trayecto que siguió la guerra, así como en el ámbito político. El Cuerpo Expedicionario Francés avanzó hacia la ciudad de México, la división del general Bazaine fue la primera en entrar el

[34] Alain Gouttman, *La guerre du Mexique 1862-1867, le mirage américain de Napoléon III*, p. 128.

[35] Jean Meyer, *Yo, el francés, biografías y crónicas. La Intervención en primera persona*, p. 324.

[36] Francisco del Paso y Troncoso, *op. cit.*, p. 60.

7 de junio y tres días después lo hizo el general Forey acompañado de su Estado Mayor. Con los franceses en la capital se abrió paso al archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo, quien arribaría meses después en compañía de su esposa Carlota, luego de aceptar la invitación que le hiciera una comisión de conservadores mexicanos para establecer una monarquía en México.

En el ámbito militar tuvo como resultado la disolución del Ejército de Oriente, pero surgieron otros Cuerpos de Ejército que continuaron la lucha a lo largo y ancho del territorio nacional, misma que se prolongó por cuatro años más. El Sitio de Puebla de 1863 fue un acontecimiento en el que los ingenieros desempeñaron un papel de gran importancia al poner al servicio de la República los conocimientos científicos aprendidos en el Colegio Militar.

Fuentes Consultadas

Archivo

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, AHSDN.
- Cancelados
- Operaciones militares

Bibliografía

Cárdenas de la Peña, Enrique, *Mil personajes en el México del siglo XIX, 1840-1870,* T. II, México, Banco Mexicano SOMEX, 1979.

Garfias Magaña, Luis, *La Intervención Francesa en México*, México, Panorama, 1986.

González Ortega, Jesús, *Parte General que da al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la Plaza de Zaragoza*, Zacatecas, Imprenta de Tostado y Villagrana, 1863.

Gouttman, Alain, *La guerre du Mexique 1862-1867, le mirage américain de Napoléon III*, París, Éditions Perrin, 2008.

Hernández López, Conrado, "Las fuerzas armadas durante la Guerra de Reforma, 1856-1857", en *Signos históricos*, Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, V. X, núm. 19, enero-junio 2008.

Martínez Caraza, Leopoldo, *Léxico histórico militar*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.

Meyer, Jean, *Yo, el francés, biografías y crónicas. La Intervención en primera persona*, México, Tusquets, 2002.

Paso y Troncoso, Francisco del, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863: escrito por el teniente coronel Francisco P. Troncoso durante el asedio de la plaza*, México, Secretaría de Guerra y Marina, 1909.

Reyes, Nicolás, *Elementos generales del arte de la guerra ofensiva y defensiva o ciencia estratégica para mandar los ejércitos en compañía*, México, Imprenta de M. Munguía y Compañía, 1853.

Santibáñez, Manuel, *Reseña histórica del Cuerpo del Ejército de Oriente*, México, Oficina Impresora del Timbre, 1892.

Cartografía militar, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 2010.

Historia del Heroico Colegio Militar de México, sesquicentenario de su fundación 1823-1873, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1973.

Staples, Anne, "El impulso al conocimiento académico, 1823-1846", en Milada Bazant, *La evolución de la educación militar en México,* México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1997, pp. 113-134.

Torrea, Juan Manuel, *Sóstenes Rocha*, México, edición de autor, 1949.

•

Capítulo 9

Los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgan sobre Puebla (1862-1863)

María Magdalena Martínez Guzmán*

Introducción

Desde la antigüedad se sabe que el hombre ha sido presa de diversas enfermedades que han mermado poblaciones enteras acompañadas de hambrunas que, incluso, las han hecho desaparecer de la faz de la tierra. Dichos eventos han estado unidos a las guerras y a la muerte, todos entrelazados, por lo que han sido representados en diversas formas por los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, quienes a su vez personifican a los caballeros que se describen en la primera parte del capítulo sexto del *Apocalipsis*. Este apartado habla de un pergamino en la mano derecha de Dios que está lacrado con siete sellos; en ese escenario, Jesús abre los primeros cuatro sellos de los siete, liberando a estos jinetes que montan en caballos blanco, rojo, negro y bayo. Según la exégesis, son los símbolos alegóricos del hambre, la enfermedad, la guerra y la muerte.[1]

* Médica Cirujana por la UNAM. Estudiosa de la historia de la medicina del siglo XIX, con énfasis en la Intervención Francesa y el Segundo Imperio.

[1] Disponible en http://iglesia.net/biblia/libros/apocalipsis.html, consultado el 25 julio de 2013.

Con relación al tema, imaginariamente estos jinetes se hicieron presentes a lo largo de todo el siglo XIX sobre suelo mexicano, aunque se han registrado desde tiempos muy remotos.

Hay estudios muy serios que han identificado durante el siglo XIX varios tipos de epidemias en México, entre las que predominaron el cólera, la fiebre amarilla, el paludismo, la influenza, el sarampión, la tosferina, la difteria, la viruela, el tifo, la fiebre tifoidea y la disentería, entre otras.[2] En este ensayo se abordará en forma general y muy sintética las que se presentaron únicamente durante 1862 y 1863, las cuales incidieron directamente sobre los hechos históricos de ese periodo en nuestro país.

Cólera morbus

El cólera morbus es la enfermedad que más estragos ocasionó durante el siglo XIX en México. Uno de los episodios más cruentos fue durante 1833, ya que ésta se presentó en la mayor parte del centro del país. Se cuenta con un censo aproximado de cinco mil defunciones sólo en la ciudad de México en el mes de agosto, y a finales de septiembre, en que aparentemente concluyó, de catorce mil.[3] De esta misma intensidad se registran casos entre 1850-1853 en diferentes entidades del territorio y entre 1857-1871 se convirtió en endemia,[4] es decir, permaneció constante y por largo tiempo en la República.[5]

El cólera es una enfermedad infectocontagiosa intestinal aguda provocada por la bacteria *Vibrio cholerae*. Se caracteriza por eva-

[2] Miguel E. Bustamante, "Cronología epidemiológica mexicana en el siglo XIX", en Enrique Florescano, y Elsa Malvido, *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, 1992, T. 2, pp. 417-425.

[3] Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos,* 1985, pp. 41-43. Guillermo Prieto, en una parte de esta obra, efectúa un relato muy descriptivo, minucioso e impactante de los acontecimientos sucedidos en la Ciudad de México durante la epidemia de cólera de 1833, así como la huella que dejó numerosos muertos, familias deshechas y gran cantidad de niños que subsistieron en la orfandad debido a esta calamidad.

[4] Endemia es un proceso patológico que se mantiene a lo largo de mucho tiempo en una población o zona geográfica determinada.

[5] Miguel E. Bustamante, *op. cit.*, pp. 418-420.

cuaciones diarreicas que pueden evolucionar a su forma grave: diarrea acuosa de gran volumen, acompañada de vómito intenso que lleva rápidamente a la deshidratación y a la muerte.[6] Su forma de transmisión es por ingestión de agua o alimentos contaminados.

Fiebre amarilla

La fiebre amarilla (vómito negro) es causada por el virus del mismo nombre —perteneciente a la familia *Flaviviridae*— y es transmitida por mosquitos. Se caracteriza por fallas hepáticas, renal o miocárdica y hemorragias generalizadas, con una alta tasa de letalidad.

Nuestro país ha sido presa de su presencia en sus dos modalidades. La selvática, en la época prehispánica, en que se obtenía por la picadura de mosquitos silvestres. La modalidad urbana se hace presente al llegar a las costas americanas el mosquito *Aëdes aegypti*, extraño viajero que se supone fue traído por los primeros navegantes europeos y que se constituyó en un nuevo transmisor con hábitos domésticos, que se encargó de propagar la enfermedad entre la población de nuestros puertos del Golfo y del Pacífico y en otras ciudades del interior del país, iniciando así uno de los capítulos sanitarios más importantes al establecer el ciclo hombre-mosquito, que costó, a través de casi cinco siglos, muchos miles de vidas.[7]

Como la enfermedad llegó a ser endémica en las costas de Tampico y Veracruz, las poblaciones locales habían desarrollado cierta inmunidad a ella y sólo les provocaban síntomas similares a los de una gripe.

Miguel E. Bustamante menciona que en 1846 las tropas norteamericanas invasoras tuvieron gran número de bajas por fiebre amarilla junto con paludismo en los puertos de Tampico, Veracruz y Tabasco.[8] Lo mismo aconteció durante la Intervención Francesa

[6] Dan L. Longo, *et al*, "Cólera y otras vibriosis", en *Harrison. Principios de Medicina Interna*, 2009, pp. 1289-1295.

[7] Adrián Torres Muñoz, "La Fiebre Amarilla en México. Erradicación del *Aëdes Aegypti*", en *Salud Pública de México*, Suplemento de 1995, V. 37, pp. 5103-5110.

[8] Miguel E. Bustamente, *op.cit.* p. 419.

en 1862, pues hubo un buen número de enfermos, así como de defunciones entre los soldados franceses, incluyendo médicos, enfermeros, capellanes y oficiales de alto rango. Para julio de ese mismo año, además de la fiebre amarilla se presentaron cuadros de fiebre perniciosa,[9] disentería,[10] diarrea crónica, y algunos enfermos se quejaban de "dolores sordos en el hipocondrio derecho", que sugería la probable aparición de enfermedades que podrían lesionar el hígado sin conocerse la causa.[11] Una característica general de esta enfermedad es provocar vómito de sangre digerida que da el color negruzco, por lo que se le conoce también como vómito negro.

Paludismo

El paludismo es causado por el protozoario del género *Plasmodium*. Las características de la transmisión y enfermedad por paludismo varían entre regiones, incluso en un mismo país, pues dependen de la especie del parásito, sus propiedades y las de los vectores. Son transferidos por las picaduras de mosquitos del género *Anopheles*.[12]

Se ignora si el paludismo existía en la América precolombina. El primer dato certero de su existencia en México lo registra Bernar-

[9] Fiebre perniciosa: forma grave y a veces rápidamente mortal del paludismo.

[10] Disentería: infección de tipo bacteriano o por ameba, o la infestación de parásitos, pero también puede ser causada por un irritante químico o una infección viral. Las dos causas más frecuentes son la infección por un bacilo del grupo *Shigella* y la infestación por *Ameba histolytica*. Cuando es causada por un bacilo se llama disentería bacilar y cuando es por una ameba se llama disentería amebiana.

[11] Miguel E. Bustamante, *op.cit.*, p. 421.

[12] En 1886, el médico italiano Camillo Golgi concluyó que existían al menos dos variantes de la enfermedad con patrones de fiebre diferentes. También observó que se producía fiebre cuando ingresaban nuevos parásitos al torrente sanguíneo. Otros investigadores pronto descubrieron que existían cuatro parásitos diferentes. Los investigadores italianos Giovanni Batista Grass y Raimondo Filetti clasificaron el parásito en dos especies en 1890, a las cuales llamaron *Plasmodium vivax* y *P. malariae*. El investigador estadunidense William H. Welch descubrió una tercera especie, *P. falciparum*, en 1897. En 1922, el científico británico John William Watson Stephens descubrió un cuarto parásito, *P. ovale*. Disponible en <http://www.planetseed.com/es/relatedarticle/historia-de-una-antigua-plaga>. Consultado el 31 de julio de 2013.

dino de Sahagún, quien escribió que la yerba Ololiuhqui se empleaba como cura para calenturas tercianas o cuartanas.[13] Ya en el siglo XIX se documentaron en forma precisa brotes de paludismo ocurridos en este territorio, incluyendo uno muy grave en la ciudad de México en 1813, al parecer ocasionado por la migración de gran cantidad de población de la provincia a la capital provocada por la Guerra de Independencia.

El resultado final fue dado a conocer por el Ayuntamiento de la ciudad en enero de 1814: 20 385 personas fallecidas en una población de 123 907 habitantes.[14] Se entiende el caos que se presentó en la ciudad de México al recibir oleadas de personas disminuidas inmunológicamente por el hambre, el estrés de la guerra y enfermas, siendo las causantes de la propagación del paludismo, entre otras enfermedades. Se describe que esto sobrevino después del Sitio de Cuautla, además de combinarse con brotes de tifo y fiebre tifoidea. La misteriosa epidemia fue anunciada formalmente por el virrey Félix María Calleja el 12 de abril de 1813 como “una epidemia de fiebres”.[15]

Tifo

El tifo es una enfermedad cuyas características del cuadro clínico han provocado múltiples confusiones de diversa índole por ser semejantes a otras patologías. El médico mexicano Jesús Kumate[16] indica

[13] Fiebre terciana: variedad de paludismo en que la fiebre aparece en forma paroxística cada 48 horas. Fiebre cuartana es otra variedad de paludismo en que la fiebre es intermitente y los accesos reaparecen al cuarto día, dejando entre ellos dos días de intervalo. Disponible en <http://www.slideshare.net/zulepoyi_1095/plasmodium-terciano-y-cuartana>, consultado el 25 julio de 2013.

[14] Paludismo. Disponible en <http://www.enciclopediagro.org/index.php/indices/indice-cultura-general/1220-paludismo>, consultado el 30 de julio de 2013.

[15] Miguel E. Bustamante, “La situación epidemiológica de México en el siglo XIX”, en Enrique Florescano, y Elsa Malvido, *op. cit*, p. 457.

[16] Jesús Kumate Rodríguez (Mazatlán, Sinaloa, 1924) es médico cirujano egresado de la Escuela Médico Militar en 1946, y doctor en Ciencias por la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, título que obtuvo en 1963. Se ha especializado en investigación en Infectología Pediátrica y ha ejercido como catedrático en la Escuela Médico Militar, en la Facultad de Medicina de la

que el tifo apareció en forma epidémica en Europa alrededor del siglo XV durante el Sitio de Granada en 1492, siendo los cronistas de esa época quienes trazaron su origen en mercenarios procedentes de Chipre; desde ese momento hasta la epidemia en Italia de 1944 la enfermedad fue compañía inseparable de casi todos los conflictos bélicos del continente y probablemente exportada a América.[17]

Clasificación del tifo de acuerdo con su agente etiológico

El tifo es ocasionado por una bacteria denominada *Rickettsia*, de la cual existen diferentes especies en el mundo que dan nombre y clasificación al tifo. Dentro de las cepas de tifo que corresponden a las encontradas en México se hallan el tifo clásico —llamado también epidémico, exantemático o europeo—, transmitido por el piojo blanco, que al picar al ser humano, éste se rasca y se produce heridas por las que penetran las heces infectadas donde se localizan las *Rickettsias* del tipo *prowasekii*.

Esta variante de tifo ha sido asociada a las guerras o desastres (enfermedad de las trincheras) en los que se producen hacinamiento de personas durante mucho tiempo en condiciones higiénicas inadecuadas, sin aseo o cambio de ropa, sin tiempo y manera de lavarla, con hambre y especialmente en climas fríos. Estas situaciones

---

Universidad Nacional Autónoma de México y en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional. Es miembro de la Sociedad Mexicana de Bioquímica, de Infectología, de Inmunología y de la Academia Nacional de Medicina de México y de Buenos Aires, Argentina, de la Academia Mexicana de Pediatría y de la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro de El Colegio Nacional y El Colegio de Sinaloa. Es autor de *Manual de Infectología* (1973-2001), *La salud de los mexicanos y la medicina en México* (1977), *Salud para todos. ¿Utopía o realidad?* (1989), *La ciencia en la Revolución Francesa* (1991); *Investigación clínica, Cenicienta y Ave Fénix* (1987, 1995), *El cólera* (1993), *Sistemas Nacionales de Salud en las Américas* (1994) e *Italia en la Medicina* (1997), entre otros libros y artículos. Secretario de Salud de México de 1988 a 1994.

[17] Jesús Kumate, "Aparición, declinación y reaparición de las enfermedades infecciosas en el hombre", en *Memoria del Colegio Nacional.* Disponible en <www.colegionacional.org.mx/SACSMS/XStatic/colegionacional/template/pdf/1979/03%20-%Ciencias%20biomedicas_%20Aparicion>. Consultado el 5 septiembre de 2012.

condicionan la presencia del piojo y su reproducción. Los indicios de la aparición de la enfermedad se hacen presentes de siete a catorce días después de la picadura del piojo infectado y consisten en fiebre alta, escalofríos, dolores musculares, dolores articulares, dolor de cabeza intensa, malestar general y alteraciones del nivel de conciencia, que varía desde el sopor, postración, delirios e inconciencia (estado comatoso). Aproximadamente en el quinto día de la enfermedad suele aparecer una erupción macular rojiza en el tronco que se puede extender a todo el cuerpo, excepto a la cara. Los síntomas pueden estar presentes de siete días a doce días, tras los cuales puede haber remisión de los síntomas o, en casos más severos, sobrevenir la muerte.[18] Otro tipo es el denominado tifo murino o tifus mexicano, descrito inicialmente por el doctor Miguel Otero[19] y el doctor Ángel Gaviño,[20] el suizo residente en México, Hermann Mosser[21]

[18] Dan L. Longo, *et al.*, "Rickettsiosis", en *Harrison. Principios de Medicina Interna*, pp. 1059-1060.

[19] Miguel Otero Arce (Ciudad de México, 21 abril 1855-1915). Estudió Medicina en la Escuela de Medicina de México; posteriormente radicó en San Luis Potosí donde fundó el primer hospital de niños de esa entidad el 21 de abril de 1893 y el 25 de julio de 1883, el Hospital militar. Puso en marcha el Laboratorio Pasteuriano en 1888 y elaboró la vacuna antirrábica anterior a la de Pasteur. Publicó artículos médicos en la *Gaceta Médica de México* y en 1896 y 1897, *Anales del Hospital Infantil de San Luis Potosí*. Su aportación al estudio del tifo es la obra titulada: "Agente patógeno del tifo exantemático", 1907. *Vide*: "Miguel Otero y Arce y su contribución a la medicina mexicana", en José Miguel Torre, *De lo escrito y lo leído,* México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1990, pp. 96-100.

[20] Ángel Gaviño Iglesias (México, 1855-1921). Médico que en 1887 logró instalar el primer laboratorio de bacteriología de México en la Escuela de Medicina de México. Fundó la cátedra de Bacteriología, la cual impartió. En 1889 marchó a París para continuar sus estudios sobre este tema con el afamado Louis Pasteur. Recibió numerosos reconocimientos tanto en México como en el extranjero. Fue senador por el Estado de México y formó parte del gabinete de Victoriano Huerta, por lo que a la caída de éste, fue puesto preso y sentenciado a muerte. Finalmente recobró la libertad y continuó impartiendo cátedra en la ciudad de México. Escribió en 1906 "Sobre la patogenia y etiología del tifo exantemático", en *Gaceta Médica de México. Periódico de la Academia de Medicina de México*, disponible en <http://www.izt.uam.mx/cosmosecm/BIOGRAFIAS_QUIMICA.html>. Consultado el 24 de septiembre de 2012.

[21] Hermann Mosser, suizo, doctor Honoris Causa por la UNAM en 1953. Estudió el tifo en México estableciendo las diferencias entre tifus exantemático y el tifo murino, producida por la *Rickettsia typhi* (mosseri) y transmitida por la pulga de la rata. Disponible en <http://www.historiadelamedicina.org/ricketts.html>, consultado el 24 de septiembre de 2012.

(1928), Hans Zinsser[22] y los médicos mexicanos Maximiliano Ruiz Castañeda[23] y Gerardo Varela[24] (1931-1940).

El agente transmisor es la pulga de las ratas, la cual al estar infectada pica al humano y luego defeca en el sitio de la mordedura, contaminando a través de las escoriaciones de la piel con la bacteria causante de la enfermedad, que es la *Rickettsia typhi* (*Rickettsia mosseri*). Los síntomas pueden ser similares a los del tifo clásico: dolor de cabeza, espalda, dolor articular, escalofríos y erupciones, fiebre alta, sopor y delirio.[25]

[22] Tenorio, *De piojos, ratas y mexicanos.* Disponible en <http://www.istor.cide.edu/archivos/num_41/dossier1.pdf >, pp. 5-6, consultado el 17 de septiembre de 2012.

[23] Maximiliano Ruiz Castañeda (Acambay, Estado de México, 5 diciembre de 1896-Ciudad de México, 1992). En 1917 se trasladó a la Ciudad de México donde se matriculó en la Escuela Nacional de Medicina, en donde obtuvo su título de Médico Cirujano en 1923. Entre 1924 y 1925 estudió Microbiología en la Universidad de París y el Instituto Pasteur. Después viajó a Estados Unidos para dedicarse a la investigación. En 1931, durante su estancia en la Universidad de Harvard, elaboró la vacuna contra el tifo, asociado con el bacteriólogo Hans Zinsser. Al regresar a México fundó el Laboratorio Experimental de Inmunología instalado en el Hospital General de México. En 1938 perfeccionó y difundió la vacuna contra el tifo que fue muy valiosa durante la Segunda Guerra Mundial, ya que franceses, alemanes y rusos vacunaron a sus tropas con la nueva Vacuna Castañeda. Fueron también muy importantes sus estudios sobre brucelosis; actualmente en los laboratorios de microbiología se usa el medio de Ruiz Castañeda y la botella del mismo nombre para cultivo de la brucela. Disponible en <http://www.uaemx.mx/fmedicina/Maximiliano.html>, consultado el 5 de octubre de 2012.

[24] Gerardo Varela Mariscal (Oaxaca, 3 octubre 1898-Ciudad de México, 1977). Se graduó en la Escuela Nacional de Medicina en 1923 y en 1926 se inscribió en la Universidad de Harvard, donde obtuvo el grado en Salubridad en su correspondiente de Boston. Al concluir sus estudios en Harvard pasó al Instituto Pasteur y a diversos laboratorios de Estados Unidos y Canadá. En el Centro de Enfermedades Transmisibles del Servicio de Salud Pública de Estados Unidos obtuvo un Diploma en Bacteriología. Desde 1936 fue nombrado miembro de la Academia Nacional de Medicina de México, presidente de la Asociación Latinoamericana de Microbiología y miembro de la Asociación Mexicana de Patología Clínica. En 1939 ingresó como director de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, donde dio gran impulso a la carrera de Químico Bacteriólogo y Parasitólogo. Inició la publicación de los *Anales de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas.* En 1933 preparó la vacuna contra el tifo y en 1943 realizó estudios sobre la fiebre manchada de las Montañas Rocallosas que apareció en Sinaloa y Sonora. Disponible en <www.quiminet.com/articulos/forjadores-de-la-ciencia-en-mexico-gerado-varela-mariscal-2600457.htm>, consultado 5 octubre del 2012.

[25] Javier García Guerrero, *et al.*, “Tifo murino en el estado de Oaxaca después del huracán Wilma”, en *Anales Médicos de la Asociación Médica del Centro Médico ABC,* V. 52, núm. 4, octubre-diciembre de 2007, pp. 200-202.

Otra variante del tifo es la fiebre de las Montañas Rocallosas, enfermedad transmitida por picaduras de garrapata de algunos tipos de perros que se localizan en zonas del oeste y sur de Estados Unidos, así como del norte de México (Sonora y Sinaloa), Centro y Sudamérica. Es provocada por la presencia de la *Ricketssia rickettssi*, que es inoculada en la piel junto con las secreciones de las glándulas salivales de la garrapata, después de seis horas o más de succionar sangre.[26] Los síntomas son similares a los tifos descritos.

Antecedentes históricos del tifo en nuestro país

En relación con el tifo en México, algunos investigadores han concluido que ya existía antes de la llegada de los españoles, pues algunos códices indican la presencia de calamidades o pestilencias debidos a cambios climáticos que propiciaron hambre, contaminación de mantos acuíferos y muerte de animales que fomentaron la aparición de enfermedades, entre ellas una de probable tifo en 1450, la cual ocasionó gran mortandad entre los indígenas.

Según cronistas como Bernardino de Sahagún y Bernal Díaz del Castillo, con los conquistadores llegó a la Nueva España el tifo europeo o fiebre pestilencial que se presentaba en largas travesías marítimas. Se le conoció como matlazáhuatl, tabardete o tabardillo mexicano, el cual tuvo brotes muy sobresalientes en 1541, 1576-1581, 1737-1739, 1761-1762.[27] Según el doctor Fernando Ocaranza, entre 1800 y 1921 la ciudad de México sufrió doce epidemias de tifus: 1812-1814, 1824, 1835-1839, 1848-1849, 1861, 1867, 1875-1877, 1892-1893, 1901-1902, 1906-1908, 1911 y 1915-1917.[28] Se tiene registro del inicio de la epidemia de tifo en 1867

[26] Dan L. Longo, *et al.*, *op. cit. Rickettsiosis,* p. 1061-1062.

[27] Donald B. Cooper, *Las Epidemias en la Ciudad de México 1761-1813,* 1980, p. 71.

[28] Fernando Ocaranza, "El tifo en el Distrito Federal en el año de 1921", en *Memoria y actas del Segundo Congreso Nacional del Tabardillo, verificado en la ciudad de México del 25 al 31 de diciembre de 1921, bajo el patronato del Departamento de Salubridad*, 1922, s/p.

durante la entrada del ejército liberal triunfante al mando del general Porfirio Díaz en la Ciudad de México.[29]

Características generales del tifo

Como hemos visto, las variantes de tifos que se han presentado en el país muestran síntomas afines. Sus complicaciones serán a nivel de corazón, riñones, hígado, pulmones, corazón, meninges y cerebro, al provocar inflamación severa de ellos con vasculitis[30] por la proliferación de las *Rickettsias* dentro de las arterias, venas y capilares, trombosis de los mismos y finalmente la muerte.[31] Las alteraciones del estado mental son muy frecuentes y puede haber delirio o estado de coma. El Ejército mexicano fue cautivo del tifo, según cuentan los que lo vivieron en eventos como el movimiento de Independencia y la Reforma, así como de la Intervención Francesa y los sitios de Cuautla en 1813, Puebla en 1863, Querétaro en 1867 y Tuxtepec en 1876.[32]

En las ciudades de México y Puebla se concentraron los brotes epidémicos de tifo debido a los movimientos de grupos militares y civiles que se encontraban en condiciones de miseria y falta de higiene, afectando a las tropas republicanas victoriosas en Puebla, a las que les causó la muerte de muchos combatientes.[33]

[29] Miguel E. Bustamante, *Cronología epidemiológica mexicana en el siglo XIX*, *op. cit.*, p. 422.

[30] Vasculitis: se refiere a un grupo heterogéneo de trastornos que se caracterizan por la destrucción inflamatoria de los vasos sanguíneos. Tanto arterias como venas se ven afectadas. La vasculitis se debe principalmente a la migración de leucocitos y el daño resultante.

[31] Cf. Rickettsiosis. Disponible en <http://www.salud.edomex.gob.mx/htm/doctos/zoonosis/resena%20hist%20rickketiosis.pdf >, consultado el 30 de agosto de 2012.

[32] José Olvera, "Memoria sobre el Tifo", en Enrique Florescano y Elsa Malvido, *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México,* T. 2, *op. cit.*, p. 498.

[33] Miguel E. Bustamante, "La situación epidemiológica de México en el siglo XIX", en Enrique Florescano y Elsa Malvido, *op. cit.*, p. 457.

Preludio a la derrota. El caso del general Ignacio Zaragoza

Para esta investigación, relacionada con la enfermedad y muerte del general Ignacio Zaragoza, se ha encontrado poca información oficial en fuentes secundarias sobre sus últimos días. La revisión ha sido a partir de algunos biógrafos del general entre los que se encuentran los siguientes:

Un personaje muy cercano al general fue Manuel Z. Gómez (1813-1871), militar, abogado, escritor, secretario personal y amigo íntimo, quien estuvo a su lado hasta su muerte. Realizó un escrito a manera de diario, el cual apareció 22 días después de la muerte del general. Esta obra la inicia con una pequeña biografía del héroe de Puebla y con una narración de los acontecimientos de la Batalla del 5 de mayo. Comenta algunos actos heroicos realizados y la preparación militar, temeridad y gran dirigencia que caracterizaban al general Zaragoza. Manuel Z. Gómez narra que después de la batalla, el líder del ejército liberal, no conforme con su triunfo en Puebla, continuó persiguiendo al enemigo en su retirada a Orizaba, pensando en que podría causarle más daño y aun su completa derrota.[34]

Otro biógrafo muy respetable es el licenciado Guillermo Colín Sánchez,[35] quien realizó una investigación muy exhaustiva en los documentos del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. Respecto a la enfermedad del general Zaragoza encontró un documento que indica:

> En la primera quincena de julio (1862) se veía desmejorado, y en Acatzingo el día 20 por la mañana fue presa no sólo de dolor físico, sino

[34] Manuel Z. Gómez, *Biografía del General de División Ignacio Zaragoza*, pp. 26-30.

[35] Guillermo Colín Sánchez (Atlacomulco, Estado de México, 11 de febrero 1924-16 enero 1999). Doctor en Derecho, catedrático, conferencista, escritor y poeta; magistrado y ex procurador general de justicia del Estado de México. Catedrático en el Instituto Científico y Literario de Toluca, en la Escuela Militar de Ingenieros, Instituto Nacional de Ciencias Penales y en la Facultad de Derecho de la UNAM.

de decaimiento moral [...] y como el éxito de la causa dependía en gran parte del dirigente de las tropas, decidió escribir al Ministro de Guerra comunicándole: [...] Como usted ignora, desde el mes próximo pasado estuve postrado en cama a consecuencia de un dolor agudo que me atacó en El Palmar, y sólo por no perder la brillante oportunidad que se presentó para el ataque a Orizaba, me hice fuerza emprenderla, aun antes de curarme radicalmente; quizá por esto nuevamente estoy afectado de la misma enfermedad, que me impide moverme con la actividad y eficacia que demandan mis funciones, y viendo lo posible que el enemigo intente alguna excursión, ora hacia la Mesa Central, ora hacia la sierra del Furgón, si esto sucediera en los momentos que yo no estoy expedito, podrían ocurrir algunas dificultades, sobre todo para el ejercicio del mando en jefe, en circunstancia de gravedad. Por tales razones, espero se sirva usted poner en conocimiento del C. Presidente esta manifestación para que en vista de ella determine a qué jefe debo entregar el mando en el caso supuesto[36]

En los primeros días de agosto, el ministro de Guerra le indica:

tomando en cuenta lo quebrantado de su salud, entregue el mando al general Jesús González Ortega.

Pero experimentando mejoría, decidió aplazar su determinación.[37]

El general Zaragoza abandonó Puebla y pensaba que las operaciones sobre Orizaba se llevarían a cabo el 17 de agosto, razón por la cual trató de adquirir los transportes necesarios para emprender la marcha... y en los últimos días de agosto marchó a la ciudad de México en cumplimiento de un llamado del presidente de la República.

El 20 de agosto nuevamente se encontraba en la Ciudad de México y aunque quiso pasar inadvertido, fue reconocido e invitado a convivios y brindis entre ellos con el presidente D. Benito Juárez quien enalteció su valor y entusiasmo en la dirección del ejército que defendía a la Patria.

[36] Guillermo Colín Sánchez, *Ignacio Zaragoza. Evocación de un héroe*, p. 239, Cf., Expediente XI/481.4/8805, Departamento de Historia de la Secretaría de la Defensa Nacional.

[37] Guillermo Colín Sánchez, *op. cit.*, pp. 238-239.

> En este momento, Porfirio Díaz avisaba a Zaragoza que los franceses parecían moverse de sus posiciones con dirección a las Cumbres. El 22 (de agosto) por la mañana partió con su ayudante en la diligencia para Puebla, de donde siguió para el cuartel general y después fue a visitar a las fuerzas que estaban en las Cumbres de Acultzingo, para posteriormente acudir al Fuerte del Palmar donde se sintió gravemente enfermo, por lo cual tomando en cuenta la resolución que se le comunicó en el mes de julio, cuando hizo saber al gobierno de lo quebrantado de su salud, entregó el mando del ejército al general Jesús González Ortega y dio instrucciones para que esto se diera a conocer a la tropa.[38]

Colín Sánchez, con respecto a este momento en que el general se siente realmente enfermo, narra lo siguiente: "Por aquellos días asolaba a las tropas una epidemia de tifo, se cree que el general Zaragoza al practicar la inspección de sus soldados adquirió el contagio, pues los médicos que primeramente lo atendieron manifestaron que ese era el padecimiento que lo afectaba".[39]

En concordancia con este momento, el historiador Raúl González Lezama refiere:

> El general Ignacio Zaragoza no había tenido un momento de reposo. Infatigable recorría las posiciones de sus tropas y los campamentos donde se atendía a los heridos y los numerosos soldados azotados por una terrible epidemia de tifo. En El Palmar, cuando se dirigía a Acatzingo, fue atacado por un fuerte dolor de cabeza y alta temperatura. No se preocupó, pues atribuyó ese malestar a la lluvia que durante su viaje lo empapó varias veces. Lejos de recuperarse, la salud del general Zaragoza se deterioró. Su secretario y el jefe de su Estado Mayor, sospechando que había caído víctima del tifo, determinaron trasladarlo a Puebla. El general Jesús González Ortega recibió del enfermo el mando provisional del Ejército de Oriente.
>
> En un guayín al que se le acondicionó un toldo, fue acomodado el general saliendo muy temprano de Acatzingo. El viaje fue penoso, pues fuertes aguaceros retrasaron su marcha, llegando la tarde del 4 a su destino. Al día siguiente por la noche, el dolor de cabeza y la fiebre fueron

[38] Ídem, p. 244.
[39] Ibídem.

> insoportables. A las 11 de la mañana del día 6, comenzó a ser presa de delirios que lo llevaron a imaginar que se desarrollaba una batalla, por lo que demandó sus botas de montar y su caballo. Los médicos y ayudantes del general debieron sujetarlo para evitar que abandonara el lecho en su deseo de salir a dirigir sus tropas. Al verse impedido, increpó a quienes trataban de auxiliarlo, llamándolos traidores, pues en su ofuscación se imaginó vendido a sus enemigos.[40]

Manuel Z. Gómez dice:

> De esta expedición regresó enfermo y como se agravara, se le condujo hasta Puebla como lugar de mayores recursos para atenderlo y asistirlo. Durante el trayecto, un fuerte aguacero sorprendió a la comitiva; un viento huracanado hacía llegar el agua al enfermo, cuyo mal iba en aumento. Por la noche llegaron a Puebla y pese a los cuidados de que era objeto, la fiebre no cedía. El telégrafo nos anunció el día 4 su regreso, y al día siguiente ya se había generalizado la infausta noticia de encontrarse atacado de la peligrosísima fiebre tifoidea.[41]

Cabe destacar que aquí hay una discrepancia en cuanto al diagnóstico de la enfermedad que venía padeciendo el general Zaragoza en relación con los autores anteriores y continúa diciendo:

> La fiebre aumentaba y su médico el Dr. Juan N. Navarro que había sido llevado desde la ciudad de México manifestó que no había esperanzas de salvación. La ansiedad se representaba en todos los semblantes por saber de su interesante salud, pero inexorable, el destino cortó los días del joven guerrero a las diez y diez minutos de la mañana del día 8, según se comunicó por el mismo telégrafo. Sus últimos votos fueron por el bien y prosperidad de su Patria, sus delirios, recorrer el campamento, marchar, batir, triunfar sobre nuestros injustos invasores, y no se olvidó en ellos de hacer marchar la dolorosa y profunda indignación que le causaba la conducta de los traidores.

[40] Raúl González Lezama, "La muerte de Ignacio Zaragoza", publicado el 7 de septiembre del 2012. Disponible en <www.inehrm.gob.mx>, consultado el 15 de septiembre del 2012.

[41] Manuel Z. Gómez, *op. cit.*, p. 30.

La muerte del general Zaragoza fue inmediatamente comunicada vía telegráfica por su médico, el doctor Juan N. Navarro, al presidente Juárez con estas palabras: "Son las diez y cuarto de la mañana. El general Zaragoza acaba de morir. Voy a proceder a inyectarlo".[42]

En este parte oficial no se da la causa de la muerte, sólo se indica que se le inyectará para realizarle, suponemos, el embalsamamiento. Al día siguiente, en algunos periódicos de la capital, como en *El Siglo XIX*, se leía lo siguiente:

> No existe ya el vencedor del 5 de mayo. Ayer a las diez y cuarto de la mañana ha espirado en Puebla, el General D. Ignacio Zaragoza, sucumbiendo al terrible tifo que contrajo en las fatigas de la campaña. *Francisco Zarco*.[43]

El doctor Juan N. Navarro, médico eminente de la Academia de Medicina de México, fue quien lo atendió en sus últimos momentos y certificó su muerte, mas en ningún momento dio un diagnóstico de la causa. Al día siguiente del fallecimiento apareció la siguiente nota en el periódico *El Monitor Republicano*:

> *El ciudadano General Ignacio Zaragoza*
>
> La República mexicana acaba de sufrir una pérdida inmensa, irreparable. El benemérito general Ignacio Zaragoza, jefe del Ejército de Oriente, ha fallecido ayer a las diez y diez minutos de la mañana, en Puebla, víctima de tifo que contrajo en las fatigas de la campaña. Esta noticia se ha difundido con la rapidez de un rayo, causando en todos los corazones una profunda sensación. No ha habido un pecho mexicano que no se haya estremecido al dar la fatal noticia. Y es cuando se sabía [de] la enfermedad del joven general, aun cuando hora por hora se recibían los boletines de su estado, que era sumamente grave, nos parecía imposible que la muerte nos los arrebatara. Estaba de tal modo cifrada la esperanza nacional en Zaragoza, que el corazón nos decía que su vida debía ser respetada hasta por la muerte misma. Pero el cielo que parece sujetar a este país a las más

[42] Ídem, pp. 29-30.

[43] *El Siglo Diez y Nueve*, martes 9 septiembre de 1862, México, 6ta. época, año XXII, T. IV, núm. 603, p. 1.

grandes y dolorosas pruebas, nos tenía aun reservada una, la mayor de todas: el general Zaragoza ha muerto... [44]

El tifo y la Academia de Medicina de México

Los estragos que el tifo provocó durante el siglo XIX en México fueron intensos; aunque durante las epidemias morían muchas personas, en nuestra revisión hemos encontrado que efectivamente esta enfermedad era endémica y repentinamente se presentaban brotes, sobre todo en cuarteles y hospitales que causaban la muerte de los internos, sin exclusión de estatus sociales o grados militares, incluyendo al personal que atendía a los tifosos.[45]

En 1864, al iniciarse los trabajos de la Sección de Medicina de la Comisión Científica Literaria y Artística, antecedente de nuestra actual Academia Nacional de Medicina, se puede observar un gran número de títulos referentes al estudio del tifo, tanto por médicos mexicanos como extranjeros.[46] Se presta gran atención del gremio médico por tratar de conocer el agente que lo producía por ser un problema de salud nacional y el gran número de pérdidas en vidas que ocasionaba. El 14 de agosto de 1879 se abrió una convocatoria para el estudio del tifo en el que se recibirían memorias (trabajos) de los miembros de la Academia, otorgándose un premio de 500.00 pesos al mejor elaborado. Esto se hacía con la finalidad de encontrar al agente que lo producía.[47]

[44] *El Monitor Republicano*, martes 9 de septiembre 1862, México, año I, núm. 315, p.1.

[45] El doctor Aniceto Ortega escribe afirmando que el tifo es contagioso; el doctor Miguel Francisco Jiménez lo duda. Ortega menciona lo comentado por el inspector del Cuerpo Médico Militar, quien le ha referido que en una de las ocasiones en que el tifo se desarrolló en la tropa, perdió a casi todas las personas que la conformaban, inclusive a los médicos y practicantes que estuvieron destinados al cuidado de los soldados enfermos. En *Gaceta Médica de México. Periódico de la Sección de Medicina de la Comisión Científica*. T. 1, 15 de abril de 1865, núm. 15, p. 240.

[46] Magdalena Martínez Guzmán, "La Comisión Científica de México y el origen de la Academia de Medicina de México", en *La definición del Estado mexicano, 1857-1867,* pp. 207-222.

[47] "Premio Anual de 500.00 de la Academia de Medicina sobre el Tifo", en *Gaceta Médica de México. Periódico de la Academia de Medicina*, T. 14, 1879, p. 333.

Entre los textos que se presentaron figura el del doctor José Olvera,[48] miembro de la Academia de Medicina de México, con el nombre de *Memoria sobre el Tifo,* en el cual comenta lo siguiente:

> En 1813, sufrían los habitantes de la Nueva España, unos por la insurrección, otros por el realismo, pérdidas de intereses, persecuciones, exaltación en las pasiones políticas, y la fiebre pintada no respetaba a los indios, ni a los criollos, ni a los españoles. La guerra injusta de los norteamericanos se acompaña del tabardillo; la Reforma, la Intervención; cada una diezmaba los batallones contrarios bajo la influencia del tifo. El tifo reina en toda la Mesa Central de México y en los escalones en donde la temperatura no es mayor de la templada, cuando el tabardillo es endémico abundan más los casos durante la seca, sin dejar de presentarse esporádico en la época de lluvias […] La guerra, con todas sus consecuencias, es la que siempre, podemos decir sin excepción, ha causado en la República epidemias desoladoras, que caminan sembrando luto por donde pasan los cuerpos beligerantes.[49]

El doctor Olvera recuerda la entrada del general González Ortega a la ciudad de México en 1861 cuando se desarrolló el tabardillo que traía su ejército del interior del país.[50]

Fiebre tifoidea. Historia y cuadro clínico

La fiebre tifoidea es una enfermedad que ha existido desde la antigüedad al mismo tiempo que el tifo. En 1829 fue definida en forma

[48] José Olvera (9 diciembre 1838-1908). Inició estudios en la Escuela de Medicina de México en 1855. Una vez titulado fue médico del Hospital de San Andrés. Ingresó a la Academia de Medicina en 1884 en la sección de Medicina Legal. Publicó diversos artículos en la *Gaceta Médica de México*. Miembro del Consejo Superior de Salubridad y jefe de la sección de medicina en el Hospital General de México. En Ana Cecilia Rodríguez de Romo, *et al.*, *Protagonistas de la Medicina Científica Mexicana, 1800-2006*, pp. 336-337.

[49] José Olvera, "Memoria sobre el Tifo. Dictamen de la Academia de Medicina de México, conforme a la convocatoria de fecha 26 de abril de 1882", en Enrique Florescano y Elsa Malvido, *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, T. 2, 1992, p. 498-503.

[50] José Olvera, *op. cit.* p. 530.

perfecta por el médico francés Pierre Charles Alexandre Louis, quien hizo precisos los signos y la anatomía patológica, pero sería hasta 1880 en que el agente causal fuera identificado y denominado bacilo de Eberth. Otro investigador, Pierre Bretonneau, en las epidemias de 1818 y 1819 en Europa, reconoció la lesión característica de la fiebre tifoidea; fija el sitio exacto de su ubicación en las placas de Peyer del yeyuno, íleon e intestino grueso, designando a la enfermedad con el nombre de dotinentería (botón o forúnculo del intestino).[51]

Respecto de la fiebre tifoidea diremos que es una enfermedad causada por la *Salmonella typhi* y su mecanismo de contagio es fecal-oral, a través del agua y alimentos contaminados. El periodo de incubación de la *Salmonella typhi* es de diez a catorce días, pero puede variar de tres a 21 días. Los síntomas son fiebre lenta y progresiva, sudoración profusa y diarrea que puede llegar a ser sanguinolenta; erupciones en la piel de color rosa salmón en forma de manchas en la parte inferior del pecho y el abdomen que desaparecen después de dos a cinco días. En la primera semana, hay un lento aumento de temperatura, dolor de cabeza y tos. En la segunda semana de la infección, el paciente se encuentra postrado con fiebre alta. Puede haber manifestaciones neurológicas en dos a 40 por ciento de los pacientes como meningitis, neuritis y síntomas neuropsiquiátricos. En una tercera parte hay náusea, vómito y falta de apetito. La diarrea puede ocurrir en esta etapa: seis a ocho evacuaciones en un día, de color verde y con olor característico. El estreñimiento también puede presentarse. El síntoma principal de esta fiebre es que aumenta por la tarde desde la primera y segunda semana. La deshidratación sobreviene y el paciente está delirante debido a la temperatura muy alta.

Voces del pasado: ¿Tifo o tifoidea?

En diversos medios impresos se ha señalado que la muerte del general Ignacio Zaragoza se debió a tifo o fiebre tifoidea. En esta investigación se encontró una ausencia importante de datos oficia-

[51] Enrique Laval R., "Bretonneau y Louis: Diferenciación y caracterización de la fiebre tifoidea", en *Revista chilena de infectología*, Santiago, V. 22, núm. 1, marzo de 2005.

les en relación con la enfermedad que el caudillo presentó. La poca información se ha obtenido de documentos en su mayoría periodísticos que, aunque son fuentes secundarias contemporáneas a la muerte del general, revelan un poco más de datos del cuadro clínico que mostró el ilustre héroe del 5 de mayo.

Los diversos biógrafos consultados, en su mayoría, coinciden en fechas, lugares y cuadro clínico, discrepando sólo Manuel Z. Gómez en cuanto a la causa de muerte. Llama la atención que en ninguno de los escritos consultados se habla de indicios de problemas digestivos, los cuales serían muy obvios e indicarían cuadro de fiebre tifoidea. Aunque tanto el tifo como la tifoidea van juntos en la mayoría de los síntomas que presentan, así como en los periodos de incubación, se encuentra que el tifo es de menor tiempo y más rápida resolución, ya sea con la mejoría o con la muerte. La fiebre tifoidea puede tender a la cronicidad y portación del germen sin síntomas si antes no provoca la muerte del enfermo. En la actualidad se sabe que su diagnóstico y diferenciación se hace únicamente con base en pruebas serológicas en laboratorios clínicos, todas ellas de fácil acceso y bajo costo. Las pruebas específicas para cada una de estas enfermedades no fueron conocidas sino hasta el primer tercio del siglo XX.

Al mismo tiempo surge una pregunta: ¿por qué el doctor Juan N. Navarro, médico de gran fama y miembro de la Academia de Medicina, en su parte oficial de la muerte del general no da la causa de ésta? Llegó un día antes de la muerte de su paciente, pero éste ya estaba en periodo preagónico. ¿No quiso equivocarse?

Manuel Z. Gómez es el único que menciona la fiebre tifoidea como causa de muerte del general, pero ¿dónde lo escuchó o quién le dijo que eso era? Él, siendo militar, no podía opinar como médico.

Durante el siglo XIX el tifo era una enfermedad más estudiada que la misma tifoidea. En 1844 el doctor Miguel Francisco Jiménez[52] había realizado la diferenciación entre ellas, aunque se desconocía el

[52] Miguel F. Jiménez, "Tabardillo", en *Gaceta Médica de México*, 15 de marzo de 1865, T. I, Núm. 13, pp. 205-216. En este artículo el autor repite la diferenciación hecha muchos años antes (1844-1845) entre tifo y tifoidea.

agente causal y qué lo transmitía. En las memorias de la Academia de Medicina de México hay un gran número de trabajos acerca de la investigación sobre el tifo, que señalan que éste se encontraba presente, ya sea endémico o en brotes, a todo lo largo de ese siglo y, sobre todo, dentro de las tropas de los ejércitos mexicanos e invasores.

También hay trabajos sobre la fiebre tifoidea y se indica que la característica principal de ésta es que cursa con sintomatología digestiva y lesiones intraintestinales que faltan en el tifo.

Sin haber muchos datos sobre los síntomas que presentó el general Zaragoza, y sin querer manipular al lector en su decisión, creemos que, con la escasa información que tenemos, la enfermedad descrita se circunscribe más con el diagnóstico de tifo, por lo que nos atrevemos a decir que el general Ignacio Zaragoza Seguin murió debido a esta causa el 8 de septiembre de 1862.

Epidemias durante el Sitio de Puebla, 1863

El Sitio de Puebla no se esperaba que fuera tan largo; del 16 de marzo al 17 de mayo de 1863 fueron 62 días de intensos combates en que se había dotado de víveres a la ciudad para sólo un promedio de un mes de resistencia. La idea de romper el Sitio apareció el 19 de abril debido a esta causa, además de haberse terminado las municiones. Del 25 al 29 se celebraron dos armisticios de dos horas para levantar los cadáveres de una y otra parte que se hallaban insepultos en las calles, entre los escombros y sobre las llanuras. Hubo intentos por introducir víveres; González Ortega comentó:

> cuarenta o cincuenta mil habitantes habían quedado dentro de los muros al comenzar el sitio, se encontraban en un estado verdaderamente violento y desesperado por la escasez de alimentos, se colocaban a recibir la muerte en las calles enfiladas por los fuegos enemigos, con sólo el objeto de conseguir una pieza de pan.[53]

[53] Vicente Riva Palacio, *México a través de los Siglos,* T. V, cap. IX, p. 577.

Podemos imaginar el cuadro de angustia y terror de las personas sitiadas ante la muerte inminente por hambre, pero también hay que pensar que los cadáveres no eran enterrados inmediatamente, por lo que fueron una de las causas principales para la aparición de enfermedades gastrointestinales debido a la contaminación de los mantos de agua por la putrefacción de aquéllos. Una revisión muy acertada de Reyna Vázquez indica que murieron más personas por enfermedades de este tipo que por heridas de la contienda en el Hospital de San Pedro de Puebla.[54]

En el resto de la población, tanto sitiada como en los hospitales, las enfermedades que dominaron fueron la fiebre tifoidea y el tifo.[55]

Comentarios finales

Las guerras continuas sobre el territorio mexicano durante el siglo XIX fueron campo para el cultivo de múltiples epidemias. El mayor grupo de ellas se concentró en las costas del Golfo de México, correspondiendo a la fiebre amarilla y el paludismo las que predominaron durante la Intervención Francesa de 1862.

Otra que causó un buen número de defunciones para ambos bandos en este periodo fue el tifo, originado por la falta de higiene de las tropas, falta de agua para aseo personal y de la ropa, así como nulo cambio de las mismas. El hacinamiento propició el contagio directo entre personal de tropa y de alto mando, entre ellos, al ilustre general Ignacio Zaragoza, provocándole la muerte, que fue muy sentida por ser un personaje clave en la victoria nacional en Puebla e imagen de identidad nacional contra el invasor.

La fiebre tifoidea y las enfermedades gastrointestinales, sumadas a la crisis de hambre, propiciaron el aumento de las defunciones en el Sitio de Puebla. Estos factores y la falta de armamento fueron causantes, entre otros, de la derrota mexicana.

[54] Reyna Beatriz Vázquez González, "Entre muertos y heridos, pincelada sobre el espíritu fraterno (mayo 1862-abril 1863)", en *El Pregonero de la Ciudad*, Puebla, núm. 5, abril-junio en 2012, pp. 10-11.

[55] María de la Cruz Ríos Yanes, *El Pregonero*..., *op. cit.*, p. 3.

También hubo otras enfermedades que se presentaron en este periodo, que no influyeron en el desarrollo de los acontecimientos de 1862-1863.

Fuentes Consultadas

Bibliografía

Aguilar Ochoa, Arturo, *Las Glorias Nacionales. El álbum de la guerra. Constantino Escalante, Hesiquio Iriarte,* México, El Colegio de Puebla, BUAP e Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2012.

Berrueto Ramón, Federico, *Ignacio Zaragoza,* México, SEP (Cuadernos de lectura popular, 40), 1966.

Cárdenas de la Peña, Enrique, *Mil personajes en el México del Siglo XIX. (1840-1870),* México, Banco Mexicano Somex, 1979.

Colín Sánchez, Guillermo, *Ignacio Zaragoza. Evocación de un héroe*, México, Editorial Porrúa, 1963.

Cooper, Donald B, *Las Epidemias en la Ciudad de México. 1761-1813,* México, IMSS, 1980.

Florescano, Enrique y Elsa Malvido, *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México,* México, IMSS, 2 t., 1992.

Longo, Dan L., *et al.*, *Harrison. Principios de Medicina Interna,* "*Rickettsiosis*", México, Mc Graw Hill Editores, 2008.

Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos,* México, Editorial Porrúa, (Sepan Cuantos..., 481), 1985.

Rodríguez de Romo, Ana Cecilia, *et al., Protagonistas de la Medicina Científica Mexicana, 1800-2006,* México, UNAM y Plaza y Valdéz, 2008.

Riva Palacio, Vicente, *México a través de los Siglos*, México, Edición Cumbre, 1967.

Mesografía

<http://iglesia.net/biblia/libros/apocalipsis.html>

<http://bvs.insp.mx/rsp/articulos/articulo_e4.php?id=001640#autores

<http://www.planetseed.com/es/relatedarticle/historia-de-una-antigua-plaga>

<http://www.enciclopediagro.org/index.php/indices/indice-cultura-general/1220-paludismo>

<www.colegionacional.org.mx/SACSMS/XStatic/colegionacional/template/pdf/1979/03%20-%Ciencias%20biomedicas_%20Aparicion>

<http://www.historiadelamedicina.org/ricketts.html>

<www.istor.cide.edu/archivos/num_41/dossier1.pdf>

<www.quiminet.com/articulos/forjadores-de-la-ciencia-en-mexico-gerado-varela-mariscal-2600457.htm>

<www.colegionacional.org.mx/SACSMS/XStatic/colegionacional/template/pdf/1979/03%20-%Ciencias%20biomedicas_%20Aparicion>

<http://www.sedena.gob.mx/imagenes/historia/defensa/doc_hist/sep/mue_zar.jpg>

<http://www.sedena.gob.mx/imagenes/historia/defensa/doc_hist/sep/mue_zar_paleog.jpg>

<http://salud.edomex.gob.mx/html/doctos/zoonosis/resena%20hist%20rickketiosis.pdf>

GÓMEZ, Manuel, *Biografía del General de División Ignacio Zaragoza,* México, Imprenta de Vicente García Torres, 1862. En <http://bdmx.mx/detalle.php?id_cod=41>

GONZÁLEZ LEZAMA, Raúl, "5 de mayo. Las razones de la victoria", México, INEHRM, 2012. Disponible en <www.inehrm.gob.mx>

KUMATE, Jesús, "La Salud Pública en México en el Siglo XX. Los Protagonistas". Disponible en <http://ebookbrowse.com/10-jesus-kumate-la-salud-publica-en-mexico-en-el-siglo-xx-los-protagonistas-pdf-d61668258>

———, *Memoria del Colegio Nacional. Aparición, declinación y reaparición de las enfermedades infecciosas en el hombre*. Disponible en <www.colegionacional.org.mx/SACSMS/XStatic/colegionacional/template/pdf/1979/03%20-%Ciencias%20biomedicas_%20Aparicion>

Laval R., Enrique, "Bretonneau y Louis: Diferenciación y caracterización de la fiebre tifoidea", en *Revista chilena de infectología*, Santiago, V. 22, núm. 1, marzo de 2005. Disponible en <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-10182005000100017&lng=es&nrm=iso>

Ovalle Carreón, Esteban, *La muerte del General Ignacio Zaragoza*. Disponible en <http://www.aihr.com.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=91:la-muerte-del-gral-ignacio-zaragoza-seguin&catid=45:cronica&Itemid=64>

Rickettsiosis. Disponible en <http://salud.edomex.gob.mx/html/doctos/zoonosis/resena%20hist%20rickketiosis.pdf>

Tenorio, Mauricio, *De piojos, ratas y mexicanos*. Disponible en <www.istor.cide.edu/archivos/num_41/dossier1.pdf>

Tifus exantemático. Historia. Disponible en <http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/ciencias_quimicas_y_farmaceuticas/armijor/cap7/tifus.html>

Torres Muñoz, Adrián, "La Fiebre Amarilla en México. Erradicación del Aedes Aegypti", en *Salud Pública de México,* 1995. Disponible en <http://bvs.insp.mx/rsp/articulos/articulo_e4.php?id=001640#autores>

Artículos de libros

Bustamante, Miguel E., "Cronología epidemiológica mexicana en el siglo xix", en Enrique Florescano y Elsa Malvido, *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, T. 2, México, IMSS, 1992, pp. 417- 425.

Martínez Guzmán, Magdalena, "La Comisión Científica de México y el origen de la Academia de Medicina de México", en *La definición del Estado mexicano, 1857-1867,* México, agn, 1999, pp. 207-222.

Ocaranza, Fernando, "El tifo en el Distrito Federal en el año de 1921", en *Memoria y actas del segundo congreso nacional del tabardillo, verificado en la Ciudad de México del 25 al 31 de diciembre de 1921, bajo el patronato del Departamento de*

Salubridad, México, Imprenta y encuadernación de Rosendo Terrazas, 1922, s/p.

Olvera, José, "Memoria sobre el Tifo, dictamen de la Academia de Medicina de México, conforme a la convocatoria de fecha 26 de abril de 1882", en Enrique Florescano y Elsa Malvido, *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, México, T. 2, imss, 1992, pp. 498-503.

Pola, Ángel, "Ignacio Zaragoza", en *Liberales Ilustres*, México, 1961.

Artículos de revista

García Guerrero, Javier, *et al.*, "Tifo murino en el estado de Oaxaca después del huracán Wilma", en *Anales Médicos de la Asociación Médica del Centro Médico ABC,* México, vol. 52, núm. 4, diciembre de 2007, pp. 200-202.

Ríos Yanes, María de la Cruz, "Presentación", en *El Pregonero de la Ciudad*, Puebla, núm. 5, abril-junio, p. 3.

Vázquez González, Reyna Beatriz, "Entre muertos y heridos, pincelada sobre el espíritu fraterno (mayo 1862-abril 1863)", en *El Pregonero de la Ciudad*, Puebla, núm. 5, abril-junio de 2012, pp. 10-11.

Hemerografía

El Siglo Diez y Nueve, 9 de septiembre de 1862, México, 6ta. época, año xxii, T. iv, núm. 603, p. 1.

El Monitor Republicano, 9 de septiembre de 1862, año I, núm. 315, p. 1.

Gaceta Médica de México. Periódico de la Sección de Medicina de la Comisión Científica, 15 de abril de 1865, T. I, núm. 15, p. 240.

Jiménez, Miguel F., "Tabardillo", en *Gaceta Médica de México*, 15 de marzo 1865, T. i, núm. 13, pp. 205-216.

"Premio Anual de $500.00 de la Academia de Medicina sobre el Tifo", en *Gaceta Médica de México. Periódico de la Academia de Medicina*, T. 14, 1879, p. 333.

Fuentes, Archivos y Bibliotecas

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional
Archivo General de la Nación
Archivo Histórico de la Academia Nacional de Medicina de México
Biblioteca digital de la Secretaría de la Defensa Nacional
Biblioteca Nacional
Biblioteca Palacio de Medicina. Universidad Nacional Autónoma de México

•

El Sitio de Puebla
150 aniversario

Se terminó de imprimir en junio de 2015 en la Imprenta
1200+, Andorra 29, Col. Del Carmen Zacahuitzco, México D. F.
El tiraje consta de 500 ejemplares.

Las victorias siempre tienen más autores que las derrotas, es por ello que es más abundante la historiografía en torno a la batalla del 5 de mayo de 1862 que al sitio de Puebla de 1863. A ciento cincuenta años de este acontecimiento, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) convocaron a un seminario nacional para abordar el tema, bajo la coordinación de Arturo Aguilar. La obra que hoy presentamos es producto de estos trabajos.

La BUAP y el INEHRM se congratulan en publicar la presente obra que contiene significativas aportaciones para el estudio de este trascendente hecho histórico sobre el tiempo eje de México, cuando se definió su Estado republicano y laico.

Patricia Galeana









